

VICENÇ VILLATORO

**CREAR EUROPA
RECONSTRUIR OCCIDENTE**

PREMIO

Catalunya

Fundació Privada

CONCEDIDO EN EL AÑO 2004

BIBLIOTECA DIVULGARE

Primera edición: Febrero 2005
Impreso: Arts Gràfiques Rabassa S.A. Reus

Segunda edición : circulación gratuita
Documento electrónico – Julio 2006

Todos los derechos de esta edición son propiedad de Catalunya Fundació Privada
Rambla Nova 106-bis 7è 4t – 43001 Tarragona

Prohibida la reproducción parcial o total sin
la autorización fehaciente de la titular de los derechos.

Deposito legal: T-1109-06

CREAR EUROPA RECONSTRUIR OCCIDENTE

Prólogo	5
Primera Parte — El sueño Europeo: ¿Ha existido? ¿Persiste?	
Introducción	11
Trascendencia mundial	12
Una oportunidad perdida	13
La Europa inexistente	15
Europa como concordancia	17
El gran pacto Europeo	20
El peso de la coyuntura	21
La oportunidad de crear un sueño europeo	23
El sueño de la Europa unida	24
Reacción contra la guerra	26
Un sueño de progreso	30
Un modelo de bienestar compartido	32
La articulación de la diversidad	35
Un lugar para Europa en el mundo	38
La realidad Europea	42
El impacto de Sarajevo	44
Progreso, desequilibrios, tecnología	47
Los Estados contra Europa	50
Potencia económica, subsidiariedad política	55
La ausencia de un poder militar	57
Segunda Parte — Reconstruir Occidente	
La grieta de Occidente	61
Un distanciamiento que aumenta	63
El peso de la responsabilidad individual	68
Reconstruir el espacio occidental	71
Un Estado protector	74
La responsabilidad del Estado	76
El monopolio del bien común	78
La dimisión del ciudadano	81
Las nuevas protestas	84
Los caminos alternativos	88
Una nueva política	91
La política como oficio	93
La exclusión ciudadana de la política	96

El papel de la sociedad civil	98
Una demanda de épica	103
Los problemas de la inmigración	107
Fijar las poblaciones	110
¿Un continente sin niños?	114
¿Transición demográfica mundial?	118
Los efectos del envejecimiento	123

Tercera Parte — Los Pueblos de Europa

La ineludible diversidad	126
Qué no es la diversidad	128
La Europa de las lenguas	136
La Europa de las etnias	139
Los pueblos de Europa	141
Tres terremotos en un siglo	145
La crisis del Estado-nación	149
Exportar la fórmula	153
Los límites de Europa	155
Racionalismo, democracia, laicidad	158
Los interrogantes sobre Turquía	161
La evolución del Islam	165
La preeminencia de los “valores republicanos”	169
Un modelo federativo para Europa	171
Federar, coordinar, centralizar	173
Suiza, Estados Unidos, Alemania	175
El ejemplo de Finlandia	181
La gobernación de los pequeños Pueblos	184
Un marco común Europeo	186
Un verdadero Federalismo	188
Regeneración del sistema político	293
El compromiso con los valores	295
Conclusión	298
Epílogo	204

PRÓLOGO

En la vida, hay muchas cosas que se hacen por cumplir. En el mejor sentido de la palabra, es decir, porque te sientes obligado a hacerlo en justa correspondencia a actos positivos o benévolos o amables o generosos de otras personas. Y es una satisfacción poder corresponder.

Y por eso lo haces, y lo haces convencido. Pero no lo harías por propia iniciativa.

No es el caso de este prólogo.

Éste es el prólogo a un libro apasionante y lleno de sugerencias sobre algunos temas de gran y palpitante actualidad. Y que como europeos y aún más como catalanes nos afectan mucho. Especialmente como catalanes, y no porque el libro hable de Cataluña. Pero justamente una de las cosas que desde una perspectiva catalana lo convierte en valioso es que sin ninguna concesión al día a día ni ninguna referencia local, habla de valores, de retos y visiones de las personas, de la sociedad y del Mundo, de una forma que nos es útil. Está bien que desde aquí se hagan reflexiones así, de valor universal, con argumentos que se defiendan por ellos mismos, sin el soporte de la coyuntura inmediata en el tiempo o en el territorio.

Podríamos decir que el libro tiene dos partes principales. Distintas pero entrelazadas. La primera arranca de la convicción del autor que Europa está amenazada de decadencia, y quiere ayudar a evitarla. Bien entendido que el autor cree que hasta ahora la UE ha sido una "success story", ha sido una historia de éxito. Pero cree también que ahora se hacen evidentes ciertas decepciones y la conciencia de expectativas fallidas. Y como buen europeísta quiere analizar el porqué de todo esto. Saber cuál es el mecanismo político o moral que falla y que pone en peligro la continuidad del éxito europeo.

Villatoro señala dos de estos mecanismos que fallan. En primer lugar la dimisión de los ciudadanos, el debilitamiento y a veces la perversión del concepto del bien común, la concepción de la sociedad basada muy preponderante sólo en el individuo y la Administración (de hecho, el Estado). En segundo lugar, la no articulación de la diversidad, la aplicación restringida del principio de subsidiariedad. Las dos partes que he dicho que tenía el libro tienen como aspecto central estos dos puntos: la dimisión de las personas, que en gran parte se produce a través de una deformación del concepto

de ciudadanía, y la marginación de las colectividades que configuran Europa. De hecho, vienen a ser lo mismo: la disminución de todo lo que no es Administración, en muchas ocasiones condicionada a su vez por poderes económicos y mediáticos cuyo objetivo no es primordialmente (y a veces casi nada en absoluto) el interés general.

Según Villatoro, uno de los problemas de Europa es que es una sociedad muy protegida, y que lo tiene todo muy asegurado. (Y esto la hace menos competitiva, pero éste es otro aspecto que no trataremos ahora). Es una consecuencia del Estado del Bienestar del que tanto Villatoro como yo mismo hemos sido siempre defensores.

De hecho, el Estado del Bienestar es hoy uno de los elementos definitorios de Europa, y de los más positivos. De los que según mi parecer le convierten en el modelo político y social de más calidad a nivel de todo el Mundo. Pero ahora el Estado del Bienestar europeo plantea interrogantes. Y se empieza a comentar que harán falta algunos cambios.

Algunos lo dicen porque creen que no es económicamente sostenible. De hecho, es lo que actualmente sostiene el Canciller Schröder, entre otros muchos. Lo dicen porque creen que la reivindicación de más y más bienestar y seguridad no se podrá satisfacer con el crecimiento económico. Pero sucede además que Europa ha descubierto de golpe que nuestra sociedad va rápidamente hacia un muy grave problema demográfico con grandes repercusiones para el Estado del Bienestar. Además, cada vez hay más personas de todos los colores políticos, que creen —y Villatoro lo explica muy bien— que el Estado del Bienestar (y de hecho Europa) precisamente por la gran protección que proporciona al ciudadano, acaba debilitando no sólo el espíritu de iniciativa individual, sino también su sentido de la responsabilidad. Por tanto, hay quien dice que es necesario revisar las bases del Estado del Bienestar, o a lo mejor más exactamente las bases no sólo técnicas, sino también cívicas y morales de la sociedad que es fruto del Estado del Bienestar. Es decir, que es necesario analizar no sólo su sostenibilidad económica sino la calidad humana de la sociedad que produce.

Personalmente, quizás llevado por mi antimaltusianismo casi instintivo y que he defendido durante toda la vida, soy de los que no me rendiría fácilmente sólo ante el argumento económico (aunque reconozco que obliga a meditar). En cambio, sí creo que es absolutamente necesario evitar y rectificar algunos aspectos negativos de la sociedad europea, consecuencia de esta garantía que queremos absoluta de protección; de protección en todos los sentidos y al más alto de los niveles.

Porqué, ¿cuál ha sido el precio de esta hiperprotección? Ha sido ceder una parte muy importante de la responsabilidad de los ciudadanos a la Administración en general, y especialmente al Estado.

El precio ha sido también que se ha debilitado el concepto del bien común. Las personas no se sienten responsables del bien común, no aplican un esfuerzo individual ni en su definición ni usualmente en su defensa. Es el producto del efecto combinado del incremento del individualismo (y aquello que hemos llamado la moral de la desvinculación; es decir, no sentirse vinculado a nada que no sea uno mismo y aún en temas bastante inmediatistas) y de este traspaso de la propia seguridad y del propio progreso a la iniciativa pública. Y tiene otra consecuencia, que es fruto de otro fenómeno, que es el descrédito del esfuerzo. General y grave.

A través de estas consideraciones Villatoro toca con profundidad todo un abanico de temas de gran trascendencia y a la vez de gran actualidad. Enumero algunos. Define como principales enemigos de la responsabilidad el conformismo, el aislacionismo y el relativismo cultural. Habla de los inconvenientes del igualitarismo radical. Y habla de las consecuencias de todo ello en la sociedad civil.

Al profundizar en la contraposición entre individuo y administración, Villatoro llega a definirlo como un elemento clave en la visión del Mundo. Y, más precisamente, como factor básico del distanciamiento creciente entre Estados Unidos y Europa. Y pone de manifiesto, como europeo y europeísta que es, una gran preocupación no sólo por el hecho del distanciamiento —también, ya que el objetivo del libro es colaborar a reconstruir Occidente— sino porque opina que si el binomio individuo o persona y administración se decanta demasiado hacia la administración esto afectará la calidad humana y social de nuestra sociedad. Porque esta pérdida de acento en la persona comporta menos espíritu de iniciativa, menos compromiso, menos moral del esfuerzo, menos autoexigencia.

Esto desemboca plenamente en una reflexión a fondo sobre la sociedad civil, y sobre su relación con la política y con el poder político. El poder, cree Villatoro, debe ayudar la iniciativa de la sociedad civil, pero no la debe controlar. De todo esto y muchas cosas más, habla Villatoro en la primera parte del libro. Pero su planteamiento tiene una segunda dimensión, la de la colectividad en la cual la persona se produce. Que esta colectividad, este marco, sea el adecuado o no influirá mucho en el desarrollo de la persona.

Este marco no puede ser tan sólo jurídico o administrativo. Debe comportar para funcionar bien y ser realmente operativo un sentimiento de pertenencia, una comunidad de valores, una capacidad de proyecto en

común. Y aquí entra la pregunta de cuál o cuáles pueden ser estos marcos adecuados.

Villatoro defiende la idea que más que los Estados —o al menos los grandes Estados—, el marco más idóneo es el de las colectividades. De características llamémosle regionales, que pueden ser regiones propiamente dichas, como naciones sin Estado, como territorios definidos por la geografía y la estructura económica i social aún sin disponer de profundidad identitaria e histórica. Es aceptado por todos que los Länder alemanes fueron un factor muy importante de recuperación alemana en todos los sentidos, y lo siguen siendo aunque el sistema federal alemán necesita ahora algún retoque, pero no precisamente relacionado con los aspectos competenciales de los Länder. Por otro lado —y Villatoro lo explica bien— es aceptado en general por los estudiosos del tema que las colectividades más eficaces desde un punto de vista económico y social, con más calidad democrática y con más capacidad de movilización y cohesión, son los Estados entre pequeños y medianos y las regiones con personalidad más fuerte y proyecto definido y asumido. Los ejemplos son suficientemente conocidos, desde Irlanda a Finlandia, desde Nueva Zelanda a Eslovenia o Chipre, desde Flandes a Québec, desde el Véneto a Cataluña. Y aquí podemos incluir muchos Länder alemanes y muchos Estados norteamericanos.

Durante muchos años se ha pensado que el proceso de unificación europea podría hacer compatibles tres niveles en Europa que en el nivel más alto y en términos globales le darían potencia y capacidad de ambición mundial; equilibrio a nivel intermedio a través de los Estados; y libertad, creatividad e identidad cercana a través de las regiones y colectividades intermedias de todo orden. Que Europa tendría estos tres pilares. Esto enlaza con el principio de subsidiariedad, y con la filosofía social que subraya el papel de los organismos intermedios. Conservaba el papel vertebrador del gran espacio europeo, de los Estados, sin ahogar las personalidades colectivas más entrañables y, como he dicho antes, dotadas en muchos casos de más eficacia. Respondía también a un concepto no sólo mecánico y jurídico del tejido social e identitario. Y esto es lo que defiende Villatoro en la segunda parte del libro.

Es necesario reconocer que planteamientos como éste no pasan un buen momento actualmente. Jean Monnet y Schumann, iniciadores muy principales de la Unión Europea, decían que más que Estados pretendían unir personas. Y hasta hace poco se hablaba que la Unión Europea pretendía unir Estados, pueblos y ciudadanos (o personas). Esto desaparece

ahora con la nueva Constitución Europea que sólo habla de Estados y ciudadanos. Y no es casual.

Me quejé de esto a un político francés importante e influyente y la respuesta fue tajante: “Tuvimos una fuerte alarma con el prólogo inicialmente propuesto para el Estatuto de Autonomía de Córcega. Hablaba del pueblo corso. Reconocía la existencia de un pueblo corso. Afortunadamente, el Consejo de Estado ordenó suprimir esta expresión”. Y añadió “le peuple corse n'existe pas, il n'y a que le peuple français. Et la République”. Y podría poner más ejemplos como éste.

Ésta es una manifestación de la reacción que por un lado los Estados y por el otro el pensamiento jacobino y estatalista han llevado a cabo durante los últimos diez o quince años. Es decir, exactamente durante el período en el que los Estados han perdido tantas y tantas competencias (la moneda, con el euro; la política financiera con el Banco Central Europa; las fronteras, con Schengen, y muchas más; y ahora perderán el voto por unanimidad en muchas materias), reaccionan en una doble dirección: intentando condicionar la Comisión de Bruselas e intentando ahogar o contener a lo que para entendernos llamaríamos el movimiento regionalista, que coincide con la defensa que Villatoro propone de los pueblos, las autonomías, las colectividades de lengua y cultura —y también de proyecto—, no hace falta señalar también que las naciones sin Estado, etcétera. Podría suceder, lamenta Villatoro, que “un proceso de unificación pensado para reducir los Estados acabase actuando tan sólo a través de los Estados”.

Debo decir, y más adelante lo comentará brevemente, que la situación es más compleja de lo que esta frase de Villatoro puede dar a entender.

El mérito del libro de Villatoro es que todos estos temas los plantea relacionados con las actitudes que las personas pueden tener respecto a los valores que configuran la civilización o una cultura. Y una moral. Es arrancando de ahí, de estas actitudes personales, que Villatoro se posiciona respecto a Europa, respecto a Occidente, respecto a nuestra civilización. Esto tiene la virtud de ayudarnos a comprender que estamos personalmente comprometidos en todo ello. Por tanto, incluso admitiendo que la capacidad de influencia de una persona es limitada —como es en realidad—, si nos involucramos en estas cuestiones, si nos comprometemos, introducimos en nuestra vida un plus de responsabilidad, nos hace mejores.

Pero volviendo a un planteamiento menos personal —volviendo a Europa y a Occidente—, debemos seguir al pie del cañón con las ideas que Villatoro explica, aunque últimamente algunas hayan perdido peso en Europa, al

menos por una razón: porque Europa ya no va bien. O al menos no tan bien como haría falta.

La Unión Europea ha sido un éxito. Es tan evidente que no hace falta demostración. Y lo es todavía. Pero ahora tiene problemas muy serios. Se enfrenta con la doble presión americana y asiática, económicamente crece pero no bastante, consecuencia de un freno en su competitividad, tiene una perspectiva demográfica muy preocupante, debe enfrentarse con una reforma muy difícil del estado del bienestar, tiene tensiones y contradicciones políticas internas muy serias que dificultan su papel de actor a escala mundial; la inmigración le comporta —además de una mano de obra que necesita— serios problemas de cohesión, de convivencia y de identidad, etcétera. Se advierte un creciente desinterés, a veces un punto de decepción. Y poca ilusión europeísta.

La Constitución será un instrumento útil. Que como catalanes nos decepcione en más de un punto no quita que en ciertos aspectos mejore las herramientas de trabajo de la Unión. Pero probablemente no modificará este estado de ánimo. Lo que puede cambiarlo, en cambio, es la recuperación de aquel espíritu fundacional que ha durado hasta entrados los años noventa y que estaba muy unido a los valores que Villatoro reivindica. Y unido también a la convicción que existe una civilización occidental que ha sido la gran impulsora en el Mundo de la democracia y del progreso económico y social. O sea que el combate continúa. Un combate en el campo político, técnico, económico y financiero, pero sobre todo en el de las ideas.

Jordi Pujol

Barcelona, enero del 2005

PRIMERA PARTE

EL SUEÑO EUROPEO: ¿HA EXISTIDO? ¿PERSISTE?

Introducción

Posiblemente como en pocos momentos de nuestra historia, en la actualidad Europa es objeto de todo tipo de reflexión. El proceso de ratificación del Tratado entre los diversos estados que forman la Unión Europea, con la finalidad de dotarla de una Constitución, pone sobre la mesa preguntas nuevas y antiguas. La pregunta de qué es Europa y qué debería ser. Pero también la pregunta de si este proceso, este tratado y esta Constitución, son el mejor camino para llegar a la Europa que debería ser. Preguntas, por tanto, sobre Europa y sobre la Constitución europea; pero preguntas, a su vez, sobre el futuro de la humanidad: en cierto sentido lo que pensamos para Europa es un embrión, una maqueta de lo que deseamos para el mundo.

Entre todas estas preguntas, la Biblioteca Divulgare y la Fundació Privada Catalunya, en el año 2002, nos propone una cuestión más profunda: ¿Los colectivos humanos, deben crearse o constitucionalizarse? Esta Europa de la que hablamos es sin lugar a dudas un colectivo humano, un nuevo "nosotros" que ya forma parte de nuestro horizonte y que nos invita a participar. Estamos hablando de dotarlo de una Constitución. Pero, ¿son las constituciones las que, desde arriba, como un molde, generan un colectivo humano allí donde no lo había? o ¿es más bien la existencia, forjada por la historia y la voluntad de un colectivo humano, lo que acaba generando una Constitución? Y si es así, ¿podemos considerar que este colectivo humano europeo ya está lo suficientemente hecho y maduro como para dotarse de una Constitución como la que se nos propone, con muy poco margen de maniobra, por cierto?

Está claro que los colectivos humanos no se crean sobre el papel a golpes de Constitución. Sin embargo, es cierto que la existencia de una entidad política, por artificial que sea en su inicio, puede llegar, con grandes tensiones y dificultades, a crear una conciencia colectiva diferenciada. Los procesos de descolonización que generaron en África y en América, por

ejemplo, Estados absolutamente artificiales, con fronteras dibujadas en los despachos, y que con el paso del tiempo, en algunos de estos estados nacidos absolutamente artificiales, se ha llegado a crear algún tipo de identidad diferenciada, de sentimiento de Pueblo, aunque, a veces, muy tenue y discutido. Los debates sobre la propia identidad de algunos de estos países son extremadamente torturados y complejos. Pero en el caso de Europa es obvio que no es la Constitución lo que hace a Europa, sino que la primera labor, la que a mi juicio todavía está pendiente, es precisamente originar Europa, crear Europa. Y crearla sobre los únicos fundamentos sobre los que se puede crear, que son la aceptación de la diversidad de Pueblos y el inicio de un proceso de confluencia en un marco federativo que tendrá aspectos culturales, económicos y políticos; y es necesario suponer que en alguna fase de la historia también aspectos militares o de defensa, aunque en cualquier caso será un proceso lento y lleno de dificultades.

¿Crear o constitucionalizar? se pregunta la Biblioteca "Divulgare". Pues crear. Crear desde abajo y con un nuevo fundamento. Crear para responder a las exigencias de la historia y a las dificultades del presente. Crear pensando en un futuro global que va más allá de la propia Europa.

Este libro no pretende dar una respuesta política de coyuntura (hablaremos de ello más adelante) a un problema de coyuntura: el referéndum sobre la Constitución europea. Más bien pretende proponer una reflexión de fondo, aprovechando el interés excepcional de esta coyuntura. Probablemente, de esta reflexión general se acabará desprendiendo una posición sobre el debate del día a día. Pero será el resultado, no el origen.

Trascendencia mundial

Es probable que al hacer balance del siglo XX, tan denso en tragedias así como en avances científicos y técnicos, quede establecido que uno de los hechos más trascendentes producido en todo el mundo es el inicio del proceso de construcción de la unidad europea. Un proceso que ha sido capaz, en relativamente poco tiempo histórico, de generar grandes esperanzas y expectativas positivas, pero también de llevar a enormes decepciones, que han desembocado en sorprendentes muestras de indiferencia. Con un matiz: las grandes ilusiones y las grandes esperanzas corresponden sobre todo a los momentos iniciales, cuando la unidad europea era estrictamente un proyecto o una idea; y las grandes decepciones se han ido produciendo con el paso del tiempo, cuando

aquella idea se ha plasmado de una manera determinada y se ha asociado a prácticas concretas que han ido generando su letra pequeña.

En cierto sentido, puede decirse que la idea de una Europa unida generaba entusiasmo. Y que la realidad de esta Europa unida ha provocado decepciones e indiferencia. El porcentaje de participación en las elecciones europeas en todos los países de la Unión es la prueba más clara de esta indiferencia.

Es cierto que una parte de esta decepción europea, de este malestar entorno a la Europa realmente existente, es también la expresión de otros malestares paralelos, que no son por el efecto estricto del proceso de unificación. Por ejemplo: indudablemente, por encima de este proceso, existen decepciones e indiferencias más generales sobre qué es la política en el mundo occidental; cómo se hace; cómo participan o no los ciudadanos; cómo se crean y se destruyen nuestros gobernantes.

El malestar por Europa es igualmente el malestar por una forma de entender la democracia en la que los ciudadanos sólo son llamados cada cuatro años a decidir unos nombres entre un universo considerablemente limitado, y después son llevados a desentenderse de toda idea de bien común. Esto ocurre en todos y cada uno de los países miembros de la Unión Europea; pero la Unión, en ella misma nos parece la caricatura más sangrante: existen instancias de poder lejanas, que deciden sobre temas que afectan a la vida cotidiana de las personas, pero que se mantienen en una especie de extraña penumbra, dominadas por una casta política y funcional desconocida, poco controlada, y que responde a una lógica, si existe, que son incapaces de transmitir. Las carencias del sistema, que van más allá del proceso de unificación europea, resultan especialmente visibles en este escenario. Y son fuente de decepción.

Una oportunidad perdida

Todavía hoy, estoy convencido de que si preguntásemos a los europeos si creen en la conveniencia, e incluso en la necesidad, de una Europa unida, nos responderían que sí. Si les preguntásemos si la Unión Europea tal como es, con sus carencias y sus defectos, tal como la quiere dejar formalizada la supuesta Constitución que se ha redactado, ha de mejorar o empeorar sus vidas, casi seguro que la mayoría de los europeos nos dirían que más bien podrán mejorarlas. En cualquier caso, seguro que no las ha de empeorar. Por

consiguiente, si las ha de mejorar, ¿por qué este escepticismo, indiferencia y malestar? Bajo mi punto de vista la razón se debe a que la mayoría de los europeos tiene la sensación de que el proceso de estos años no es negativo, no ha hecho retroceder, pero que ha sido una oportunidad perdida. La oportunidad perdida de construir Europa sobre fundamentos diferentes. No es que lo que se ha hecho sea intrínsecamente incorrecto y provoque el rechazo y menosprecio, si no que es desproporcionado al ideal inicial. Por decirlo de otra forma, la nueva Europa se ha construido de forma rutinaria, conservadora en el peor sentido de la palabra, tímida, sobre bases antiguas. Y por esa razón no ha cumplido las expectativas. Lo veremos en uno de los capítulos posteriores.

Una oportunidad perdida. Una distancia excesiva entre el sueño europeo y la realidad europea. Una ocasión desperdiciada. Pero, ¿por qué Europa unida era tan esperanzadora y tan revolucionaria (en el mejor sentido)? En primer lugar, porque parecía necesaria. Necesaria para evitar el mal endémico de las guerras europeas y necesaria a su vez para evitar la decadencia del continente, su relegación a un papel secundario dentro del mundo. Pero también porque se nos proponía algo jamás visto antes: la libre confluencia de todo un continente, dividido en estados, formado por pueblos diversos, en un proyecto político común. La historia estaba repleta, hasta ese instante, de procesos disgregadores.

La vida de los Pueblos había llevado (y los últimos tiempos lo habían acelerado) a numerosos divorcios y limitados matrimonios, a más separaciones que confluencias. Y cuando se habían realizado confluencias no habían sido, en la inmensa mayoría de los casos (y sería difícil encontrar alguna excepción) libres y respetuosas, nacidas de un interés mutuo. Más bien habían sido unificaciones forzadas, impuestas por las armas, por la conquista y la sumisión, y en ellas los Pueblos habían sido obligados a renuncias fundamentales. Por esta razón, crear un proceso libre, sin sumisiones ni renuncias, que permitiese converger a los diversos pueblos de un continente en una unidad política mayor, era un hecho extraordinario y una gran apuesta de futuro, que movía voluntad y entusiasmo para la Unión Europea.

En este sentido, la Unión Europea soñada iba mucho más allá que una Sociedad de Naciones o unas Naciones Unidas. La ambición de este tipo de organismos internacionales (siendo grandiosa, en términos históricos) era bastante más limitada. No dejaba de ser una asamblea, un punto de encuentro. Ciertamente, ya en la lógica de una concepción planetaria,

global, de la política. Entendiendo ahora que los intereses de la humanidad como tal son comunes, más o menos tenues, y están por encima de los intereses confrontados o no de los Estados e incluso de los Pueblos. Pero sólo se trataba de ofrecerles un lugar donde discutirlo y unas reglas del juego mínimas, a menudo injustas, erradas y desproporcionadas, para poder plantear y resolver conflictos. La Unión Europea iba más allá. Se trataba de construir un espacio político nuevo e inédito. Se trataba de fundir una parte de los intereses de los Pueblos de Europa en un crisol común.

La Europa inexistente

Paradójicamente, si se quiere, yo diría que uno de los grandes valores de la idea de la unidad europea era precisamente el carácter artificial de Europa. Europa jamás ha sido un espacio político natural. Europa no es ni tan sólo un espacio geográfico claro e indiscutible. No es una isla como Australia, de límites perfectamente establecidos. Europa es una idea y, por tanto, sólo puede ser una unión convencional. Y esta era, y es, su mayor ventaja.

Ni la historia ni la geografía dibujan un espacio europeo perfectamente homogéneo hacia adentro y perfectamente diferenciado hacia fuera. Nunca lo ha sido. La distancia en todos los sentidos, climática, cultural, de orígenes étnicos, entre el norte y el sur de Europa es inmensa. Existen realidades muy importantes (Rusia, Turquía) con un pie dentro de Europa y otro fuera, que son continentalmente transversales. Existen realidades culturales y étnicas externas a Europa más próximas a determinadas culturas europeas de lo que lo son otras culturas del mismo continente: los británicos se pueden sentir más próximos a Estados Unidos, a Australia o a Canadá que a Lituania o Bulgaria. Los franceses, además de mantener todavía colonias fuera del continente, tienen más vínculos con Québec que con Macedonia o Malta.

Europa nunca ha sido una, en casi ningún sentido. Para el mundo antiguo, aunque también para el medieval, era una unidad geográfica más clara la cuenca mediterránea que el conjunto del continente. La civilización griega es una civilización que cabalga sobre el mar, que llega solo allá donde llegan sus naves. El imperio romano es, por encima de todo, un imperio marítimo gobernado desde el centro del Mediterráneo, pero construido casi alrededor de un mar interior. La Europa mediterránea y la Europa atlántica han vivido siglos y siglos de espaldas en todo. En la península ibérica, la distinción entre el reino de Castilla y el reino de Aragón es casi una diferenciación hidrográfica: la parte de la península cuyos ríos

mueren en el Mediterráneo o la parte donde los ríos terminan en el Atlántico. Francia es un país atlántico con el centro en París que, en un momento determinado, conquista y asimila un país mediterráneo, Occitania, el país d'Oc. Los Alpes han sido frontera durante más tiempo (mundo latino y mundo germánico, a lado y lado) que la estrecha manga de mar existente entre Italia, Sicilia y Túnez.

A lo largo de su historia, Europa ha sido una especie de callejón sin salida, de embudo atascado hacia el cual han ido derivando pueblos procedentes de Asia central, que se expandían hacia el oeste y que se iban situando progresivamente en los nuevos territorios, sobreponiéndose a las oleadas migratorias anteriores, y a los pueblos autóctonos de la región. Los Balcanes, embudo dentro del embudo, substrato encima de substrato, en cierto modo son la maqueta de Europa: un *finis-terrae* más allá del cual habría (hasta no hace mucho) muy poco horizonte, y donde se iban acomodando los pueblos procedentes del mundo caucásico o de Asia central. Por tanto, en este sentido tampoco podemos hablar de una Europa homogénea ni diferenciada. Europa es una península, y por tanto, una callejón sin salida; pero sus límites orientales son difíciles de definir. Esto plantea problemas nada metafísicos, absolutamente prácticos, en el proceso actual de construcción europea.

Europa, ¿hasta dónde? Turquía posee una parte relativamente pequeña en Europa, pero su principal grueso territorial y demográfico se sitúa en Anatolia, Asia Menor. El centro demográfico e histórico de Rusia se halla en los confines de Europa, pero se extiende hasta el pacífico, hasta Vladivostok. No ya políticamente, si no geográficamente, ¿está claro que Turquía o Rusia son Europa? ¿Está claro, está entendido, y está asumido que una Unión Europea con Turquía incluida tendría frontera directa con Siria o Irak? ¿Está claro que una Unión Europea que incluyera Rusia tendría fronteras con Mongolia y con China, y llegaría hasta las puertas (para nosotros, las puertas de atrás) de Estados Unidos, por Alaska y el estrecho de Bering? Y estos dos socios de la Unión Europea (socios nada hipotéticos, y que están planteándose un ingreso a plazo no muy largo, sobre todo en el caso turco) no serían nada secundarios en Europa. Al contrario, serían sus componentes principales. Si entrase, Turquía sería el país más grande de la Unión. Y lo sería mucho más Rusia, si también se considerase esta posible incorporación.

Por tanto, Europa es una realidad geográfica de difícil definición y no se puede hablar exactamente de una unidad histórica, sino al contrario: la historia de Europa es una historia de divisiones, de guerras, de bloques

contrapuestos que unas veces se enfrentan y otras se ignoran. ¿Una unidad cultural? Tampoco del todo. Europa no presenta una homogeneidad lingüística (lenguas diversas de morfologías diversas), ni de moldes culturales. Son diversas las formas de ver el mundo y adquirir las costumbres que a menudo se vertebran todavía sobre el eje de la religión, incluso en segmentos de la población que se consideran no creyentes, pero con unas costumbres, hábitos y visiones del mundo que remiten a matrices religiosas. Las grandes religiones de Europa, el catolicismo, la ortodoxia griega y eslava, las diversas formas del protestantismo, poseen una referencia cristiana común. Pero nacen, probablemente, de substratos culturales pre-cristianos diferentes y han multiplicado históricamente todavía más las diferencias.

Desde este punto de vista digamos cultural, de visión del mundo, diversas partes de Europa se encontrarían más cómodas con socios no europeos que con socios europeos muy diferentes. Si se puede decir así, la *Commonwelt* es más sólida como unidad cultural que Europa. La España castellana siempre ha dudado entre su vínculo con Europa y su vínculo con América Latina y en cierto modo es más "extranjero" en Madrid un polaco que un ecuatoriano. Y todo eso sin plantearnos aún una Europa con Turquía, Bosnia o Albania en su interior, es decir, con países de una visión del mundo construida en el molde cultural del islamismo. Y sin hablar siquiera de la existencia en el interior de la propia Europa de pueblos y comunidades nacidos entorno a otros moldes culturales muy diversos, desde los judíos a los gitanos, además de todas las comunidades nacidas de la nueva inmigración. Todo junto estaría lleno de matices y sería muy discutible, pero creo que remite a una constatación de fondos: si Europa existe no es porque haya una homogeneidad cultural interior ni una diferencia limpia y distintiva respecto a todo lo que es el resto del mundo. Ni la geografía, ni la historia, ni la cultura. Europa sólo es, y ahora sólo puede ser, una concordancia de intenciones, una unión convencional. Un pacto multilateral sobre el que se construya un colectivo, madurando posiblemente, más rápido de que lo hicieron siglos atrás los norteamericanos.

Europa como concordancia

Pero este carácter convencional de Europa es probablemente su mejor virtud. Europa no es un espacio político, por así decirlo, natural. No es, ni puede querer ser, ni puede llegar a ser una "Nación" o un "Pueblo". No existe la posibilidad (yo diría que no existe el peligro) de que aparezca un patriotismo europeo, que se imponga y anule los sentimientos de pertenencia de los

ciudadanos en cada uno de los Pueblos. Europa es una superestructura política, un espacio útil, un lugar al que se llega desde el interés, y no desde el sentimiento o desde la historia o la lengua. No existe una identidad europea. Todo ello es una ventaja fabulosa. Porque a partir de esto es posible pedir a los ciudadanos de los diversos Pueblos europeos que se integren en Europa sin dejar de ser lo que son, sin verse obligados a renunciar a una entidad política menos convencional, más fundamentada en los sentimientos, más arraigada en la historia, la cultura y los orígenes.

Si se toma como una metáfora, y no en sentido literal, un Pueblo es en cierto modo como una familia: un espacio de pertenencia relativamente natural, fundamentado en los sentimientos. En Europa, cada uno sabe a qué Pueblo pertenece y desea pertenecer. Europa no sería una familia. Sería más bien una sociedad anónima. Una superestructura creada libremente, por asociación, por intereses, entre personas que pertenecen a familias diversas, pero que se asocian por unos objetivos comunes. No para todos los objetivos: la sociedad anónima tiene una finalidad concreta, específica. Si la Unión Europea fuese algo parecido a una familia, en cualquier caso sería un matrimonio de conveniencia. Únicamente necesita voluntad, decisión y complementariedad entre las partes. No una afinidad absoluta en todos los órdenes de la vida. Sólo una complementariedad circunscrita a los propios objetivos que, como en las sociedades anónimas, serían en parte económicos para la generación e intercambio de bienes materiales, pero que en este caso también serían culturales y políticos. Mantener un papel importante en el mundo, preservar unos valores de civilización, ofrecer al resto del mundo, incluso a aquellos que podrían parecer hostiles, un ejemplo de progreso y de valores democráticos.

Esta Europa entendida como concordancia no deriva ni puede derivar hacia la creación de un grandioso Estado-nación, entre otras cosas porque nace precisamente de la crisis de los Estados-nación, de la constatación de sus problemas. Posiblemente durante siglos, una Europa Unida no sea como los Estados Unidos de América, que han construido un ámbito político de pertenencia, que son una federación de Estados, pero que también forman una entidad nacional por lo que se refiere al sentimiento colectivo. La Unión Europea ahora sólo es un mosaico administrativo. En este sentido, podría tener cierta similitud, muy parcial, con algunos de los antiguos imperios como, por ejemplo, el imperio austro-húngaro. Este fue acusado de encarcelar Pueblos, y es cierto. Pero existía la conciencia de que en su interior cohabitaban algunos Pueblos. El imperio austro-húngaro creaba súbditos del imperio, no nacionales de Austria-Hungría. Un serbio, un húngaro,

un croata, un eslovaco, eran súbditos del imperio, pero no dejaban de ser serbios, croatas, eslovacos o húngaros. Ciertamente, sus derechos políticos colectivos no estaban reconocidos. Realmente, su pertenencia al imperio no era voluntaria, sino forzada, producto de las armas y la conquista. Pero en ese otro sentido, la distinción entre súbdito y nacional, los imperios pueden ser una referencia. En el caso de Europa Unida no serían súbditos, si no ciudadanos. Pero cada uno a partir de su Pueblo, porque nadie les pediría formar parte del pueblo europeo, así como nadie les pedía formar parte de un Pueblo austro-húngaro inexistente en el Imperio.

Por contra, los Estados-nación, con los que se ha construido Europa hasta hoy, no quieren tener sólo ciudadanos, sino que aspiran a tener también nacionales. Aspiran a que el Estado y la nación, el estado y el Pueblo, coincidan. Y cuando dentro del Estado existen Pueblos diversos, lo que intentan es uniformizarlos; convertirlos en un único Pueblo; reducirlos a una única pertenencia sentimental; construirles un origen común; adaptarlos a una lengua única o absolutamente hegemónica, creyendo que existen diversas culturas, y queriendo crear una específica. Por esa razón, es una virtud y una ventaja que Europa no sea, ni quiera, ni pueda ser un enorme Estado-nación.

El gran reto teórico de la construcción europea era conseguir confluir sin ningún tipo de obligación, y sólo mediante la libertad y la libre elección de todo el mundo, sin que nadie renuncie a nada, en un espacio político más amplio, que tendría obligadamente carácter de Gran Pacto Europeo: lo que debería ser la Unión Europea. Aquello que los Imperios habían hecho a la fuerza y sin tener presente los derechos de los Pueblos (ni de los individuos), conseguirlo por primera vez en la historia mediante la concordancia pacífica; una gran concordancia para crear un colectivo humano movido por la conveniencia de todos aquellos que participan, diciendo al mundo que eso es posible, que podemos organizarnos libremente en espacios más amplios, sin dejar de ser lo que cada uno es y quiere ser. Y por este camino confluir, posiblemente en un periodo largo de tiempo, paso a paso, probablemente federación tras federación, en una nueva concepción del conjunto del planeta donde todos podamos ser sencillamente humanos civilizados.

En este horizonte de confluencia global, Europa debe preocuparse de su organización, pero también debe pensar cómo sus movimientos en el tablero de la política internacional favorecen una mejor organización del mundo. A Europa le conviene que otros espacios, como el mundo eslavo o el mundo islámico, encuentren organizaciones federativas pacíficas, no hostiles,

moderadas. Esto implica, por ejemplo, determinadas políticas respecto a Rusia o a Turquía que ayuden en esta configuración. Hablaremos de ello más adelante, cuando se comenten los límites de Europa.

El Gran Pacto Europeo

Consecuentemente, el Gran Pacto europeo no es tan sólo un acuerdo de unidad económica o política. Debería ser considerablemente más ambicioso: un instrumento para hacer de Europa una experiencia útil a los europeos y a toda la humanidad en el horizonte de un mundo global. Por tanto, un instrumento que no sirva para mantener y consagrar los defectos del sistema, al lado de sus virtudes evidentes. El Gran Pacto europeo (nos extenderemos en ello más adelante) también significa un cambio en la manera de hacer y de entender la política; una llamada a la responsabilidad individual; una forma de involucrar el conjunto de la ciudadanía, también a los sectores económicos e intelectuales, a los profesionales y a los ciudadanos en general, en la gestión del bien común, que debería dejar de ser una especialidad o un monopolio de una clase política obsesionada por el marketing electoral y por el ejercicio permanente de la demoscopia, por lo menos en algunos casos.

Europa sufre problemas específicos dentro del mundo. Uno de ellos es el obvio envejecimiento de su población, así como de sus estructuras políticas. Se trata de un problema de peso en el mundo. Un problema de sistema de valores, de civismo. A su vez, posee activos propios: tradición racionalista, reconocimiento del pensamiento científico y racional por encima de los esoterismos; un espacio público laico que puede convivir perfectamente con la vivencia religiosa de las personas y las comunidades. Si el Gran pacto europeo, si el proceso de creación y de construcción de Europa no se enfrenta a estos problemas y aprovecha estos activos, no sirve de nada. Y es que un hecho central en la Europa contemporánea, la inmigración extracomunitaria, es el espejo donde se hacen aún más evidentes nuestros propios problemas y donde se hacen más necesarias nuestras propias virtudes.

Si el gran pacto europeo sale bien, el beneficiario no es tan sólo Europa. Es el mundo, donde existen otros espacios que podrían buscar articulaciones parecidas a la Unión Europea: desde el espacio del oriente Lejano alrededor de China y Japón, hasta algunos de los estados independientes de la

antigua Unión Soviética; desde el mundo árabe-musulmán hasta América latina; desde África central y del Sur hasta el sur de Asia.

Pero sobre todo una Europa unida podría dotar de intención y de dirección un proceso globalizador inevitable, positivo en muchas cosas, pero que en cierto sentido se está produciendo a ciegas, sin líder ni modelo. Europa ganaría peso y el mundo ganaría dirección. Todo en conjunto parece un objetivo que debería ser alentador para la juventud europea y suficientes razones para soñar. Sólo es necesario la voluntad de hacerlo.

El peso de la coyuntura

Actualmente, estamos discutiendo la aceptación o el rechazo de la llamada Constitución europea que no es claramente una Constitución, en el sentido clásico del término, sino un Tratado entre Estados. Todos quienes se manifiestan alrededor de esta Constitución o de este Tratado, quiere subrayar de entrada su europeísmo: tanto los que afirman su voto, como los contrarios, o los que anuncian su abstención, dicen hacerlo en nombre del europeísmo. Pero no siempre nos explican en qué consiste este europeísmo. Probablemente, detrás de la palabra haya conceptos y proyectos distintos e incluso antagónicos.

Para algunos, sobre todo para los que comparten una visión más jacobina de matriz francesa de lo que debe ser Europa, esta Constitución es una especie de *foto-finish*. *"Ya hemos conseguido la Europa que queríamos, este es su modelo definitivo y, por tanto, es necesario fijarlo y garantizarlo con una Constitución"*.

Una Europa concebida como un Club de Estados en la que incluso el presidente de la Comisión Europea, el gobierno europeo, se queja amargamente de que muchos de los miembros del Club desearían una Comisión débil en contraste con unos Estados fuertes. Y es que esta Comisión, este gobierno, e incluso su presidente, no salen de la voluntad de los ciudadanos de una manera directa, sino que es propuesto y escogido por los Estados a través de sus gobiernos de turno. Pero en cualquier caso hay un sector para el cual la palabra europeísmo quiere decir satisfacción por la Europa ya construida, que se considera adecuada y suficiente, y vocación de fijarla y solemnizarla con una Constitución.

Para otros, el europeísmo y la propia Constitución no serían tanto la satisfacción por un lugar de llegada como la satisfacción por el camino emprendido y recorrido. Para estos, la Constitución no sería la fijación del punto de llegada, si no el establecimiento de un camino para ir avanzando.

Esta actitud está presente en el interior mismo de muchas de las instituciones de la Unión, que se percatan de las imperfecciones del sistema y de sus déficits democráticos. Pero, para ellos, el único problema (aunque también la única solución) es el tiempo. *“Vamos bien, el camino es el correcto, pero todavía falta camino por correr. Todavía debe transcurrir algún tiempo para llegar a los objetivos”*. La Constitución sería el establecimiento de este camino.

No obstante, aún existiría un tercer sector que se proclamaría europeísta de una manera sincera y efectiva, sin considerar ni que estemos en el buen camino y todavía menos, naturalmente, que estemos en un buen punto de llegada. Para estos sectores, los déficits de la Europa real resultarían obvios. La solución no sería tan sólo el tiempo, porque el problema no radicaría en que sólo hemos recorrido una parte del camino. Para estos sectores, el problema radica en que hemos seguido durante un tiempo un camino equivocado que no lleva a ningún objetivo real. Son europeístas porque comparten el objetivo, la idea de Europa. Pero son críticos no tan sólo con la Europa actual, si no con la Europa hacia la que nos lleva el camino emprendido. Estos sectores están en contra de la Constitución. Por que si es, como dicen algunos, la consagración de la Europa que tenemos, esta Europa no los satisface. Y si es, como dicen otros, la consagración de un camino de futuro, no les satisface la ruta elegida y consideran que en algún punto del recorrido, quizás incluso en un punto muy inicial, Europa tomó el camino equivocado en algunas de sus bifurcaciones.

En consecuencia, sería necesario preguntarse si ahora es el momento idóneo para dotar a Europa de una Constitución, incluso al margen de cual sea el contenido real de esa Constitución y de las formas a través de las cuales se ha llegado. Si de lo que se trata es de unir Europa como la Unión Europea actual la ha articulado, si se trata simplemente de dar solemnidad constitucional a lo que ya es la práctica cotidiana (en sus líneas más generales) no parece que sea necesario. Si de lo que se trata es de marcar un camino, unas formas de evolución, que nos lleven hacia otra Europa que todavía no hemos visto del todo ni sabemos como un todo que será, entonces quizás sí que la Constitución sea una herramienta útil. Pero en este caso, no es esta Constitución. Sería imaginable otro tipo de marco básico, federativo, donde la Europa real evolucionase hacia la Europa posible y deseable.

Lo más evidente es que Europa se ha construido desde los Estados-nación, según las necesidades y los recelos de los Estados y a partir de las voluntades de los Estados. Esto nos puede parecer bien o mal, nos puede

indicar que ya estaba en la idea inicial, o que ha sido una traición al proyecto europeísta.

Las voluntades de los Estados no siempre han ido en la misma dirección: las ha habido activas e inoperantes, con el fin de hacer avanzar o frenar; han sido asimétricas, porque el peso de los estados es también asimétrico. Pero adelantemos una consideración: esta Europa tan hecha a medida de los Estados no agota, ni tan sólo comienza, el potencial transformador que podría tener una nueva Europa, capaz de inventar un sistema nuevo de articular la diversidad y hacerla gobernable. Una Europa de los Estados es en el fondo una Europa conservadora, que no satisface las expectativas de la propia evolución y que, por lo tanto, tampoco genera expectativas para la evolución global.

Algunos partidos políticos y algunos sectores sociales adaptaron al horizonte europeo lo que se ha convertido en el lema de la antiglobalización mundial, y en su momento dijeron "otra Europa es posible". Porque, habrían dicho también los mismos sectores, "otro mundo es posible". En ambos casos tienen razón, pero no por completo. Es cierto, otra Europa es posible, otro mundo es posible. Pero no una Europa, sino muchas. No otro mundo, sino muchos. Y de todas estas otras Europas posibles, algunas son mejores y otras peores. En estos momentos, ni en el debate de coyuntura ni, todavía menos, en el debate de fondo es suficiente con proclamarse crítico con la Europa realmente existente, ni tan sólo con el camino que ya se ha recorrido de construcción europea. Al lado de la actitud crítica ahora debe empezar a ponerse el fundamento de alguna alternativa. Y muchas otras Europas son posibles, pero no todas son deseables. Cada uno debe decidir hacia cuál de estas Europas posibles quiere apuntar. Qué defectos observa en la Europa real, así como qué virtudes querría añadir. Este será uno de los objetivos de las páginas siguientes.

La oportunidad de crear un sueño europeo

Cuando tras la Segunda Guerra Mundial, empieza el proceso del que hemos hablado y que debe conducir a la unidad europea, anteriormente ya hemos comentado que la trascendencia del proyecto va más allá del mismo continente. Es una trascendencia que supera las estrictas razones de coyuntura. Ciertamente, en la historia habían existido proyectos de unidad más o menos difusos. Sin embargo, todos habían sido proyectos imperiales, de dominio de Europa bajo un gran poder central hegemónico. El mismo

nazismo se había presentado como un proyecto europeísta. En el imperio romano, el imperio carolingio o el Sacro Imperio romano-germánico planeaba una intención de unidad europea, pero era la unidad de la conquista. El proyecto que nace tras la Segunda Gran Guerra es de una naturaleza profundamente distinta. Es, en sus inicios, un proyecto de confluencia libre y, en el fondo, un proyecto de nueva manera de ordenar y articular el espacio político, la forma de gobernarnos.

Por este motivo, el proyecto europeísta ideal iba más allá, en su influencia, del propio continente europeo. Porque se planteaba en cierto sentido como ejemplo. Europa se reinventaba, redefinía, refundaba sobre bases nuevas y preparándose para un mundo diferente que quizás entonces ya se discernía. Incluso más que la creación de la Sociedad de Naciones, la creación de un espacio europeo unido (o mejor dicho, la generación de un proyecto primero económico y después político que debía desembocar en esta unidad) se planteaba como la propuesta de una manera innovadora de organizar el mundo, que superaba un mapa planetario constituido a través de Estados-nación y de imperios coloniales. Un camino dirigido hacia un nuevo mundo global, que necesitaría formas de articulación y de gobierno también innovadoras. Una Europa unida podría ser la maqueta para un nuevo mundo global, que se podía empezar a intuir, organizado y gobernado a través de grandes espacios de confluencia, no sólo el europeo. Y una Europa unida podía ser también una fórmula para canalizar la presencia y el peso del mundo occidental en este mundo global que la tecnología, las comunicaciones y los transportes permitirán ya adivinar. Era, según un eslogan que hizo fortuna más tarde, llevar la imaginación al poder. Arrinconar las rutinas.

El sueño de la Europa unida

Este primer sueño de Europa no era simplemente una esperanza positiva. Era también una reacción. La idea de conseguir una Europa unida nacía de la voluntad de futuro, así como del miedo por el pasado. Europa había sufrido dos guerras continentales terribles en treinta años. El núcleo fuerte de Europa, Alemania y Francia, había combatido abiertamente tres veces en setenta años, y aún deberíamos añadirles las guerras napoleónicas, en los últimos dos siglos. Gran Bretaña entraba en la posguerra con la intuición de que el nuevo orden mundial acabara con los imperios coloniales y que, por tanto, no tan sólo Gran Bretaña si no el conjunto de países europeos se replegarían en su territorio continental; y este es, sin duda alguna, una de las razones que

motiva a Churchill a lanzar la idea de la unidad europea, incluso antes del fin de la guerra.

Pero al llegar este final, la Unión Soviética de Stalin se convierte en una amenaza física sobre el conjunto del continente europeo: después de la Segunda Gran Guerra, empezaba una tercera guerra mundial, la guerra fría, de características distintas a las dos anteriores, pero no menos guerra, en la cual Europa tenía todas las posibilidades para volver a convertirse en terreno de juego. Una guerra fría que, finalmente, dejaba a los europeos por primera vez en la historia en una posición subsidiaria, prisioneros entre las dos grandes potencias: Estados Unidos y la Unión Soviética. Una Europa Unida parecía la única salida entre dos gigantes, pero una hipotética Europa gigante no podía tener en ningún caso ni la homogeneidad ni la unidad de los dos grandes que le cubrían el flanco atlántico o le amenazaban el flanco del este.

Todos estos elementos de coyuntura participaban en el sueño europeo, y los analizaremos más adelante. Pero en este sueño inicial, se mezclan expectativas de otro tipo. Era una reacción contra el fantasma de la decadencia de Europa, heredero del fantasma spengleriano de la decadencia de occidente. La historia europea está colmada de imperios ascendentes y descendientes. Desde el imperio romano al imperio español, desde aquel imperio otomano que había empezado el siglo como el gran enfermo de Europa y lo acabaría en una posición defensiva y subsidiaria, hasta un imperio austro-húngaro que había sido definido como una prisión de los pueblos y había terminado pariendo una multitud de Estados inestables y entremezclados.

Ahora, el conjunto del continente era el que podía verse amenazando por la decadencia y la marginalidad. La guerra había destruido ciudades y fábricas, carreteras y ferrocarriles. Europa, en su momento, había salvado el reto de la apertura al Atlántico e incluso al Índico. Y empezaba a perfilarse la idea de que el mundo nuevo cabalgaba sobre el Pacífico, en un mar entre Estados Unidos y Rusia, el mar de la China y Japón, el mar donde había acabado la guerra que había empezado en Europa. La unidad europea era una reacción contra la amenaza de decadencia que se anunciaba en este desplazamiento del eje político y económico mundial, desde el Atlántico hacia el Pacífico.

Por esta razón, en los años cuarenta del siglo XX, se podía hablar de la gran oportunidad de generar un sueño europeo. Un sueño que al principio se encarna en iniciativas de apariencia muy modesta y centradas en el campo económico. La Comunidad del Carbón y del Acero. Los elementos

necesarios para hacer la guerra, no lo olvidemos. Los primeros pasos se dan en el campo de la economía, porque el marxismo ha introducido en la conciencia colectiva una verdad a medias: que las superestructuras nacen de las infraestructuras, que las ideas y los proyectos políticos traducen relaciones económicas y de producción; y, en contraposición de forma, como decía Max Weber, los cambios en las ideas, los cambios en las infraestructuras, pueden provocar modificaciones en la economía, en la superestructura, de manera que puede ser cierto tanto que el protestantismo es hijo del capitalismo como lo contrario: que la ética protestante asienta los fundamentos para la aparición de un nuevo capitalismo. En cualquier caso, el sueño europeo se pone a caminar sobre unas muletas cortas y tímidas de imaginación miedosa. Más adelante pagará las consecuencias.

No obstante, existe la posibilidad de crear un sueño europeo. O diversos sueños europeos. En cualquier caso, diferentes a lo que hemos llamado sueño americano. El sueño americano es un proyecto de progreso individual, un horizonte personal o familiar en un mundo nuevo donde todo es posible. El sueño europeo es un sueño colectivo, en un mundo antiguo castigado por la guerra, y donde no todo es posible. El sueño americano, en cierto sentido, ya ha sido cumplido, ya se ha materializado. Ya se ha creado una sociedad orientada a este triunfo individual, el reino de la voluntad individual. El posible sueño europeo debería ser una alternativa o un ejemplo, pensado para Europa, pero con todo el mundo como paisaje, pensando en el futuro. No obstante, en muchos aspectos el sueño no llega a ocurrir. Nace sólo un proyecto, cargado de ambiciones, así como también de lastre. Si el espacio europeo llega a cuajar, si encuentra una fórmula feliz, existen otros espacios en el mundo que pueden seguir esta ruta: el mundo islámico, América Latina, el Sudeste asiático, Oriente Próximo... Pero el proyecto europeo nace en unas condiciones claramente definidas y con unos horizontes y expectativas específicas. Las analizaremos a continuación.

Reacción contra la guerra

Probablemente, el primer objetivo en orden cronológico y por importancia, en la aparición del sueño europeo, era evitar la guerra en el interior del continente. La Europa moderna y contemporánea, que se inicia convencionalmente con la invasión de Constantinopla por parte de los turcos, ha vivido la guerra como un mal endémico, permanente. Y no tan sólo en sus hipotéticas fronteras orientales con el imperio otomano, si no en el

mismo centro de la península europea y especialmente en su zona occidental. La rivalidad franco-alemana ha provocado que el núcleo de Europa occidental siempre haya estado castigado por los conflictos. No obstante, debemos añadir la anterior rivalidad franco-británica, los enfrentamientos en Europa y en ultramar de los imperios británicos y español, la Italia entendida como campo de batalla desde la Edad media hasta más allá de su independencia, en pugna con el imperio austro-húngaro. En 1945, Europa llevaba a sus espaldas casi cinco siglos de guerras permanentes, con escasos períodos de entreguerras.

A pesar de ello, Europa había vivido un sueño de paz, una ilusión de tregua entre el final de la guerra franco-prusiana del 1870 y el inicio de la Gran Guerra del 1914. Al margen de la guerra de los Balcanes y de los conflictos estrictamente civiles, fueron casi treinta y cinco años de paz en los que se generó aparentemente el mito del balneario europeo, del verano de Europa. La literatura nos ha dejado numerosos y brillantes testimonios. Habla de ello George Steiner en "En el castillo de Barba Azul" y lo hace de una manera chocante Stephan Zweig en sus memorias: "El mundo de ayer. Memorias de un Europeo". El progreso tecnológico, las grandes exposiciones y la expansión colonial, crearon la ilusión de que Europa había llegado a un equilibrio estable, sólido.

En las memorias de Zweig, se refleja claramente la sorpresa y el dolor con la que una parte de los intelectuales europeos vio cómo se gestaba vertiginosamente en 1914 (tras el asesinato del Archiduque) una guerra que les parecía imposible, un odio entre europeos que consideraban superado por la cultura y la civilización. Volveremos al tema más adelante (precisamente siguiendo unos comentarios de Steiner), aunque vale la pena subrayar desde ahora alguna de las similitudes entre el espejismo de paz eterna que los europeos quisieron creerse en aquel fin de siglo y el que nos hemos construido en las últimas décadas.

Cuando todo aquel mundo que parecía tan sólido y tan estable empezó a fracasar, Europa quedó perpleja. Pero inmediatamente después del fin de la Gran Guerra, tras contemplar aquella carnicería feroz, las bajas incontables de las batallas de las trincheras y la nueva poderosa maquinaria bélica, Europa se construyó otra quimera frágil de paz eterna: después de aquella salvajada, la guerra ya no volvería a ser posible. Las naciones habrían quedado inmunes contra la guerra. Los años veinte son una nueva versión, reducida y aún más frágil, de la ilusión de paz que los europeos habían establecido a finales del XIX. La humanidad y la civilización habrían avanzado lo suficiente como para que Europa no volviera a ser durante

bastante tiempo el escenario de otra carnicería horrible.

En este sentido, la Segunda Guerra Mundial confronta a los europeos con la fragilidad de espejismo de paz que habían querido construirse. Es un cúmulo de decepciones: decepción de la cultura y de la civilización. El progreso no es suficiente para detener la barbarie. Al contrario: algunas de las nuevas formas de barbarie, el holocausto judío en primer lugar, pero también los bombardeos de las ciudades, las muertes de civiles en Gernika, Londres, Dresden o Hiroshima, aparecen asociadas a la ciencia y a la técnica. Efectivamente, sabemos que la ciencia y la técnica no originan la catástrofe, pero también vemos que los progresos científicos y técnicos no son suficientes para evitarla. Es una decepción profunda, central, de la que nace una necesidad de fórmulas dispares para garantizar la paz.

La frontera franco-alemana ha sido el punto álgido que ha centrado todas las últimas grandes guerras en Europa. Por este motivo, el proyecto europeo alberga en su seno el intento de superar, por elevación cultural, la eterna disputa franco-alemana. Un intento de enfriar esta frontera, a través de la creación de un espacio más amplio. Probablemente, si a los primeros impulsores no estrictamente políticos, aunque tampoco estrictamente utópicos, de la unidad europea les hubiéramos pedido que justificasen su iniciativa en una frase corta, nos hubieran dicho: se necesita unidad europea para evitar la guerra en Europa; pensando, sin duda, en las guerras endémicas del pasado; pensando en las grandes decepciones de los cincuenta años anteriores; pero pensando a su vez en las nuevas amenazas que pesaban sobre el continente en aquellos precisos momentos.

Alguien ha escrito, con cierto sarcasmo, que Stalin es el gran padre de Europa unida. No es del todo falso: el otro gran motor del principio de la unidad europea es la amenaza de la Unión Soviética estalinista. Europa se une por miedo a la guerra, pero se une además por miedo a Stalin. Y este origen histórico motiva que el embrión de Europa sea de una determinada manera. En primer lugar, geográficamente: sólo llega hasta el Telón de acero y por tanto prima el eje franco-alemán, y un núcleo occidental completado por Gran Bretaña e Italia. En segundo lugar, militarmente: Europa nace como un embrión de potencia económica mundial, y no como potencia militar, porque ante la amenaza soviética delega su defensa (y este "delegar" es en parte un eufemismo del abandono) a Estados Unidos, con el ahorro que esto supone en todos los sentidos. En tercer lugar, políticamente. Europa nace como un Club de democracias del que quedan excluidas las dictaduras comunistas del Este, así como las dictaduras militares del Sur.

En cualquier caso, es evidente que la primera Europa unida es fruto principalmente de la guerra fría. La coincidencia en el tiempo no es una casualidad: los primeros pasos hacia la unidad se dan en paralelo a la declaración implícita de la guerra fría, que es una guerra entre potencias, pero también una guerra entre bloques. Y Europa unida forma parte fundacionalmente de uno de los bloques, hasta el punto de generar suspicacias de alineación en la siempre neutral Suiza, que desde un punto de vista geográfico, político y económico es más Europa que nadie.

Pero la Europa unida también es fruto de la memoria de la guerra; de la memoria reciente de un conflicto endémico entre Francia y Alemania; de la memoria más antigua relacionada con sus propios orígenes étnicos y culturales: una gran diversidad de Pueblos sobre un territorio limitado que ha sido fuente de conflictos, que sólo se pueden resolver a través del choque o a través del pacto.

La heterogeneidad fundacional de Europa, esa calle sin salida de los Pueblos que durante milenios se han ido sedimentando en Europa, a menudo mezclados sobre un mismo territorio y con frecuencia superpuestos, o bien se resuelve a través del pacto o bien se desliza al conflicto abierto. Durante siglos, la relación entre los Pueblos ha sido de choque. Cansados de la guerra, asustados por una nueva guerra, decepcionados de los espejismos de paz de finales de siglo XIX y de los años veinte, y conscientes de que están perdiendo fuerza en el mundo, algunos europeos, deben ver que ha llegado el momento del pacto.

Recuerdo que en plena guerra de los Balcanes, tras volver de la zona del conflicto, tuve la ocasión de mantener algunas conversaciones donde intentaba explicar desde el punto de vista de la información lo que estaba ocurriendo. Elaboré un mapa de Bosnia, donde se señalaban los enclaves serbios, croatas y musulmanes anteriores a la guerra. Era un mapa complicadísimo, tan mezclado que yo lo llamaba mapa a *topos*. En el coloquio, algunos alumnos de instituto comentaban que un mapa tan disperso y fragmentado como ese llevaba inevitablemente al conflicto. Yo les decía entonces que en Europa existía un mapa que, bien visto, se asemejaba notablemente al de Bosnia y que estaba igual o incluso más fragmentado y disperso que el de Bosnia. Se trata del de Suiza, más fragmentado todavía, ya que se combinan religiones diversas, así como lenguas y niveles de desarrollo económico diferentes. Y que esto fue también motivo de conflicto. La diferencia, les decía, en términos muy generales y con voluntad pedagógica, es que estos conflictos en Bosnia los querían resolver a tiros y en Suiza se habían ido resolviendo por la vía del pacto. En

cierto sentido, el sueño profundo de paz de Europa debe reposar en esta disyuntiva, y optar por la vía suiza y no por la vía balcánica para gestionar la propia diversidad.

Un sueño de progreso

Europa unida, vista sobre todo desde algunos países que quedaron inicialmente excluidos, era un club de ricos. No estaba claro, si se me permite decirlo con cierta frivolidad, si era necesario ser rico para entrar o si, más bien, te hacían rico cuando pasabas a ser miembro. Esta era la perspectiva, recordada por muchas personas, que imperaba desde los Estados del sur de Europa que no formaban parte del núcleo inicial, entre otras cosas porque sus regímenes políticos no lo permitían, y que eran países pobres en relación a los de la Comunidad Económica Europea: España, Portugal, Grecia... Para los ciudadanos de estos países, entrar en la Comunidad era un sueño económico, un sueño de progreso y bienestar. También era un sueño político: era obvio que no se entraría hasta que los propios regímenes fueran homologables respecto a los de los países comunitarios. Formar parte de un mercado común se percibía, en general, como una oportunidad en lugar de como una amenaza. Europa tenía el prestigio de aquellos clubes de los que querías formar parte y todavía no te admiten.

Esta percepción, que duró varios años en los Estados del Sur de Europa, también se produjo en cierto porcentaje en los países del este, tras la caída del muro de Berlín y la derrota de los regímenes comunistas. Para aquellos países, Europa continuaba siendo una oportunidad y una promesa de bienestar. Recuerdo que tuve la ocasión de presenciar la campaña para el referéndum de independencia de Eslovenia. Para sorpresa de muchos de los observadores, la campaña tenía una épica patriótica realmente escasa. No era una campaña de himnos, banderas y afirmación nacional. El discurso de los partidarios de la secesión era muy sencillo: nuestro futuro económico depende de entrar en la Unión Europea; entraremos antes solos que teniendo que arrastrar el conjunto de Yugoslavia. Eslovenia era sin duda la zona más rica de la antigua Yugoslavia. A su vez (aunque esto pertenece a otro ámbito de reflexiones) la más homogénea étnicamente. Sus lazos con Austria e Italia eran muy estrechos. Los eslovenos votaron a favor de separarse de una Yugoslavia donde ya se empezaban a adivinar los síntomas de una futura guerra civil, fundamentalmente por razones económicas y ansía de prosperidad y progreso europeo. El mismo proceso se proyecta en un momento determinado sobre Hungría, sobre Checoslovaquia

o sobre Polonia en idénticos términos y con la misma intensidad que se había proyectado sobre España, Portugal y Grecia. La voluntad de participar en un club de ricos, la necesidad de salir de un escenario donde la dictadura y la pobreza se combinaban y parecían (quizás no con toda justicia) dos caras de una misma moneda.

Y verdaderamente, la Unión Europea es un club de ricos. Pero se mantiene la misma pregunta: ¿es necesario ser rico para formar parte de él o te hacen rico cuando entras? Es obvio que el núcleo constituyente de la Comunidad Económica Europea era un núcleo históricamente rico. Algunas de las grandes potencias industriales del siglo XIX son países que han hecho la revolución industrial. Destrozados en parte por la guerra, aunque con una infraestructura productiva y sobre todo con una cultura económica e industrial muy alta. El principio del proceso hacia la unidad europea, al final de la guerra y al principio de la guerra fría, está marcado por una decisión política de grandes repercusiones económicas: Estados Unidos necesita una Europa rica, piensa que una Europa occidental (la que ha quedado bajo su paraguas en la nueva repartición bipolar del mundo), deprimida y pobre es un campo abonado para el comunismo y, por tanto, una ventaja estratégica para la Unión Soviética. Y por ello, Estados Unidos se implica directamente en la reconstrucción económica de Europa y muy especialmente en la reconstrucción económica de Alemania, motor de Europa occidental, pero también frontera avanzada con el bloque del Este. El Plan Marshall, es un plan que también empuja a Europa hacia la unidad.

Tengamos en cuenta que algunos de los países que quedaron bajo la órbita soviética son potencias industriales históricas, y también habían hecho su revolución industrial. Pero en cierto sentido, el comunismo les rompió la trayectoria, convirtiendo sus estructuras económicas en obsoletas, y su propuesta en un objetivo de igualdad más que de progreso. La evolución en paralelo pero con divergencias profundas entre las dos Alemanias durante la guerra fría sería el ejemplo. Al acabar la guerra, las dos Alemanias estaban en una situación muy parecida, a pesar de una ligera ventaja de lo que sería la RFA en cuanto a la concentración industrial. Pero cuarenta y cinco años después, cuando se produce la reunificación, la RDA (¡que es el país industrialmente más potente de la Europa del Este!) aporta una industria obsoleta, cargada de pasivos sociales además de ecológicamente más insostenible. Y tras la unificación, se produce cierta confluencia entre las dos Alemanias, pero no una repetición tardía al este de lo que fue el milagro alemán en el Oeste. Las diferencias culturales, no de cultura académica, si no de visiones del mundo y de sistemas de valores, todavía son visibles, y no

de una manera positiva para el Este.

En el frontispicio del proceso de la unidad europea, reside un principio que cada vez ha adquirido más importancia: para que exista unidad política y económica debe haber una determinada homogeneización de los niveles económicos entre los diversos territorios; deben superarse los grandes desequilibrios. Por tanto, desde su inicio, Europa unida ha querido generar políticas de redistribución con el fin de igualar las rentas y las capacidades económicas de todas las zonas que lo forman. Al principio, Italia fue la gran beneficiada de estos flujos, que normalmente van de norte a sur; después, fueron los países mediterráneos que se incorporaron a la Unión; ahora, deberán ser los países del Este. Se habla de fondo de cohesión y en cualquier caso se inyectan recursos provenientes de los países más potentes y que van a los países aparentemente más necesitados. Esta idea de una Europa providente, de una Europa que drenará recursos de los países ricos para inyectarlos en los países no tan ricos, esta idea de Europa como solución económica para los que tienen la suerte de ser admitidos en el club, ha alimentado también durante años el europeísmo en los países pobres o, si se quiere, menos ricos.

Pero ahora, todavía podemos hacernos algunas preguntas que intentaremos responder parcialmente en capítulos posteriores, cuando contrastemos este sueño europeo con la realidad: ¿Hasta qué punto el progreso real de muchos países que se han ido incorporando a la Unión viene precisamente de esta incorporación? ¿Hasta qué punto no se produce previamente, y por otros motivos? ¿Hasta qué punto este flujo sistemático de recursos ha provocado una cultura de la subvención pública que actualmente se ha convertido en un obstáculo para el progreso?

Un modelo de bienestar compartido

Si entre los principios básicos del proceso de unidad europea constaba el de combatir los desequilibrios entre los territorios, también se incluía el de combatir o restar los desequilibrios internos de cada uno de los territorios y cada una de las sociedades. Construida bajo la sombra del libre mercado y en contraposición al modelo de igualitarismo severo de los países comunistas, la Europa unida no podía hacerse con este igualitarismo absoluto, aunque necesitaba crear un modelo de bienestar repartido y compartido, un modelo sin desequilibrios profundos. En parte, por convicción ideológica; en parte, por la misma razón que hay detrás del Plan Marshall: en

el contexto de la guerra fría, no interesa una Europa occidental pobre ni, si fuese posible, con pobres, que sería terreno abonado para el comunismo.

Europa quiere construir así un modelo de Estado y de sociedad que sin salirse de las reglas del juego del libre mercado, combata los desequilibrios sociales y generalice el bienestar. Las dos grandes fuerzas políticas sobre las que se construye el proceso de la unidad europea, la democracia cristiana y la socialdemocracia, comparten la idea de un Estado fuertemente intervencionista, muy presente en la vida cotidiana, que drena recursos de las rentas más altas con el fin de generalizar unos servicios sociales básicos, haciéndolos extensivos al conjunto de la población. Es lo que llamamos el Estado del bienestar, que ha tenido su máxima expresión en la Europa de la posguerra, particularmente en el centro y el norte. Aunque no sea necesario decirlo, este no es el modelo de relación entre el Estado y el ciudadano que rige la otra gran sociedad occidental: Estados Unidos.

En Europa, la democracia cristiana llega mediante la vía de la sensibilidad social de inspiración religiosa y humanística: la socialdemocracia, por que considera que el estado del bienestar es la intersección posible y deseable entre sus principios igualitaristas y la realidad del mercado. Todo el mundo se ha percatado de algo: puede existir libertad de mercado sin libertad política; lo que no puede existir es libertad política sin libertad de mercado. Keynes y su escuela se encargan del resto. El economista más influyente del siglo XX deja preparada la teoría que permite a los gobiernos una intervención intencionada en la economía.

En Europa, sobre todo en la posguerra, lo que llamamos vulgarmente capitalismo, intenta y consigue desmentir lo que para el viejo marxismo era un dogma de fe: la evolución económica de la sociedad hará que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. El Estado del bienestar, con lo que representa de corrección y reforma del capitalismo, responde diciendo (y también con hechos) que es posible que el conjunto de la sociedad sea más rica sin que eso profundice, sino que más bien disminuya las diferencias sociales. En algunos casos, pagando el peaje de restar en algunos sectores sociales el estímulo de la competitividad, y de la voluntad de mejora a través del propio esfuerzo que ejerce de motor del progreso.

Sólo algunos años más tarde, el viejo marxismo, perplejo, viéndose obligado a reconocer que eso ha sido así en las sociedades occidentales y especialmente en las de la sociedad del bienestar, intentará rehacer su discurso y sustituirá los individuos por los territorios: para que algunos países puedan ser cada vez más ricos, otros han de ser cada vez más pobres. Dicho sea de paso, ahora estamos aquí, por lo que refiere al debate. A pesar de

que, a mi parecer, se intuye que esta afirmación es tan falaz y apriorística como la que se refería a los individuos. Contra la idea marxista, que nos presentaría la riqueza del mundo como un pastel limitado ante el cual la riqueza debería repartirse según un principio de vasos comunicantes (si sube de un lugar es que está bajando de otro), la idea capitalista, liberal o socialdemócrata por igual, sería que el pastel se pudiese ir agrandando de manera que se incremente la parte de todos al mismo tiempo. Quizás no todos los incrementos serían en la misma medida, pero todo sería posible de una manera simultánea.

En cualquier caso, podemos decir que en el sueño europeo formado en los inicios de la última posguerra en Europa no era tan sólo un proceso de ordenación de espacio geográfico, sino también un modelo político y un modelo social. A la idea de Europa se iban incorporando territorios no en la medida en que pertenecían o no a su espacio geográfico, en el que obviamente siempre han estado, sino en la medida que iban adoptando el modelo. Y los exámenes en la puerta de Europa no han sido evidentemente sobre el mapa, sino sobre el modelo político y social, que reposa sobre tres pilares: la democracia política, el progreso económico a través de una economía de libre mercado avanzada, y el Estado del bienestar entendido como un sistema de generalización de este progreso. Con esta receta se podía construir la unidad europea y con esta unidad se podían evitar las guerras endémicas y la decadencia de Europa occidental, pilar de una civilización compartida con América del Norte y con otros países como Australia y a la que se quiere atraer a América central y del Sur.

Asimismo, este proceso se desarrolla en un momento en el que era hegemónico un análisis muy economista de las relaciones sociales. Los métodos de interpretación dominantes coincidían en que el origen de los conflictos eran las desigualdades y las competencias económicas, los choques de intereses. Europa ofrecería progreso y bienestar, por que son el bálsamo contra la tensión social de raíz económica. Por otra parte, en aquellos momentos se menospreciaba la participación en la génesis de los conflictos de elementos menos materiales: las identidades, las maneras de ver el mundo, las cosmogonías, las ideas. Europa empieza a articularse con el carbón y con el acero y antes es Comunidad Económica Europea que Unión Europea. Todo apunta a la economía. Ahora, nos vamos percatando de que la economía no lo es todo.

La articulación de la diversidad

Desde el primer instante en que se plantea el proyecto de unidad europea, sus padres fundadores se dan cuenta inevitablemente de lo siguiente: Europa es el espacio de la diversidad. Europa sólo podrá ser, si es capaz de articular la diversidad. A veces, se habla de Estados Unidos de Europa, en paralelismo con los Estados Unidos de América. O incluso se puede llegar a encontrar cierto paralelismo entre el nombre de la Unión europea y el de la Unión Soviética. Cuando se empieza el proceso unificador en medio de la guerra fría, Europa aparece (sobre todo desde el punto de vista económico; no tanto desde el político; y nada desde el militar) como una tercera gran potencia universal. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Unión Europea. En los nombres de las tres grandes potencias (China y Japón quedaban todavía muy lejos, especialmente desde nuestro tradicional eurocentrismo) aparece el término "unión" o uno de sus derivados. Pero es evidente que lo que se une, las piezas de estas uniones, son claramente diferentes en los tres casos.

Tomamos sólo como símbolo un aspecto visible pero nada menor, como es el de la lengua. Un viajero puede atravesar Estados Unidos de punta a punta, desde Nueva York hasta California, hablando sólo inglés. Un viajero puede tomar el tren a Moscú y llegar a Vladivostok hablando sólo ruso. El mismo viajero si quiere ir de Lisboa a Varsovia, pase por donde pase, si quiere entenderse con la gente deberá cambiar muchas veces de lengua o usar una lengua franca, que no será por cierto la de ninguno de los territorios que atravesará. Y la lengua es tan sólo un ejemplo. Sin embargo, es obvio que las piezas que se unen para dibujar el rompecabezas europeo están dotadas de un grado mucho más alto de heterogeneidad que las que configuran, o se puedan configurar, en los demás grandes espacios planetarios.

Los estados que forman Estados Unidos responden a divisiones territoriales para nada gratuitas ni azarosas. Son el producto de realidades históricas modernas pero potentes. El espacio norte-americano, inmenso en relación a una población inicial muy reducida, produce caracteres específicos a partir de una geografía también muy diversa, pero con una raíz cultural y lingüística común que mantiene a la población mucho más homogénea que en Europa. Canadá sería un espacio dotado de más heterogeneidad interna, pero con un número de piezas relativamente pequeño. Y el espacio del Nafta, del tratado económico y comercial del Norte americano, no tiene la ambición política y el horizonte de futuro de la Unión Europea: es un tratado de carácter más convencional y especializado.

En cuanto a la antigua Unión Soviética e incluso la Rusia actual, a

pesar de incluir una gran heterogeneidad interna (lo suficientemente conflictiva, como hemos visto en Chechenia), su estructura se asemeja en mayor medida a la de los antiguos imperios que a la de una unidad concertada y convenida como ha de intentar ser la Unión Europea; no tiene punto de comparación. Como el antiguo imperio ruso, este espacio que abarca desde Ucrania a Vladivostok presenta en cualquier caso una heterogeneidad jerarquizada, con una hegemonía rusa bajo la cual existen otras realidades, pero en cualquier caso con un papel subsidiario. Puede decirse que Rusia está libre del problema de la heterogeneidad europea, porque aún no tiene más proyecto que el de mantenerse como es.

Por todo eso, el proyecto de la Unión Europea es, sin otra posibilidad que la de serlo, un gran pacto para una nueva articulación de la diversidad. La diversidad puede ser percibida como una ventaja o un inconveniente. Recuerdo muchas reuniones con productores europeos de cine que situaban aquí las causas de la debilidad de la industria audiovisual propia, en relación a la de Hollywood. Una producción norteamericana nace con un mercado interior homogéneo lingüística y culturalmente de casi trescientos millones de personas. El mercado interior ya permite una ambición y un gasto considerables. Contrariamente, cualquier película europea nace en un mercado lingüístico y cultural mucho más limitado y que en ningún caso comprende toda Europa: una película alemana es tanto o más extranjera en París que una película norteamericana. Esto impide generar una musculatura industrial, en las industrias de la cultura, como la que poseen en Estados Unidos.

Por tanto, la diversidad puede ser una dificultad económica, pero también una riqueza cultural que se convierte en virtud: la de una gran pluralidad de voces. Pero en cualquier caso, Europa es lo que es. Y es inimaginable crearla como un espacio homogéneo. La heterogeneidad es su característica. Y según se mire, la mayor y mejor característica del espacio europeo. Cuando alguien dice en voz alta que quiere una Europa unida, descartando por imposible la opción de una Europa homogénea y la lejana posibilidad de una Europa que funcione como una unión pueblos, de lo que se trata es de decir con qué rapidez se articule su diversidad.

Muchas de las realidades culturales europeas sin un reconocimiento suficiente, muchos de los pueblos de Europa escondidos e invisibles detrás de la cortina de los Estados, participaron aunque sólo fuera durante unos instantes del sueño de una Europa que, como debía ser obligatoriamente diversa, los acabaría reconociendo, y les acabaría haciendo visibles.

El proyecto europeo debía incluir forzosamente una propuesta de articulación más justa y eficiente de la diversidad. En primer lugar, porque si no la recogía no servía para una Europa esencialmente diversa, fragmentada, llena de pueblos, de lenguas, de culturas, de orígenes, de historias. Pero también porque si no la recogía, no cumpliría correctamente los objetivos para lo que fue imaginada. Decía antes, que la unidad europea se pone en marcha en un momento en el que se sobrevalora el papel de la economía y de los intereses en la génesis de los conflictos: se dijo que es la única causa real. En la segunda mitad del siglo XX, nos hemos dado cuenta (o deberíamos de haberlo hecho) de que detrás de los conflictos existen efectivamente choques de intereses, pero también problemas en la gestión de la diversidad.

Los Balcanes, citados ya en diversas ocasiones, son un ejemplo claro. Aquellos que consideren que sólo ocurren guerras cuando hay petróleo de por medio no tienen fácil explicar el motivo de la última guerra de los Balcanes. Porque el petróleo es importantísimo; demasiado importante, sin lugar a dudas, y un cambio en los modelos energéticos que nos hacen menos dependientes de los combustibles fósiles sería un gran paso hacia la prosperidad del mundo y también para la paz. Pero no todo lo explica el petróleo. Los choques entre las identidades y las formas de ver el mundo, las maneras de articulación de la diversidad intrínseca en la especie humana, también forman parte de la historia de los conflictos y de la su resolución. El proyecto de Europa debía ser el de una nueva articulación de la diversidad, porque sin esto tampoco hubiera podido ser un proyecto de paz y de progreso.

Esta nueva articulación de la diversidad era también una oportunidad para una organización más eficiente de los gobiernos. Existe una constatación básica, indudable: los gobiernos pueden ser más eficientes en unidades pequeñas, asequibles, que en espacios enormes y centralizados. En la primitiva idea de Europa, esto se tradujo en el principio de subsidiariedad, cuyo significado era exactamente ese: que siempre es mejor resolver los problemas del ciudadano en un ámbito que le sea próximo y tangible, que en uno lejano. Pero este principio habría podido apuntar, combinado con la necesidad de reconocer las diversidades reales, hacia dos constataciones más.

La primera, y la más sencilla, la necesidad de la descentralización. Ciertamente, no es lo mismo descentralizar administrativamente para acercar el gobierno a los ciudadanos que reconocer las realidades vivas de los Pueblos; pero son cosas que pueden ir en la misma dirección,

perfectamente compatibles.

La segunda constatación es que son más eficientes (y se ha demostrado en los últimos años) los gobiernos de entidades políticas de tamaño medio que la maquinaria de los estados grandes, que siempre tienden a la centralización y al gigantismo de los aparatos de poder. En las últimas décadas, estados pequeños como Dinamarca, Finlandia o Irlanda han demostrado su agilidad para adaptarse a las nuevas realidades como, por ejemplo, las tecnológicas. Y han demostrado ser espacios más gobernables, más próximos a cada uno de los ciudadanos, más flexibles y más participativos que los estados de molde jacobino, algunos de ellos con vagas resonancias imperiales. La subsidiariedad, la descentralización, el reconocimiento de la realidad de los Pueblos, permitían imaginar un mapa de Europa en el que, con un esfuerzo de imaginación y de realismo, sería posible gobernarse en un gran marco común continental, pero con diversas unidades menores, a la medida humana, ágiles y adaptables, donde serían posibles formas mucho más participativas de la política. Todos estos objetivos eran diferentes, pero podían confluir. Construir un sueño incitante de Europa era buscar la manera de avanzar en estas direcciones, también perfectamente compatibles.

Un lugar para Europa en el mundo

No es excepcional, en la historia de las ideas, que ciertas aportaciones interesantes en ellas mismas, que pueden participar en una interpretación más completa de la realidad, queden deslegitimadas y desautorizadas cuando alguien hace un mal uso o una lectura maximalista, tomándolas como la única interpretación posible. Marx nos aporta, por ejemplo, una lectura economicista y dialéctica de la historia de la que hoy nadie puede prescindir totalmente. Pero cuando esto se ha convertido en un dogma, el único factor para interpretar la historia y el presente, haciendo olvidar cualquier otro, ha generado lecturas perversas del pasado y sobre todo proyectos totalitarios de futuro. Con todas las distancias, cuando Huntington formula su teoría sobre el choque de civilizaciones, nos está diciendo algo que me parece del todo cierto: no podemos explicar los conflictos de nuestro tiempo si no tenemos en cuenta que, en el lado de fricción entre los intereses, también existen otras fricciones entre las maneras de ver el mundo. Cuando esto se convierte en una lectura unívoca, cuando todo se intenta explicar en función del choque de civilizaciones, cuando se quiere confundir civilización con religión (presentando, por ejemplo, el islamismo como una

civilización) se pierde la lógica del razonamiento. Por ese motivo, cuando alguien ha querido explicar el mundo actual (y actuar sobre él) como si todo lo que está ocurriendo fuese un choque de civilizaciones, se acaban adoptando soluciones equivocadas.

En el momento en que se gesta la idea de la unidad europea, el pensamiento de Spengler expresado en el su libro "La decadencia de Occidente", vive un periodo de descrédito. El mal uso por parte del nazismo y las lecturas maximalistas realizadas por algunos totalitarismos en Europa, en su intento de usarlo como fuente de legitimación de su pensamiento, consiguen deslegitimar Spengler.

La idea básica de este pensador, que la historia de la humanidad era la sucesión de diversas civilizaciones que suponían también sucesivas decadencias, mantenía entonces y mantiene todavía una gran influencia subterránea. Y es cierto que, a pelota pasada, una parte de la historia parecía encajar en este esquema. Lo que Spengler no acertó ver desde su atalaya totalitarista y militarista, es que las civilizaciones, al igual que los humanos que las han protagonizado, pueden romper sus ciclos spenglerianos. Existen infinidad de personas que lo hacen. Anónimamente, o clamorosamente. Encontramos muchísimas personas y familias que con su voluntad han roto ciclos como el de las famosas tres generaciones observadas por Spengler. Europa, que no es por sí misma una civilización, si no que participa en una civilización más general, Occidente también puede aprender a romper estos ciclos, al menos internamente en el propio continente. Además, esto podía formar parte del sueño, de la gran oportunidad de la unidad europea.

Europa se había sentido el centro del mundo hasta la segunda guerra mundial. Su final va asociado —no ya entre los alineados en la parte de los vencidos, si no también en la parte de los vencedores— a la descubierta que este papel central está comprometido, amenazado. Que se ha producido un salto en el ciclo histórico. En el nuevo ciclo, Europa tiene más posibilidades de ser escenario de la historia (el tablero de ajedrez donde juegan la principal de sus partidas simultáneas los Estados Unidos y la Unión Soviética) que protagonista o jugador de la partida. Mediante el uso o no de la palabra, Europa se enfrenta a una amenaza de decadencia. La palabra no se usa demasiado, porque forma parte de un vocabulario rechazado. Pero en otro sentido, no en el que usa Spengler, si no en la idea de pérdida de peso en el mundo y de pérdida de horizonte de futuro, la idea de decadencia, la amenaza de la decadencia, la necesidad de reaccionar,

forma parte del paisaje intelectual en el que se genera la unidad europea.

Por ejemplo, la tradicional distancia británica respecto al continente (Gran Bretaña siempre ha estado más unida de una manera especial a Estados Unidos que al resto de Europa) queda compensada por una intuición extremadamente acertada de Churchill: el final de la guerra mundial significará el inicio de un proceso generalizado de descolonización, en el cual los diversos Estados europeos deberán irse desvinculando de sus territorios de ultramar. En cierto sentido, la unidad europea es la compensación de esta pérdida de peso que representa el fin de los imperios coloniales y el principio de una nueva forma de influencia exterior, que algunos llamarán después neocolonialismo o imperialismo, pero que tendrá entonces otros actores principales. Estados Unidos, pero también la Unión Soviética.

Europa había formado su liderazgo universal a través del dominio de la ciencia y la técnica, así como gracias a unos excedentes de población que se mezclaron en otros continentes, ya sea como minorías dirigentes o como masas inmigrantes. Pero este liderazgo no era europeo, en sentido estricto. Era español o portugués o francés o británico o alemán u holandés. Y de una manera no conjunta, contradictoria y confrontada. En cualquier caso, los Estados europeos, uno a uno, no estaban en condiciones de mantener ni la sombra de esta hegemonía.

Uno de los muchos males terroríficos perpetuados por los totalitarismos de los años treinta en Europa fue obligar el éxodo de toda una generación de talento artístico y científico, en beneficio de Estados Unidos. Además del exterminio físico de millones de personas, los totalitarismos expulsaron de Europa una generación de músicos, de pintores, de científicos, de hombres y mujeres de letras y ciencias. La hegemonía cultural norteamericana en el siglo XX se fortalece físicamente con personas formadas en Europa y recién llegadas de Europa. El cine americano de la primera época lo hacen inmigrantes, fundamentalmente judíos, que vienen de Europa central, y que nutren las empresas, así como los directores y los actores del primer Hollywood. Después de la segunda guerra mundial, el centro de vanguardia artística pasa claramente de París a Nueva York. Pero no es sólo (ni principalmente) la vanguardia artística y cultural. El mismo proceso se reproduce, y quizás con mayor trascendencia, en otros ámbitos como el pensamiento y sobre todo la búsqueda científica, especialmente la investigación básica. En este período, se acelera el proceso de traspaso de la primera línea de la ciencia, el pensamiento y la búsqueda, de Europa a Estados Unidos y en menor medida, y todavía decreciente, a la antigua

Unión Soviética.

Por otra parte, Europa mantiene unas tasas de natalidad muy bajas, que sin la menor duda, son causa y efecto del bienestar en el cual se instala el continente. Pero a finales del siglo XX, aparecen voces europeas que auguran un futuro confortable, pero secundario: unos Estados Unidos convertidos en la única gran potencia planetaria; un Oriente lejano que es la gran fábrica de la humanidad, y una Europa convertida en un gran balneario, en un gran parque temático histórico y cultural, donde se vive bien, que atrae una inmigración constante que compensa su baja natalidad y se dedica a los oficios que los europeos de origen no quieren ocupar.

Se habla, en una caricatura, que quiere ser también una advertencia, de una Europa de jubilados bebedores de cerveza, a quienes los nuevos inmigrantes del Tercer Mundo les pagan las pensiones. No está claro que Europa se haya alarmado por esta caricatura: la cerveza tiene gran éxito y dejar algunos trabajos particularmente desagradables a los compatriotas recién llegados no incomoda al conjunto de los europeos. Pero no creo que el proceso de unidad europea se haya hecho, o se deba hacer, con tal de consagrar esta repartición de papeles en el mundo y este horizonte, quizás aparentemente confortable, pero difícilmente sostenible y en cualquier caso del todo subsidiario para Europa.

La mentalidad europea, al menos en parte, recoge (aunque las niegue) algunas de las tesis de Spengler sobre la decadencia de la propia civilización. Intenta una forma de reacción. No puede ser desesperada, a pesar de que haya perdido peso específico en el mundo y los nuevos centros de decisión sean en uno u otro lugar. La Unión Europea aparece como una oportunidad. Quizás la última oportunidad contra esta decadencia, anunciada e intuida. ¿Se puede decir, ya en el siglo XXI, que ha sido una oportunidad perdida?

Es posible que el sueño europeo, en el sentido estricto, no haya existido nunca. Es posible que sólo la hubieran soñado unos cuantos, e incluso en posiciones marginales. Pero también parece claro que Europa necesita un sueño. El sueño que pone en marcha la voluntad. Un sueño que no puede ser un simple ideal de conservación de lo que ya existe, conformista. Que vaya más allá del bienestar estricto. Que tenga dificultades y retos, y por tanto sea movilizador. Que nos incite a actuar. El sueño de crear una Europa unida, para recrear Occidente a partir de unos valores positivos sobre los que todos juntos podamos creer y que sea en definitiva un modelo útil para el conjunto de la humanidad.

La Realidad Europea.

La idea embrionaria de la unidad europea, su formulación más aparentemente utópica generó, como hemos visto, expectativas e ilusiones. Quizás no del todo un sueño. En cualquier caso sólo el sueño de algunos. Pero cincuenta años después, algunas de estas ilusiones se han visto disueltas por la realidad. Algunas de las esperanzas que se depositaban sobre la construcción de Europa unida no han culminado, quizás por que de hecho no se ha cumplido la mayor: la verdadera construcción de Europa. En lugar de hablar de euroescepticismo deberíamos hablar de eurodecepción. Y probablemente aquello que ha decepcionado no ha sido la misma idea de Europa, que mantiene intactas algunas de sus potencialidades movilizadoras, si no la manera concreta de conducir este proceso. Si de lo que ahora se trata es de generar un sueño europeo de verdad (una voluntad participada por una mayoría), por primera vez, la Europa real que tenemos no es un fundamento lo suficientemente sólido.

Aparentemente, esta eurodecepción ha crecido en los últimos años, y es uno de los climas que preside el proceso actual de aceptación por parte de la ciudadanía, del Tratado que debe dotar a Europa de una Constitución. En los debates sobre la llamada Constitución europea a los que he tenido la ocasión de asistir en los últimos tiempos, he hallado gente que votará que sí, que votará que no y que se abstendrá. Lo que no he encontrado es entusiastas. El argumento más contundente a favor de la Constitución europea es de una modestia enorme y de una simplicidad y un pragmatismo extraordinarios: "la Constitución es mejor que el Tratado de Niza", que todo el mundo coincide en que fue un acuerdo excepcionalmente pobre. El arsenal argumental a favor de la nueva Constitución no se alimenta del entusiasmo, sino de un posibilismo muy alejado de lo que el proceso podía tener de sueño (de voluntad firme de construir una Europa realmente unida) en su principio. "Como la Constitución representa un pequeño avance, aunque sea muy pequeño, no podemos decirle que no", nos vienen a decir.

Pero para encontrar las raíces de esta eurodecepción relativa, de estas ilusiones aguadas, no debemos remontarnos al trabajo realizado desde la Convención europea en los últimos años. Probablemente, debamos remontarnos mucho más allá.

Hay que reconocer, naturalmente, que algunas de las circunstancias que acompañaban al nacimiento del proceso unificador europeo han cambiado. La más importante de todas: ha terminado la guerra fría. Esto ha

modificado incluso el mapa de la Europa real. El Este, caído el telón de acero que nos separaba, llama a las puertas de Europa. Los europeos ya no sienten aquel miedo por la Unión Soviética que les llevaba a protegerse bajo el paraguas militar de Estados Unidos. Las economías destrozadas por la guerra no sólo se han recuperado, si no que casi toda Europa ha tenido su propio milagro económico de posguerra. Milagro alemán, al principio. Milagro italiano, muy concentrado al norte. Pero también, y antes incluso de la entrada en la Comunidad, milagro económico español. Por no hablar de los milagros económicos irlandés o finlandés, tan próximos en el tiempo y tan impetuosos. O de la plena incorporación a la modernidad económica de Grecia y Portugal.

Paradójicamente, Gran Bretaña y Francia quizás han sido, pese a su condición de motores de la unidad europea en su cualidad de vencedores (reales o autoproclamados) de la Segunda Guerra Mundial, los que han tenido menos milagro económico, los que han obtenido menos beneficios económicos de la situación. Para el resto, el tiempo de la construcción de la Unión Europea ha coincidido con un ciclo de prosperidad.

La Europa del siglo XXI no es la misma que la de mitad de siglo XX. Se siente menos directamente amenazada. Es más rica. Se ha alejado de Estados Unidos. Desde los años cuarenta, ha recibido grandes oleadas de inmigración de fuera del continente; en algunos países por efectos de la descolonización que ha enviado a la metrópolis poblaciones asiáticas, subsaharianas, magrebíes, procedentes de las antiguas colonias; en otros países, por el efecto de llamamiento que ha provocado una mezcla de progreso económico, baja natalidad y menosprecio por parte de amplios sectores de la población europea de algunos de los trabajos socialmente imprescindibles pero mal valorados económica y socialmente. Esto provoca un cambio en la misma noción de diversidad aplicada a Europa. Cincuenta años atrás podíamos hablar, con referencia a Europa occidental (Europa del Este era otra cosa) de un mosaico donde el conjunto de las piezas eran diversas, pero cada una gozaba de una determinada homogeneidad interior. Ahora las mismas piezas han llegado a ser heterogéneas. En la Europa occidental, existen núcleos importantes de personas de procedencia no europea con costumbres, hábitos, visiones del mundo y creencias religiosas, inexistentes anteriormente en el paisaje europeo. Un aspecto crucial que comentaremos repetidamente desde ángulos diversos. La misma composición de Europa ha cambiado. El mapa es distinto, y por tanto lo que hay dentro del mapa también es diferente.

No son estos cambios de Europa los que han provocado la

eurodecepción de la que hablábamos. Las causas de la eurodecepción son de carácter más general: el contraste entre lo que se esperaba de Europa, los objetivos incluso pragmáticos para los que se inició el proceso de unificación, y lo que hemos tenido. Decíamos que el proyecto de Europa era una expectativa de paz en el continente; una perspectiva de progreso económico para todos sus territorios; un Estado del bienestar que generaba una apariencia de equilibrio social en el interior de cada una de las sociedades; un deseo de articular la diversidad de una manera nueva y diferente; y una necesidad de mantener el propio peso político en el mundo. En cada uno de estos objetivos existe un claro desfase entre lo que se deseaba y lo que se había conseguido. En algunos de los objetivos (el progreso económico) el desfase es pequeño y más discutible. En otros, como el invento de una nueva manera de articular la diversidad que tuviera presente la realidad de los pueblos, la diferencia ha sido mayor, y con consecuencias más graves.

El impacto de Sarajevo

En un apartado anterior, decíamos que si el proceso de la unidad europea tenía un objetivo, éste era desterrar la guerra de Europa. Después de la guerra civil griega parecía que el objetivo se había cumplido. Hubo episodios violentos en Hungría y en Checoslovaquia, aunque en estos dos casos en el exterior de Europa comunitaria, y fenómenos de terrorismo en Europa occidental, tanto en Gran Bretaña y España como en Alemania e Italia. Pero durante un período excepcionalmente largo, Europa estuvo libre de guerras, contra lo que había sido su mal endémico durante siglos. Por ese motivo, el inicio de la guerra de los Balcanes provoca un impacto terrible en la opinión pública europea, como si de repente una piedra hubiese roto el espejo. Sarajevo se ve como el retorno de la guerra a Europa. Y las imágenes de Sarajevo, de Srebrenica, de Pristina, de toda la guerra de los Balcanes, ofrecidas en los informativos de las televisiones europeas, parecían una especie de recordatorio de la escenografía de la Europa de los años cuarenta. Colas de refugiados, campos de concentración de prisioneros, personas desplazadas, limpiezas étnicas... No era la iconografía de las guerras en el Tercer Mundo que los europeos habíamos estado observando por televisión en los años sesenta. Los protagonistas eran cercanos. Ante esas imágenes, la sensación nunca era que venían de fuera. Era obvio que, para un europeo, venían de dentro. Según cómo, parecían venir del propio pasado.

Es cierto que la antigua Yugoslavia estaba fuera de Europa unida. Por tanto, que éste era, desde la perspectiva de la Unión, un conflicto exterior. Lo era, pero a las puertas de casa. Y en unas circunstancias que hacían que, además, las puertas no pareciesen cerradas y blindadas. Las rebeliones de Budapest o de Praga pasaban al otro lado del Telón de acero, de una frontera política contundente y sólida. Pero la guerra llega a los Balcanes cuando el telón de acero ya había caído; cuando ya había caído el muro de Berlín; y cuando Europa del Este ya no está más allá de una raya infranqueable pintada en el mapa. Y los Balcanes son Europa, desde todos los puntos de vista, y no tan sólo el geográfico.

Recuerdo mi estancia en Belgrado inmediatamente antes de la guerra, donde pude entrevistar algunos nacionalistas serbios, que consideraban por cierto que Milosevic era más comunista que nacionalista. La impresión era de una gran tensión política. Pero, para mi, la guerra no era imaginable: la gente de Belgrado me pareció extremadamente cercana, muy influidos por la cultura de masas americana e italiana, que había visto las mismas películas y había escuchado los mismos discos que nosotros. No me parecieron, entonces, los protagonistas naturales de una guerra tan similar a las de cincuenta años atrás. Está claro que mis impresiones eran equivocadas.

Sarajevo impactó en la opinión europea y provocó escepticismo ante la Unión, porque era el retorno de la guerra a Europa, aunque no fuese en la Europa ya unida. Pero también porque la Europa unida fue incapaz de impedir la guerra o detenerla cuando ya había empezado. Quienes consiguieron frenar la guerra, finalmente, fueron los americanos, interviniendo en Europa una vez más. Pero algo peor todavía: las limitaciones y los defectos de Europa unida ayudaron a empujar la situación hacia la guerra y a alimentarla. Sobre el terreno se veía con una claridad absoluta: la Europa teóricamente unida no tenía una política exterior concertada, única, ante el conflicto de los Balcanes, si no todo lo contrario. Las diferencias entre las simpatías y el soporte de los diversos países de la Unión para cada uno de los contendientes, y el hecho de que cada Estado de Europa unida fuera absolutamente a su conveniencia en los Balcanes, sin ningún tipo de coordinación, ayudaron a iniciar el conflicto.

La guerra de los Balcanes significó un profundo debilitamiento de la credibilidad de la Unión Europea como conjunto. Cincuenta años después del inicio del proceso de unidad europea, en los Balcanes se reprodujeron las políticas de alianzas y de soportes que habían existido antes y durante la

Primera Guerra Mundial, como si nada hubiese pasado. El mundo germánico jugó la carta de su aliado histórico, de su salida histórica a la Mediterránea, Croacia católica, de quien reconoció inmediatamente la independencia. Francia, al igual que Rusia, pero en este caso ya desde fuera de la Unión, hizo notar su clara posición por Serbia ortodoxa y de Milosevic, entendida como un tapón en la expansión hacia el sur de la influencia alemana, de la misma manera que a principios del siglo XX había sido entendida como un tapón entre las potencias germánicas centrales y el imperio turco. Grecia jugó también la carta de Serbia, aliada en la ortodoxia, contra Croacia, pero especialmente contra la República de Macedonia, que los griegos consideraban una amenaza territorial. España lamentaba los secesionismos croata y eslovaco, pensando que podían alimentar secesionismos más próximos. Italia se preocupaba de su minoría en Eslovenia y en Croacia, sin perder ocasiones de incrementar la influencia sobre todo económica hacia el Este.

Permítanme sólo un pincelada personal, pero ilustrativa: En Serbia, Croacia, Macedonia o Kosovo, en los años de la guerra, no se podía, de ninguna manera, ir diciendo simplemente que eras europeo. Debías dar más detalles. Llegar con pasaporte alemán a Croacia era llegar como un amigo. Contrariamente, era un pasaporte muy mal visto en Serbia. En los hoteles serbios de Pristina, en Kosovo, colgaba la bandera de la Gran Serbia al lado de la de Grecia. En Macedonia, se percibía la hostilidad a Grecia; incluso ministros macedonios llegaron a preguntarme si la posición pro-serbia de España tenía algo que ver con el hecho de que la reina española fuese de origen griego. Paradójicamente, los macedonios eran mucho más próximos a los británicos, a quienes consideraban como sus aliados naturales. En los controles serbios, los franceses y los españoles estaban bien vistos. Pero si el pasaporte español estaba expedido en Barcelona, no tanto.

No son sólo anécdotas. Son síntomas del problema. Sarajevo genera euroescepticismo porque no hemos sido capaces de impedir el retorno de la guerra a Europa. Pero también porque, en la primera gran crisis bélica continental, Europa unida no se comporta como Europa unida, si no que lo hace exactamente igual que antes de la Unión. Cada Estado hace resurgir sus intereses específicos, contrarios a otros Estados de la misma Unión, y adopta las alianzas provenientes de la geopolítica de los Estados europeos enfrentados. Francia y Alemania vuelven a adoptar posiciones contradictorias. Sus políticas exteriores, en relación a los Balcanes, respiran viejos recelos mutuos. Sarajevo es la guerra en Europa, pero es incluso algo distinto: la demostración de que, en política exterior, Europa no existe. Lo que

existe es cada uno de los Estados. La Unión no tiene política exterior, los Estados que la conforman tienen cada uno su propia política, que a menudo se contradice con la de su vecino, aunque represente que son socios en el proyecto europeo. Sarajevo es la gran decepción en el aspecto más sensible del proyecto europeo, inicialmente concebido para llegar a ser un continente unido y poder así estar en paz. Y todo ello para la defensa de unos intereses particulares, más bien mezquinos frente a un gran proyecto como el de la Unión Europea.

Progreso, desequilibrios, tecnología

Es indudable que el medio siglo de construcción europea ha representado, para los países que la han participado, un ciclo de progreso material y crecimiento económico. No es cierto que la construcción europea por si sola haya sido la causa. Tampoco es imaginable que no haya tenido nada a ver. Para los países del Sur de Europa, con excepción de Italia, que situaban en la integración a la Europa comunitaria sus esperanzas de superar un retraso económico, causado por una incorporación parcial y globalmente tardía a la modernidad y a la industrialización, el cambio de signo económico se produjo en buena medida antes de la integración: el turismo basado parcialmente en precios baratos y algunas localizaciones industriales basadas también en sueldos bajos, favorecieron este salto. Ciertamente, también lo favoreció la perspectiva de su incorporación a un mercado común europeo. Y la consolidó la imposición por parte de la Unión de políticas racionalizadoras y de control del gasto público, que compensaban una determinada tendencia histórica al gigantismo y al intervencionismo estatal. Pero estos países llegaron a Europa económicamente unificada, con una parte de los deberes ya hechos.

Lo que ha sido probablemente el milagro económico más reciente y espectacular de Europa occidental, el de Irlanda, también consta de factores no vinculados estrictamente en su participación al proceso de unificación europea. Una relación especial con Estados Unidos, por la vía de la diáspora irlandesa y sobre todo por la vía del idioma, ha atraído a Irlanda inversiones norte-americanas, coincidiendo con una apuesta decidida por las nuevas tecnologías de la información: en cierto sentido, Irlanda ha conseguido encontrar un atajo hacia la modernidad, saltándose la estación de la revolución industrial. A esto ha contribuido su pertenencia a Europa: la inversión americana siempre ha necesitado plataformas en todos los espacios donde se asienta; en el espacio europeo, Irlanda ha cumplido una

parte de esta función. Pero no por ello se puede decir que haya sido un efecto directo y estricto de esta pertenencia.

Las políticas europeas de reequilibrio económico entre territorios y también entre segmentos sociales puede decirse que han sido globalmente satisfactorias. El efecto de la unidad europea sobre las políticas económicas de algunas estructuras estatales de tradición particularmente ineficiente, intervencionista e inflacionaria, han ayudado a consolidar en los países respectivos un efecto de racionalidad económica traducida en bienestar. Pero estas políticas de reequilibrio han producido a su vez efectos digamos culturales, creando mentalidades conformistas y relajadas. En algunas zonas de Europa y en algunos segmentos sociales se ha instalado el hábito de la subvención, con la idea de que los fondos de cohesión y los flujos destinados a reequilibrar las economías más potentes con las débiles no eran un mecanismo excepcional y temporal, si no una necesidad crónica, un mecanismo perdurable.

Es evidente que todas las políticas de reequilibrio social y territorial tienen el objetivo de ir disminuyendo progresivamente la distancia entre las economías potentes y las débiles, hasta vencer el desfase inicial. El diferencial, por tanto, se deberá ir estrechando hasta que la transferencia de recursos se haga innecesaria. Pero, en Europa ha existido la sensación muy a menudo, de que esta transferencia era un acto de justicia eterno, de que el dinero recibido era para siempre, por el simple hecho de ser pobres, y que no servían para acortar distancias, si no para nivelar rentas. Los efectos culturales derivados son disolventes de caracteres.

Lo que ha ocurrido entre territorios, también ha ocurrido en el interior de cada uno de ellos entre los diversos segmentos sociales y productivos. La idea de protección que queda implícita en el modelo europeo ha creado la imagen de unos poderes públicos providentes, paternales, ante los cuales algunos sectores y algunos territorios sólo han de esperar que les hagan llegar los recursos que les pertenecen. Y estos sectores a la espera de la subvención entendida como un derecho, como un premio por el simple hecho de existir, no son necesariamente los sectores económicamente más desfavorecidos. Por ejemplo, la subvención crónica, entendida casi como una forma de mecenazgo, se ha convertido en la norma en el ámbito de la creación y la producción cultural. Muchos creadores y productores han entendido que el hecho de tratar de cultura les daba derecho automático al dinero público, más allá de la rentabilidad social de lo que creen o produzcan, más allá de cualquier idea de concertación con el sector público; y todavía mucho más allá de cualquier necesidad de interesar a los ciudadanos, a quienes

teóricamente se dirijan.

La cultura es sólo un ejemplo de los problemas que se suceden cuando la subvención es un procedimiento constante, un elemento crónico. Existen muchos otros, algunos mucho más importantes económicamente hablando. Esta claro que la agricultura europea ha sido objeto de una protección muy especial y que esto ha generado a su vez episodios de hábitud a la subvención, de espera del dinero público, automática y sin riesgos. En este caso, a ello se ha unido otro error grave de las políticas europeas, circunstancia compartida también por Estados Unidos: el proteccionismo agrario en relación a los productos del Tercer Mundo. En nombre de la protección y la ayuda a los propios campesinos, Europa y Estados Unidos han cerrado fronteras a la producción agraria proveniente del Tercer Mundo, que debería de haber sido el primer motor de desarrollo económico de estos países. Este proteccionismo acaba convirtiéndose en un freno para la mejora de economías africanas, asiáticas o de América Latina y se convierte también, por tanto, en un factor de invitación a la emigración para los habitantes de estos países. La situación puede llegar a ser paradójica. El proteccionismo sobre la producción agraria europea puede provocar que alguien que trabajaba como campesino en Marruecos o Ecuador tenga que marcharse de su país de origen, donde no se ganaría la vida, para terminar haciendo de campesino en un país europeo. En lugar de fijar la población en su lugar de origen, creando expectativas económicas y de bienestar, se fuerzan migraciones no deseadas, que provocan inevitablemente otros problemas más trascendentes.

La Europa actual es en su conjunto rica y próspera. Evidentemente, sus políticas contra los desequilibrios territoriales y sociales han tenido éxitos importantes. Pero también parece evidente que han generado algunos problemas, en la línea del establecimiento de esta hábitud a la protección garantizada, porque disminuye el impulso de la novedad, la búsqueda y la competitividad. El hecho es que Europa había construido los fundamentos de su bienestar económico gracias a un sistema que favorecía la innovación científica y tecnológica, que situó a los países del continente en la cumbre de la modernidad. El modelo de bienestar y protección que se generaliza después de la Segunda Guerra Mundial, en paralelo a la construcción de la unidad europea, tiene grandes virtudes, pero también un grave inconveniente; radica en que Europa ha acelerado durante estos años el traslado del papel vanguardista en la búsqueda y la innovación a Estados Unidos.

El sistema americano, en algunos aspectos más injusto que el europeo,

o como mínimo menos igualitarista y protector, ha servido mejor para incitar los deseos personales de progreso y mejora, que han significado en la práctica más riesgo, más investigación y más competencia. Esta es una característica del mundo americano desde sus orígenes, pero se ha hecho especialmente visible en estos últimos años.

Algunas de las estructuras europeas como, por ejemplo, las universidades, se han ido agarrotando, convirtiéndose en rígidas y poco adaptables a las novedades, precisamente por la aplicación de estos principios de seguridad, de máxima protección, de igualitarismo. La sociedad europea, protectora y segura, ha generado pocos alicientes para la innovación, sobre todo comparada con la de Estados Unidos, pero también con algunas sociedades asiáticas. Por tanto, los factores que actuaron en su momento como motores de este progreso general, que después se debían equilibrar, no se han detenido, pero se han desacelerado, se han diluido.

Europa ha construido una sociedad protegida y segura, y por tanto en muchos aspectos enormemente conservadora. La seguridad ha vencido al riesgo. La protección igualitarista ha moderado la competencia. La previsión de los poderes públicos ha contrapesado la renovación individual, y por eso Europa real, aunque es más rica, ya tiene algunas alarmas en su horizonte económico y cultural. No es la alarma de la pobreza; ni del empobrecimiento general, ni la de la existencia de grandes bolsas de pobreza en su interior. Es la alarma del conformismo y de instalarse en el deleite, y de considerar que el propio sistema es el más equitativo y absolutamente intocable.

Los Estados contra Europa

De la misma manera que el proceso hacia la unidad europea ha generado, a lo largo de medio siglo, expectativas positivas en muchos sectores, con frecuencia por encima de las que después la realidad ha confirmado, también ha provocado recelos y desconfianzas en muchos ámbitos. Para algunos sectores europeos, el proceso de unificación se ha percibido como una amenaza respecto a su bienestar, su identidad y su forma de ser. En cierto sentido, contra el proceso europeo se ha utilizado una argumentación parecida a la que se ha utilizado contra la globalización: quizás es necesaria, quizás es inevitable, pero puede ser un factor de homogeneización, de pérdida de la diversidad, de disolución de las identidades, a la vez que no se cree una nueva dentro del propio espacio europeo.

Todos los europeos que se sentían cómodamente instalados (que son muchos) en un presente que les garantizaba un bienestar económico considerable y donde sus identidades, lenguas y maneras de ver el mundo, estaban perfectamente reconocidas y asumidas por el poder político, podían ver el proceso de construcción europea con cierta ambivalencia: era una posible fuente de oportunidades, pero también de riesgos. Podían ganar, pero también perder.

El proceso europeo, en cambio, se veía con más interés, incluso a veces con entusiasmo, por aquellos otros europeos que sentían que tenían más a ganar que perder. Aquellos con unos niveles de bienestar económico por debajo de la media o aquellos que sentían sus identidades poco reconocidas, poco asumidas, o incluso combatidas, por los poderes políticos de los que dependían.

Ante estas tendencias ambivalentes, entre la expectativa y el recelo, los Estados han conseguido presentarse ante la población europea como la única garantía posible de construir una Europa que al mismo tiempo cumpla las esperanzas de bienestar y de proyección económica, sin poner en peligro los intereses y las identidades de los respectivos ciudadanos. Los Estados se han presentado ante sus ciudadanos como los actores principales de la construcción europea, pero al mismo tiempo como la garantía de que esta construcción respetaría las diversidades del continente. Pero no todas las diversidades. Ni algunas que los mismos Estados reconocían y representaban. Todavía menos las que no tenían este reconocimiento.

Para un ciudadano francés o británico o italiano, el proyecto de Europa era la oportunidad de formar parte de un espacio más amplio y, por tanto, más competitivo con las grandes potencias mundiales. Pero este ciudadano, aún más sus gobernantes, tenía miedo de que ser europeo significase dejar de ser francés, británico o italiano. Y por ese motivo, los Estados cogen todas las riendas del proceso de construcción de Europa, precisando lo que puede llegar a significar ser europeo, le han ofrecido la garantía que, a casi todos los efectos, substancialmente, podrá continuar siendo francés, británico o italiano. Que hay alguien, los mismos Estados, que vela por sus intereses específicos, económicos y de identidad.

Paradójicamente, pues, un proceso de unidad europea nacido de la perspectiva de crisis del Estado-nación, de la insuficiencia del Estado-nación, acaba reforzando los Estados europeos, al convertirse en los únicos agentes y la única vía para ejercer el verdadero poder en el ámbito de la Unión. Lo han hecho relegando a un papel secundario, en el mejor de los

casos, a cualquier entidad política o administrativa que sea más pequeña que los propios Estados: los pueblos, las regiones, las mismas ciudades. Todo ello en Europa no existe, o existe sólo en la medida que lo lleva cada uno de los Estados en el interior de su ámbito de poder reservado. Pero no son actores de la construcción europea. Sólo lo son los Estados que canalizan o no, según su propia concepción interna, las aspiraciones de autogobierno de las entidades más naturales y más pequeñas que serían también más adecuadas para ejercerlo. La estructura interna es un asunto de cada Estado, sobre el que Europa no considera que deba opinar nada: cada uno dirige como quiere el patio de su casa.

Si observamos las estructuras internas de los diversos Estados europeos, nos percatamos de que entre ellos son claramente mayoría los que, de una manera u otra, pertenecen a un modelo centralizado, de tradición francesa. Los miembros de la Unión con una verdadera estructura federal interna son minoría. En algunos casos, hay ejemplos de una determinada descentralización administrativa, práctica, pero muy pocos de una verdadera descentralización política. Quizás por eso, cuando estos Estados proyectan su propia estructura interna en la Unión Europea, sólo están en condiciones de plantearse una Unión centralizada, gobernada desde el centro por un gobierno que se diría federal, pero que de federal tendría poco. Puestos a escoger entre una Europa Unida centralizada y una Europa constituida por Estados centralizados ellos mismos, adoptan claramente la segunda opción. No contemplan la posibilidad de una Europa unida realmente federal, políticamente federal, porque su paradigma del poder político es siempre centralizado y centralizador. Por ello, la confluencia europea la han imaginado y la han llevado a cabo, sólo a través de los Estados y obviando o dejando en instituciones marginales y poco operativas cualquier otra expresión de poder político en los ámbitos más pequeños, precisamente allí donde el gobierno puede ser, y es, más eficiente.

Habría sido otra buena oportunidad perdida de hacer confluir a todos los europeos en una nueva entidad más grande, en condiciones equitativas, cargando un problema de justicia política y económica a la Unión Europea, que inevitablemente deberá resolver en su desarrollo, puesto que la UE no podrá mantener indefinidamente discriminaciones nacidas en tiempos inmemoriales a causa de guerras ganadas por unos y perdidas por otros, los Pueblos cautivos. Los ciudadanos pertenecientes a estos Pueblos ahora no reconocidos, son y serán hasta que el reconocimiento se efectúe, una fuente de discordancias más o menos pacíficas o violentas.

Pero este proceso de unidad europea, incluso se ha efectuado al

margen de los ciudadanos. No son ellos los convocados para elegir los redactores de una Constitución para un nuevo espacio político. Son los Estados los que se reúnen y constituyen la Unión Europea. No son los ciudadanos o sus representantes directos los actores constituyentes, si no que lo son los Estados, unos gobiernos de hecho escogidos para otra cosa. Esta es también una de las paradojas (y no tan sólo formal) de los procesos de referéndum de la Constitución europea: los referéndums quieren dar apariencia de generar un texto constitutivo de Europa por parte de los ciudadanos, cuando de hecho el texto que se propone es un tratado entre Estados. No es la asamblea metafórica y roussoniana de los europeos la que hace Europa. Es la reunión de los jefes de Estado y de gobierno. Los ciudadanos son convocados para constituir aquello que ya está constituido, y sólo para dar apariencia de emanación constituyente desde la voluntad de los ciudadanos a un proceso que de hecho es un acuerdo realizado por los Estados.

Este papel subsidiario del ciudadano se deja ver en el mismo funcionamiento real de las instituciones europeas. Las noticias, los grandes cambios, los avances y retrocesos, se producen en las cumbres entre jefes de Estado y de gobierno, no en el parlamento europeo. El poder real está concentrado en la reunión de los Estados. La misma Comisión, gobierno teórico de la Unión, no está escogida ni directa ni indirectamente por los ciudadanos a través del Parlamento, si no por los Estados que designan al presidente de la Comisión y que proponen y vetan sus comisarios, ante un papel absolutamente menor del Parlamento.

De vez en cuando, los ciudadanos somos llamados para escoger a nuestros representantes en el Parlamento europeo, en unas elecciones con tradicionalmente una participación global muy baja (mucho más baja que cualquier otro proceso electoral interno de cada Estado) y donde se suelen producir resultados excéntricos, incluso exóticos. Los analistas lo consideran prueba fehaciente del euroescepticismo de la población, que demostraría así que no se siente actor del proceso unificador de Europa, que no le merece confiar. Y es cierto. De hecho, incluso en términos europeos, lo que marca realmente la posición de cada Estado respecto a Europa, el lugar donde se decide cuál será la política europea de cada Estado, no son las elecciones europeas, si no las elecciones legislativas en las cuales cada Estado escoge su gobierno. Si en un Estado concreto gana las elecciones europeas el partido que está en la oposición, la política europea de este Estado no cambiará, porque la continuará haciendo su gobierno, a través del canal realmente efectivo que son las reuniones entre los Estados y no a través del canal subsidiario y ornamental que es el Parlamento. La

abstención de los ciudadanos no es tan extraña: aunque les interesase mucho la política europea, saben que no es en las elecciones europeas donde se decide.

En páginas anteriores, decíamos que uno de los fundamentos de un hipotético sueño europeo que quizás nunca existió, pero que ahora sería el momento de establecerlo, era proponer una nueva manera de articular la diversidad. Pero Europa no ha encontrado esta nueva manera. Ha escogido mantener la manera antigua: la diversidad del mundo se articula a través de Estados nación, que son los actores de la política internacional. Europa ha escogido construirse sólo a través de los Estados. No es una comunidad de ciudadanos, si no un mosaico de Estados, cada uno con sus intereses económicos propios, con sus prioridades en política exterior, con una identidad oficial y establecida que quieren defender, a menudo contra el resto de las identidades europeas. Los Estados se han reservado el poder en la Europa unida, prometiéndose a los ciudadanos que se avanzaría hacia esta Europa tibia, al baño maría, donde todos tengan el paraguas protector de un Estado que lo defienda si se siente amenazado.

A pesar de ello, algunos europeos se han sentido amenazados por la unidad y han querido permanecer al margen. Son los que han considerado que las ventajas que les proponía esta Europa unida no compensaban las amenazas que podía comportar la disolución de su propia personalidad. Este fenómeno no ha ocurrido tan sólo en los países pequeños, si no también en sectores importantes de los países grandes. Confortables en el invernáculo del propio Estado, han pensado que Europa estaba un poco a la intemperie. Sin darse cuenta de que es todo el proceso mundial de globalización el que empuja hacia la intemperie, y que este proceso es inevitable e imparable. Una Europa fundamentalmente conservadora ha querido mantener el calor que le proporcionan los invernáculos de los Estados, antes de inventar una nueva fórmula de articular la diversidad, que podía ser un ejemplo para el mundo.

También en eso Europa ha preferido la seguridad que el riesgo. Y los Estados, grandes protagonistas, únicos protagonistas de la unidad europea, han querido y han sabido encarnar este ideal de seguridad. Muy pocos se han quedado fuera de este ideal. Los que creen realmente en una Europa diferente. Algunos que no se sienten protegidos por el invernáculo de ningún Estado. Los pocos que han participado en el sueño europeo.

Potencia económica, subsidiariedad política

Esta incapacidad de Europa Unida de superar el mosaico desigualmente armonizado de los Estados, reside en el centro de muchas de sus carencias, y por no haber conseguido algunos de los que parecían sus objetivos primigenios. Hemos visto cómo en los orígenes de la guerra de los Balcanes (del retorno de la guerra a Europa) también residían, en parte, las discrepancias entre los propios socios europeos sobre el futuro de la zona. Hemos visto cómo las resistencias de los Estados y su concentración de poder se hallan también en el origen de algunas de las carencias democráticas básicas de la Unión: el papel subsidiario del Parlamento, la elección del presidente de la Comisión por parte de los Estados, la concentración de poder por parte del Consejo Europeo, formado directamente por los gobiernos de los Estados, ante la propia Comisión... Esta pervivencia del papel central de los Estados ha convertido además en inalcanzable uno de los objetivos fundacionales de la Unión Europea: convertir a Europa en una potencia política planetaria, un actor principal de la política internacional al lado de las demás grandes potencias. Europa es, sin duda alguna, una gran potencia económica, un gran mercado de consumo, una enorme zona de producción, pero no es al mismo nivel una potencia política, un referente esencial para la política mundial.

En el escenario internacional Europa no habla con una sola voz. Casi nunca ha hablado. Y esta es una de las razones de su debilidad. Ya hemos visto que no habló con una voz única ante el conflicto de los Balcanes, si no con voces contradictorias. Ha ocurrido también en el conflicto de Irak. Ocurre en Oriente Próximo. El conflicto de los Balcanes, en las propias puertas de Europa unida, medio terminó, hasta donde puede acabar un conflicto de raíces tan profundas, cuando se produjo una intervención decidida por parte de Estados Unidos. Desde entonces, cada vez que el escenario internacional ha sido presidido por un conflicto, Europa ha querido ser más que un espectador, pero ha tenido que conformarse con un papel subsidiario, de poco peso.

En Oriente Próximo, las partes en conflicto reconocen el papel económico de Europa, pero saben y dicen que cualquier avance significativo en la resolución de su contencioso ocurre por la implicación directa de Estados Unidos. Para los israelíes, Europa no es un intermediario creíble en su conflicto con el mundo árabe y muy especialmente con los palestinos. Israel tiene la sensación de que la posición europea, que no es unánime en todos los países de la Unión, es en general acomodaticia y que ha rechazado sistemáticamente cualquier riesgo de enfrentarse con el

mundo árabe, por temor a las consecuencias que esto podría tener, incluso en el interior de las poblaciones musulmanas tan importantes en algunos países europeos. Por eso los israelíes, ciudadanos de la calle pero también líderes políticos, creen que Europa ha jugado en Oriente Próximo en el terreno del pragmatismo, de la *realpolitik*. Su objetivo ha sido no empeorar en ningún caso sus relaciones con el mundo árabe musulmán. En primer lugar, por intereses económicos. En segundo lugar, para evitar el impacto que eso podría tener en su interior para las poblaciones musulmanas tan importantes en algunos países europeos como Francia o Alemania. Y que esto ha llevado a Europa un soporte muy incondicional al mundo palestino y a una actitud de recelo respecto a Israel, a pesar de que Europa comparte con los israelíes un molde cultural común y el carácter democrático de sus regímenes. A lo largo de diversos viajes a Israel, he visto las reacciones a la *intifada*, y en las entrevistas con líderes políticos israelíes, tanto laboristas como conservadores, me ha dado la impresión de que Israel tiene la convicción de que Europa le ha abandonado, por una parte, porque la política exterior europea es hija del más puro pragmatismo material, y por otra parte, porque no han sido superados todos los efectos del viejo antisemitismo, tan arraigado en la realidad europea.

Pero si Israel considera que Europa no puede ser árbitro en Oriente Próximo, porque se decanta hacia el mundo árabe, el mundo árabe tampoco tiene la sensación de que el soporte europeo le sea especialmente útil. Ciertamente, llegan fondos europeos que son bienvenidos. Pero el mundo árabe sabe que la llave de la resolución del problema de Oriente Próximo, después de la guerra fría, está en la posición norte-americana y su capacidad de presión sobre todas las partes. Cuando se ha estado más cerca de la paz en Oriente Próximo es cuando Estados Unidos ha usado, como hizo Clinton en el segundo Camp David, esta capacidad de presión. Tuve la ocasión de asistir a la Conferencia de Madrid sobre Oriente Próximo. Las posiciones europeas formaban parte del paisaje, mucho menos valoradas, en esos momentos, que las norte-americanas, pero incluso que las soviéticas. Cuando tuve la oportunidad de entrevistarme con Arafat en su exilio de Túnez, no capté ninguna sensación de que los posicionamientos políticos de los gobiernos europeos le preocuparan mucho. Le interesaba la presión de las opiniones públicas europeas, pero sabía que la única potencia en condiciones de arbitrar el conflicto era Estados Unidos. Es decir, hablando con los israelíes he notado la decepción por el papel de Europa. Pero hablando con los árabes no me ha parecido que este papel les ofreciera grandes esperanzas. Más bien, lo consideraban como el papel favorable

que interpretaba un actor secundario.

En Irak, la opinión pública europea fue claramente contraria a la intervención en el conflicto; los gobiernos europeos se dividieron visiblemente según su grado de proximidad con las posiciones americanas (con la sorpresa de encontrar al Este más soporte que en el Oeste de Europa para las tesis del presidente Bush) y en cualquier caso los posicionamientos europeos casi no han tenido impacto en el conflicto, con excepción de la implicación británica, que refleja precisamente una prioridad en cuanto a la política exterior que sitúa por delante la relación bilateral con Estados Unidos que la propia dinámica europea.

Los gobiernos europeos más alejados de la posición norte-americana han intentado presentar sus discrepancias como un conflicto entre el propio pacifismo y el belicismo norte-americano. De hecho, en la posición de algunos de estos países europeos se adivinaba más bien un conflicto de intereses que una diferencia sobre los métodos a usar. No es que Europa fuese partidaria de la paz y Estados Unidos del petróleo. Algunos países europeos, y particularmente Francia, consideraban que su acceso al petróleo iraquí pasaba por un soporte implícito al régimen de Saddam Hussein, mientras temían que una intervención norte-americana les hiciese más difícil este acceso. Se ha escrito que cualquier idea de política exterior europea común se ha roto en el conflicto de Irak, cuando Europa se ha dividido en dos partes. Al menos, sus gobiernos. Esta división ha propiciado que Europa haya sido una espectadora más o menos presionada del conflicto, de la misma forma que lo fue en el conflicto de Afganistán.

La ausencia de un poder militar

Al lado o como consecuencia de su carencia de política exterior común, reside otro factor que comporta un peso político escaso de Europa en el mundo: la falta de una política de defensa común. Europa no es, no ha podido ser o ha renunciado a ser una potencia militar. Una amenaza de sanciones económicas por parte de Europa provoca en cualquier país del mundo una fuerte inquietud. Pero nadie espera de los europeos ningún otro tipo de presión, ningún otro tipo de amenaza. Europa, como unidad, a diferencia de Estados Unidos, no dispone de fuerza coercitiva desde el punto de vista militar. Algunos de los Estados miembros conservan alguna, menor. Gran Bretaña, sin duda. También Francia, que la ha usado muy poco, pero mucho en el ámbito de la francofonía africana, su antiguo espacio colonial.

Pero en el caso de que Europa tuviera una política exterior clara y definida, no tendría uno de sus mecanismos tradicionales de implantación que es un ejército común y potente.

Esta falta de instrumento que puede valorarse como se quiera, pero que está asociado indefectiblemente con la idea de peso político internacional, de peso en el mundo, tiene causas variables. Sin lugar a dudas, una de ellas es la carencia de unidad de la política exterior europea. Tengo la impresión de que existe otro hecho importante. El país que lidera en buena parte, por medida, por demografía, por centralidad, por potencia económica de Europa unida, es obviamente Alemania. Y la asunción por parte de Alemania de cualquier tipo de protagonismo en políticas de defensa en temas militares, provoca siempre recelos bien fundamentados por la historia. La memoria de las dos grandes guerras, y especialmente de la segunda, hace que Alemania tenga límites, psicológicos y prácticos, para trasladar al aspecto político y militar su liderazgo económico. En cierto sentido, por eso se construye Europa unida sobre el eje franco-alemán: porque Francia, que ha perdido peso en numerosos aspectos a lo largo de este siglo, se convierte en el contrapeso de Alemania, de manera que cada uno le aporta sus propios activos y contrarresta los pasivos del otro. En algún momento, Francia intentó proponer, con Mitterrand en cabeza, una política de defensa conjunta europea que era de hecho la ampliación y la generalización de la política francesa. El resto de Europa no lo aceptó.

Con frecuencia, Europa ha comentado irónica, resignada o conformista, el papel de Estados Unidos como gendarme mundial. De hecho, ya, como único gendarme mundial. Europa ha venido a decir que no le interesa este papel. Que ya le va bien lo que haga Estados Unidos, y que el papel de Europa dentro de una repartición de roles en el mundo occidental, es más bien la economía, la diplomacia y la cultura. Quizás sí. Pero también nos podemos encontrar en una reedición de la fábula del zorro: cuando no podía haberlas, decía que estaban verdes.

Durante la guerra fría, a Europa le fue muy bien que las cargas de la defensa, ante una proximidad soviética que todas las partes consideraban amenazantes, recayera exclusivamente sobre los Estados Unidos. Europa invirtió en milagro económico lo que se ahorró en defensa. Después de la guerra fría, no sé si la renuncia de Europa a un papel más activo en la política internacional, ya sea como Unión Europea o como a cada uno de sus países principales, es una vocación o una necesidad. Una necesidad provocada por la desunión. Una necesidad provocada por la dificultad alemana de asumir un rol más potente en términos de defensa. Una

necesidad provocada finalmente por una constatación: no está nada claro que las opiniones públicas europeas estén dispuestas, como lo está en gran parte la norte-americana, a asumir los riesgos y los costes que supone este papel. Riesgo y costes económicos y humanos.

Cuando Estados Unidos actúa como gendarme, su opinión pública asume hasta cierto punto lo que eso comporta: bajas humanas, gastos, decisiones, antipatías y rechazos... No está claro que las opiniones públicas europeas, con la única excepción parcial de la británica, lo pudiesen asumir de la misma manera. Es posible que esto sea un efecto más de aquel conservadurismo de fondo, de aquel resguardarse en un invernáculo protegido, que marca tanto la política y la cultura europea. Puede ser que no: que esto sea precisamente una muestra de una más alta civilidad, y que los equivocados sean los americanos. Pero en cualquier caso, sin una opinión pública capaz de asumir los efectos de haber cargado a sus espaldas la responsabilidad de una política exterior activa, no hay política exterior activa.

Si uno de los objetivos de la unidad europea era hacer de Europa una gran potencia política, garantizar el peso de Europa en el mundo, este objetivo no se ha conseguido desde el punto de vista político. En muchos casos, sobre todo los más próximos, Europa ha intentado conseguir un papel propio en la política mundial a base de marcar distancias con Estados Unidos. Esto ha aportado visibilidad a sus posiciones, pero no les ha dado fuerza. En conflictos como el de Oriente Próximo o el de Irak, los partidarios que puede haber en el mundo de la posición de Estados Unidos menospreciaban el posicionamiento europeo, porque lo consideran timorato, fruto de un pragmatismo acomodado y conservador que no quiere sorpresas y que no es capaz de asumir sus responsabilidades. Pero los que son contrarios a las posiciones norte-americanas no ven este distanciamiento europeo como una esperanza, si no que lo interpretan también como un posicionamiento estratégico interesado y acomodaticio por parte de alguien que, al fin y al cabo, no acabará decidiendo nada. La división de Europa, en términos de política exterior y de defensa, y la falta de instrumentos efectivos para implantar la poca política común que pueda existir, convierten a Europa en un agente poco influyente y de escaso prestigio en el escenario político mundial.

Europa sabe que no existe política exterior sin fuerza, y que la potencia económica sólo es una parte de esta fuerza. Parece dispuesta a ceder, críticamente, a Estados Unidos el papel de gendarme. No niega que sea necesario un gendarme. Ya le interesa y se conforma con que sea Estados

Unidos, y situarse detrás suyo, en cierto sentido otra vez bajo su protección. Criticándose, eso sí, algunas decisiones, que son calificadas de excesos. ¿Hasta qué punto es legítima esta actitud de considerar la necesidad de que alguien realice el trabajo sucio, siempre que lo haga otro? Sucio porque puede ser moralmente discutible, pero también porque comporta unos costes, y porque ensucia las manos. Se mire por donde se mire, en este ámbito, de influencia mundial, en el de la política dicha un poco eufemísticamente de defensa, se plantea con toda su crudeza una cuestión que ya ha ido apareciendo en apartados anteriores: la diferenciación de papeles entre Estados Unidos y Europa. Una diferenciación que, por un lado, puede abrir una grieta en el mundo occidental. Pero una diferenciación también de valores, de maneras de entender la sociedad y la política, el papel del individuo y el papel del Estado, que nos puede servir para reflexionar sobre cuáles podrían ser los caminos hacia un cambio de modelo de Europa, para un cambio de formas de hacer política en Europa.

SEGUNDA PARTE

RECONSTRUIR OCCIDENTE

La grieta de Occidente

Durante los últimos años, diversos observadores han tratado el tema de la grieta de Occidente. En el mundo occidental, se ha ido produciendo un distanciamiento visible entre Europa (en especial el núcleo fundacional de la Unión, y particularmente los del sur de Europa) y Estados Unidos. Después de la Segunda Guerra Mundial, la expresión “mundo occidental” describía una determinada unidad de civilización que incluía a Estados Unidos, Canadá, la Europa situada al oeste del Telón de acero y algunas otras realidades nacidas fundamentalmente de la descolonización anglosajona, como Australia o Nueva Zelanda, o una realidad nacida de uno de los grandes componentes de la cultura occidental, el judaísmo, como Israel. A finales del siglo XX, este mundo occidental se había escindido. Pero en ningún caso puede decirse que se haya fracturado la unidad de civilización. Continúa existiendo una civilización occidental. No obstante, sí se ha abierto una grieta en esta civilización.

Indudablemente, Occidente es hijo de muchas referencias: del pensamiento griego clásico, del mundo latino y la romanización; de la religiosidad de raíz judía mezclada a través del cristianismo con la filosofía helenística; de la cristiandad medieval; del substrato aportado por los pueblos que llegan a Europa en diversas oleadas procedentes de Asia central, desde los celtas, los germánicos a los eslavos. Pero en sentido estricto, podríamos decir que la civilización occidental, tal y como la conocemos, es hija del Renacimiento y de lo que representa situar los humanos en el centro del Universo. Es el Renacimiento quien descubre al individuo, quien considera que la persona se halla en el centro de todas las cosas, quien empieza a deconstruir los estados teocráticos medievales e instaura los fundamentos de una civilización alrededor de la razón, la ciencia y la técnica. Esta civilización que nace en Europa se generaliza mundialmente con los europeos, experimentando una continuidad especial en Norteamérica, donde, de hecho, las poblaciones europeas substituyen trágicamente y de una manera

casi total a los indígenas.

En América Latina, la superposición de las oligarquías europeas sobre unas muy amplias poblaciones indígenas, sometidas a explotación, termina generando un molde civilizador considerablemente distante del europeo, con valores también diversos. La colonización hispánica, que genera una superestructura de poder político y económico sobre los vestigios vivos de antiguas civilizaciones y de territorios considerablemente poblados, no transporta a América el embrión de la civilización humanística y científica que genera el Renacimiento. Entre otras cosas, porque la propia Península Ibérica, avanzada de la Contrarreforma y que ha marginado ya en tiempos de los Reyes Católicos la vía del humanismo renacentista de Cisneros, tampoco es el lugar donde arraiga desde el primer momento esta nueva civilización. Por otra parte, la población indígena, considerablemente numerosa a pesar de los exterminios, era heredera de civilizaciones muy avanzadas en cuanto a la expresión artística y la complejidad cultural se refiere, pero relativamente muy atrasadas desde el punto de vista tecnológico, que es precisamente la clave de la conquista europea.

A pesar de una cristianización superficial que a menudo sólo significa cambiar el nombre de las antiguas divinidades, los valores sobre los que se construyen las sociedades de América del Sur no son exactamente los que evolucionan hacia un nuevo modelo de sociedad en Europa, sobre todo del centro y del norte, donde nace el capitalismo moderno y donde se desarrolla un modelo civilizador fundamentado en el racionalismo, el humanismo y la centralidad del propio esfuerzo y del propio trabajo.

Contrariamente, en América del Norte y, particularmente, donde se emplaza hoy en día Estados Unidos, la colonización anglosajona exporta este modelo de civilización más racionalista en la que se valoran mucho los contenidos científicos y tecnológicos. Unos territorios relativamente poco poblados, donde a su vez se produce un exterminio considerable de indígenas (más significativo todavía por la debilidad demográfica anterior a la llegada de los europeos), atraen a una gran población que instaura los valores y el modelo europeos, pero sin los corsés y la rigidez que la antigua Europa todavía mantiene. En cierto sentido, los valores de la Europa Renacentista y, aún más de la Europa de las revoluciones burguesas del siglo XVIII, así como de la Ilustración, se encarnan aún mejor en América que en el viejo continente, ya que encuentra menos impedimentos y no deben combatir con un antiguo régimen. Con amplios horizontes naturales y espíritu de pioneros y de frontera, los europeos de América se ven, incluso más que los de Europa, como

individuos libres que quieren decidir su propio destino y que no están encuadrados por una estructura social estricta que les impide ejercer su libertad y su sueño de progreso individual. La revolución americana, revolución europea llevada a sus máximas consecuencias, es la consagración de este espíritu.

Por lo tanto, con intensidades diversas y con fórmulas adaptadas a la geografía de cada lugar, en la tradición, orígenes y las mezclas étnicas correspondientes, América del Norte y Europa continental (en especial el centro y el norte europeos) constituyen desde hace quinientos años, pero sobre todo desde el siglo XVIII, el proceso de civilización al que llamamos Occidente. Esta continuidad del espacio de civilización es muy clara en la primera mitad del siglo XX, cuando tiene a favor, además, los primeros grandes avances en el terreno de las comunicaciones, el mantenimiento de los flujos migratorios desde Europa a Estados Unidos (irlandeses, así como alemanes, rusos, suecos o italianos), y un intercambio permanente de las expresiones culturales, desde el cine a la literatura. Las dos Guerras Mundiales, cuyo origen reside en guerras europeas, que se mundializan precisamente por la entrada de los americanos, son una prueba.

Un distanciamiento que aumenta

Después de la Segunda Guerra Mundial, pueden adivinarse los primeros síntomas de un distanciamiento en el interior de este mundo occidental, aparentemente continuo. Para algunos de los padres de la unidad europea, Europa unida es precisamente una fórmula para distanciarse de Estados Unidos. Lo es muy claramente para algunos pensadores franceses, quienes creen que la unidad europea será la garantía de que otra nueva intervención americana en Europa no será necesaria. Lo es también, en aquellos momentos para algunos británicos, que todavía sueñan con la pervivencia de su sueño imperial.

No es casual, que uno de los grandes impulsos en la unidad europea sea la crisis de Suez de 1956, en la que Francia y Gran Bretaña unidas (¡aliadas en esos momentos con Israel!) intervienen en Egipto, contra la voluntad de Estados Unidos y la Unión Soviética, como si la guerra fría no existiese y como si en los cincuenta estuviésemos aún en una dinámica colonial previa a la Segunda Guerra Mundial. La crisis de Suez es una dosis de humildad forzada para los europeos y desemboca parcialmente en la firma del Tratado de Roma de 1957. Ya en aquel entonces, se intuye una fisura en el mundo occidental.

No obstante, esta fisura se hace patente en la última década del siglo XX, ya terminada la guerra fría. Es posible que el ensanchamiento de la grieta tenga algo que ver con este final de la guerra fría y, por tanto, con el final del efecto unificador que comporta la proximidad de un adversario común. Y curiosamente, al final de la guerra fría, para los territorios que quedaban en la parte oriental del telón de acero, Estados Unidos se ha convertido más que Europa en una referencia. Indudablemente, estos países quieren integrarse en la Unión Europea, porque ven en ella su futuro económico y político. Pero su punto de mira como modelo a seguir es el de Estados Unidos que, más que Europa, es la encarnación de la voluntad que se ha opuesto al comunismo que les ha apartado de la historia en la postguerra..

En el momento de mayor distanciamiento político entre los gobiernos europeos occidentales y Estados Unidos, fueron los líderes de la Europa oriental, casi todos forjados en la oposición a las dictaduras comunistas y con una impecable trayectoria ética y política como la de Vaclav Havel, los que tomaron posiciones a favor de Norteamérica. Las autoridades polacas, por citar algunas, se alinearon claramente, en torno a la intervención en Irak, con Estados Unidos, dando apoyo directo a una política diseñada en buena parte por los *think tanks* conservadores americanos, sin ni siquiera citar a los países europeos occidentales que ya estaban alineados. Y no es por coincidencia ideológica plena; es por la desconfianza que les produce una Europa eternamente dubitativa. La Europa del Este mira en dirección a Europa occidental sólo ante la urgencia por salir del área de influencia rusa, pero no genera una proximidad, un sentimiento de pertenencia común. Solicitan el ingreso en la Unión Europea. Pero a veces da la sensación de que preferirían, si no tuvieran la geografía en contra, convertirse en un Estado más de los Estados Unidos.

Probablemente, las causas de este distanciamiento entre Europa y Estados Unidos no son estrictamente de coyuntura. No tan sólo influye que ocurran cosas nuevas a finales del siglo XX y principios del XXI que separen Europa de América del Norte. Los acontecimientos nuevos que ocurren hacen entrar en valor, dan trascendencia, a substratos diferentes, tradiciones diversas, incluso diferencias geográficas, ambientales o étnicas. Diferencias que nos dirigirían a la historia geológica y diferenciada del continente americano respecto a Europa; a la influencia menor pero no inexistente del substrato indígena o simplemente a la evolución diferenciada entre una colonia y sus metrópolis. Pero de hecho, América y Europa empiezan a reaccionar de maneras divergentes ante los mismos fenómenos. Las izquierdas europeas han construido durante los años de la guerra fría un discurso anti-imperialista que

en buena medida es contrario a Estados Unidos. Este discurso parecía intelectual y minoritario, pero cuando termina la guerra fría, cuando Europa tiene la sensación de no necesitar tanto a los americanos, se percibe que es un discurso más arraigado de lo que parecía.

Los hechos del Once de Septiembre en Nueva York dieron algunas indicaciones sobre la profundidad de este sentimiento y marcaron un distanciamiento sentimental entre Estados Unidos y Europa. Los americanos reaccionaron de manera unánime contra la agresión en su propio terreno; hubo una explosión palpable y medible de un patriotismo en el que, con total seguridad, participaba el instinto de conservación, y que en todo caso se asemejaba muy poco a las formas de patriotismos locales de Europa.

Estuve en Nueva York pocas semanas después del atentado y me asombró, siendo un europeo nada partidario del anti-americanismo, la abundancia de símbolos y de banderas, y su absoluta generalización. Al contrario de lo que pensábamos los europeos, el patriotismo y la indignación eran aún más visibles entre las minorías recientemente sumadas al sueño americano, y no se adivinaba ningún tipo de impostación. La sensación de agravio y la incompreensión profunda del odio y el fanatismo que se ocultaban tras los atentados era transversal en toda la sociedad americana, que lo vivió al menos en una primera etapa, sin ningún tipo de distinción interna.

Contrariamente, Europa no se añadió a esta oleada sentimental de indignación, y no fueron pocas ni marginales las voces que atribuyeron estos atentados a una reacción natural y casi legítima contra las políticas de Estados Unidos. Desde Europa, parecía que Estados Unidos fuera el culpable de haber sido atacado y algunos medios expresaron antes el temor por cómo reaccionarían los americanos después de los atentados, que la condena y la condolencia sincera y sentida por los mismos.

Pero la fisura se hizo absolutamente visible en el momento en que la administración americana decidió atacar Irak. El objetivo de este libro no es juzgar esta decisión ni valorar las causas reales, que en cualquier caso no eran ni podían ser las justificaciones públicas. Se ha demostrado la no posesión de armas de destrucción masiva por parte de Irak, aunque tampoco es evidente que ésta fuese la causa real del ataque. En cualquier caso, se trataba de una guerra geo-estratégica por el control de una zona caliente del planeta: un Oriente Próximo importante por su situación e importante también por sus reservas de petróleo. Sin embargo, la guerra de Irak enfrentó las opiniones públicas americana y europea, tal y como se comprobó en el seguimiento europeo de las últimas presidenciales en Estados Unidos: el candidato que Europa había adoptado de una manera

casi unánime fue derrotado con contundencia en las urnas por un candidato que Europa menospreciaba y no entendía. Los líderes de Europa occidental que se alinearon con Estados Unidos lo pagaron ante sus opiniones públicas, y el enfrentamiento entre la vieja Europa y la nueva América pareció adquirir una épica de batalla de familia. Y lo era en cierto sentido. Además, de una intensidad mayor que en otros períodos de la historia reciente, a pesar de que quizás lo que se jugaba no era tan central en las propias relaciones.

En la medida en que el distanciamiento entre Europa occidental y Estados Unidos se ha hecho visible, sobre todo en política exterior, se podría pensar que responde a una disparidad de intereses geo-estratégicos. Que Europa y Estados Unidos, sin la unidad de acción forzada por la presencia soviética, han descubierto que sus intereses energéticos, geopolíticos y económicos son divergentes o incompatibles. Yo diría que no. Al contrario: para sus nuevos adversarios políticos, para los nuevos totalitarismos de matriz religiosa que quieren enfrentarse decididamente con el mundo occidental y sus valores (sobre todo para el llamado fundamentalismo islamista), el mundo occidental continúa siendo una unidad y se sienten igual de enfrentados con Estados Unidos que con Europa. De hecho, han actuado contra Estados Unidos y Europa, en Nueva York y en Madrid, y han amenazado a países europeos, desde Italia a Francia y a Gran Bretaña, situados en posiciones muy lejanas entre ellos en cuanto a políticas exteriores a desarrollar en Oriente Próximo se refiere, y que poseen a su vez modelos de relaciones muy diferentes con Estados Unidos.

Por esa razón, es lógico pensar que las discrepancias en política exterior entre Europa y Estados Unidos no son divergencia de intereses económicos y geo-estratégicos, sino una progresiva separación de modelos de sociedad, de sistemas de valores, de visiones del mundo. No hasta el punto de crear dos bloques de civilización contrapuestos (para usar, con todas las reservas, el vocabulario huntingtoniano), pero sí hasta crear una grieta profunda que, sin duda, debilita el mundo occidental en su conjunto, así como aquellos valores que aún se pueden considerar compartidos, y refuerza a quienes son sus adversarios: todo tipo de totalitarismos, pero especialmente los nuevos totalitarismos emergentes de matriz religiosa. La ruptura de Occidente sería estratégicamente desastrosa para todas las partes resultantes. No es un horizonte deseable para Estados Unidos, a pesar de su fuerza como gran potencia mundial. Todavía lo es menos para una Europa que ha renunciado a tener algunos de los instrumentos esenciales de una política exterior poderosa y que no quiere bajo ningún concepto pagar

los peajes.

Ampliando el significado de la palabra más allá de sus límites naturales, podríamos decir que las diferencias entre las sociedades europeas y la de Estados Unidos son de tipo cultural. Las sociedades de Estados Unidos y de Europa Occidental, cuando se miran al espejo, son diferentes y se exhiben y se recuerdan mutuamente sus diferencias. Estados Unidos mira despectivamente a la "vieja Europa", que considera aprovechada y decadente, es decir, irresponsable. Europa critica a Estados Unidos una supuesta ingenuidad, una supuesta ignorancia, un supuesto egoísmo. Las dos sociedades se reconocen como diferentes, fundamentadas en valores alternativos. Verdaderamente, las diferencias entre ambas son infinitamente menores que las que separan al conjunto del mundo occidental de otras partes del planeta. Pero en la descompresión del mañana de la guerra fría, en la nueva tensión con otras partes del mundo y particularmente con el mundo islámico, Europa y Estados Unidos se percatan de que sus caminos se bifurcaron hace tiempo. Culturalmente, desde la independencia norteamericana.

Estados Unidos es hijo de Europa. Es más: Estados Unidos es el lugar donde pueden realizarse proyectos y modelos nacidos en Europa, y que en esta parte del Atlántico era imposible llevar a cabo por la fuerza de la inercia de la historia. Pero el hecho es que al mundo occidental le ha salido una grieta grandiosa. Estados Unidos se ve a sí misma como la tierra de la libertad, y es vista sólo como la tierra del individualismo exagerado. Europa se ve ella misma como la tierra de la solidaridad, de la red colectiva, y es vista como la tierra en la que los individuos son prisioneros del pasado y de un sistema que les ahoga.

Individualismo en Estados Unidos y, en Europa una determinada forma de colectivismo, emparentada con el marxismo a través de la socialdemocracia y con la sensibilidad social cristiana por medio de las democracias cristianas. Dos sociedades íntimamente convencidas de ser el modelo más avanzado y perfeccionado, el mejor modelo social que ha existido jamás en la historia de la humanidad, la culminación de algún tipo de evolución social. Quizás habrá un sistema político capaz de encontrar la intersección de estos dos conceptos, ambos valiosos por lo que poseen de esencial, y ambos deseables para el conjunto de la humanidad en el futuro. Pero no tenemos este sistema. Debe crearse.

El peso de la responsabilidad individual

Si tuviéramos que definir un único rasgo distintivo entre Europa occidental y Estados Unidos, probablemente lo encontraríamos en este juego entre lo individual y lo colectivo, en una valoración totalmente diferente de la responsabilidad individual. Recuerdo un ejemplo muy concreto y muy menor que podría ilustrar esta diferencia. Después del 11 de septiembre, apareció en los teletipos la noticia de que las autoridades norteamericanas, entre ellas los gobernadores de diversos estados como California, alertaban sobre el temor de atentados en algunos puentes emblemáticos del país. Advertían a la ciudadanía, pero no cerraban los puentes ni prohibían el paso por ninguna carretera. Simplemente, compartían esta información con sus ciudadanos: si estos se asustaban ante esta posibilidad, dejarían de pasar por los puentes. Si consideraban que el riesgo era inexistente o asumible, continuarían pasando. Las autoridades sólo advertían. Al evaluar esta iniciativa, las valoraciones fueron variadas y contradictorias. Todos estábamos de acuerdo en una única cosa: ante una amenaza de este tipo, ningún gobierno europeo habría actuado así, no habría hecho pública esta información, la habría considerado secreto de estado, y habría cortado los puentes afectados en nombre de la seguridad. No habría compartido la información con los ciudadanos, pero habría asumido la responsabilidad y habría actuado en consecuencia. Las autoridades de Estados Unidos compartieron la información y no actuaron, al menos de manera visible. No cortaron los puentes ni prohibieron ningún itinerario.

Algunos consideraron esto como una grave irresponsabilidad por parte de las autoridades americanas: dejaban de hacer su trabajo, trasladaban a los ciudadanos informados la responsabilidad de cruzar o no los puentes. Los críticos lo consideraban un ejercicio de alarmismo y una dimisión de las propias responsabilidades. En contraposición, los favorables a la actitud adoptada (pocos, por cierto), admirábamos esta transparencia informativa, al menos en este caso concreto, y esta madurez de dejar las decisiones en manos de los ciudadanos informados. Pero en cualquier caso, al margen de las valoraciones personales de cada uno, se hacía patente la existencia de dos modelos: un modelo americano que cree extendidamente en la responsabilidad individual, pero que exige que el individuo disponga de los mecanismos y las informaciones que necesita para ejercerla; y un modelo europeo, donde el Estado asume esta responsabilidad protectora respecto al ciudadano, aunque el ciudadano protegido jamás sepa sobre la amenaza contra los puentes.

Se trata de una anécdota, aunque también la aplicación de dos

concepciones diferenciadas de la sociedad que pueden provocar que algunos comportamientos americanos sean absolutamente incomprensibles para Europa y viceversa. Otro ejemplo, menos anecdótico: desde Europa resulta del todo incomprensible la política permisiva en Estados Unidos sobre la posesión de armas de fuego. Parece obvio, y está demostrado, que esta libertad de posesión de armas americana provoca diez veces más víctimas mortales que la política preventiva europea. Tuve la ocasión de presentar una importante monografía sobre esta cuestión que dejaba claros dos puntos. En primer lugar, que el sistema americano en la práctica era peor que el europeo, provocaba más muertes e incidía en los niveles de delincuencia. En segundo lugar, que la diferencia entre las políticas europeas y americanas sobre la posesión de armas se remitía a diferencias nucleares, esenciales, en la manera de entender las relaciones entre el individuo y la sociedad, de manera que la sociedad americana aceptaba el peaje de sufrir la mortalidad añadida por la libre posesión de armas, puesto que negar esta libertad iría en contra de los principios que consideran fundamentales, contra el mismo núcleo de su visión del mundo.

El estudio en cuestión sobre las leyes de armas llegaba a la conclusión de que el antagonismo entre estas leyes era originado a causa de dos modelos contrapuestos de Estado: uno, el europeo, que se definía como centralista y con el acento puesto en la administración; y otro, que se definía como federal y destaca al individuo, que sería el americano. En este último, la responsabilidad de la defensa, como el conjunto de las responsabilidades del servicio a la comunidad, se sitúa en los individuos. El derecho a la posesión de armas proviene de la segunda enmienda, propuesta por los federalistas, en su afán por evitar el intervencionismo del Estado, la imposición de los criterios de un gobierno sobre los individuos. En el modelo europeo, esta responsabilidad pertenece a la administración. Desde una perspectiva europea actual, el mantenimiento de la libertad de llevar armas por parte de los ciudadanos es del todo incomprensible: la violencia es monopolio del Estado. Desde una perspectiva americana, federalista, es una consecuencia (aunque pueda ser poco práctica y dolorosa) de un aspecto fundamental de su ordenamiento político, de su visión del mundo.

Desde Europa, la política americana sobre armas resulta del todo incomprensible y tendemos a explicarla a través de una visión de Estados Unidos como un mundo ingenuo, primitivo, que aún no se ha despojado de su visión de país de frontera y de conquista del espacio del Oeste. Vemos así la libertad de armas como el fósil del Far-West o como una demostración del carácter profundamente conservador y de derechas de su civilización. Pero después, filósofos de extrema izquierda como el italiano Toni Negri lo

presentan exactamente como lo contrario: la posesión privada de armas sería un hecho profundamente revolucionario, una manera de debilitar el poder del Estado, discutiéndole el monopolio de la violencia. Desde nuestra perplejidad, nos parece sorprendentemente conservador o sorprendentemente revolucionario, sin ver los vínculos que eso establece con una concepción de la sociedad centrada en la capacidad de decisión y la responsabilidad del individuo.

Pero las perplejidades también pueden tener signo contrario. En ocasiones, amigos americanos me han comentado su incompreensión ante la indisciplina de los países europeos con limitación de velocidad en las carreteras en el momento de moderar la propia velocidad por parte de los ciudadanos. Como ocurre con la posesión de armas en Estados Unidos, es obvio que los excesos de velocidad son la causa de muchos accidentes mortales. Mis amigos americanos se sorprenden de que los ciudadanos europeos, incluso conociendo los efectos negativos del exceso de velocidad, no tengan ningún tipo de escrúpulo en conducir sistemáticamente por encima de las velocidades permitidas y que sólo dejen de hacerlo cuando temen con fundamento una multa o una sanción. Contrariamente, en Estados Unidos la disciplina ciudadana a la hora de mantener las velocidades establecidas es casi unánime.

En cierto sentido, es el ejemplo complementario al de las armas. Los americanos, desde la valoración de la responsabilidad individual, no entienden que los ciudadanos no colaboren en evitar accidentes de tráfico, que son una causa de gran mortalidad. Contrariamente, los europeos tendemos a considerar que evitar accidentes es, como casi todo, responsabilidad de la administración y que nosotros no tenemos ninguna responsabilidad individual al respecto: es trabajo de la administración hacer leyes, poner policías, poner radares, hacer cumplir las normas.

Tras estas dos visiones de la relación entre los individuos y la sociedad, entre la responsabilidad del individuo y la responsabilidad de la administración, residen dos concepciones del Estado. Y es la causa de la grieta de la civilización occidental.

En los fundamentos de discrepancias más trascendentes, como, por ejemplo, las que afectan a la guerra de Irak, aparecen también los vestigios de esta discrepancia de fondo sobre la responsabilidad de cada uno, sobre qué debemos hacer cada uno de nosotros y qué debemos dejar de hacer que los demás hagan en nuestro nombre. Hace unos días, un amigo comentaba irónicamente que la medida de prohibir la instalación de máquinas de refrescos en los institutos, con el fin de evitar que los alumnos

engorden, es típicamente europea: la administración, en Europa, se responsabiliza de todo, incluso de la silueta de los adolescentes, de si están gordos o delgados, a partir de una idea preconcebida de qué está bien y qué está mal. En Estados Unidos, ésta sería una responsabilidad individual, pero también cada uno debería hacerse cargo (en un sistema de sanidad mucho menos universalizado) de las consecuencias sobre la salud y la economía de sus decisiones.

Individuo y administración en los dos polos de la concepción del mundo. Y según cómo, esta diferencia es previa y más central, más importante, que las grandes cuestiones de geo-estrategia. Es el núcleo de la fisura de Occidente.

Reconstruir el espacio occidental

A principios del siglo XXI, Europa vive una oleada de anti-americanismo que, en parte, es también una oleada de anti-occidentalismo. El filósofo Pascal Bruckner, en un artículo en "Le Figaro" después de los atentados de marzo en Madrid, hablaba sobre la existencia en Europa de una especie de voluntad expiatoria: *"nosotros, europeos, occidentales, habríamos infligido durante años diversos agravios terribles al resto del mundo, en forma de explotación y colonialismo, y ahora se están volviendo contra nosotros. Occidente sería el culpable"*. Pero los europeos nos habríamos confabulado metafóricamente para decir que, en realidad, actualmente, este mundo occidental culpable por definición, estaría representado de una manera más nítida por los americanos que por nosotros mismos. Bruckner afirma: *"Dentro de esta representación penitencial de nuestro destino occidental, Estados Unidos sería el heredero de un horror imperial europeo"*, mientras los europeos asistiríamos a los golpes de integrista islamista sin entenderlo como uno de los rostros del mal, del totalitarismo, sino viéndolo como el fruto de un terrible malentendido, un producto de falta de diálogo, y en el fondo como una respuesta a nuestras culpas históricas.

Desde esta interpretación, el nuevo antiamericanismo europeo sería la expresión de una especie de mala conciencia occidental, de auto-odio occidental, pero también una fórmula muy práctica de evitarnos las consecuencias. Los nuevos totalitarismos, esencialmente anti-occidentales por estar en contra de los valores básicos del racionalismo, del laicismo y de la libertad sobre los que se ha basado el modelo occidental, apuntarían contra Occidente en su conjunto. Pero Europa les respondería diciéndoles que aquello que atacan no está representado por nosotros, sino por Estados

Unidos. Como si, saliendo en marcha del tren de la civilización occidental, Europa pudiese ahorrarse los ataques que esta civilización puede recibir en el presente o en el futuro por parte de los que son contrarios al modelo en el cual participamos y hemos creado, colonialismo incluido.

Si esto fuese una estrategia por parte de Europa, sería del todo absurda: por más que los europeos quisiéramos saltar del tren, los adversarios del mundo occidental y de sus valores saben que estamos dentro. Con frecuencia, desde Europa no se interpreta correctamente la hostilidad de los nuevos totalitarismos de base religiosa contra el modelo occidental, porque se intenta leer desde nuestro propio lenguaje, desde nuestras premisas.

Cuando ocurrió el horrible atentado en los hoteles egipcios del Sinaí, repletos de turistas israelíes, algunos medios de comunicación europeos lo vincularon con una operación inmediatamente anterior del ejército de Israel contra Hamàs en Gaza. En la lógica europea, que percibe a Hamàs como un movimiento de liberación nacional de factura ideológica, nacionalista y laica, estábamos ante un episodio político convencional. Alguien que es atacado y se defiende. Alguien se venga de las bajas que le acaba de provocar su enemigo. Pero el comunicado en el que un grupo islamista reivindicaba los atentados los atribuía al hecho de que estuvieran en hoteles donde había salas de juego y salas de baile, donde los infieles (judíos en este caso) iban a divertirse y profanaban así la tierra musulmana.

Igualmente, muy a menudo desde Europa se interpreta el terrorismo islamista como una respuesta política convencional a las actuaciones de Estados Unidos en Oriente Próximo y se considera en consecuencia que si Europa se desmarca de estas actuaciones, si aparece como una aliada del mundo árabe, si marca distancias con la política americana, saldrá del punto de mira de este terrorismo. Olvidando que la lógica y los objetivos de este terrorismo se mueven en un plano diferente, que no afecta al mundo occidental por sus políticas si no por sus valores y sus hábitos.

La opinión pública francesa se sorprendió del secuestro de dos periodistas de esta nacionalidad en Irak, porque consideraba que su posición contraria a los ataques de Estados Unidos la inmunizaba contra el terrorismo de esta procedencia. Pero en este caso los secuestradores buscaban la derogación de la ley que prohibía el velo en las escuelas francesas. Francia se creía fuera o dentro del punto de mira en función de las políticas en Oriente Próximo. Es una interpretación hecha en clave y lógica europea. Pero para los secuestradores de los dos periodistas, Francia es tan Occidente como Estados Unidos; sólo que una parte de Occidente más débil, menos significativa, ligeramente marginal. A veces, Europa actúa como si hubiese saltado del tren occidental, pero los que miran desde fuera

saben que vamos dentro del tren construido en su base por los europeos.

Por esa razón, entre muchas otras tanto o más importantes, para Europa y Estados Unidos es imprescindible cerrar la grieta, que es más profunda que una discrepancia de coyuntura sobre una actuación política. La grieta viene en parte de la interpretación del propio papel; pero remite a una cuestión de fondo relacionada con el tema de la responsabilidad, del papel del individuo y del papel de las administraciones y del Estado. Asimismo, está vinculada con la responsabilidad europea y americana respecto a la construcción de un mundo global. De hasta qué punto estamos convencidos del propio modelo, y hasta qué punto estamos dispuestos a movilizarnos para defenderlo.

Los enemigos de la responsabilidad son el conformismo, el aislacionismo y el relativismo cultural que considera que las cosas no son buenas o malas, sino que cada cultura o cada civilización construye su propia moral, tan válida una como la otra. Por lo tanto, que no podemos imponer nuestra idea de lo que es bueno (el racionalismo, la democracia, los derechos humanos) a otros pueblos que puedan pensar que lo que es bueno podría ser el esoterismo, la ablación de clítoris o la desigualdad de derechos entre hombres y mujeres.

Europa está tentada por estos enemigos de la responsabilidad. Pero Estados Unidos tiene también sus propias tentaciones: la hiperresponsabilidad que lleva al unilateralismo, el maquiavelismo en la actuación que no se preocupa de la bondad de los métodos, cuando ha establecido la bondad de las finalidades...

Entre Estados Unidos y Europa existen diferencias profundas de concepto, que sería necesario superar con algún tipo de puente. No tan sólo en las anécdotas más o menos significativas que hemos ido explicando. Si no también en cuestiones de primera importancia mundial. Por ejemplo, el posicionamiento de las opiniones públicas sobre la guerra de Irak. En Estados Unidos, la población conocía perfectamente informaciones y puntos de vista muy contrarios a los gobernantes que han llevado la guerra a Irak. A pesar de poder conocer estas posiciones y pagar todos juntos, de manera colectiva, las consecuencias, han vuelto a avalar a estos gobernantes con sus votos. Por contra, en Europa no han sido expuestos todos los puntos de vista posibles sobre la guerra, que tenía en contra a los gobernantes europeos, así como los grupos mediáticos. No obstante, y sin jugarse nada, Europa decididamente y de una manera casi unánime ha estado contra la guerra y contra los gobernantes americanos.

Estamos ante dos comportamientos profundamente contradictorios

que deben nacer de fundamentos asimismo muy contradictorios. Pero Europa y Estados Unidos se necesitan. Y Occidente tiene un papel que desarrollar en el mundo. A veces, da la sensación de que a Europa le va bien un reparto de papeles como el que demostrarían estas actitudes tan variadas de las opiniones públicas: unos Estados Unidos que hacen la guerra, para la que tienen cierta vocación, y una Europa que llega después para intentar arreglar el estropicio. Pero tampoco está muy claro que éste sea un reparto de papeles consciente. Más bien cada una de las partes mira con recelo el papel del otro, a pesar de que lo necesita.

Estados Unidos y Europa deben reconstruir Occidente. Pero quizás una de las vías para conseguir esta reconstrucción es que Europa se replantee algunas partes de su modelo de sociedad, que actualmente están muy lejos del modelo americano. Después de la Segunda Guerra Mundial, Europa construye una sociedad del bienestar que goza de grandes virtudes, pero que plantea también algunos interrogantes de fondo. Su modelo, que sitúa la responsabilidad en la administración y libera de responsabilidades a los individuos, ha comportado problemas prácticos considerables. No se trata de copiar desde Europa el modelo americano. Pero se puede usar el contrapunto americano para efectuar algunas reflexiones sobre la validez general del modelo europeo, sobre sus defectos y sus límites. Algunas correcciones de rumbo, a partir de este contrapunto, podrían ser la contribución europea a la reconstrucción de Occidente, tan necesaria. A la espera de que Estados Unidos realice también sus propias contribuciones, sus propias aproximaciones.

Un Estado protector

Paralelamente al proceso de unidad europea, cada uno de los Estados de Europa ha ido creando, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, un modelo nuevo e inédito de sociedad al que hemos llamado Estado del bienestar o según cómo Estado providente. Se trata de un modelo exportado a Canadá, pero no a Estados Unidos. Es un modelo del cual Europa está particularmente orgullosa, hasta tal punto que una buena parte de su sentimiento de superioridad respecto a Estados Unidos se fundamenta en esta realización: *"nosotros, diríamos a los americanos, no tan sólo tenemos más historia, sensibilidad y cultura, sino que gracias a todo esto hemos conseguido establecer un modelo de sociedad más justo, con menos desigualdades y exclusiones"*.

Para los europeos, este Estado del bienestar es la consecuencia lógica de su propia historia y de lo que podríamos llamar una visión más humanística de la realidad social: *“dado que valoramos más a las personas, hemos construido un sistema en el que se garantiza a todo el mundo la cobertura de sus necesidades básicas, de manera que nadie quede fuera, nadie esté excluido”*. Contrariamente, el sistema competitivo americano, más próximo a la ley de la selva, deja fuera a los débiles y sólo permite la supervivencia de los más fuertes. Para los europeos, el sistema individualista americano sería darwinista, mientras que nosotros habríamos conseguido (a base de que los impuestos de todos garantizar la cobertura social mínima de todos) amortizar el darwinismo y construir un sistema más caritativo (a pesar de que la palabra de disimule con eufemismos) y más equitativo.

Hasta hoy, Europa nunca ha percibido críticamente este modelo social que nace de la existencia de un Estado providente, de un Estado que se preocupa de todo en nuestro nombre, de un Estado que nos garantiza si no la generalización del bienestar, como mínimo una redistribución de la riqueza que garantiza unos mínimos universales.

El debate europeo no se ha centrado en si el modelo era bueno o malo, perfecto o perfectible, sino en si era o no sostenible este Estado del bienestar, sin proyectar ningún matiz crítico, contra los supuestos intentos neoliberales de recortarlo. Pero estos supuestos intentos tampoco cuestionaban la bondad del sistema, sino que advertían sobre la imposibilidad de mantenerlo eternamente. En lenguaje coloquial, el debate no era sobre si nos convenía o no el Estado del bienestar, que todo el mundo creía que sí. El problema era si nos los podríamos costear. Si unas sociedades de baja natalidad y progresivo envejecimiento, con esperanza de vida cada vez más alta, podrían garantizar a medio plazo las pensiones, que es una de las expresiones más destacables del Estado del bienestar. Y quien dice de las pensiones dice de los subsidios de paro, la enseñanza, el transporte y sobre todo de la sanidad, verdadero caballo de batalla.

Una sociedad envejecida, que invierte sus pirámides de edad, es una sociedad que reclama más prestaciones y más gasto sanitario. Los europeos hemos comenzado a discutir hace muy poco si nos podríamos permitir mantener este sistema, mientras acusábamos a los americanos de tener un sistema sanitario excluyente, privatizado, no universal y, por tanto, profundamente injusto.

En próximos capítulos, volveremos a tratar la cuestión del envejecimiento y la pirámide demográfica, pero queda dicho ya que la crítica de la sociedad

Europea al Estado del bienestar se refería sobre todo a su sostenibilidad, a si nos la podíamos permitir. No cabía discusión alguna sobre si de este Estado del bienestar y de la sociedad que configuraba surgían valores sociales negativos o positivos, y si empujaba a nuestras sociedades hacia el conformismo y la indiferencia. Nos percatábamos de que en nuestras sociedades crecía la actitud de aislacionismo individual (que no es del todo individualismo), retrocedían los valores del civismo y se debilitaba la sociedad civil. Veíamos y vemos todo esto, pero no lo vinculamos a nuestro modelo de Estado del bienestar.

A lo largo del siglo pasado, desde el ámbito intelectual se han producido alarmas importantes contra las sociedades controladas, y en buena parte anuladas, desde los poderes públicos. Desde "1984" de Orwell hasta "Un mundo feliz" de Huxley, la ciencia ficción ha lanzado alertas sobre los peligros de un Estado intervencionista, que construye sociedades a medida. Pero estas alarmas se centraban en los terroríficos experimentos de totalitarismo político que castigaron a Europa en los años treinta, de Hitler a Stalin, mientras considerábamos que la democracia política nos vacunaba a nosotros de los riesgos que podía producir un Estado excesivamente intervencionista.

La responsabilidad del Estado

La existencia de este Estado del bienestar, de este Estado providente y protector del que tan orgullosos nos sentimos los europeos, está relacionada con un concepto básico que comentábamos en el apartado anterior. En el modelo europeo, el bien común es responsabilidad del Estado y no de los individuos. Permítanme que lo exprese en términos caricaturescos, es decir, exagerados, pero no por ello falsos. En nuestro Estado del bienestar, los ciudadanos firmamos un contrato mediante el cual, a cambio de nuestro voto y nuestros impuestos, no debemos preocuparnos por nada de lo que ocurre en el ámbito público y podemos concentrarnos tranquilamente en nuestros intereses individuales.

A cambio de nuestro voto y nuestros impuestos, el Estado nos garantiza enseñanza, sanidad, transporte, cultura, pensiones, subsidios... El Estado carga sobre sus espaldas un mínimo de bienestar para toda la ciudadanía, y nos libera de tener que pensar en ello. Es nuestra gestoría, que vela por nosotros y por nuestros intereses vinculados con el espacio público y nos dice *"Usted no se preocupe de nada, usted vote y pague, que nosotros ya nos preocuparemos de todo en su nombre. Nos preocuparemos de lo previsible y lo imprevisible."*

Déjelo todo en nuestras manos: la enseñanza o la sanidad; velaremos por su salud y por su cultura; no se preocupe si suceden inundaciones o terremotos, el Estado proveerá. Usted no es responsable de nada, sólo de lo estrictamente suyo, individual. El Estado es el único responsable del espacio público, de todo aquello que suceda en el espacio público, aunque le afecte. Usted tiene derecho a exigir en función de sus propios intereses y de las necesidades, digamos egoístas, que le correspondan. El Estado arbitrará. El Estado ya las conciliará con las de su vecino, en la medida que puedan parecer contradictorias". Y si en un momento determinado usted cree que lo que le devuelven a cambio de su voto y sus impuestos no es suficiente, y que, de hecho, sería más económico para usted comprar en el mercado libre la sanidad, la enseñanza, el transporte que consume o la cultura que adquiere, en lugar de pagarlo con sus impuestos, entonces el Estado ofrece sus estudios, y añade "posiblemente a nosotros, a cada uno de nosotros, el Estado del bienestar no nos sea provechoso, pero en nuestras sociedades cuentan con un número creciente de personas en el umbral de la pobreza y la marginalidad, los cuales quedarían excluidos y fuera del sistema, si no estuviese ahí el Estado del bienestar para acogerlos". Como ocurre en Estados Unidos, se nos añade en voz baja.

En estos estudios, los umbrales de la pobreza y de la exclusión se calculan de una manera determinada, a partir de la media social y no de las necesidades mínimas. Y en sociedades visiblemente acomodadas aparecen, según los estudios, enormes bolsas de pobreza y de riesgo de exclusión que después resultan invisibles en la práctica. Pero el concepto está claro: *"con el diferencial entre lo que usted paga y lo que percibe le garantizamos la paz social. O, si lo prefiere, la buena conciencia de combatir contra las desigualdades y las exclusiones."*

Sé que resulta caricaturesco. Pero no me parece una descripción falsa de cómo funciona el sistema. Tampoco una descripción sarcástica, destinada a ridiculizarlo. El sistema, repito, goza de grandes virtudes. El Estado concentra en su espalda el peso de la responsabilidad sobre cualquier cosa, sobre todo lo que ocurre. En el ámbito del Estado del bienestar la antigua interpelación italiana: *"Piove? Porco governo!"* toma un sentido nuevo. En su origen, podría parecer una expresión de anarquismo popular, que culpa al gobierno sin ninguna razón aparente de todo lo que ocurra, hasta de la lluvia. Pero en el Estado del bienestar, el gobierno se ha auto responsabilizado de todo, incluso de la lluvia. Ha convencido a los ciudadanos de que no se preocupen de nada, el Estado lo solucionará todo. La lluvia o la sequía quizás no, pero sí sus efectos sobre cada uno de los ciudadanos, que forman

parte de la responsabilidad del gobierno y de los poderes públicos. Por lo tanto, este ciudadano que observa enfadado cómo llueve, se unirá a una manifestación ante el gobierno o firmará una instancia con el fin de poder percibir una subvención para la cosecha que la lluvia ha echado a perder, o protestar por el hecho de que por culpa de la lluvia (y del gobierno imprevisor que no ha colocado marquesinas en las calles o ha ensanchado las aceras) ha llegado tarde al trabajo. Y tendrá razón, en la lógica del Estado del bienestar.

Todo esto está en el pacto. Todo esto es lo que el gobierno ha prometido dar, a cambio de su voto y sus impuestos.

El núcleo de todo es la responsabilidad del Estado. Lo que los especialistas, cuando hablan como lo hacíamos algunas páginas atrás sobre las leyes de posesión de armas, llamaban “modelo administratocéntrico y centralista” referido a Europa y “modelo individucéntrico y federal” referido a Estados Unidos. Las conquistas sociales del Estado del bienestar no merecen una caricatura sarcástica. Pero los europeos, además de estar orgullosos del modelo, deberíamos pensar también en qué inconvenientes puede conllevar, con el fin de preverlos y poder llegar a evitarlos sin necesidad de modificar totalmente el modelo. El principal problema radica en que si declinamos toda la responsabilidad sobre el Estado y liberamos totalmente de ella al individuo, evolucionaremos (como ya lo hemos hecho en gran parte) del Estado providente al Estado paternal. Y el Estado paternal tiene el inconveniente de todos los paternalismos: a base de tratar a sus ciudadanos como menores de edad, los acaba convirtiendo en menores de edad.

El monopolio del bien común

En la práctica, la responsabilidad exclusiva del Estado dentro del espacio público, fundamento del Estado del bienestar, termina provocando un monopolio del concepto de “bien común” por parte de la administración, del Estado. En la práctica, del mundo político, de los políticos. Ellos terminan presentándose y legitimándose como los únicos depositarios de este concepto, que en principio debería ser propiedad compartida del conjunto de la sociedad.

Aparentemente, todos los ciudadanos deben estar interesados en el bien común, porque cada uno forma parte de la comunidad. Pero en el modelo europeo, el conjunto de los ciudadanos delegan estos asuntos de una manera obligada a la clase política, que terminará ejerciendo una

especie de monopolio. Los políticos son, en este sistema, los garantes del bien común, los especialistas únicos y exclusivos del bien común.

Un político importante me lo explicaba, de una manera estrictamente descriptiva, sin entrar en valoraciones. Imaginemos un pueblo cualquiera: los empresarios del pueblo creen necesitar una carretera para que sus productos puedan venderse fuera, y cuanto más ancha mejor para que antes lleguen sus camiones; los ecologistas no admiten la carretera porque estropearía el paisaje; los campesinos no quieren que la carretera atraviese sus cultivos, a pesar de que se beneficiarían notablemente de ella, pero siempre y cuando cruce por los cultivos de los demás; los propietarios de tierras yermas quieren que la carretera pase cerca de donde poseen un terreno edificable, ya que se revalorizaría su terreno. Etcétera, etcétera, etcétera. Cada uno observa el conflicto desde un punto de vista sectorial, desde la perspectiva de la defensa de sus intereses o de conseguir un bien concreto que le sea favorable.

¿Quién arbitra en todo esto? El político. El político es (en teoría y en la práctica) el único que lo observa sin tener que defenderse ni poder defender ningún bien sectorial. El político es quien evalúa la participación de cada uno de estos intereses parciales en el interés general y quien dicta una resolución fundamentada en el interés general: que haya o no carretera, que tenga tantos carriles, que pase por aquí. Cada uno ha acudido al espacio público con sus intereses bajo el brazo. El político lo ha hecho (en solitario) con una concepción del interés general, con una idea de bien común. Este bien común intentará pisotear tan pocos intereses particulares como le sea posible. Intentará conciliar intereses contradictorios. Intentará encontrar el camino del medio, para que el bien de los unos no signifique el mal de los otros. Pero acabará decidiendo en nombre del bien común.

Cada uno actuará, en este espacio público, con un papel concreto: empresario, transportista, ecologista, campesino, propietario... Algunos de ellos responderán a intereses estrictamente materiales e individuales (propietario) o a visiones ideológicas del mundo, pero de carácter sectorial (ecologistas). El único que quedará por encima de todo, el profesional del interés general, será lo político.

Es cierto que, en esta descripción del funcionamiento de las cosas en una sociedad occidental del bienestar, los políticos no quedan mal. Repito: es la visión sincera que me aportaba un político importante, que cree en su oficio, que lo respeta y cree en la necesidad de políticos. Llegó a reconocer asimismo, que no todos los políticos siempre actúan así, sino que en ocasiones, ese político que debe velar por el interés general posee, de

hecho, ciertos intereses privados, propios, o se alinea con intereses sectoriales, por razones económicas, ideológicas o de afinidad. Que existen políticos que en el momento de arbitrar no lo hacen en nombre del interés general, sino en favor de los propietarios, porque ellos mismos son a su vez propietarios; o en nombre de los transportistas, para que su partido se beneficie de una ayuda por parte de estos en la campaña electoral; o en nombre de los ecologistas, puesto que en el pueblo habitan un gran número y sus votos serán necesarios para ganar las próximas elecciones. Es decir, a veces el político violenta su propia concepción (siempre discutible) de lo que debería ser el interés general por corrupción o por demagogia o por electoralismo o porque no sabe más. Pero en estos casos, estarían haciendo mal su trabajo. No serían buenos políticos. Realizar bien el propio trabajo, en el marco actual, sería evaluar con honestidad todas las opciones y arbitrar en nombre de la propia concepción (subjetiva y siempre ideológica) de lo que es el interés general.

No obstante, el problema del sistema no radica tan sólo en los políticos que hacen mal su trabajo. Es un problema que puede darse, y el sistema debe generar mecanismos de control para evitar este tipo de desviaciones. Las leyes y los tribunales son mecanismos de control más o menos eficientes para intentar evitar las corrupciones. El sistema electoral democrático es un mecanismo de control para evitar la arbitrariedad y la excentricidad, pero según cómo se haga no evita los problemas del clientelismo, de la demagogia o del electoralismo, que son defectos específicos del sistema democrático. Defectos infinitamente menores a los que presenta un sistema autoritario, donde la arbitrariedad no necesita ni tan sólo disfrazarse para convertirse en electoralmente asumible, y donde el cacique o el autócrata no necesita dar explicaciones a nadie.

Pero en cualquier caso, un sistema en el cual los poderes públicos monopolicen la noción de interés general y de bien común no me parece el mejor sistema que pueda imaginarse. Y no tan sólo (ni sobre todo) porque los políticos puedan hacer un mal uso de este monopolio. Estas serían las malas prácticas que mi interlocutor político era el primero en denunciar. Es porque el monopolio del interés general libera obligadamente al conjunto de los ciudadanos de su compromiso con el bien público (que en parte es suyo) y los lleva a la no participación, a aquello que hemos llamado coloquialmente pasotismo, al ejercicio del egoísmo perfectamente legitimado. Les priva, además, de la práctica en la defensa dialéctica de los propios intereses respecto a los de los demás, en el punto de encuentro del interés general, y en la discusión con los que tengan interés o idea contraria a la suya.

El problema de la cadena que hemos establecido en Europa y que une responsabilidad de la administración, Estado del bienestar y monopolio del interés general por parte de la clase política, es que deja fuera del espacio público a la inmensa mayoría de los ciudadanos. Con el monopolio del interés general, el Estado es nuestro padre, y posiblemente mal padre. Esto, cuando es evidente que los políticos, por definición, tienen más dificultades para ser, digamos, buenos padres (conocedores en profundidad de las realidades día a día), de lo que en general tienen los ciudadanos por saber aquello que les es conveniente, e incluso ligarlo a lo que es conveniente al bien común. Pero sobre todo, nos arrincona al conjunto de los ciudadanos al papel de hijos menores de edad, de los que necesitan a alguien que decida en su nombre y a quien se invita a apoyarse, sin responsabilidades ni participación, en un reducto confortable, protegido y sin riesgos.

La dimisión del ciudadano

La delegación en los poderes públicos de toda la responsabilidad referente al bien común invita al ciudadano individual a dimitir de cualquier responsabilidad colectiva. Ya hay quien se ocupa. Ya hay quien está profesionalmente dedicado a ello, que cobra de nuestros impuestos y recibe el pago por hacerlo para la comunidad. El político se convierte en empleado de los ciudadanos para velar por el bien público. Liberados, los ciudadanos pueden dedicarse exclusivamente a la defensa de su interés individual. Y el ciudadano, invitado a realizar esta delegación tan cómoda, dimita de su participación, la concentra en el hecho de votar cada cuatro años y de pagar impuestos. Ya ha cumplido su parte del trato.

La dimisión del ciudadano no significa tan sólo una escasa participación política. Asimismo, se le invita a una baja participación social o, en cualquier caso, a una participación social sectorializada, que no afecte al bien común. Cuando el político del que hablaba en algunas páginas anteriores me explicaba el ejemplo del pueblo que necesita una carretera, lo que resulta sorprendente no es la naturalidad con la que aceptamos que el político es la garantía del interés general. Lo que resulta sorprendente es la naturalidad con la que aceptamos que todos los demás, el propietario, el ecologista, el campesino, tienen todo el derecho y casi toda la obligación de no pensar en él. De poner sobre la mesa sólo sus intereses. Es esto lo que se convierte en inquietante. Esta dimisión forzada.

Un primer ejemplo. Ante algunos problemas absolutamente domésticos, vinculados con el tráfico y la limpieza de las ciudades, diversos cargos políticos creyeron necesario un llamamiento público al civismo: la ciudad jamás estará limpia del todo a no ser que los ciudadanos practiquen el civismo de no ensuciarla, y el tráfico nunca será lo suficiente fluido si los ciudadanos no conducen cívicamente. El alcalde de una gran ciudad realizó unas declaraciones a los medios de comunicación en este sentido, y la respuesta fue tan inmediata como contundente. ¿Qué se creía? Otros cargos políticos de oposición, diversos periodistas y algunos ciudadanos se le lanzaron encima, porque consideraron que el llamamiento al civismo era una manera de rehuir sus responsabilidades como alcalde, de trasladar a los pobres ciudadanos las responsabilidades que, de hecho, le correspondían a él.

El alcalde es responsable de que la ciudad esté limpia y, por lo tanto, debe colocar las papeleras, contratar los barrenderos y elaborar todas las previsiones y las medidas necesarias. Y lo mismo sucede con el tráfico. Si los ciudadanos quieren ser cívicos, mejor, nadie les reñirá por ello. Pero no se les puede obligar a ser cívicos. No entra dentro de sus responsabilidades. El alcalde tiene la obligación de recoger los papeles, pero el ciudadano no tiene la obligación de no tirarlos.

Cada vez que un político ha realizado un llamamiento de este tipo al civismo y a la responsabilidad de los ciudadanos, se ha encontrado con la misma respuesta: está rehuendo sus responsabilidades, está trasladando al ciudadano una responsabilidad que es suya. Recuerdo casos paradigmáticos, extremos, como la recriminación durísima contra los poderes públicos en los casos en los que ciudadanos se han ahogado al bañarse un día de mala mar, cuando además en la playa se señalizaba bandera roja. Pero si la responsabilidad nunca es del ciudadano, sino que siempre es de los poderes públicos, la administración debería tener previsto un dispositivo para salvar a la gente que se baña con bandera roja. Cada vez que las administraciones se han dirigido a los ciudadanos para decirles que algo, lo que fuera, dependía de ellos, de su civismo, de su ayuda, ha habido un reproche implícito: la ayuda ciudadana, el civismo, siempre es bienvenido, pero no puede ser obligatorio. Debe agradecerse, pero no debe exigirse ni se puede contar con él.

Muy a menudo, los políticos se quejan amargamente de esta imposibilidad de movilizar al ciudadano, de involucrarlo en el interés general y el bien común. Tienen parte de razón. Pero también la tienen quienes critican a los políticos que realizan estos llamamientos, porque de hecho están

proponiendo una revisión parcial del contrato. El contrato implícito en la sociedad del bienestar otorga a la administración pública el monopolio del bien común, a cambio de liberar al ciudadano individual de toda responsabilidad. No podemos revisarlo a medias, sólo en beneficio de una de las partes. O rehacemos todo el contrato o no podemos hacer exigencias unilaterales. Si devolvemos a los ciudadanos la responsabilidad, también debemos retornarles la capacidad de decisión, debemos ofrecer canales nuevos de participación real que vayan más allá de pagar impuestos y votar cada cuatro años. Si no modificamos el contrato, de hecho estamos diciendo al ciudadano que tiene derecho a ser incívico, que tiene derecho a ir a su conveniencia y a defender sólo intereses particulares o sectoriales. Mientras no vulnere las leyes y las prohibiciones, no tiene ninguna obligación de velar por la limpieza de la ciudad o por la fluidez del tráfico. Ya dispondrá el Ayuntamiento los barrenderos y la policía municipal. Que tiene derecho a despreocuparse del bien común, porque hemos acordado que esta labor forma parte de los deberes de las administraciones y de los políticos.

La relación entre el Estado del bienestar y el individuo tiene algo de intercambio feudal. El Estado nos protege, pero a cambio acumula todo el poder. Verdaderamente, lo acumula sólo durante períodos limitados, entre elección y elección. Pero a cambio de su absoluta protección, durante estos períodos, el ciudadano queda liberado de toda preocupación colectiva y al mismo tiempo queda imposibilitado de cualquier forma directa o indirecta de intervención, que no está ni tan sólo prevista. La protección que nos ofrece este Estado del bienestar es total y va más allá del catálogo de sus servicios mínimos que consideramos de justicia social.

Durante los últimos tiempos, algunas administraciones han cambiado el nombre de sus departamentos. Los antiguos departamentos de Enseñanza han pasado a llamarse de Educación y los de Sanidad de Salud. Es una manera de visualizar el carácter absoluto y total de la protección que se nos ofrece. No es que nos den los servicios de enseñanza a través de la escuela, si no que se hacen cargo de nuestra educación, por tierra, mar y aire, a través de la escuela y de la televisión y de cualquier herramienta formativa. No es tan sólo que nos ofrezcan los servicios sanitarios de los hospitales y de los ambulatorios, es que se hacen cargo de nuestra salud, de lo que comemos, de lo que consumimos, y también naturalmente del sistema sanitario.

El Estado del bienestar no se legitima sólo en la prestación de servicios públicos universalizados, si no que es literalmente un sistema de protección social. Un sistema en el sentido más literal del término de "seguridad social".

Lo hemos visto en capítulos anteriores, cuando tratábamos los defectos y las virtudes del sistema europeo: se trata por encima de todo un sistema que ofrece seguridades a sus ciudadanos. Aunque el precio de la seguridad se pague, con la moneda de la participación, la libertad, el riesgo creativo o la innovación.

Convertidos en menores de edad, en niños a quienes es necesario proteger, el Estado del bienestar no nos pide nada, ni nos exige nada, y a cambio nos lo promete prácticamente todo. El lema de cualquier gobernador en un Estado del bienestar es "Vamos bien". Siempre. En todo. El gobernador, el político del Estado del bienestar, debe ser optimista por obligación, porque como es responsable de todo, cualquier cosa que no sea perfecta termina yendo en su contra. Una campaña electoral en un Estado del bienestar es la confrontación entre alguien que dice "vamos bien", que es quien gobierna, y otro que dice "vamos mal", que es quien quiere sustituirlo en la administración. El discurso gubernamental debe ser por fuerza triunfalista, porque el compromiso es la protección absoluta de los ciudadanos. Y las oposiciones, entonces, en la lógica política, están condenadas a ser destructivas, a no encontrar nada bien.

Al ciudadano se le ha arrebatado su responsabilidad. Pero a cambio se le ha prometido la resolución de todos sus problemas. Si alguno no está bien resuelto, es culpa de la administración. O por no haber actuado bien o por no haber planificado bien o por no haber previsto bien. El ciudadano es inocente ante todo. El ciudadano tiene derecho a todo. Menos a sentirse responsable del bien común. Alain Finkielkraut hablaba en "La derrota del pensamiento" de determinada tendencia de las sociedades occidentales, de las sociedades del bienestar, a la infantilización de los ciudadanos. Ser tratados como niños. Responder como niños.

Las nuevas protestas

Se me dirá, y con razón, que este pacto entre una administración que se encarga de todas las responsabilidades colectivas y unos ciudadanos inducidos a tener sólo intereses particulares no es tan pacífico como puede parecer. Que cada día se producen fenómenos de protestas indicadoras de tensiones en este pacto y que, de hecho, constituyen canales alternativos de participación ciudadana. Es cierto. Pero incluso estas nuevas formas de protesta pertenecen a la lógica de reparto (o mejor dicho, de no reparto) de las responsabilidades que caracteriza el Estado del bienestar. La nueva

forma de protesta suele ser la expresión de disconformidad con una medida tomada (equivocadamente o no) en nombre del interés general, pero que choca contra el interés de particulares. Y habitualmente, esta nueva forma de protesta no propone una lectura alternativa del interés general, sino simplemente reclama que el interés de unos particulares concretos no resulte desestimado o sacrificado.

Observemos una gran parte de las protestas de signo territorial con las que se enfrentan los países de Europa occidental. Existe un tipo de equipamientos que resultan necesarios para el interés general, pero que comportan, sin duda alguna, un perjuicio o una incomodidad para los que se ven obligados a acogerlos. Pueden ser equipamientos de muchos tipos: cárceles, incineradoras, vertederos, parques eólicos... Pero pueden ser incluso equipamientos menos hostiles, que en otra época habrían sido considerados símbolo de progreso: carreteras, autopistas, túneles. El tipo de protesta más frecuente es el que dice: "en mi casa no". Verdaderamente, detrás de estas formas de protesta reside a veces un núcleo reducido que plantea una alternativa total al sistema. Tan total y tan absoluta que tampoco es práctica, y no se puede traducir en una acción de gobierno alternativa a medio plazo. Pero lo que aporta fuerza a las movilizaciones de protesta en Europa occidental no es esta alternativa genérica, esta lectura totalmente contraria de lo que es el interés público, sino la expresión de un interés territorial, particular. No existen manifestaciones para que desaparezcan las cárceles de la faz de la tierra. Las hay para que no las construyan aquí o allí. Los manifestantes no alzan pancartas que digan "No a las cárceles", sino "No queremos la cárcel en...", allí donde sea.

Estamos, por tanto, en la lógica plena del Estado del bienestar. El ciudadano no se siente llamado a exponer su lectura personal de cuál ha de ser el bien común. Protesta de que en nombre del bien común, que ya sabe que es competencia de los políticos, se pisotee su interés individual. Se construya al lado de su casa algo que le molesta. No le molesta su existencia. No está en contra de las cárceles, al contrario, las pide y sabe que deben existir.

En ocasiones, el equipo contra el que se lucha es hasta simpático y asociado a una causa progresista con buena prensa como, por ejemplo, los parques eólicos. Pero no lo quiere al lado de su casa. Que lo hagan, claro, pero que lo hagan en otro lugar. *"Que construyan más carreteras, porque el sistema vial está colapsado y además yo quiero ir por el mundo con mi coche, tengo derecho, es lo que me corresponde. Pero que no hagan pasar la carretera por un lugar donde tenga que oír ruidos o destruya el paisaje*

que amo". Los choques entre lecturas diversas del bien común, del interés general, se producen en el terreno de juego político y tienen como protagonistas a los políticos. Quien está en contra del mapa de carreteras que ha dibujado para un país, en nombre de su lectura de interés general, un determinado gobierno es otro partido político, que dibuja otro mapa de carreteras, en nombre de otra lectura de interés general. Pero todo esto ocurre en la política, en los Parlamentos, en las páginas de política de los periódicos. La movilización ciudadana no se hace en nombre de un plan de carreteras (o de cárceles o de vertederos) alternativo, sino ante la defensa de un determinado valle, del paso interior de un pueblo, de una variante o una bifurcación que nos afecta personalmente.

No es una manera de deslegitimar las movilizaciones. Al contrario. Son manifestaciones que entran plenamente dentro de la lógica del Estado del bienestar. La política, la administración y los políticos, nos han prometido protegernos, proteger nuestros intereses y conciliar los intereses individuales en el arbitraje para el interés general. Protestar es la manera que tenemos para expresar que nuestro interés particular no ha sido lo suficientemente respetado. Que en este arbitraje, no hemos sido lo suficientemente escuchados. Sabiendo ciertamente (pero sin que ello esté asumido desde el Estado del bienestar) que el arbitraje perfecto no existe. Que las cárceles, los vertederos y las incineradoras deben estar en un lugar u otro.

Por esa razón, en el terreno de juego de la política, los que están en la oposición, los que nos prometen que ellos sí poseen una lectura de interés colectivo que se aviene con nuestros intereses particulares, proponen siempre salidas por elevación, salidas que (sobre el papel) no pisarán el interés de nadie. Un gobierno desde la política, desde el monopolio del bien común, nos dice que construirán una cárcel al lado de casa. Nosotros, desde el interés particular, nos manifestamos y les decimos que la coloquen donde quieran, pero que al lado de casa, no. Entonces, otra vez desde la política, desde los que aspiran a ser administración, otra vez en nombre del interés general y del bien común, se nos dice que cuando ellos consigan el poder no construirán la cárcel al lado de nuestra casa, ni al lado de la casa de nadie, porque cuentan con una fórmula mágica con la que no serán necesarias las cárceles. Tienen una "nueva cultura de la seguridad", mientras están en la oposición, que hará posible cuadrar el círculo: servir al interés general sin pisotear el interés particular. Naturalmente, cuando los que están en la oposición pasan al gobierno (y los del gobierno a la oposición) se intercambian los papeles. El gobierno siempre impone el interés general por encima de algún interés particular, la oposición siempre promete una

fórmula mágica que posibilitará que todos los intereses sean repentinamente compatibles.

Es tan obvio que estas nuevas formas de protesta se realizan (en la lógica del Estado del bienestar) desde la reivindicación, legítima y legitimada del interés particular, que en ocasiones su fórmula es precisamente denegar el derecho a la existencia de un bien común, si su bien particular no es respetado. Es la filosofía de los cortes de carreteras como forma de protesta, entre otros tipos de manifestaciones. Quien protesta, quien siente vulnerado su interés particular, nos está diciendo (a veces literalmente) que si la administración no respeta sus intereses él tampoco tiene ninguna obligación de respetar los intereses particulares de los demás ciudadanos. Cuando se corta una carretera, los que quedan atrapados no son los representantes de la administración, sino ciudadanos que pasan por allí sin ninguna relación con el problema reivindicado. Pero la nueva forma de protesta considera que si alguien se siente perjudicado, tiene derecho a combatir el bien común. Si él tiene un problema y la administración no se lo resuelve, tiene derecho también a causar un problema a un tercer ciudadano.

La administración siempre será la culpable, ya que la administración es la que le ha garantizado a él que velará por sus intereses, además de garantizarle al otro ciudadano que podrá ir tranquilamente por la carretera. El barroco español había encontrado una fórmula rimada para hablar de la prevalencia del interés particular sobre el colectivo: "*Ándeme yo caliente y ríase la gente*". La nueva protesta viene decir que si yo no voy caliente, que no vaya nadie. Si yo tengo un problema, que todos tengan alguno. No sea que el mundo siguiera rodando tranquila y felizmente, sin perjuicios para nadie, cuando mi interés particular no ha sido tenido en consideración.

Estas formas de protesta no son la negación del pacto fundacional del Estado del bienestar: el monopolio del sentido del interés general por parte de la administración, lo que llamábamos "administratocentrismo", contra un "individuocentrismo" americano. Al contrario, estas formas de protesta se inscriben en el propio interior de las reglas del juego del Estado del bienestar. Las confirman. Existen políticos, de signo diverso, con la obligación de pensar en el interés general. Se pelean, discuten, se desmienten, nos intentan atraer para votar cada cuatro años hablando del interés general. Y existen unos ciudadanos que hemos sido liberados de pensar en el bien común, que sólo debemos preocuparnos de lo que nos conviene y nos interesa a nosotros, que debemos evitar que nos perjudiquen en nuestros intereses en nombre del bien común y que, en cualquier caso, ya votaremos cuando debamos

hacerlo. Parece obvio que con un esquema de este tipo, con una responsabilidad tan concentrada, con una invitación tan constante a la dimisión en nuestras preocupaciones por el interés general, una sociedad tiene un problema. Las sociedades europeas tienen un problema.

Los caminos alternativos

Los ejemplos pueden ser más o menos anecdóticos, pero la cuestión de fondo no lo es en absoluto. El conformismo, la pasividad, la opción por una comodidad protegida, parecen los frenos más importantes para la generación de un sueño europeo capaz de entusiasmar. El proceso de unidad europea ha decepcionado o ha limitado su ambición por este conservadurismo social, más profundo que el conservadurismo político, que lleva a preferir la seguridad a la ambición. Asimismo, en cierto sentido, este modelo que anula la responsabilidad individual respecto al bien común es el que ha comportado una grieta en Occidente, el que ha alejado el modelo europeo del americano y es por tanto el fundamento cultural con el que se explican y se justifican otras discrepancias más de coyuntura. Y la sensación es que este conformismo y esta pasividad se hallan en los códigos básicos de la sociedad del bienestar que hemos construido, repleta de valores y de virtudes, pero que en la práctica actúa también como una invitación a la dimisión de la ciudadanía, para cualquier responsabilidad colectiva. La sociedad del bienestar es en parte la jaula dorada en la que se ha encerrado Europa.

Por una parte, contamos con un espacio público, el del interés general que es monopolio del Estado y que, por tanto, es el terreno de juego de una clase política cada vez más profesionalizada y, en consecuencia, endogámica. Por otra parte, tenemos a una ciudadanía protegida, acostumbrada a delegar en los poderes públicos la resolución de sus problemas, a quien se ha prometido seguridad y estabilidad a cambio de no interferir en el espacio público, invitada al egoísmo o la indiferencia. Es obvio que esto lleva a un tipo de divorcio. Y este divorcio provoca en algunos sectores de la vida europea conformismo y pasotismo, pero en otros malestar. Existen segmentos de la sociedad europea con alguna concepción propia sobre el interés general, pero sin los canales para hacerla sentir en el espacio político perfectamente definido y segregado que hemos ido dibujando. Existen sectores que se sienten agobiados por esta invitación permanente a cuidarse de sus propios asuntos y de no sentir ningún tipo de

responsabilidad ante el bien común.

Posiblemente, este malestar es lo que explica, en parte, la insatisfacción de la población europea ante su propio presente y su futuro previsible, a pesar de los niveles de bienestar y de protección conseguidos. El mundo americano ofrece a sus ciudadanos un sueño individual, pero como el individuo es allí el centro de la sociedad, en alguna medida el triunfo individual se convierte en la manera de participar en la responsabilidad colectiva. Europa no cree en la responsabilidad individual. Ofrece a los individuos un horizonte personal de bienestar y de seguridad, por eso no posee (en un sistema donde la responsabilidad sobre el bien común es del Estado) una dimensión colectiva, una dimensión general. Quizás el malestar de la población europea, que han detectado diversas encuestas sobre todo entre la población más joven, y que no se justifica en función de su nivel de bienestar material, es el efecto de la falta de un sueño, de la falta de épica colectiva, de la falta de proyecto y de horizonte. Pero con seguridad también, y principalmente, es debido a que consideran que los que personalmente cargan con la responsabilidad de administrar el bien común, lo administran mal. Y no disponen de propuestas concretas para cambiar el sistema, sistema que ha ahogado el poder de la iniciativa.

El mismo florecimiento de Organizaciones no Gubernamentales que ha vivido Europa podría ser un síntoma o un efecto de este malestar. El bien común es propiedad del Estado y de la política. El que desde su sentimiento individual posee una mínima vocación de participar en el bien común (equivocado o no), no encuentra canales para proyectar esta voluntad en el espacio político. Busca entonces otro lugar, un espacio imaginario donde superar la invitación perpetua que se nos hace a los europeos de desinteresarnos del bien común. Verdaderamente, es una vía substitutoria. Es una vía en la que desaparece el concepto de representatividad, donde es posible crear un espejismo de peso social detrás de una organización que, de hecho, no representa nadie. Es una vía con grandes deficiencias y peligros. Pero quizás es la vía que hemos forzado a base de cortar el paso a los ciudadanos a la participación en la construcción política del bien común. Y este se busca entonces a través de vías más o menos iluminadas, más o menos místicas, que ofrecen a los ciudadanos la dosis de épica y de ilusión en el espacio colectivo que no les ofrece una política profesionalizada e impúdica, ni una ciudadanía de base que está empeñada sólo en preocuparse por los intereses materiales más inmediatos y personales.

El Estado protector, el Estado providente, que aparece como la máxima

realización del mundo europeo, en paralelo con el proceso de confluencia de los Estados de Europa, acaba siendo un factor de malestar y un factor de conservadurismo. El estado protector es una oferta permanente de seguridad y de confort. Pero desanima a los ciudadanos a participar en el espacio público. Y, además, en nombre de un igualitarismo desmovilizador, les desanima también de un sueño de realización individual vinculado con la auto-superación, la competencia, la formación, que por contra está perfectamente vivo (quizás incluso demasiado) en el mundo americano.

Y no es preciso mirarse en el modelo americano para modelar una relación armónica entre la ciudadanía y la gobernación. En Europa — hemos de repetirlo exhaustivamente— Suiza y sobre todo Finlandia, son modelo de ciudadanía participativa en la cosa pública, han colocado respectivamente en sus Cantones y aldeas unidas el poder para todo lo que les concierne.

Así han mantenido la participación y capacidad para defender los intereses personales y de familia, dentro unos colectivos que les son próximos, y les facilitan la comunicación y el logro de confluencias. Nadie engaña a nadie.

Más que en Norteamérica los Estados, estos relativamente pequeños colectivos europeos de tan cercano ejemplo, nos enseñan por donde hallar ruta alternativa para superar la dejadez de responsabilidad por parte de la ciudadanía.

Si de lo que se trata es de crear Europa y reconstruir Occidente, probablemente debamos cambiar las bases teóricas de nuestro Estado del bienestar. No todas sus prestaciones, ni todo el modelo de asistencia universalizada, particularmente no el educativo si no es para aumentarlo, pero sí este fundamento teórico que deja establecido que la responsabilidad del espacio público es sólo de la administración y la gobernación que condena al ciudadano (simulando que la libera) a ceñirse a sus intereses personales o sectoriales. Es necesario un cambio de valores, que probablemente sólo puede llegar a través de un cambio educativo, pero también de un cambio en la manera de entender y de hacer política.

Una vez más, sería necesario hallar la manera de hacer confluir los dos sistemas políticos de Occidente, porque a pesar de que sean fundamentalmente opuestos, ambos poseen virtudes y defectos complementarios. Llegados al punto de divergencia actual, no es fácil alcanzar convergencia. Probablemente, la fórmula para superar la grieta que va ensanchándose entre los dos componentes principales de Occidente, no es la de intentar llenarla, sino la de establecer puentes.

Una nueva política

Dice la antigua máxima que la democracia es el menos malo de los sistemas de gobierno que se conocen. Esto significa que es un sistema claramente preferible a cualquier forma de autoritarismo, tanto desde el punto de vista ético como desde el punto de vista práctico: los riesgos de cualquier despotismo, incluso de los despotismos ilustrados o de aquellos que se justificaban como un paso inevitable hacia la emancipación de las masas, son infinitamente mayores, y las maldades cometidas por los regímenes totalitarios y despóticos son infinitamente más cuantiosas que las que puedan haber cometido las democracias. Pero la máxima también nos dice que la democracia no es un sistema perfecto y que, por tanto, existe margen para perfeccionarla. Asimismo, la democracia posee riesgos y defectos que deberíamos ser capaces de ir superando sin renunciar a sus enormes virtudes, superiores a las de cualquier otro sistema político.

Algunos de los riesgos de la democracia que son de carácter universal, se producen prácticamente en cualquier régimen democrático del mundo, más allá del sistema de valores y de la visión del mundo a la que la democracia esté asociada. Ya los griegos detectaron que la democracia, incluso la democracia tan irrisoria que ellos podían tener, es muy sensible (¡pero los autoritarismos mucho más!) al poder de la demagogia, de lo que hoy diríamos el electoralismo. Y ello a pesar de que los griegos no podían llegar ni a imaginar las consecuencias del halago de la opinión pública y, por tanto del cuerpo electoral, ofreciéndole versiones edulcoradas de la realidad, mintiendo o escogiendo de la realidad aquello que más conviene, casi comprando su voto o sobornándolo con concesiones fáciles y estimulantes, aunque puedan ser inoportunas. El clientelismo, el electoralismo, la demagogia, son riesgos que están presentes en democracia.

En las democracias avanzadas, otro riesgo creciente es el que podríamos llamar la democracia demoscópica, de forma que se substituyan las consultas directas a la población, y también las convicciones plenas de los gobernantes, por estudios constantes de opinión. En estas democracias demoscópicas, el gobernante, el político, no tendría una concepción propia del mundo, una ideología y un programa que ofrecería a los ciudadanos reclamando su apoyo, sino que modularía sus posiciones en función de los resultados de las encuestas, adaptándose con el fin de

agradar al electorado. Este riesgo de una democracia con políticos de plastilina, sin opinión ni proyecto propios, que van hacia donde sopla el viento, parece haber sido detectado por el mismo electorado, que en algunos procesos electorales recientes parece haber preferido políticos con convicciones fuertes (aunque enormemente discutibles) que a políticos demoscópicos.

Las elecciones americanas del 2004 parecen haber sido un ejemplo de esta reacción. En la campaña, Bush consiguió presentarse como un político con valores y convicciones (repito, enormemente discutibles), pero sobre todo consiguió presentar Kerry como un político voluble y oportunista, quizás no del todo injustamente. Bush ganó las elecciones con anuncios como el que mostraba a Kerry haciendo surf (la metáfora del político demoscópico, que se desplaza siempre sobre de ola) y cambiando de parecer con los cambios de viento. No quiero decir que la atribución de los dos papeles sea la acertada, ni que Bush tenga realmente convicciones y Kerry sea realmente un oportunista. Tan sólo pretendo decir que, a veces, el electorado prefiere escoger al político que cree que tiene convicciones, aunque no las comparta por completo, que el político incapaz de transmitir la sensación que las posee, aunque quizás en el fondo las tenga.

En cualquier caso, estos riesgos de la democracia son generales y el sistema democrático los intenta combatir con sus propias leyes electorales. Por ejemplo, en algunos países las leyes electorales han fijado circunscripciones grandes y regímenes muy proporcionales con listas cerradas, para evitar el pequeño caciquismo local y dar fuerza al régimen de partidos, tradicionalmente débil. Es el caso de España, con la Constitución del 78, después de un régimen autoritario y de la experiencia de las pequeñas circunscripciones en la Restauración, que alimentó el caciquismo. Por contra, otros países, como Gran Bretaña, han preferido sistemas con circunscripciones muy pequeñas, claramente mayoritarias, donde tiene más valor el perfil personal del diputado que el partido por el cual se presenta. Quien aporta los votos es el diputado y su trayectoria, no el nombre y la ideología del partido. Finalmente, la mayoría de los países han escogido, al igual que en Alemania, sistemas mixtos para intentar adaptar las ventajas y eludir los inconvenientes que poseen los dos sistemas electorales en su expresión más pura.

Pero al margen de estos problemas generales de la democracia y de los sistemas que cada uno puede generar para atenuarlos, el sistema político europeo presenta problemas específicos, vinculados con el hecho del que

hablábamos en apartados anteriores: la existencia de un Estado protector, que acumula toda la responsabilidad sobre el bien público, y que relega a la ciudadanía a la defensa de sus intereses personales o corporativos, y a una participación que se concentra en el voto cada cuatro años. Como ya decíamos, este principio de fondo (que también diferencia la política europea de la americana) ha terminado generando dos circuitos que no se encuentran, que corren en paralelo. Por una parte, el mundo político, cada vez más profesionalizado y endogámico. Por otra, el conjunto de la sociedad, los ciudadanos, lo que llamamos la sociedad civil, que ha quedado apartada de la gestión del interés general y del bien común y que, en todo caso, lo busca por caminos exteriores a la política.

La política como oficio

Un destacado político me comentaba que en su gremio (por así decirlo) se produce un fenómeno único, que no se da en ningún otro campo profesional: las reglas del juego exigen la destrucción del adversario. Una parte de la labor de los políticos es destruir a los demás políticos. Ciertamente, en todos los oficios existe competencia. En todos los oficios debe competir para conseguir un nombre limitado de lugares de excelencia. Pero en las reglas del juego de la política, tal y como lo entendemos entre nosotros, el propio trabajo consiste en presentar las propias propuestas y el programa y la visión del mundo que se defiende (muy ambiguamente, a veces), pero también desacreditar incluso personalmente a otros políticos. En la medida que se escogen personas, no tan sólo ideas, la lucha política se convierte en una lucha entre personas, no tan sólo sobre ideas. El objetivo del debate político es la conservación del poder o la sustitución en el poder. En ambos casos, el debate político invita a poner en duda las capacidades e incluso las intenciones de los rivales. Y, evidentemente, a negarles todo reconocimiento, al menos mientras están en activo, mientras participan en lo que podríamos llamar el mercado político, mientras son competencia de alguien.

Estas durísimas reglas del juego de la política llevan a diversos problemas, desde el punto de vista colectivo. Representa que al conjunto de la sociedad le conviene ser gobernado por personas más capaces, con una formación superior, con una mayor vocación de servicio. Y entre las diversas personas que puedan gozar de estas características, escogemos aquellas que poseen una visión del mundo más similar a la nuestra, que defienden valores e ideas con las que nosotros coincidimos. Pero la dureza y la

capacidad de destrucción de personas de la política, provoca efectos que nos alejan de este objetivo:

- Un horizonte de confrontaciones que puede llevar a la destrucción personal resulta disuasorio para muchas personas que tendrían capacidades políticas. Por decirlo de otra forma, espanta de la política, aleja de la política, a personas preparadas y formadas. Impide vocaciones, que serían socialmente útiles. Personas que estarían dispuestas a asumir responsabilidades y a dejar su tiempo y su esfuerzo en el gobierno o en el debate político, no están dispuestas a sufrir los procesos de destrucción y de descrédito que le van asociados.
- La dureza de la confrontación política origina que en algunas ocasiones queden desacreditadas o quemadas personas que mantienen todavía intactas sus capacidades e incluso su vocación. Las sociedades dan por amortizados antes de tiempo políticos que todavía les podrían ser perfectamente útiles, pero que han quedado desgastados por unas reglas del juego extremadamente abrasivas.
- La política queda reservada para aquellas personas dispuestas a atravesar las duras pruebas personales que comporta, que no son necesariamente ni las más preparadas ni las más aptas. Se crea así un círculo profesional de políticos, absolutamente diferenciado del resto de la sociedad. En este círculo, habitan personas con una vocación política tan fuerte que pueden resistir los inconvenientes del desgaste (sean aptos o no), pero también aquellas personas que detectan en la política una opción profesional que no encuentran fuera de la política y a los cuales les importa relativamente poco el clima de desgaste que se vive. Así, los políticos vocacionales deben convivir (a menudo en inferioridad de condiciones) con políticos profesionales sin vocación y sólo por interés personal.
- La impermeabilidad entre el mundo de la política y el conjunto de la sociedad hace muy difícil entrar en este círculo de los políticos de oficio, vocacionales o no. Pero también hace muy difícil salir de él. Quien ha pasado por el mundo de la política, tiene una muy difícil reinserción social (por usar, con toda conciencia, un término que pertenece sobre todo al lenguaje penitenciario) y en consecuencia, muy a menudo, políticos que ya han realizado todo su circuito en la vida política, que han dado todo lo que podían dar de ellos mismos, no tienen ningún tipo de horizonte exterior y deben permanecer indefinidamente, arrastrándose de cargo en cargo, simplemente porque fuera no hay nada para ellos.

Todos estos riesgos son, de hecho, la aplicación a casos concretos del problema general. El sistema europeo ha dado al Estado el monopolio del bien común. Ha marcado, en consecuencia, muy claramente los límites de la política, ha creado una muralla en el perímetro de la política. Estado/política y individuos/sociedad no se encuentran. Sólo entran en contacto cada cuatro años en las elecciones o chocan cuando una acción política hecha en nombre del bien común pisa un interés individual. Las dos esferas se mantienen independientes, y en cierto sentido existe la sensación de que la política (que además es destructiva y abrasiva) contamina la sociedad.

Las reglas del juego de la política democrática europea, de una extraordinaria dureza, ayudan a empeorar el problema, que inicialmente es el de la coexistencia (con una frontera casi impermeable) del mundo de la política y del mundo de la sociedad. La dureza de la vida en el interior del círculo de la política, la obligatoriedad aparente del descrédito y la destrucción del adversario, la presencia constante e invencible del riesgo de la demagogia y el electoralismo, originan que los mecanismos para reclutar el personal político no nos garanticen que llegan al gobierno los más aptos. Ciertamente, llegan al gobierno personas aptas, con vocación política y conocimientos e inteligencia para arbitrar en favor del interés general. Pero las reglas del juego, excepcionalmente duras, dejan por el camino a muchos otros que tendrían estas aptitudes. Y a veces, sitúan en esta posición a alguien que no posee las aptitudes, pero que tiene la fortaleza o la despreocupación necesarias para vencer los filtros. La clase política queda aislada en un oficio sin salida, que todo lo contamina, que es percibido como sospechoso por el resto de la sociedad y donde se practica una forma especial de antropofagia.

La democracia continúa siendo lo menos malo de todos los sistemas políticos, por descontado. Hemos generado más mecanismos (leyes electorales, sistemas parlamentarios complejos) que han perfeccionado este régimen menos malo. Pero todavía queda trabajo por hacer. Todavía debe modificarse notablemente la manera de hacer política, las reglas del juego, las formas de reclutar el personal político, los mecanismos para entrar y salir de este círculo, las formas de participación y de responsabilidad social, para mejorar la calidad de la democracia.

La exclusión ciudadana de la política

La barrera infranqueable que separa un mundo político cargado, a cambio de todo el poder, con la mochila de toda la responsabilidad, y un mundo social donde los individuos sólo son responsables de ellos mismos, provoca un doble problema colectivo. En un lado de la barrera, la de los políticos, provoca todos los problemas, entre otros muchos, fruto de la endogamia y la autodestrucción, que acabamos de enumerar. Pero en el otro lado de la barrera, provoca problemas no menores. Resumiendo: lleva a desaprovechar recursos humanos que serían enormemente útiles para el bien común, y provoca la frustración y en último caso el aburrimiento de aquellas personas que querrían asumir alguna responsabilidad en relación al interés general, que intuyen que la vía política no les permitirá la ocasión de hacerlo (o se las dará a un precio muy alto, que no están dispuestos a pagar ya que afecta a su íntima personalidad), y que no encuentran una manera alternativa de canalizar esta voluntad de participación, que les aportaría cierta dimensión épica y un reto o un ideal que trascendería el estricto interés individual.

Las sociedades europeas han generado un núcleo muy amplio, más amplio que en cualquier otra fase de la historia, de personas formadas, que han alcanzado el éxito en sus actividades profesionales y que poseen aptitudes e inteligencia para participar en lo público, en la gestión del interés general. Pero esta gestión está monopolizada por el Estado, por el conjunto de las administraciones y, por tanto, por una clase política cerrada y definida, encuadrada en partidos políticos que se combaten para substituirse. Estas personalidades civiles, con trayectorias empresariales, profesionales o académicas que en el fondo no serían tan lejanas de lo que representa la gestión pública, con experiencias y conocimientos válidos para aportarlos a la comunidad, no tienen ningún mecanismo paralelo a la vida política estricta para participar en las decisiones y la gestión del espacio público.

Por decirlo de otra manera gráfica, o “entran en política” o continúan condenados (a pesar de sus aptitudes y experiencia) a mantenerse al margen del interés general y circunscritos a la defensa de intereses particulares o corporativos.

Si quieren participar en la gestión del interés general, deben atravesar la barrera, entrar en el club, deben dedicarse a la política. Y, por tanto, deben someterse a las reglas del juego de la política: la destrucción mutua, el encuadramiento partidista, las dificultades para volver a la vida profesional, académica o empresarial de procedencia.

Los ejemplos son numerosos. He conocido europeos con una extraordinaria trayectoria académica en Estados Unidos que, por sentido cívico, pero habiendo adquirido ya una perspectiva americana de la política que no sirve en Europa, se han ofrecido a colaborar en sus países de origen desde la maestría adquirida en su profesión. Han entendido que entrar en política, en el sentido que ello tiene en Europa, significaba pagar algunos peajes, que han considerado al principio que eran menores y sólo funcionales: encuadrarse en un partido, aceptar un cargo público, entrar en el juego político. Sólo cuando han estado dentro han descubierto, con estupor, que la dinámica antropofágica de la vida política no respetaba su incuestionada validez académica y que eran objeto de los mismos furores destructivos que el resto de los políticos. Y han descubierto también, que se introducían en un mundo proceloso y complicado, del que además no encontraban la manera de salir.

Porque, en el ámbito europeo, el que vuelve de la política a la sociedad lleva un estigma, es sospechoso. La misma sociedad que, oficialmente, en el discurso público políticamente correcto, invita a los ciudadanos a participar en la política, castiga después a los que lo han hecho con un estigma de no neutralidad y de partidismo, que convierten en difícil su retorno a la vida civil y siempre en unas condiciones peores que las que tendría si no hubiera pasado por la política. Excepto en el caso que este retorno a la vida civil sea una forma camuflada de continuar en la lógica política.

Estas personas a las que me refiero procedían de un medio norteamericano, en el que la barrera entre la política y la sociedad es mucho menor, porque la política no posee el monopolio del interés general. Al contrario, los ciudadanos, individualmente u organizados, son protagonistas también del interés general. Por lo tanto, con una barrera mucho menos separadora, dar el salto en cualquiera de las dos direcciones es posible. Quizás no es fácil, pero es posible. Por contra, en la sociedad europea, debes entrar en política (y la expresión es en ella misma significativa) si quieres realizar algún tipo de servicio público. Y cuando entras quedas atrapado en su red de la que es muy difícil salir. Y así, la cantidad de talento que se pierde para la vida pública es enorme.

El itinerario que han realizado las personas a las que me refería sólo se explica en la medida que han pasado por Estados Unidos y que, por tanto, no conocían las reglas del juego de la política europea. La idea de que una persona que ha dedicado su vida a la empresa o la investigación o a llevar un despacho de abogados pueda dedicar ocho años de su vida a hacer de

alcalde de su pueblo, o a participar en el diseño de las políticas públicas de enseñanza o de investigación, es habitual en Estados Unidos (y un poco en el conjunto del mundo anglosajón, que está a medio camino entre Estados Unidos y el resto de Europa) pero es del todo impensable en la mayor parte de los países europeos. Si hace esto se convertirá ya en un político y estará en el otro lado de la barrera.

Esta imposibilidad de acceso ha empobrecido considerablemente la política europea. Pocas personas quieren, en estas condiciones, "entrar en política", "meterse en política". La sabiduría popular, que usa estas expresiones, ya dibuja la política como una caja cerrada. Esto ha impedido la renovación de ideas, la incorporación de conocimientos, la ampliación de los puntos de vista. La personalidad de reconocido prestigio, que está en el espacio público al margen de la disputa política, que aporta sus conocimientos personales, que se compromete (al menos durante un tiempo) en la gestión de lo público desde su civismo y desde su talento, no existe entre nosotros. En Europa están los que hacen política, encuadrados en partidos, profesionalizados, y el resto de los ciudadanos. O estás en un lado de la barrera o estás en el otro.

Un ciudadano europeo, en lo que se refiere a su relación con el espacio público, tiene tres opciones: o entra en política, o se hace de una ONG, o simplemente acepta la invitación de despreocuparse y se dedica a aprovechar todas las oportunidades para vivir bien individualmente lo que le ofrezca esta sociedad. Es decir, o busca el interés general por la vía marcada o intenta encontrar otra vía o simplemente permanece al margen del interés general. Una invitación al hedonismo y al pasotismo. Quien se queda en esta parte, lo hace sin ningún derecho a la intervención en el espacio del interés general. Condenado a una cierta forma de silencio.

El papel de la sociedad civil

Desde hace algún tiempo, el término "sociedad civil" ha entrado con fuerza en cualquier tipo de discurso público. Se habla de la sociedad civil, en contraposición con la sociedad política, para describir el conjunto de las entidades, asociaciones, fundaciones, empresas, instituciones, en las que se organizan espontáneamente los ciudadanos, al margen de las instituciones públicas, a partir de sus propios deseos y afinidades. La sociedad civil es alabada por todo el mundo como forma de organización de la sociedad, como un espacio intermedio entre los ciudadanos y el Estado, pero en cualquier caso mucho más próximo a los ciudadanos, autónomo del Estado.

En algunos pueblos y territorios dejados de la mano de los Estados o que consideraban que los Estados mantenían una actitud hostil respecto a sus intereses culturales, económicos y sociales, la sociedad civil se ha convertido en un verdadero esqueleto alternativo, a través del cuál la sociedad se ha dotado libremente de los instrumentos que le parecían necesarios para favorecer sus expresiones culturales, para resolver sus problemas asistenciales o para llevar a cabo en general sus actividades.

Teóricamente, Europa valora extraordinariamente su sociedad civil. El grupo de trabajo creado por Romano Prodi para tratar cuestiones referidas a la identidad común de Europa concluyó en que la economía nunca será el motor de la unidad europea, si no descansa en la unidad política y que la unidad política no avanzará jamás si no descansa en una identidad común, que nacerá de la existencia de una sociedad civil europea. Por lo tanto, la sociedad civil se señala como una piedra de toque no tan sólo del funcionamiento de cada una de las sociedades europeas, sino incluso de su proceso de confluencia.

En apartados anteriores, hemos visto que en el modelo europeo, el Estado es quien carga sobre sus espaldas el interés colectivo. Y es obvio que la sociedad civil, por definición, tiende también a cargar sobre su espalda algún aspecto concreto del bien común. Por lo tanto, a pesar de que en voz alta el discurso público europeo es de elogio hacia la sociedad civil, en la práctica existe una disfunción entre el papel de esta sociedad libremente organizada y el monopolio que la administración pública, los políticos y la burocracia, ejercen sobre el espacio del interés general. Consecuentemente, esto conlleva en la práctica a un recelo desde las administraciones hacia la sociedad civil, que en el caso europeo la ha vaciado de contenidos y la ha convertido en terriblemente subsidiaria de la sociedad política. A través de su política de subvenciones, pero todavía más a través de una política de aspiración de todo tipo de iniciativas, la sociedad política ha relegado a la sociedad civil a un papel subsidiario, complementario, en un segundo término.

Mientras en Estados Unidos las fundaciones, asociaciones, iniciativas civiles al margen del Estado ejercen una influencia destacada en la vida cultural, educativa o sanitaria, en Europa el discurso oficial es que todos estos ámbitos forman parte del espacio de actuación del Estado. Por lo tanto, si actúa la sociedad civil, lo hace provisionalmente en labores sustitutorias, a la espera de que el Estado, que es a quien le corresponde, sea quien actúe. Se considera que el Estado es quien ha de ocuparse de este espacio para garantizar unos mínimos igualitarios para toda la población, y en todo caso si

actúa la sociedad civil es para ofrecer a algunos segmentos de población un valor añadido, algo que no es imprescindible (si lo fuese, ya lo cubriría el Estado) pero que se puede aceptar que lo ofrezca. Como una especie de premio de consolación.

En Estados Unidos, las leyes de mecenazgo y patrocinio ofrecen grandes ventajas fiscales en la actuación de la sociedad civil. En Europa, en lo que se refiere al tratamiento de las fundaciones y entidades por parte de las administraciones, existen prácticas muy diversas e incluso contradictorias. En algunos países, la legislación se ha ido acercando a la de Estados Unidos. En otros, se mantienen filtros muy potentes sobre las actividades de este tipo de iniciativas. A veces, estas restricciones y recelos no son sólo producto de una posición ideológica contra la sociedad civil, sino, sobre todo, un sistema para evitar que a través de estas iniciativas se pierda recaudación fiscal o su transparencia. En muchos países, los recelos respecto a las fundaciones y entidades sin ánimo de lucro no han venido de los ministerios de cultura, sino de los ministerios de hacienda.

Pero, en todos los casos, desde los más abiertos a los más restrictivos, en Europa el Estado pone el marco en el que la sociedad civil debe situar sus recursos y esfuerzos. Con mucha frecuencia, la sociedad civil está muy participada (y a veces incluso controlada) por la sociedad política. En Estados Unidos, la sociedad civil se convierte en una vía de influencia sobre las decisiones de los gobiernos. Por ejemplo, la gran mayoría de los *lobbys* actúan a través de fundaciones.

En algunas zonas del Sur de Europa, donde las transiciones a la democracia han sido relativamente recientes (Grecia, Portugal, España) existieron durante las dictaduras respectivas unas sociedades civiles poderosas, que en muchos casos soportaron la cultura propia, pero también la asistencia social o la actividad cívica cuando la desidia o la hostilidad de estas dictaduras no actuaba o actuaba en contra: creando mutualidades, centros de enseñanza, asociaciones deportivas, entidades sociales... Cuando llegó la democracia, las nuevas instituciones públicas, formadas ya en la matriz del Estado del bienestar europeo, se dirigieron a la sociedad civil, le dieron las gracias por el trabajo realizado, lo calificaron de trabajo sustitutivo llevado a cabo cuando no existía un Estado democrático, y asumieron las funciones que esta sociedad había llevado a cabo.

He asistido a decenas de actos de fundaciones y entidades en las que el representante político ha agradecido a la sociedad civil todo lo que había hecho, pero le ha anunciado que a partir de ahora sería la sociedad política

quien lo haría. En centenares de pueblos y ciudades, los ciclos de conciertos que había organizado "Joventuts Musicals" o una asociación local, pasaron a ser organizadas por los Ayuntamientos, las Diputaciones, las Consejerías, el Ministerio. La sociedad política consideró que los mínimos de la oferta cultural para todos los ciudadanos, los mínimos de la oferta asistencial, educativa o sanitaria, eran responsabilidad suya, y que si la sociedad lo había considerado durante un determinado período como su responsabilidad era por circunstancias excepcionales, felizmente superadas. En el resto de Europa, donde no se daban estas circunstancias por superar, se había llegado mucho antes. Desigualmente: esta estatalización es muy profunda en el caso francés y menos en el caso británico. Pero existe un modelo transversal de estatalización que recorre Europa.

De hecho, estamos ante lo mismo que comentábamos en apartados anteriores. A diferencia del modelo americano, el modelo europeo descarga toda la responsabilidad (¡y todo el poder!) sobre las instituciones públicas y libera al ciudadano de responsabilidad y de poder. Al ciudadano individual y al ciudadano organizado. En Estados Unidos, el motor de la vida cultural es el dinero privado, que gracias a incentivos fiscales importantes, ejerce de mecenas de las actividades. Las orquestas, por citar un ejemplo, viven del dinero privado. En Europa, las orquestas viven del dinero público. Si mañana desapareciese el dinero público de la cultura europea y todo tuviera que funcionar con el dinero de las empresas, de las fundaciones y del sector privado, nos encontraríamos prácticamente sin ningún tipo de oferta cultural. Desde el cine hasta la música clásica (casi con la única excepción parcial del mundo del libro), toda la cultura en Europa descansa sobre el sector público. E incluso el mundo civil, las entidades y las asociaciones, llaman a la puerta del sector público para obtener recursos, de manera que acaban siendo en el mejor de los casos los instrumentos de aplicación de una política pública, sustentada por el presupuesto público.

El modelo americano es un modelo fundamentalmente privado. Por tanto, en su esencia, de sociedad civil organizada. El modelo europeo es un modelo público. Por tanto, centrado en la sociedad política. En Europa, existen (también desigualmente) espacios de concertación. En algunos lugares más que en otros, existen entidades concertadas, escuelas concertadas u hospitales concertados. Pero en muchos de estos lugares, la concertación no es vista como una virtud, sino como un fallo del sistema. Se concerta en la medida que el Estado no puede llegar a todo o en la medida que el Estado debe administrar una herencia del pasado en la que

existía esta iniciativa civil y sería inoportuno borrarla de repente. Pero la presencia de los privados en el espacio del bien común está vista o como provisional o como un inconveniente que se debe soportar sin ser deseable. Como un lujo que sólo se puede permitir cuando los niveles mínimos universales ya han quedado garantizados.

Como ocurre en tantas otras cosas, el valor que actúa de motor de esta concepción europea del Estado del bienestar, del monopolio estatal del bien común, de la reticencia respecto a la sociedad civil y a cualquier modelo de concertación, es un principio de igualitarismo. La piedra angular del sistema es una teórica garantía de la igualdad por parte del Estado. Esta concepción del igualitarismo sería, sin duda alguna, muy discutible. En Europa, a partir de la revolución francesa, la igualdad entre las personas se ha convertido en un gran objetivo político, quizás el más importante de todos. Pero “igualdad” es un término ambiguo. Las personas no son iguales ni en deseos ni en intereses ni en capacidades. Podemos estar a favor de la igualdad de derechos, pero no podemos estar a favor de clonar las personas humanas, de hacerlas uniformes con el fin de hacerlas iguales. Igualdad es lo contrario de desigualdad. Pero también es lo contrario de diversidad.

Más adelante, cuando elogiemos la diversidad, ya realizaremos la crítica del igualitarismo que ha dominado en buena parte las ideologías europeas de la modernidad, el igualitarismo radical que estaba en la base del comunismo. Pero también el igualitarismo nivelador que está en la base del Estado del bienestar y que a menudo lo que consigue tan sólo es igualar a la baja, como aún hizo de una manera más acusada el comunismo del Este. Buena parte de las críticas a nuestro sistema educativo actual se pueden fundamentar en esta obsesión igualitarista, que acaba siendo injusta. Porque, como dice un antiguo proverbio liberal, no hay nada más injusto que tratar como igual lo que es desigual.

Todos estos fundamentos teóricos de nuestro modelo europeo pueden discutirse. Pero en cualquier caso, el precio que se paga es el desinterés de la sociedad civil, paralelo al retraimiento de los individuos. Se les dice a los individuos y a la sociedad civil que están pisando un terreno acotado, que están invadiendo las competencias y las responsabilidades del Estado. Ahí es donde el Estado del bienestar establece el sistema destructor del sentido de responsabilidad —del civismo— de las personas, y éste es su mayor error. Pero el Estado siempre celoso de sus prerrogativas, tiende a aumentarlas. Paradoja: exige civismo donde el propio Estado lo destruye.

Una demanda de épica

A lo largo de estas páginas, hemos visto que existe una fisura importante en el interior del mundo occidental, que separa Europa de Estados Unidos. Asimismo hemos visto que el origen de esta grieta no reside en la política exterior ni en consideraciones geo-estratégicas, sino que muy probablemente las diferencias en política exterior son el efecto, el síntoma, de una diferencia de modelos de sociedad y que en el fondo lo que más diferencia a ambas sociedades a las dos orillas del Atlántico es la valoración del papel del Estado y del individuo, y en el fondo la valoración de la responsabilidad individual en el bien común. En este sentido, las diferencias entre la valoración europea y la americana de la política sobre Irak y las diferencias entre el hecho de que en Europa las orquestas las pague el dinero público y en Estados Unidos el dinero privado, no son dos temas sin ningún tipo de relación, sino que existe un hilo común, compartido. Y es difícil que pueda reconstruirse Occidente si no existe una confluencia en un aspecto tan nuclear, tan importante, con efectos sobre campos tan aparentemente alejados como lo es la política internacional o la financiación de la sanidad y la cultura, pasando por las políticas sobre la posesión particular de armas.

En esta dicotomía política, ¿cuál es el modelo correcto? ¿hacia qué modelo debemos tender? Cada uno defiende su modelo con sus argumentos. Para los europeos, nuestro modelo es más igualitario, más justo. Para los americanos, el suyo es más competitivo, confía más en las personas individuales, es más libre.

Ciertamente, debe ser posible encontrarle intersecciones, pero los puntos de partida son muy diferentes. Ambos modelos poseen defectos, y su aplicación plena lleva a excesos difíciles de asumir. El peso de la religión en el modelo americano parece un problema objetivo, a pesar de que su Constitución es extremadamente avanzada en lo que a la libertad religiosa individual se refiere. En el pensamiento neoconservador, que parece dominar la actual política americana existen factores de religiosidad y de maquiavelismo enormemente discutibles. Pero, por otra parte, tampoco Europa ha conseguido un modelo claramente funcional. Hemos visto en las últimas páginas los grandes inconvenientes aplicados, por ejemplo, a la manera de hacer y de entender la política.

En el modelo europeo el Estado protector, niega a los ciudadanos y a la sociedad civil el protagonismo y la responsabilidad en el bien común.

Construye ciudadanos indiferentes. Sin responsabilidad colectiva, preocupados sólo por el bienestar material, el mundo europeo ha entrado en un descrédito del esfuerzo. Contra el modelo americano presente, pero también contra los propios fundamentos de la eclosión de la civilización occidental a la que pertenece. El sistema educativo, los valores culturales, el mundo de los medios de comunicación, nos exponen una propuesta en la cual se alaba implícitamente la facilidad y se desacredita el esfuerzo personal. El ocio se identifica, fatalmente, con la facilidad, a pesar de la obviedad de que el camino hacia la cultura es con frecuencia un camino largo y difícil, que exige esfuerzo personal, una vía ascética (en el sentido de trabajada y de carácter laborioso) para el pleno disfrute de las producciones culturales más complejas. El ocio es el reino de la facilidad, y la civilización europea sufre tendencia al ocio, a considerar que el tiempo de trabajo es un castigo divino, a liberar tiempo de trabajo para terminar invirtiéndolo en un ocio sin esfuerzo, que puede acabar siendo tedioso. Contra el tedio, la propuesta es entonces el hedonismo. Y si no funciona, el nihilismo.

Medio en broma, decía unas páginas anteriores que un ciudadano europeo sólo tiene tres opciones, en su relación con el espacio público: entrar en política, afiliarse a una ONG o aburrirse. Ya hemos visto qué quiere decir entrar en política. El culto boquiabierto a las ONGs como nueva forma de participación choca con muchas lagunas: tienen grandes virtudes, pero (a menudo) se atorgan falsas representatividades, y pueden acabar siendo la nueva expresión de lo políticamente correcto. Pero hay poca gente que se apunta. La mayor parte de la gente en Europa, simplemente se sitúa al margen del espacio público. El resultado puede ser aburrirse con toda conciencia. También podríamos decir, y sería lo mismo, paradójicamente, divertirse: optar por lo que hemos llamado ocio, jugar al hedonismo, buscar la satisfacción estrictamente personal en la medida que el protagonismo en el espacio colectivo está vetado.

Pero el término "aburrimiento" no ha sido escogido al azar. Toda sociedad, en todo momento, tiene cierta necesidad de épica. Toda sociedad necesita, de una manera u otra, un sueño colectivo, un reto, una *quête* que aviva la vida cotidiana y sirve para despertar sus energías. El modelo americano ha servido (y éste es su gran éxito) para desvelar las energías y los potenciales de las personas. El sueño americano, que es individual, pero con efectos colectivos porque el individuo es el responsable al final del bien común, ha permitido que ciudadanos que procedían de lugares diversos del mundo y especialmente de Europa, desencorsetados, libres, con cierto

culto al esfuerzo personal, construyeran una potencia que hoy posee casi la hegemonía del mundo. Y lo ha hecho con un material humano que le ha ofrecido especialmente Europa. Como si los europeos, sobre todo los anglosajones, llegados a América, consiguiesen obtener de dentro de ellos mismos todas sus potencialidades, que las atrofiadas y rígidas estructuras de las antiguas sociedades europeas filtraban.

¿Y Europa, hoy? Ya hemos comentado que no existe un sueño europeo, pero que podría existir ¿Qué habrá, en su lugar, si no existe sueño, deseo de ser, poder volitivo? En el terreno individual, la diversión, el hedonismo. En el terreno colectivo, el tedio.

Decía, que no he escogido esta palabra al azar. El tedio, a través de la palabra francesa que mejor recoge el sentido, el *ennui*, es uno de los grandes protagonistas de la cultura europea que abarca desde principios del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. Lo ha estudiado muy bien George Steiner en su formidable ensayo "El castillo de Barba Azul".

Este período de la historia de Europa se asemeja en diversos aspectos a nuestra época. Europa vivió un largo período de paz, sólo truncada por la guerra franco-alemana (si se prefiere, franco-prusiana) de 1870. También fue un período de progreso económico, de bienestar (mal repartido, en términos actuales, pero mejor repartido de lo que nunca había sido hasta entonces), de confianza en el futuro. Alguien habla del jardín europeo. Otros, de Europa entendida como un balneario. Pero aquella Europa no ofreció a su juventud ningún sueño, ningún horizonte. Y la palabra *ennui* se convierte en el centro de toda una cultura, de toda una visión del mundo. Baudelaire es quizás la máxima expresión, pero no la única. Está Mallarmé. La palabra *ennui* se repite a lo largo de sus poemas. Y quizás encontramos la expresión más bárbara de lo que quiere decir este aburrimiento, este tedio, en un verso terrible de "Le voyage" de Baudelaire, cuando habla de encontrar "en un desierto de tedio, un oasis de horror": *Une oasis d'horreur dans un désert d'ennui!* Es tan odioso el horizonte del tedio, que incluso todo el horror parece un oasis. Mejor el horror que el tedio.

Una generación de europeos, en una época confortable y hedonista como la nuestra, se aburría o creyó que se aburría. No tenía ningún sueño. Y desde el aburrimiento, desde el *ennui*, creyó que era preferible el horror. Llamó al horror. Y lo malo de esta actitud es que el horror, cuando lo llamas, viene. Y vino en un siglo XX, a partir del otro desengaño de Sarajevo, del primero, del de 1914, un alud de horror que fueron dos guerras mundiales, Auschwitz, Hiroshima, el Gulag, los totalitarismos.

La Europa aburrida asistió impávida a la generación de los totalitarismos, que habían anidado en ella en primer lugar, y con una potencia extraordinaria. Porque, como dice una vieja observación, los europeos nos pasamos el día diciendo que el totalitarismo sobrevuela América, pero a la hora de la verdad siempre acaba aterrizando en Europa. L'*ennui* dio paso al horror. Los sesenta años de balneario europeo, plácido y confortable, aburrido, fueron el caldo de cultivo donde se formaron los embriones de la más terrible explosión de horror. Se habló entonces del malestar en la cultura y del deseo de muerte. Todo a partir de l'*ennui*. Todo como prólogo del horror.

No obtengo esta referencia desde una concepción cíclica de la historia, que nos lleva a creer en repeticiones mecánicas. Pero sí como un aviso. Una Europa aburrida, una Europa sin sueño, es una Europa indiferente que puede asistir impertérrita a la aparición de nuevos totalitarismos, de nuevos embriones del horror, sin inmutarse, preguntando tan sólo qué cambiará esto sus fines de semana, cómo incidirá sobre su bienestar.

En la tibieza europea ante el Once de septiembre de Nueva York, participa un anti-americanismo ya comentado, pero puede participar a su vez este tipo de indiferencia respecto a nuevas formas de totalitarismo, al menos mientras no nos afecten directamente.

Con seguridad que en este tipo de pacifismo unánime, pero selectivo, que domina hoy Europa, existen buenos sentimientos y actitudes positivas. De todas formas, personalmente, prefiero como lema de una manifestación, "Contra las guerras" que "Contra la guerra". Porque guerra, ahora mismo, en el mundo, no sólo hay una, la de Irak, si no muchas más. El pacifismo verdadero las condenaría todas. Condenar sólo la guerra de los americanos y mantenerse indiferente ante todas las demás no sería pacifismo, sino antiamericanismo. Pero incluso en este pacifismo genérico, también participa, en una medida u otra, alguna gota de aislacionismo; de dejar las cosas en manos de otros; de no asumir responsabilidades. En la Europa actual, existe un sentimiento de no ingerencia que es heredero de una antigua tradición de pragmatismo maquiavélico que alimentó el Pacto de Munich de Chamberlain con Hitler; que alimentó también el espíritu de Vichy; que alimentó todos los ojos cerrados ante las noticias del Holocausto y las noticias del Gulag.

Si el mal no se hace muy presente, si no nos ataca a nosotros cada día, se puede llegar a convivir con el mal. Si sólo pide pequeñas cosas que no nos afecten mucho, se le pueden dar. Quizás porque, en el fondo, el pensamiento hegemónico europeo está convencido, como decía Pascal

Bruckner, de que el mal no existe. Los totalitarismos, pasados o presentes, no serían más que un malentendido, una mala interpretación de los deseos del adversario, un déficit de diálogo. O quizás porque, desde un sentimiento penitencial, una parte de Europa cree que ha llegado el momento de que Occidente pague por el mal que ha causado a lo largo de la historia, destruyendo los paraísos perdidos donde habitaban los buenos salvajes roussonianos.

Aquí es donde parece claro que debe haber una reconstrucción de Occidente, una asunción plena por parte de Occidente de sus valores fundamentales, y que esto debe implicar creer en la responsabilidad de los individuos con el bien común. Con el bien común de sus sociedades, de sus países, también del planeta. Creer que, como personas y como individuos, tenemos responsabilidades colectivas que van más allá de nuestros intereses personales, sectoriales o corporativos. ¿Es esto el modelo americano? Está en el fundamento del modelo americano, a pesar de que este modelo haya podido tener desviaciones que no es necesario compartir.

Pero esta reconstrucción de Occidente parece la única base sólida para intentar generar el sueño europeo, para buscar que la unidad europea sea algo más que un mosaico de Estados marcado por el conservadurismo y la búsqueda única del bienestar económico. Que sea para intentar generar un buen modelo de resolución en el gran tema que hoy ocupa el horizonte de los europeos, que centra (aunque sea políticamente incorrecto) sus preocupaciones y que será el debate central en años venideros: los cambios demográficos en Europa, el envejecimiento de la población, y la nueva inmigración que llega desde fuera de Europa.

Los problemas de la inmigración

Hace algunos años, fui miembro de una comisión parlamentaria de estudios sobre la inmigración, y recuerdo que algunos diputados eran constantemente reñidos por referirse al “problema de la inmigración”. Los que les reñían, en nombre de la corrección política, argumentaban que no debía considerarse la inmigración como un problema; que usar esta expresión era una manera de conflictivizar ya de entrada la realidad; que la inmigración era un hecho y, según cómo, una oportunidad; que gracias a la emigración muchas personas llegaban a horizontes nuevos, que les permitían una vida mejor; que gracias a la inmigración, las sociedades de acogida se enriquecían en todos los puntos de vista, desde el económico al cultural; que el movimiento masivo de personas era una de las características positivas,

una vez hecho el balance, de nuestro tiempo.

Creo, sinceramente, que estos comentarios estaban llenos de buenas intenciones. Pero me parece que se referían a un fenómeno inexistente, o muy minoritario. Dibujaban unos flujos migratorios provocados casi por la curiosidad, por una vocación no del todo turística de ampliar el propio mundo, de conocer mundo. Planteaban la emigración como una alegre aventura de gente dispuesta a hacer las Américas. Y planteaban la inmigración como la alegre acogida, sin tensiones, de los embajadores de otras tierras que nos vienen a hacer el regalo de sus costumbres y su manera de entender el mundo.

Desde la corrección política, los que defienden que la inmigración no es un problema, vienen a decir que es una suerte que las personas puedan emigrar. Yo les respondía que era una desgracia que las personas deban emigrar. Porque tengo la sensación de que la inmensa mayoría de las emigraciones no son actos positivos provocados por las ganas de conocer un mundo nuevo, sino más bien actos dramáticos en los que unas personas que se sienten expulsadas de su mundo (porque les niega unos determinados horizontes, económicos o culturales) se ven obligados a dirigirse a otro. La emigración no es una fiesta que celebrar, sino para muchas personas una necesidad que lamentan, que no querrían estar obligados a tener.

De la misma manera, tampoco me parecía compatible la idea de la inmigración como una fiesta de la mutua fecundación cultural, de aquello que algunos han llamado el mestizaje. La existencia de un porcentaje alto de población inmigrada se percibe como problemática por una parte muy importante de la población de acogida. No creo que tengamos derecho a decirles que esta percepción es pecaminosa, que es una especie de racismo encubierto. El racismo explícito en Europa se ha alimentado, también, de los efectos negativos de la corrección política. Ha existido un discurso políticamente correcto que decía que no había problema, si no una gran fiesta de la diversidad. Ha existido un discurso racista que decía que había un problema y que la única solución era la exclusión. Ha faltado otro discurso democrático, central, que dijera que hay problema, pero que la xenofobia y la exclusión no son la solución.

Si entre el discurso políticamente correcto que se utiliza en los Parlamentos y el discurso racista que se puede escuchar en las tabernas no existe un discurso político que ofrezca soluciones, estamos invitando a todo el mundo que percibe la inmigración como un problema a apuntarse a la xenofobia. Los ascensos de los partidos xenófobos en Europa occidental se han producido a partir de los electorados de partidos democráticos y de izquierdas, que se han instalado en la corrección política en su discurso

público. Los partidos xenófobos no se han alimentado de un racismo intelectual de laboratorio, de gente ideológicamente convencida de la desigualdad genética de las razas, sino de problemas cotidianos y del hecho de que estos problemas se hayan querido negar y ocultar desde la esfera oficial.

Los partidos xenófobos han crecido en los barrios obreros de las ciudades obreras, con votantes que estaban en contacto diario con la nueva inmigración y a los que no se les ha ofrecido un discurso que no fuese angelical, que reconociera sus problemas, y que propusiera soluciones democráticas y positivas.

Por lo tanto, aquí hablaremos del problema de la inmigración, conscientes de que esta es una realidad con aspectos problemáticos para las personas que participan directamente en el proceso. Problema para los que deben abandonar sus casas sin quererlo, empujados a menudo por la necesidad económica, pero también de una manera u otra por sociedades encorsetadoras, que cierran muchos horizontes personales. Problema para las sociedades de acogida, que deben generar reglas nuevas del juego nada sencillas. Ciertamente, a veces de estos problemas surgen resultados enormemente positivos. Se habla con frecuencia, para alabar los efectos de las migraciones y de los mestizajes, del papel positivo que tuvo para América Latina la llegada de exiliados europeos, y muy especialmente republicanos catalanes y españoles, en los años treinta. Y al revés: en países escandinavos de escasa inmigración se ha alabado el papel de exiliados latinoamericanos, especialmente chilenos, con buena formación y ganas de integrarse. Pero no olvidemos que estos dos posibles resultados positivos son el resultado de una tragedia no deseada: los exiliados son exiliados a la fuerza, no porque quieran salir de casa para conocer mundo. Y en estos casos, los exiliados llevaban la cualidad añadida de una alta formación que resultó ser una aportación muy positiva en los países de acogida.

La inmigración es un problema y es un efecto de problemas previos, de los cuales se deriva como un síntoma: existen migraciones no deseadas, forzadas por las circunstancias, debido a que en los países de origen existen problemas económicos y políticos que obligan o invitan a la gente a marcharse; hay inmigración porque las sociedades occidentales, combinando una natalidad muy baja, una esperanza de vida muy alta y algunos de los factores culturales y de modelo que comentábamos en apartados anteriores, han vivido un proceso de envejecimiento y han

dejado de ocuparse algunas franjas de la actividad laboral, especialmente las más duras y desagradables. Hay migraciones (que siempre tienen un componente dramático para quien las vive) porque las sociedades de salida no han podido fijar su población y porque en las sociedades de llegada se ofrecen trabajos que nadie quiere hacer. Una oferta humana y una demanda humana. Una oferta y una demanda que casan, pero de una manera complicada y con costes humanos y sociales.

De entrada, el coste de hacer mover de su lugar de origen a personas que no tendrían ningunas ganas de hacerlo, si no tuviesen la necesidad. Después, el coste de una acogida sin reglas del juego claras, que a veces plantea en algunas sociedades problemas de saturación con una masa crítica difícil de integrar, y con un problema de modelo teórico aceptado por el conjunto de nuestras sociedades de cómo debe ser Europa en el futuro. No el mapa de Europa o las grandes constituciones escritas en los papeles, sino el día a día de cualquier ciudad europea.

Fijar las poblaciones

Si contemplamos las migraciones desde este punto de vista dramático que yo creo que poseen, como un movimiento involuntario de población forzado o favorecido por las circunstancias, es obvio que el primer objetivo de una política de migraciones es intentar evitarlas o dejarlas reducidas a aquellas que son actos plenamente voluntarios que no provocan las tensiones de las que hablábamos. La migración nace de una especie de doble juego de vasos comunicantes entre espacios geográficos, que están lo suficientemente cerca, y que en estos momentos ya puede ser casi cualquier espacio del planeta. Existe migración cuando hay divergencia de expectativas económicas entre dos territorios así como diferencias entre los ritmos de natalidad, con todo lo que esto representan de presión demográfica.

En relación a los países que nos rodean, en el sentido más amplio del término, Europa presenta las dos diferencias de potencial. Por una parte, ofrece horizontes personales para quienes vienen de fuera, unas expectativas de riqueza y de bienestar superiores a las que tendrían en sus lugares de origen, y mantiene unas tasas de natalidad claramente inferiores a las de estos lugares de origen. Son las condiciones precisas para una inmigración masiva y, en consecuencia, potencialmente problemática para todo el que intervenga de una manera u otra.

Por lo tanto, el punto esencial de cualquier política inmigratoria

Europea es intentar fijar poblaciones en las áreas fuertemente pobladas que rodean el continente o que poseen lazos (a menudo de tipo post-colonial) que convierten a Europa en el destinatario natural de sus migraciones.

Europa debe estar objetivamente interesada en el desarrollo económico y la evolución política de los países de la orilla Sur del Mediterráneo, que tienen su punta de lanza y sus ejemplos directos en Turquía y el Magreb, especialmente Marruecos; Europa debe estar interesada en la estabilización económica y política del Este, con centro en Rusia y toda su área de influencia. Y sobre todo la Península Ibérica (pero con toda Europa detrás, ya que al fin y al cabo una vez atravesada la puerta ya estás dentro de toda la Unión), debe estar interesada en dar un horizonte económico positivo a los países de América Latina, que por lo que ahora estamos hablando no son esencialmente los del Cono Sur.

Cuesta más imaginar cuál puede ser el papel de Europa ante los grandes países asiáticos generadores de emigración, como China (el mayor origen de emigrantes del mundo), la India o Pakistán.

Finalmente, Europa debería estar interesada en que el gran problema de la humanidad, África —donde se dibujan pocas líneas esperanzadoras de evolución positiva inmediata—, encuentre algún camino para superar su situación dramática actual. Pero sabiendo, en este caso, que las actuaciones son en la hipótesis más favorable, a largo plazo.

En todo caso, el interés de Europa es el progreso económico de estas zonas, pero también su evolución política, porque los éxodos de población no responden tan sólo a una necesidad económica, sino también a una falta de perspectivas y de horizontes en los que la política participa. Y, además, es probable que un verdadero desarrollo económico de estas zonas no se pueda desvincular en ningún caso del establecimiento de sistemas políticos solventes, serios, no depredadores, y fiables para los organismos económicos y políticos internacionales.

Parece claro que la primera prioridad, en una política de fijación de poblaciones a través del compromiso con el desarrollo económico y político de la región, es la orilla sur del Mediterráneo. El Magreb, con Marruecos en cabeza, es el lugar de procedencia de buena parte de la inmigración que llega a la Europa más occidental. Turquía ha sido y es todavía el lugar de procedencia de la inmigración en Alemania. En apariencia, en estos dos países se pueden dar las condiciones que hicieron posible hace unos años algunos de los milagros económicos del Sur de Europa: son destinos turísticos atractivos; sus emigrantes los fortalecen con divisas ganadas en Europa y son un buen destino para localizaciones industriales europeas en sectores en

los que es necesaria mano de obra asequible aunque no esté muy especializada. España en los años sesenta no era tan diferente. Marruecos y Turquía, con el apoyo europeo y con estas condiciones (que comparte en parte Túnez) pueden además ser un ejemplo para el conjunto del mundo islámico de las ventajas económicas y de bienestar general que supone adoptar una vía de colaboración con Occidente. Un ejemplo, pongamos el caso, para Argelia, uno de los otros países con fuerte emigración en Europa, en parte por la potencia de su pasado colonial en la órbita francesa.

Ciertamente, mientras la emigración del sur de Europa a países centroeuropeos en los sesenta era una emigración de paso, que soñaba volver y que cuando no volvía se integraba culturalmente sin dificultades, no está claro que la emigración turca o magrebí responda hoy a los mismos parámetros. La política inmigratoria holandesa se fundamentó en la idea que los trabajadores extranjeros estaban de paso, con el deseo de volver a sus lugares de origen, y no se percataron de que buena parte de estas poblaciones llegaban a Holanda para quedarse. Y esta ha sido la clave de situaciones conflictivas posteriores. Pero en cualquier caso, Turquía y Marruecos deben ser, por lo que tienen de lugares de procedencia de muchos inmigrantes, el ejemplo, los dos paradigmas de evolución positiva en el Sur Mediterráneo. Lo son, de momento, de una manera parcial, tanto en lo referente a la evolución política como en la económica. Pero son nuestras cartas.

Esta voluntad de ayudar tanto como sea posible, de invertir lo necesario, en las experiencias de Turquía y Marruecos, comporta una pregunta que la actualidad ha puesto de una manera clara sobre la mesa: ¿significa esto su entrada en la Unión Europea? Hablaremos de ello más adelante, en el capítulo que dedicaremos a los límites de Europa, pero en cualquier caso la cuestión está abierta. La opinión oficial de la UE es la de abrir las puertas a Turquía. Pero buena parte de la población europea cree que esto desnaturaliza el proyecto de Unión. Francia, que (al contrario de la Alemania socialdemócrata) tiene recelos respecto a la entrada de Turquía, ya ha hecho saber que si los turcos entran en la Unión no existirá ningún motivo de peso para que no entre Marruecos. La geografía (el pequeño territorio europeo de Turquía) no es excusa suficiente para diferenciar ambos casos. Entraríamos en una dinámica difícil de explicar.

No obstante, Europa deberá encontrar entonces mecanismos poderosos para ayudar a Turquía y Marruecos. No como miembros de la Unión, pero sí como socios externos muy favorecidos. Probablemente, se han creado unas expectativas excesivas, en el caso de Turquía, que no se

corresponden a la visión general que se tiene en Europa sobre los límites del proyecto de Unión. Probablemente, Marruecos y Turquía deberían ser nuestros aliados para vertebrar un espacio al Sur de la Mediterránea, hecho a imagen y semejanza de la Europa comunitaria. Pero es cierto que la Unión se ha puesto en este caso, ella sola, en un lío del que ahora le será difícil salir con éxito.

En cierto sentido, el caso de Rusia es paralelo. La inmigración del Este tiene características diferentes y presenta, por lo tanto, otro tipo de problemas, quizás menos agudos. Pero aquí también se plantea el problema de los límites de Europa. La Unión necesita una Rusia fuerte, estable, desarrollada, pero una Rusia exterior a la UE. De hecho, los rusos jamás han pedido su ingreso. Pero a Rusia le corresponde tanto por peso demográfico como por historia y tradición liderar un espacio amplio, que se corresponde parcialmente (dejando de lado las repúblicas bálticas, más en la órbita polonesa y escandinava) a la antigua CEI.

Los movimientos democratizadores y occidentalistas de Ucrania provocan una gran simpatía, porque son factores de modernidad y de evolución política. ¿Europa les debe ayudar? Piden parecerse lo máximo posible al modelo Occidental, quizás más al americano que al europeo, como ocurre a menudo al Este de Europa. Y es un objetivo que nos conviene. Pero no parece razonable que la Unión llegue a las mismas puertas de Rusia. Más bien estos movimientos deben ser la herramienta a través de la cual se va produciendo la evolución del conjunto del mundo que rodea a Rusia hacia un modelo complementario al de la Unión, sobre fundamentos de civilización muy parecidos, probablemente con una estructura también federativa, pero que ayude a construir un mundo totalmente organizado de una manera más positiva.

De hecho, también representa que la Unión Europea debe servir para esto: para ofrecer un ejemplo de nueva organización al mundo. Un ejemplo que ayude a vertebrar algunos espacios de fuerte tradición histórica, como el que rodea a Rusia. El objetivo de Europa no debería ser convertirse en una parte del mundo organizada de una manera diferente a todas las demás. Tampoco irse engordando más allá de sus fronteras (que además de culturales son necesariamente geográficas) hasta llegar a ser una especie de gigante planetario. El objetivo de Europa es ofrecer un modelo que sea útil para la configuración de otros espacios que, como el nuestro, van más allá de los límites de los Estados que ya existen, y tienen una área de desarrollo natural marcada por la historia y la comunidad de intereses.

Estos dos serían los casos más destacados y más próximos. En África, sería la gran cuestión, muy difícil y de desarrollo, en el mejor de los casos, muy lento. América Latina presenta síntomas mejores de progreso, pero es un espacio donde también se hace muy evidente el interés de Estados Unidos. Pero en todos estos casos, con el Sur del Mediterráneo y el Este de Europa en cabeza, el compromiso político y económico de Europa para la estabilidad, el progreso económico y la evolución política hacia las libertades individuales no es un acto desinteresado y caritativo, sino que responde absolutamente a las necesidades europeas. En todos los sentidos, pero especialmente en el demográfico. Una Europa rica no puede vivir rodeada de un mundo pobre. Y menos todavía de un mundo pobre muy poblado. Si el dibujo queda así, nunca existirán barreras suficientemente altas ni filtros bastante potentes. Ni las leyes ni las policías de fronteras podrán detener estas migraciones que son dramáticas, nada festivas ni motivadas por la búsqueda cultural. Por tanto, nuestro primer objetivo ha de ser fijar poblaciones.

¿Un continente sin niños?

Pero las condiciones para evitar migraciones no deseadas no sólo pasan por fijar las poblaciones en el origen, gracias a un bienestar económico y unos horizontes sociales que no les obliguen a marcharse. Pasa también por cierto reequilibrio entre los ritmos demográficos de las diversas sociedades. Al menos en apariencia, empieza a verse una desaceleración en el crecimiento demográfico de los países en vías de desarrollo. Pero los diferenciales, por ejemplo, entre la orilla Sur y la Norte del Mediterráneo continúan siendo enormes. La natalidad de la orilla Sur se desacelera, pero en cuanto a la orilla norte, al conjunto de Europa, se producirá un fenómeno absolutamente inédito en la historia de la humanidad: una pérdida de población, (al lado de un envejecimiento), que procede de una natalidad incapaz de mantener el punto cero de crecimiento.

El envejecimiento de la población europea procede en parte de un hecho extraordinariamente positivo: el alargamiento formidable de la esperanza de vida, que es más del doble de la que había sido sólo un siglo atrás. Pero procede también de otro hecho inquietante: una natalidad extremadamente baja. Advertir respecto a los problemas que comporta esta natalidad baja ha sido durante años una especie de tabú. Parecía una especialidad sólo del conservadurismo de raíz religiosa, contrario a las técnicas de contracepción y receloso con la llegada de las mujeres a la

esfera pública y en especial a la esfera laboral. Pero ahora, se ha convertido en una reflexión general, muy directamente vinculada con el futuro de Europa, que en estos momentos se hace desde todos los puntos del espectro político y social.

¿Por qué Europa ha vivido, precisamente en los años de su progreso económico de posguerra y precisamente en los años en que se construía la parte esencial de este Estado del bienestar que es el núcleo de nuestro modelo, una caída espectacular de sus índices de natalidad? Seguramente, existen causas objetivas. Por ejemplo, el acceso de la mujer en el mercado de laboral y en general su cambio de rol social. En parte también por una ley general de transición demográfica que permitiría que todos los países, en principio, cuando progresan económicamente y bajan sus tasas de mortalidad rebajen también sus tasas de nacimiento. Pero Europa ha ido más allá que nadie en esta dirección. En apariencia, una sociedad cargada de seguridades, optimista ante el futuro, que vive una oleada de bienestar y de paz, que daría a sus descendientes un horizonte vital muy positivo, debería tener más hijos.

Es muy probable que en la natalidad converjan las causas objetivas, vinculadas con la esperanza económica, pero también con el coste de la vivienda o con el mercado de trabajo. Pero seguro que para establecer las causas reales y profundas de la baja natalidad debemos tener presente las causas subjetivas: aquello que podríamos llamar un estado de ánimo colectivo, aquello que analizábamos anteriormente cuando hablábamos de la falta de un sueño, más allá de un horizonte individual de vida confortable, y ocio no productivo.

Entre los estudiosos de la caída de la natalidad en Europa, se citan los dos tipos de causas. Se habla de la relación entre nivel de renta y fertilidad, cuando la renta en general ha alcanzado los niveles más altos, pero tampoco se establece una fórmula clara y universal que una los dos conceptos. Se cita, y parece razonable, que una causa objetiva es la presencia de los dos cónyuges en el mercado laboral y el nuevo rol femenino en la vida familiar. Algunas experiencias en los países escandinavos apuntan a soluciones de los aspectos estrictamente económicos del problema.

Pero todavía existen otras causas, no económicas y relacionadas con el nivel de vida, que podríamos situar entre las razones objetivas, seguras, del descenso de natalidad. Por ejemplo, una de las causas objetivas más importantes ha sido la descubierta, comercialización y difusión de nuevos métodos anticonceptivos, que se han generalizado en el mundo

desarrollado y que han tenido sin lugar a dudas un impacto sobre la natalidad. Sobre todo si lo comparamos con los países donde no se ha generalizado su uso. También podríamos considerar como una causa objetiva de la disminución de natalidad la pérdida de peso en Europa de las corrientes religiosas, que tienen un posicionamiento contrario a estos anticonceptivos y que preconizan una doctrina natalista o contraria al control de natalidad. Estas corrientes, dentro del cristianismo, no han modificado sus posiciones en los últimos años, pero es indudable que han perdido influencia social, mientras fuera de Europa (y particularmente en el mundo islámico) las corrientes también religiosas, aún más contundentes en esta misma dirección contraria al control de natalidad, más bien han ganado terreno e influencia social.

Todas estas serían, de una manera u otra, causas objetivas. En el ámbito económico, en el social, en el de las ideas. Pero, como decíamos, los estudiosos hablan también de las causas subjetivas. Se habla de una sociedad que no quiere problemas ni ataduras, que no quiere cargas, que ha puesto el horizonte de sus aspiraciones en el ámbito individual y que ve en los hijos una molestia para la propia realización personal. Repito que estas causas son subjetivas. Por tanto, pueden ser perfectamente malas lecturas de la realidad. Eludir problemas reside en la lógica de la pérdida de la responsabilidad personal, en beneficio de una visión estrictamente lúdica del mundo.

Es obvio que existen lazos entre el estado de ánimo psicológico y la natalidad. Pero estos lazos son complicados, a veces paradójicos. Uno de los datos que más me ha impresionado de la Europa del final de la Segunda Guerra Mundial es el elevado número de nacimientos que se produjeron en los campos de refugiados donde habían ido a parar los supervivientes del Holocausto. Me sorprendió. Un colectivo humano desengañado, que había sufrido hasta límites difíciles de explicar, que podía estar cansado de la vida y no ver ningún tipo de horizonte, resulta que tenía o el ansia de vida o la extraña esperanza o la voluntad de vengarse contra la muerte, que hacía falta para tener hijos inmediatamente después de ser liberados. La literatura nos ha explicado la desesperación de muchas de aquellas personas, en relatos magníficos como los de Imre Kertész. En algunos casos, supervivientes de los campos han acabado suicidándose muchos años después, a veces sintiéndose culpables de su propia supervivencia, como fue el caso de Primo Levi. A pesar de ello, en los campos de refugiados, inmediatamente después de la guerra, aquella generación decidió tener hijos.

Esto contrasta con la baja natalidad de la Europa próspera, con el descenso de natalidad que ha sido paralelo al incremento de la prosperidad. Quizás es una señal más de aquella Europa conservadora y miedosa de la que hablábamos. Conservadora de verdad, en los términos más profundos, no en el discurso político. Una Europa donde los ciudadanos no se sienten implicados en el bien común, en el interés general, en el futuro colectivo, sino que han sido relegados al interés particular, puede ser también una Europa que no quiera tener hijos. Pero en cualquier caso, esta baja natalidad es la clave para el futuro de Europa. Y está claro que para repuntarla no se trata de esperar nuevos desastres que exciten una nueva reacción como la de los supervivientes al Holocausto, sino de generar unas condiciones económicas y sociales que lo favorezcan. También unas condiciones médicas, como bien seguro que la ciencia ofrecerá en el futuro a medio plazo. Pero, sobre todo, de generar un sueño, un determinado ideal, una ambición colectiva de futuro. Y un sentimiento de responsabilidad compartida respecto a este futuro. Un cambio de mentalidad respecto al cual hemos de poner todas nuestras esperanzas, como siempre, en la educación.

En Estados Unidos, con una tasa de fecundidad superior al catorce por ciento, y un aumento de población del 0,5% anual, se han efectuado los cálculos más directos con el fin de demostrar que con una natalidad como la que tenemos en Europa y la larga esperanza de vida a la que se ha llegado, el Estado del bienestar europeo será económicamente insostenible. No habrá suficiente gente trabajando para pagar las pensiones y la sanidad de todos los jubilados. Pero no todo es la sostenibilidad económica del modelo. La baja natalidad es el primer efecto llamada para la nueva inmigración procedente de países porcentualmente muy jóvenes, como los del Sur de la Mediterránea. El diferencial demográfico atrae población, pero origina que en determinados segmentos de jóvenes y de niños la población venida de fuera o sus descendientes directos, ocupe un porcentaje muy alto respecto a la población total. Los temas de la gestión de la diversidad (de los que hablaremos más adelante), no pueden plantearse solamente determinando cuánta población inmigrada hay sobre el total de la población. Deben mirarse también cuáles son los porcentajes en el mundo escolar, en el mundo juvenil, en el mundo del ocio joven. Las dimensiones son diferentes. Y es necesario no ser alarmista ni xenófobo pero sí advertir en estas proporciones una fuente de problemas cotidianos, como los que ya se viven en algunas de nuestras ciudades.

En cualquier caso, parece obvio (y ahora ha dejado de ser tabú decirlo en voz alta) que un futuro equilibrado para Europa pide una mayor natalidad, y no tan sólo concentrada en la más alta fertilidad de los nuevos inmigrantes, que además, se adaptan muy rápidamente a los ritmos demográficos del país de acogida, en lugar de mantener a los que podían tener en el país de procedencia. Algunos demógrafos apuntan que el final del siglo XX ha representado ya un cambio en la tendencia demográfica de Europa, pero que no llega a lo que llamamos los niveles de reemplazo. Piensan que durante un tiempo la natalidad ha permanecido temporalmente deprimida, dado que se ha producido un vacío: el que supone el incremento de la edad en la que las mujeres europeas tienen el primer hijo. Superado este vacío, iríamos ya hacia una cierta estabilización de la natalidad, pero todavía en tasas muy bajas. Es posible. Pero las previsiones sobre el futuro siempre son arriesgadas. Y en las dinámicas sociales, las leyes teóricas no están por encima de las voluntades. No está escrito en ningún lugar, ni por ninguna ley infalible, que Europa deba recuperar indefectiblemente un ritmo más alto de natalidad. No es un fenómeno que podamos esperar sin hacer nada, como si fuera ineluctable. Los cambios de mentalidad (otra vez la educación como tema de fondo) son pieza fundamental también en esto.

¿Transición demográfica mundial?

Pero un repunte de la natalidad europea, siendo un elemento equilibrante y estabilizador, sólo es una parte del problema. La cuestión es si paralelamente se produce o no una cierta confluencia entre los ritmos demográficos europeos y los de los países que nos rodean y que son el origen de los inmigrantes actuales y quizás de los inmigrantes futuros. Si en paralelo a un cierto crecimiento, todavía muy tímido, de la natalidad europea no hay un control de natalidad en los países islámicos del norte de África, contra el parecer de sus autoridades religiosas, y también en el conjunto de África subsahariana, las diferencias de potencial poblacional continuarán ejerciendo toda su presión sobre las puertas de Europa. Este control razonable del crecimiento demográfico y de la natalidad tiene en favor, muchas veces, la acción de los gobiernos reformistas, que se percatan de que una natalidad moderada favorece el progreso. Tienen en favor también todas las percepciones de sostenibilidad ambiental, que coinciden en que no es posible mantener un crecimiento constante de la población del

planeta como la que se ha visto en un siglo XX, que empezó con 1.600 millones de habitantes y acabó con más de 6.000 millones.

Recuerdo que fuimos invitados a Haití, hace unos años, diversos especialistas europeos para sugerir políticas urbanísticas y culturales. El diálogo fue interesante y los interlocutores estaban llenos de buenas intenciones. Pero todos los intervinientes coincidieron que ninguna de las políticas que podíamos sugerir, ni las más básicas, podrían resultar compatibles con la explosión demográfica que padecía el país y que hacía explotar sus ciudades. Ningún proyecto urbanístico ni ninguna programación cultural podían resistir aquella enorme presión demográfica. El principal problema de Haití, en este sentido, era la natalidad desbordada. Sin controlarla, en todos los demás ámbitos sólo podían ponerse paliativos coyunturales.

Cuando los demógrafos crean el término "transición demográfica" sugieren que existía una dirección de la historia, una vía única que abarca de las sociedades primitivas a las modernas. Según esta teoría, la situación actual sería que en los diversos lugares del mundo nos encontraríamos sociedades que están en fases diferentes, en estaciones diversas, de un único itinerario posible. Mientras Europa habría completado ya plenamente su transición demográfica, los países en vías de desarrollo no habrían llegado a completarlo y los países más pobres del mundo estarían precisamente en la fase inicial. La transición demográfica sería pasar de sociedades primitivas donde la natalidad y la mortalidad son altas, a sociedades avanzadas donde la natalidad y la mortalidad son bajas. En medio del proceso, en la medida que se frena antes la mortalidad que la natalidad, se produciría el boom demográfico, el crecimiento acelerado que hemos vivido en este último siglo.

De hecho, en los últimos años existen diversos datos que parecen confirmar, al menos parcialmente, la teoría de la transición demográfica. En Marruecos, se ha podido apreciar una caída muy fuerte de la natalidad en las poblaciones urbanas, cada vez más importantes en el país, e incluso un pequeño retroceso de la natalidad en la población rural. En los primeros años del siglo XXI, el número de nacimientos por mil habitantes ha pasado de 24 a 22, hecho que confirmaría esta tendencia. No obstante, este número dobla la que se produce pongamos por caso en España, que se va incrementando a lo largo de los mismos años de una manera muy leve. En paralelo, en Marruecos también habría bajado la tasa de emigración, de una manera lenta pero continuada. En Turquía, para usar el otro país de

referencia para la inmigración en Europa, el número de nacimientos por mil habitantes ha bajado en los primeros años del siglo XXI de 18 a 17, siguiendo por tanto la misma tendencia. Y la emigración se habría prácticamente detenido. Argelia tendría un comportamiento muy parecido a Marruecos, pero con una natalidad aún más baja.

Esta tendencia al descenso porcentual del número de nacimientos se produciría también en África negra, de donde proceden una buena parte de los inmigrantes que llegan a Europa, pero se mantendrían en cifras considerablemente más altas: por encima del treinta por mil en el caso de Senegal o del cuarenta por mil en el caso de Gambia. También estaría por encima del cuarenta en el caso de Guinea, pero allí sí con cierto aumento en los últimos años. Respecto a América Latina, un país como Ecuador va bajando el número de nacimientos por mil habitantes, que pasan en cuatro años de 26 a 23, pero por contra dispara su índice de emigrantes. Colombia también rebaja su natalidad, en un índice muy ligeramente inferior al ecuatoriano, pero en este caso se mantiene estable (todo y que considerablemente alto) su índice de emigración. Contrariamente, en los países más complicados de América o de África como podrían ser Haití o Burkina Faso los nacimientos están estabilizados al alza durante este mismo período reciente (treinta y cuarenta largos por mil habitantes) y no es posible dibujar ningún tipo de gráfico de contención.

La teoría de los demógrafos es que existe, por tanto, un itinerario que todos los países van siguiendo, a pesar de unos estén más atrasados que otros y que algunos vayan justamente por la primera de las estaciones. Los países que nos serían más próximos y la fuente de nuestra inmigración directa caminarían hacia una cierta contención de la natalidad y tendrían bastante avanzada su transición demográfica. Pero estas concepciones lineales de la historia, en la que cada territorio debe seguir unas estaciones concretas, para llegar todos finalmente al mismo lugar, o al lugar por donde los más avanzados ya pasaron hace unos siglos, no siempre acaban de funcionar.

En las llamadas ciencias sociales, las leyes o las teorías sirven a veces para explicar las cosas a posteriori, aproximadamente, violentando más o menos los hechos con el fin de encajarlos en la teoría. Para lo que no sirven es para hacer profecías. En las ciencias naturales, una ley no tan sólo describe lo que ha ocurrido hasta ahora, sino que aporta una seguridad de lo que ocurrirá en el futuro: la ley de la gravedad permite asegurar que la manzana caerá al suelo, y no tan sólo que hasta hoy ha caído siempre. En las ciencias sociales, lo que puede hacer una teoría es describir una serie de hechos que han sucedido, y que han pasado de una manera simultánea,

pero sin distinguir las causas de los efectos. Es lo que sucede con la teoría de la transición demográfica.

Aparentemente, un incremento del nivel de vida, una incorporación a la modernidad, unos índices cada vez más bajos de mortalidad, acaban desembocando en un freno a la natalidad. Pero con toda seguridad existen más factores en juego. Una teoría sobre la población basada en la manera que se producen recursos, sobre todo alimenticios, en épocas de tecnologías más primitivas puede no servir para un mundo capaz de generar muchos más alimentos, gracias a tecnologías innovadoras... No podemos ver el mundo como un conjunto de trenes todos ellos hacia la misma dirección, sólo que algunos van más avanzados y otros más atrasados. A veces, Occidente, al observar el mundo árabe musulmán, utiliza una interpretación un poco arriesgada que viene a decir que este mundo de hecho está todavía en la Edad media, antes de la separación moderna de la iglesia del Estado. Por lo tanto, todo sería cuestión de esperar, o, si puede ser, de acelerar su tren, para que llegue tan pronto como pueda a la próxima estación. Pero la experiencia personal sobre el islamismo en algunos países de Oriente Próximo lleva a verlo como un movimiento perfectamente contemporáneo, vinculado a veces con las nuevas tecnologías: una respuesta a los problemas del presente y un intento de decirnos que no es que su mundo vaya con retraso por la misma vía que el nuestro, sino que está instalado en el presente pero va por otra vía.

En el mismo sentido, la idea de que existe un único trayecto hacia la transición demográfica parece muy arriesgada. También en este caso puede haber atajos, atrasos, vías muertas o vías alternativas que conduzcan a otros lugares. Porque, a parte de los factores comentados, también participan otras variables, como por ejemplo los factores ideológicos, como un cambio en el peso del factor religioso, que pueden romper una tendencia que nace más bien de la evolución hacia sociedades urbanas y el alcance de un determinado nivel de bienestar económico. Si en el mundo islámico se produce un peso cada vez más grande de los sectores religiosos contrarios al control de la natalidad, si la evolución económica se estanca (como causa o consecuencia del peso del islamismo), en lugar de un freno de la natalidad se puede producir un nuevo incremento.

En ciencias sociales, siempre existe la variable de las voluntades. Las voluntades pueden romper la inercia o acelerarla. Europa no puede esperar, simplemente, con los brazos cruzados, confiadamente, que se irá produciendo una transición demográfica mundial que equilibrará las poblaciones y frenará las migraciones que estamos viviendo. Depende. Depende de lo que ocurra en Europa, pero depende también de lo que

ocurra en el resto del mundo, de lo que hagan los gobernantes (reformistas o involucionistas) de otros países. La observación de lo que ha ido pasando no nos permite hacer profecías seguras. Sí intentar hacer políticas: parece claro que una acción concertada entre Occidente y los gobiernos reformistas de los países que que quieran desarrollarse puede ayudar a mejorar sus perspectivas económicas y a controlar su natalidad, frenando así los estímulos a la emigración. El ejemplo chino, con sus defectos y virtudes, demuestra que el control de natalidad por decisión política es posible. Al menos, hasta cierto punto.

Parece, de todas maneras, que el interés claro de Occidente es que se produzca en el conjunto del planeta un equilibrio demográfico, que iría asociado con un crecimiento de equilibrio económico. Esto se está produciendo de una manera esperanzadora (pero no irreversible ni absoluta) en los países de nuestro entorno inmediato. Pero se está produciendo menos en un segundo círculo de países que estarían en un estadio anterior y no se produciría en absoluto en un tercer círculo.

El resultado conjunto de todo ello, en la hipótesis más optimista, sería que la inmigración más nueva empezaría a llegar de países más lejanos y por tanto con un incremento de la diferencia de hábitos y costumbres. Pero en la hipótesis más pesimista, el de una involución política, un estancamiento económico o simplemente una ralentización de un proceso que no está claro que sea lineal y universal, podría llegar a detener la transición demográfica y el desarrollo económico de los países más próximos y hacer que se sobrepongan diversas oleadas de inmigración, con las dificultades para los propios emigrantes y para las sociedades de acogida que esto comportaría.

En estos términos, el problema de lo que estamos hablando no sería genéricamente occidental, sino específicamente europeo. Estados Unidos está en una situación diferente, menos problemática, y proviene de otra tradición respecto al hecho inmigratorio. Al fin y al cabo, ha sido un país de inmigrantes y ha generado un tipo de molde integrador de personas de procedencia muy diversa. El modelo americano respecto a la inmigración ha sido tradicionalmente muy criticado desde Europa: se ha considerado un modelo segregador, donde las comunidades vivían separadas, pero mantenían un espacio público común. Ahora, Europa vuelve a observar con interés cómo funcionó el crisol americano, ante la inexistencia de un modelo propio que haya funcionado bien. También en este campo será necesario plantearse la reconstrucción de Occidente y el aprovechamiento común de

las experiencias y las oportunidades.

Los efectos del envejecimiento

El envejecimiento de la población europea, con unas esperanzas de vida situada por encima de los 75 años y con unas edades medias de la población situadas por encima de los cuarenta años (cuando en un país como Argelia la edad media de la población está poco por encima sólo de los veinte años), no tiene efecto tan sólo sobre la inmigración. Es el principal efecto de llamada para los jóvenes de los países que rodean Europa, en la medida que quedan vacantes algunos de los lugares de trabajo menos deseados por los jóvenes europeos. Pero hay más. Ya hemos comentado que parece una amenaza para la viabilidad de uno de los pilares del Estado del bienestar, que es el sistema de pensiones público. Y puede ser la base de un cambio cultural profundo. En los últimos años, en Europa (pero también en otros países más avanzados) se ha incrementado considerablemente la esperanza de vida, pero no se ha alargado (sino más bien al contrario) la vida activa de las personas. Esto sitúa en medio de la sociedad a un contingente espectacular de personas mayores, en muchos casos en plenas facultades para un trabajo útil al conjunto de la sociedad, pero que en una cultura europea del ocio, que ha considerado que el objetivo era trabajar menos horas al día, menos días al año y menos años por vida, empuja hacia largos períodos improductivos.

La perspectiva del envejecimiento de nuestras sociedades ha empezado a generar un nuevo debate europeo, que empezó por los aspectos más estrictamente materiales (¿quién pagará nuestras pensiones?), pero que ha derivado hacia aspectos de costumbres y de concepción de la vida laboral y de la misma sociedad. Mientras la entrada de los jóvenes en el mercado de trabajo es cada vez más tardía, a causa de la generalización y universalización de una larga etapa de formación, las personas mayores son rechazadas relativamente muy pronto de este mismo mercado. La franja que queda en medio es cada vez más estrecha, pero, sobre todo, hay menos personas en ella. Es precisamente la franja más delgada después del *baby boom*, durante el período de baja de natalidad, antes que la nueva emigración y el repunte de la natalidad empiecen a llenar otra vez las escuelas. ¿Podemos hacer descansar todo el sistema productivo en esta franja tan estrecha? ¿Podemos permitirnos el lujo de prescindir de las aptitudes y de las capacidades de una generación cada vez más numerosa,

que tiene experiencia y que está en condiciones muy a menudo de llevar a cabo una vida activa? Nuestra concepción del mundo, la que hemos estado repitiendo a lo largo de esta reflexión, en la cual se descarga al individuo de la responsabilidad social y se le invista al entretenimiento individual, ¿podrá entender y aceptar un alargamiento de la vida laboral? Hemos estado apuntando durante años a las jubilaciones anticipadas. ¿Podremos apuntar sin un cambio profundo en nuestra visión de las cosas hacia unas jubilaciones retardadas?

Se ha creado una caricatura de una Europa del futuro inmediato, convertida en un asilo, servido por personas jóvenes venidas del Tercer Mundo que con su trabajo permiten pagar las pensiones de una gran generación de gente de edades avanzadas, que además resulta que gastan más en asistencia y sanidad que los jóvenes. Los más alarmistas contraponen esta imagen a la de un mundo próximo en el espacio (por ejemplo, el islámico) donde la religión va ganando peso, donde las autoridades religiosas están en contra de cualquier control de natalidad y donde algunos extremistas totalitarios imaginan que una demografía favorable es su más gran bomba política. Esta no es hoy la descripción de la realidad. Pero es una imagen que va configurando un cierto mito en Occidente (¿también en Oriente?) que alimenta temores y está en la base de muchos recelos. Los defensores del viejo concepto spengleriano de la decadencia identifican a menudo decadencia con envejecimiento y con caída de la natalidad. En cualquier caso, la perspectiva y la imagen han cavado un agujero en Occidente, que sabe más que nunca que la demografía dictará una buena parte de su futuro.

Pero en la preocupación de Occidente por los efectos de la inmigración no existe, por encima de todo, una preocupación demográfica. Por la vía de la baja natalidad, del envejecimiento de la población, de la fuerte inmigración, Europa tiene la sensación de vivir en su interior una situación nueva e inédita. Europa se ha visto siempre como el continente de la diversidad. Pero, sobre todo en Europa occidental, esta diversidad histórica se ha entendido (equivocadamente o no) como un especie de mosaico. Europa era un conjunto de diversas piezas, cada una con su propio color, con su propia lengua e identidad. En Europa Central y Oriental, estas piezas existían igual, pero estaban mezcladas sobre el territorio. Sarajevo era la metáfora. Ahora esta idea de la diversidad europea se ha truncado. Cada una de estas piezas se convierte en un mosaico en su propio interior. Lo que antes, desde el punto de vista europeo, estaba fuera, ahora está dentro. Visiones del

mundo, hábitos, costumbres, religiones, lenguas, que antes eran la imagen del otro, ahora quizás continúan siendo la imagen del otro, pero del otro entre nosotros.

Cuando muchos europeos responden a las encuestas diciendo que lo que más les preocupa es la inmigración, no están hablando estrictamente de la inmigración, sino de muchos otros asuntos. No están hablando del hecho de que venga gente de fuera para desempeñar los trabajos que ellos mismos no quieren hacer; ni de que se necesiten jóvenes de fuera porque nuestra población se ha envejecido. Cuando dicen que están preocupados por la inmigración, los europeos nos están transmitiendo que están preocupados por la identidad, por la cultura, por la visión del mundo; por la integración o la no integración; por el modelo de convivencia con una realidad nueva; por cómo viven en una misma ciudad personas con visiones del mundo, costumbres, objetivos, esperanzas, identidades, muy diferentes. El tema de Europa continúa siendo, como siempre, cómo articular la diversidad de una manera nueva e inédita. Pero Europa se enfrenta ahora a una nueva concepción de la diversidad, a una nueva realidad diversa, que es la que nos encontramos bajo la etiqueta genérica de inmigración.

TERCERA PARTE

LOS PUEBLOS DE EUROPA

La ineludible diversidad

Una brillante demógrafa, en absoluto maltusiana, me comentaba en un programa de televisión que el gran éxito de la especie humana sobre la tierra era que existiesen seis millones de individuos en todo el planeta, y todos ellos distintos. Y subrayaba el “todos distintos”: cada uno con su rostro, con su lengua, con sus preocupaciones y sus esperanzas, con su forma de ver el mundo, con su identidad individual y colectiva.

El éxito de una especie reside precisamente en aumentar la cifra de individuos, en ampliar el espacio que ocupan, en expandirse por toda la tierra. Pero el éxito específico de la especie humana se debe además a que sus individuos diferentes son también conscientes de su diferencia. Una especie que tiene conciencia individual, donde la persona es alguna cosa más que la célula de un cuerpo social o la hormiga del hormiguero, tiene éxito porque no ha sido clonando individuos, sino que cada uno de ellos — como los bellísimos guerreros de las tumbas chinas— tiene una fisonomía física, intelectual y moral propia. El éxito reside en ser muchos y en ser distintos. Pero el éxito no es causa de su diversidad que también existe en el resto de todos los seres vivos, si no únicamente por la posesión de conciencia.

Mediante el lenguaje y la inteligencia, la capacidad de crear herramientas y de acumular y transmitir información, la especie humana ha podido adaptarse a casi todos los medios naturales del planeta, y con más esfuerzo a los más desfavorables —y por tanto con más necesidad de emplear todo su potencialidad. La diversidad humana es, de este modo, un paralelo de la diversidad natural, la forma en la que los humanos —sea cual sea su origen geográfico— se han adaptado a las condiciones también diversas del planeta. Pueblos de un mismo origen, desplazándose a lugares de la tierra con condiciones ambientales y climatológicas diferentes, han generado nuevas diversidades. La diversidad es una característica de la humanidad sobre la tierra, vinculada a la historia —de los individuos, de las familias, de los Pueblos— y a la genética, pero ante todo a unas aptitudes como especie que nos permiten adaptarnos a diversas circunstancias y

cambiar en función de éstas.

Por muchas razones, Europa es un espacio donde la diversidad aparece de forma especialmente clara. La población de Europa es el fruto de una afluencia de distintos pueblos llegados principalmente del Asia central, en primer lugar al sur y al este del Mediterráneo, y posteriormente a toda la extensión de esta península de Eurasia que es Europa. La génesis de esta diversidad sería tan larga como apasionante de explicar. Pero lo que nos importa es su efecto: Europa es un continente donde viven y han vivido una gran diversidad de pueblos; con una enorme pluralidad de lenguas, de niveles culturales, de hábitos y de costumbres.

En general, Europa es la diversidad, pero dentro de un abanico limitado, concreto. Europa participa, como ya hemos podido comprobar, con más o menos resquicios, en un proceso único de civilización, el occidental, y ha generado —junto a la diversidad— algunos valores y caracteres comunes. Esta civilización occidental, que ha llegado hasta el otro lado del Atlántico o incluso hasta el Pacífico y el Índico, pasando por países como Australia o Nueva Zelanda, es de matriz europea y ha sido llevada allí por europeos. Así ha proyectado y ampliado esta diversidad de Europa al mundo.

El proyecto europeo, en aquello que podría tener y no ha tenido de sueño, pero también en todo aquello que ha debido tener de resolución práctica de los problemas cotidianos, no puede rehuir el objetivo esencial de articular la diversidad. Tal vez éste sea su principal reto y su principal virtud: la Europa unida tiene que ser una fórmula nueva sin imposiciones ni conquistas, de articular la diversidad; de unir todo aquello que es diverso, sin que deje de serlo, pero sin que esta unidad sea simplemente nominal y aparente. Si Europa es una concordancia, una confluencia, un pacto, sólo se puede pactar y confluir des de la diferencia, y aceptándola.

La gran cuestión europea es cómo gestionamos esta diversidad. Una diversidad, en primer lugar, de pueblos constituyentes, cada uno con su identidad y su manera de ser y entender el mundo. Una nueva diversidad también procedente de la nueva inmigración, que sitúa en el interior de Europa otras visiones del mundo, tradiciones y hábitos que hasta hace muy poco les resultaban externos y que según como, pueden ser contradictorios estos valores compartidos.

Cuando hablamos de la gestión de la diversidad no hablamos tan solo de grandes cuestiones de principios: cómo se organiza Europa, de forma que no sea ni un poder centralizado que nace de la disolución forzada de los pueblos que la configuran —un modelo que además de

indeseable parece imposible— ni una pura superposición de Estados preexistentes. Tampoco sólo un espacio económico común. Gestionar la diversidad quiere decir también ver como funcionan las instituciones europeas desde todos los puntos de vista, especialmente el de las lenguas, de las etnias y de los Pueblos. Claro que, en estos momentos y por mucho tiempo, Europa no puede funcionar con una lengua única, y esto significa un proceso muy complejo de traducciones, interpretes...Y como este, tantos otros problemas prácticos, que remiten a una diversidad a su vez problema y virtud, que es de hecho un elemento básico de la realidad, a la que el proyecto europeo debe dar respuesta.

Qué no es la diversidad

Desde hace un tiempo, la palabra diversidad se ha convertido en un término de uso común dentro del lenguaje público e incluso en una palabra políticamente correcta. Hay fiestas de la diversidad, estudios de la diversidad, créditos variables para comprender la diversidad. Pero cuando una palabra entra con tanta fuerza en el discurso público acaba cayendo inevitablemente en la polisemia. No todos hablamos de lo mismo cuando hablamos de la diversidad.

En algunos casos tras la palabra diversidad se emplaza una idea de no-identidad, de mezcla sin prioridades, de exotismo colorista y sin remitir a ninguna noción de valores. La diversidad acaba siendo un anuncio de colores diversos. Pero también a través de la palabra diversidad se puede convertir a cada individuo en algo parecido a un prisionero de su hecho diverso, portador de una diversidad que le es propia y que tiene la obligación de mantener, por encima de su voluntad individual. La diversidad sería entonces como una prisión, una condena. El término se utiliza en contextos distintos y con significados distintos, con la confusión que este hecho conlleva.

A nuestros efectos, y en relación con todo aquello de lo que queremos hablar en este texto, hay tres conceptos que serían, por decirlo de algún modo, los enemigos de la propia idea de diversidad. Tres conceptos que se enfrentan a esa idea. Tres concepciones que no son la diversidad o que la desfiguran. Serían el igualitarismo, el racismo y el relativismo cultural.

1.- Igualitarismo.- Para algunas ideologías políticas y sociales, la igualdad entre todas las personas es el objetivo principal. Es igualitarista el

jacobinismo nacido de la Revolución francesa, que adopta precisamente el lema “Libertad, igualdad, fraternidad”. Es igualitarista el comunismo, que se justifica como una fórmula para evitar la desigualdad i la falta de equidad entre los hombres.

Las dos posiciones políticas mantienen un recelo histórico contra toda forma de diversidad y han practicado la homogenización, la uniformización, como un camino hacia la igualdad. Para estas ideologías, lo contrario de igualdad no sería necesariamente diversidad, sino desigualdad. Por lo tanto, en teoría, su combate sería contra la desigualdad entre las personas en lo que se refiere a sus derechos y oportunidades, equiparando desigualdad a injusticia. Pero para ellas, en la práctica, la diversidad acaba siendo siempre sospechosa, porque la consideran una posible fuente de desigualdad, y por lo tanto de injusticias. Es más fácil construir un mundo igualitario en un mundo uniforme que en un mundo diverso. Así, los regímenes políticos inspirados en ideales jacobinos o comunistas han generado Estados muy centralizados, muy poderosos en relación a los individuos, y que buscaban, en nombre de la igualdad, la máxima uniformización de los ciudadanos.

Las diversidades lingüísticas, religiosas, identitarias, han sido combatidas en la búsqueda de un *hombre nuevo* —lo que el régimen stalinista denominaba *el hombre soviético*— que dejaría atrás todas las antiguas diversidades, productos o subproductos del mundo antiguo, del antiguo régimen para unos, del mundo burgués y capitalista para otros.

Lo que los comunistas chinos denominaron la revolución cultural fue precisamente —desde una perspectiva igualitarista— su revolución contra la cultura, entendida como espacio de la diversidad. La revolución a favor del uniforme, entendido como realidad y como metáfora: también consiguieron que todo el mundo se vistiera igual. Y al final, probablemente, sólo consiguieron uniformizar indumentarias, no personas, aunque éste fuera su objetivo.

En la Europa de hoy, la nostalgia de los viejos ideales comunistas ha retrocedido mucho, después del descrédito de los regimenes del Este. Allí, que lo sufrieron, han retrocedido aún más, aunque se mantiene viva una nostalgia minoritaria por parte de los que se sintieron protegidos por los antiguos regímenes; además aún están activos algunos sectores políticos herederos del viejo comunismo, más por interés de reciclar personal político formado en los regimenes anteriores que por mantener su ideología. Políticos como Milosevic, procedentes de la antigua nomenclatura comunista, encontraron un papel en la nueva política democrática a base paradójicamente de llegar a ser líderes nacionalistas, pero conservando la

visión totalitaria.

En la opinión pública occidental sí existe aún un sedimento tardomarxista que considera que el buen ideal comunista fue en todo caso traicionado —o no— por el denominado socialismo real, pero que sus objetivos igualitaristas eran válidos y aún siguen siéndolo. Y aún es más potente, en la opinión pública occidental, la herencia del jacobinismo, que se injertó en los Estados-nación europeos, desde Francia hasta Italia pasando por España, y que hace bandera de la igualdad.

El igualitarismo ha estado en el frontispicio teórico del Estado del bienestar. Hasta el punto que algunos países que han obtenido unos resultados pésimos en la evaluación de su sistema educativo, con unos estudiantes con conocimientos muy escasos en matemáticas, ciencias y comprensión lectora, han contraatacado diciendo que tal vez el sistema no es bueno y no genera alumnos excelentes, pero al menos es muy equitativo, muy igualitario. Igualar en la medianía, o por debajo, se ha considerado mejor que permitir una desigualdad donde sería posible la excelencia y destacar por encima.

Aunque la palabra diversidad está de moda, en Europa continúa teniendo mucha fuerza un igualitarismo ideológico que, en el fondo, la combate. Porque este igualitarismo equipara la diversidad con la diferencia de derechos; porque considera que la mejor manera de garantizar unos derechos iguales para todo el mundo es que todo el mundo sea cuánto más igual mejor. En nombre de la equidad, el jacobinismo y el comunismo concentraron poderes; generaron Estados intervencionistas y homogeneizadores; fortalecieron Estados paternalistas que tratan a sus ciudadanos como menores de edad; y en definitiva combatieron la diversidad. Una Europa obsesionada por el igualitarismo, que además esté dispuesta a pagar el peaje de igualarlo todo a la baja, no será una Europa de la diversidad. Dicen que será una Europa más justa. En el mejor de los casos, podría acabar siendo el *mundo feliz* que profetizaba Aldous Huxley. Pero a costa de que sería una Europa homogénea, triste y aburrida, como fue la URSS.

2.- Racismo.- En sentido estricto, el racismo es una teoría que cree en la diferencia básica e inamovible entre las razas humanas. Actualizando la definición, una teoría que cree, a partir del poligenismo, en unas razas con genomas diferentes, que tendrían por tanto orígenes diferentes y potencialidades diferentes. Una idea que niega absolutamente la ciencia.

En un sentido político, el racismo es una teoría que defiende la

superioridad de unos grupos humanos por encima de otros, de unas razas por encima de las otras. Por lo tanto, teóricamente los racismos aceptan plenamente la existencia de la diversidad. Lo malo es que la jerarquizan y creen que, una vez establecida la diversidad, esto marca estratos de valor diferenciados, que además consideran insalvables, y definitivos. Esto les lleva a mantener que hay segmentos de la humanidad que están genéticamente poco dotados para alcanzar la evolución; que tienen un déficit genético, insalvable por la cultura y la civilización.

El racismo condena a una parte de la humanidad a posiciones subsidiarias y reserva a una parte de la humanidad las posiciones dirigentes. Se fundamenta en la idea de la superioridad y de la inferioridad. Mayormente en la superioridad o la inferioridad intelectual. En otros, la superioridad o inferioridad moral. Por ejemplo, para una de las formas más terribles de racismo que ha existido en Europa, el antisemitismo, los judíos no serían una raza inferior en el sentido de una raza con menos aptitudes, sino que serían una raza con unas aptitudes enormes, pero en una dirección moralmente nociva.

El racismo jerarquiza razas en función de sus capacidades intelectuales lleva a la marginación a aquellas a las que considera inferiores y por lo tanto al *apartheid*. El racismo que jerarquiza razas en función de criterios morales, de bondad o maldad, acaba pidiendo el exterminio de las que considera malvadas y nocivas.

Aparentemente el racismo político no sería un enemigo de la diversidad, sino que entendería perfectamente la diversidad, sería uno de los fundamentos de su doctrina. Pero para él diversidad comportaría jerarquía, superioridad e inferioridad, bondad y maldad. Y esto es lo que convierte el racismo en enemigo de la diversidad: lo asocia a una jerarquización que la ciencia ha negado con contundencia. Es verdad que la herencia genética conforma la personalidad, el carácter y las aptitudes de cada individuo. Pero el genoma humano es igual para todos los individuos y todos los grupos. El hecho que los humanos sean diversos no hace que ninguna persona sea, naturalmente, menospreciable ni que ningún grupo pueda quedar condenado a un papel subsidiario que lo deje fuera de las posibilidades de la evolución. Lo que tiene que prevalecer es la idea que a partir de un genoma igual, es la evolución siempre modelada por la voluntad y las circunstancias, la que produce la diversidad.

Reconocer todas las diversidades, incluso las étnicas, no implica en absoluto considerar que determinados segmentos de la población están incapacitados genéticamente para lograr determinados objetivos y ocupar

determinadas funciones. Pero esto no quiere decir que todas las personas del mundo sean iguales, que tengan exactamente las mismas aptitudes. Los individuos son diversos, y hay individuos más dotados para jugar a fútbol, o para desarrollar un pensamiento matemático. Y esto, porque aparte la herencia recibida, han ejercitado más o menos sus órganos y sistemas fisiológicos.

A veces, para combatir el racismo, el igualitarismo ha querido negar aquello que es evidente: la desigualdad entre los individuos, las desigualdades entre las capacidades y las posibilidades de las personas. El racismo, para combatir el igualitarismo, ha querido presentar estas diferencias y estas desigualdades de aptitudes como hijas de algo parecido a un determinismo biológico. La diversidad elude el igualitarismo, porque sabe que las personas y los pueblos no son iguales sino diversos, y elude el racismo porque el determinismo biológico no tiene base científica: potencialmente todos los humanos tienen las mismas facultades.

Es cierto que igualitarismo y racismo no se pueden equiparar. El igualitarismo es una idea equivocada, en el nombre de la cual se han podido cometer crímenes. El racismo político, tal y como lo hemos descrito, es una doctrina criminal, que desemboca o en el crimen de la exclusión o en el crimen del exterminio. Y mientras que el igualitarismo es una actitud explícita en la Europa de hoy, los racismos son actitudes implícitas, que aparecen camufladas, que a menudo se esconden tras causas más o menos de moda y que condenan a pueblos enteros a quedar sepultados bajo el tópico o el desprecio. El igualitarismo es público. Los racismos, en general, son secretos o inconscientes, camuflados. Pero el igualitarismo combate la diversidad por la vía de negarla, y el racismo combate la diversidad manchándola, contaminándola, con la voluntad de exclusión y el prejuicio político.

3.- Relativismo cultural.- El relativismo cultural se diferencia del igualitarismo en el hecho que reconoce la diversidad y la valora. Cree que la diversidad es un bien que se tiene que conservar. Se diferencia también del racismo, porque evita precisamente toda la posibilidad de jerarquización.

El relativismo cultural nos dice que en el mundo hay culturas diversas, que cada una tiene una visión del mundo e incluso un orden moral propio, y que por lo tanto no hay valores absolutos fuera de su contexto cultural. La democracia, los derechos humanos, la laicidad, por ejemplo, serían valores occidentales y que sirven sólo para el mundo occidental. Otras culturas tienen sus valores diferentes y ni nosotros podemos exportar los nuestros ni tenemos porque ser sensibles a los suyos. No hay valores universales, sino que

todos son relativos, producto de un contexto histórico y cultural concreto. Nosotros tenemos la declaración de los derechos humanos. Algunas culturas consideran aceptable pegar a las mujeres o mutilarlas. Esto es nuestra cultura, aquello es su cultura. Tan buena y tan válida una como otra. Válida una para unos; la otra, para los otros.

El relativismo cultural, que aparece como un pensamiento vinculado al anticolonialismo y contrario al eurocentrismo, nos dice que el mundo está dividido en culturas y que todas tienen el mismo valor. Era un discurso para deslegitimar la pretensión del colonialismo de ir al Tercer Mundo en misiones civilizadoras. Para el relativismo cultural, estas operaciones eran ilegítimas, porque de hecho lo que estaban llevando a cabo era una substitución de una cultura por otra, cuando ninguna de ellas era superior. Pero más allá de esta utilización coyuntural, lo que hace el relativismo cultural es negar la existencia de ningún valor universal. Sólo habría valores de una cultura más rica, más poderosa o más fuerte militarmente, que se intentarían imponer por encima de las otras.

Jean Daniel explica una conversación con Claude Levy-Strauss, el antropólogo francés que en cierto sentido ha representado este relativismo cultural, estudiando pensamientos considerados primitivos y descubriendo en ellos un alto grado de sofisticación. Como dice Daniel, toda la vida de Levy-Strauss se consagró a estudiar la diversidad y a proclamar la igualdad entre las culturas. Daniel le preguntó a Levy-Strauss si creía en los valores universales y la respuesta fue que no. Pero después de pensarlo, matizó —en cita textual de Daniel— que “al final de mi vida he de reconocer que Occidente inventó el pensamiento crítico que permite la separación de la razón y la fe”. A partir de aquí, reconoce que este progreso intelectual, que permite la independencia de juicio, “es deseable para toda la humanidad”. Por un camino más o menos complicado, el mismo Levy-Strauss, apóstol de un relativismo cultural, llega a establecer, como mínimo, un valor universal, un valor que ciertamente procede de una determinada tradición y de un determinado espacio geográfico, Occidente, pero que considera que es bueno universalizar, generalizar, llevar a todas partes.

En la Europa actual el relativismo cultural tiene una presencia importante, sobre todo en algunos posicionamientos sobre la convivencia en el interior de la propia Europa. Algunos de los modelos llamados multiculturales son de hecho relativistas: a partir de la idea que todas las culturas tiene exactamente el mismo valor, se trata de mezclarlas o dejar que se mezclen en el camino de un mestizaje siempre positivo. El relativismo cultural niega la

idea de valores universales —en la medida que todo valor es relativo y remite sólo a una cultura— pero niega también la idea de la cultura de referencia, del tronco cultural común o central, que en estos momentos está tan presente en el debate francés bajo el nombre de *valeurs republicains* o en el alemán bajo el nombre de *leitkultur*.

A veces, el relativismo cultural se refugia en la constatación que los valores universales que presenta al mundo la civilización occidental —los derechos del hombre, la democracia, la libertad, el pensamiento crítico, la separación de la razón y la fe—, en la práctica no siempre son asumidos por la propia civilización occidental. Es posible. Pero en este sentido era bella la parte final de aquella declaración de Levy-Strauss a Jean Daniel, en la que reconocía al menos un valor aportado por Occidente que valía la pena poner por encima del resto. Decía Levy-Strauss: “Lo que queda es esperar que Occidente se merezca a si mismo”. Que ejerza de Occidente, en las proclamaciones pero también en los hechos.

El relativismo cultural admite la diversidad y por lo tanto parece compatible con el elogio de la diversidad. Pero niega la existencia de los valores universales y niega la posibilidad de una cultura troncal, de una cultura territorial de referencia. Todo vale igual que todo.

Por el contrario, hay una visión alternativa en la que es posible la convivencia entre unos grandes valores que querríamos que fueran universales, y una enorme diversidad planetaria de expresiones culturales, de tradiciones, de hábitos y costumbres, que con su variedad enriquecen el planeta y que responden a la adaptación a realidades ambientales, geográficas, económicas distintas. Unos valores universales que en una buena parte han nacido en Occidente, pero en la fijación de los cuales han participado otras tradiciones que los pueden perfectamente compartir. Ésta sería, por ejemplo, la formulación que haría un escritor árabe de expresión y referencia cultural francesa como Amin Maalouf: valores universales; expresiones culturales locales y diversificadas.

Pero el relativismo cultural plantea un segundo problema práctico, además de su negación de la existencia de valores universales. También sirve, en la práctica, para convertir en diferencias de punto de vista —todos respetables, todos del mismo valor— lo que son de hecho diferencias de nivel cultural, diferencias de conocimiento y de competencia. Disfraza, a veces, de diferencia cultural aquello que es de hecho diferencia de nivel cultural. “La derrota del pensamiento” de Alain Finkielkraut, una crítica del relativismo cultural, observa los dos fenómenos. Por un lado, la igualación moral de

cualquier tipo de conductas, porque si no existen valores universales cada uno tiene derecho a hacer aquello que su cultura le dicta. Por el otro, la negación de toda posibilidad de jerarquización dentro del ámbito cultural, porque todo es igual a todo y todo responde a la cultura de quien lo dice y quien lo hace.

Algunas veces me han comentado profesores universitarios que, por efectos de este proclamado relativismo cultural, se han encontrado alumnos que después de una clase magistral han levantado el dedo y han contestado: "esto que nos ha explicado es lo que opina usted, pero yo opino exactamente lo contrario". Y esto les ha pasado no sólo a profesores de literatura o historia, sino también de ciencias de la naturaleza, de biología, de física. El relativismo cultural da la posibilidad al alumno de igualarse al profesor: todo son opiniones, todo son puntos de vista, todo son culturas. Incluso en aquello que parece no admitir el relativismo, como es el conocimiento científico. Aún más en campos donde es perfectamente admisible y necesaria la discrepancia —la interpretación de la historia, del arte, de la sociedad—, pero donde no parece que se puedan equiparar la opinión del profesor, forjada después de muchos años de acumulación de conocimientos, de datos y de reflexiones, y la opinión del alumno que acaba de oírlo por primera vez. Para el relativismo cultural, todo sería una cuestión de punto de vista, de opinión, de cultura. Negando que existan también diferencias de niveles de conocimientos, posibilidad de evolución y de aprendizaje.

El relativismo cultural, al disfrazar de opiniones de igual valor diferencias que nacen de un nivel de conocimiento y de competencia diverso, no invita al aprendizaje ni a la evolución ni a la acumulación de conocimiento. El relativismo cultural invita a acomodarse en la propia posición, considerando que es la expresión genuina del punto de vista propio, y que esto no hace más que enriquecer el mundo con más diversidad de puntos de vista. Contra esto, no se trata de decir que el alumno no puede discrepar del profesor. Es preciso decir que —y es metáfora de una actitud más general— para poder discrepar mejor de su profesor tiene que procurar saber tanto como él. Porque hay una parte de la propia cultura que puede ser relativa, pero hay otra que no, que no es más que una diferencia de formación y de evolución. Y es obvio que cuando hablamos de ciencias, el grado de relativismo va bajando, con tendencia a cero. Es más opinable la interpretación de los flujos económicos que el hecho de que la tierra gira alrededor del sol. Lo malo del relativismo cultural es que alimenta el conformismo y no estimula la evolución, el aprendizaje y el incremento de conocimiento de quien va más atrasado, y puede refugiarse en el carácter

relativo de la cultura.

La Europa de las lenguas

Una expresión de esta diversidad cultural, de esta diversidad en las expresiones culturales, sería la diversidad lingüística. Hay lenguas diversas porque la evolución las ha diversificado, pero también porque han tenido que ir adaptándose a las diferencias ambientales, geográficas, climáticas, del mundo. Hay lenguas diferentes porque hay mundos diversos y por eso, como dice Steiner, cada vez que muere una lengua, desaparece una parte del mundo.

Para la mayoría de los lingüistas, las lenguas, en ellas mismas, no tienen un valor diferente, tienen en potencia las mismas posibilidades, si se produce su evolución. No hay lenguas con capacidad para la abstracción y lenguas que sólo sirvan para nombrar cosas concretas; no hay lenguas especialmente destinadas a volverse vehículos de comunicación universal y lenguas condenadas a ser locales; todas tienen la posibilidad de evolucionar como evolucionan todos los sistemas y órganos de los humanos.

Ésta evolución de las lenguas, enlazada a la historia de los Pueblos y de las civilizaciones, hace que en un momento determinado algunas dispongan de instrumentos para hablar de un tipo de temáticas —científicas o técnicas— que otras no tienen. O que el cultivo literario a lo largo de los siglos les haya dado una riqueza de matices y de expresiones diferentes. Las evoluciones han sido diversas, pero no está negada a ninguna lengua la posibilidad de la evolución. Teóricamente todas las lenguas podrían llegar a ser universales, podrían llegar a hablar de física cuántica y podrían ampliar la variedad de sus registros.

Las lenguas románicas son una evolución del latín, pero en ningún caso supone que el latín es una lengua más primitiva, más simple, menos valiosa, que el catalán, el castellano o el francés. El latín consiguió extenderse por toda la orilla norte del Mediterráneo. Precisamente por eso se fragmentó: porque cuando una misma lengua se extiende por un territorio diverso, con sustratos lingüísticos y étnicos diversos, con realidades geográficas diferentes, acaba por romperse. Se rompería también el español en América latina, el árabe en todo el espacio que va desde el Atlántico hasta el Índico y el inglés en su amplio territorio lingüístico, si las academias y los medios de comunicación contemporáneos no actuaran como modernos instrumentos de mantenimiento y cohesión. Y aún así, se produce un proceso visible de fragmentación, al menos en los lenguajes coloquiales.

Volviendo al latín, se extendió por el Mediterráneo y no se extendió, pongamos por caso, el etrusco. Y gracias a esto un mundo muy amplio se pudo comunicar, y fue posible un gran progreso técnico y civilizador que dejaron puestas unas bases muy sólidas para las lenguas que luego nacieron del latín. Pero la gran difusión de una lengua no es resultado de conseguir ser más o menos evolucionada, sino de las conquistas o la capacidad de influencia económica del Pueblo a la que corresponde. Como decía Nebrija, siempre la lengua fue compañera del Imperio. Sea cual sea el Imperio. Y esto tiene efectos positivos y negativos al mismo tiempo. Desplaza lenguas o llega a hacerlas desaparecer, pero también ofrece posibilidades nuevas de comunicación. Si los etruscos hubieran conservado el predominio inicial en Roma, hoy los idiomas itálicos serían otros. Y a lo mejor el etrusco, con un mayor cultivo cultural, habría llegado a un nivel de evolución más grande que aquel con el que murió.

Europa presenta hoy una considerable diversidad de lenguas. Son numerosas las lenguas que, además de ser habladas normalmente por sus habitantes, tienen detrás de él los grandes instrumentos de pervivencia que corresponde a nuestro tiempo: la escuela, la literatura escrita, los medios de comunicación, el acceso a las nuevas tecnologías. Podríamos decir que la identidad común europea, paradójicamente, es su diversidad lingüística. Las identidades colectivas se han vinculado muy a menudo con la lengua, que es posiblemente uno de sus componentes más visibles, más claros. Un mapa de las lenguas de Europa nos daría un equivalente bastante aproximado de un mapa de los Pueblos.

Es verdad que la correspondencia entre los dos mapas no sería plena. Hay segmentos de Europa donde la lengua se ha convertido en el gran rasgo distintivo, y otros en que no. En la península ibérica o en Europa central, la correspondencia entre lengua y Pueblo es bastante clara y casi se podría decir que la lengua es la bandera visible de cada pueblo. Pero Irlanda tiene una comunidad de lengua con Inglaterra y no forman en absoluto un solo Pueblo: en Irlanda del Norte las dos comunidades históricamente enfrentadas —unionistas protestantes y republicanos católicos— pueden discutir perfectamente en inglés, porque el rasgo diferencial es otro, de carácter político-religioso. Y el retroceso en el uso del gaélico es muy grande, precisamente porque no se ha considerado el factor distintivo.

En los Balcanes, serbios y croatas —y los eslavos musulmanes de Bosnia—, hablan la misma lengua, aunque ahora por razones políticas se haya impuesto una doble denominación, según algunos rasgos particulares menores de cada variedad y según si se escribe en caracteres cirílicos o

latinos. También en este caso la historia y la religión se han considerado más distintivos que la lengua. Pero a veces lo que es distintivo evoluciona a lo largo del tiempo. Las relaciones entre Austria y Alemania lo probarían. También el caso del flamenco: Flandes forma parte de Bélgica, con quien comparte catolicismo. Pero comparte lengua con Holanda. En distintas épocas de la historia ha pesado más un rasgo distintivo u otro, según lo que podríamos denominar la cotización de cada uno de estos ejes.

El mito de la Torre de Babel presenta la diversidad lingüística como un castigo divino, pero también como un obstáculo para que los hombres puedan realizar grandes progresos que necesitan su coordinación, como lo era la propia Torre. En éste sentido, se ha hablado de Europa como una Babel. La diversidad lingüística sería una dificultad añadida, la necesidad de un carísimo sistema de traducciones y oficialidades compartidas, que siempre acaban dejando al margen a alguien que tendría que ser también oficial por cifra de hablantes y por historia cultural. Es una dificultad en el momento de construir un mercado cultural europeo único que permita a las empresas culturales del continente conseguir una musculatura económica que las empresas de los Estados Unidos sí pueden conseguir sólo con su mercado interior. En definitiva, desde el mito de Babel, la Unión Europea sería una nueva Torre, que los hombres no podrían acabar de levantar en la medida que han sido condenados a la confusión de lenguas, a la diversidad lingüística.

Pero contra el mito de Babel, la evidencia que la diversidad lingüística es el correlato natural de la diversidad humana, de la diversidad étnica y en el fondo de la diversidad natural. Porque ha sido el instrumento a través del cual los humanos se han adaptado a todos los rincones del planeta, prácticamente, y han sido capaces de escribir, de imaginar y de transmitir la diversidad al mundo. En una concepción babeliana de las lenguas, Europa no es posible: La Torre no se podrá acabar nunca. En una concepción en la que cada lengua represente una visión del mundo, una experiencia histórica propia, una identidad colectiva, Europa es posible. Los recursos tecnológicos de comunicación lo han posibilitado para diez, y pronto para veinticinco.

Es cierto que las lenguas, que son un patrimonio extraordinario, también pueden ser un factor de incomunicación. Una Europa y un mundo en el cual cada individuo estuviera aislado en su propia lengua, sin puentes, impediría cualquier proyecto común y encarcelaría a las personas en su lengua materna. Pero la ventaja es que las lenguas se pueden aprender, y por tanto acumular. Y también traducir, cuando se conoce más de una. El futuro de las lenguas de Europa pasa por la conservación de las lenguas

maternas, pero también por el poliglotismo de los ciudadanos. La lengua de comunicación internacional, entre todos los europeos y de los europeos hacia el resto del mundo, en estos momentos es el inglés. Por lo tanto, las políticas lingüísticas europeas, además de preservar las lenguas maternas, deben garantizar el más amplio conocimiento del inglés. Y a partir de aquí, el poliglotismo posible y ahora necesario. Y el máximo papel para la traducción, con los progresos de la traducción automática y el papel fundamental de los traductores.

La Europa de las etnias

La palabra "etnia" tiene mala prensa. Ya hemos visto antes como el racismo, con lo que tiene de reivindicación de superioridad biológica de unas razas por encima de las otras, ha contaminado absolutamente toda la concepción de la diversidad humana y ha hecho difícil encontrar la terminología precisa para hablar de un tipo de diversidad que es obvio, que sabemos que existe, que no queremos que se confunda con ningún ranking sobre las bondades, las maldades o las capacidades potenciales de nadie, pero que no sabemos como nombrar para no ser acusados de incorrección política. La palabra "etnia", en este sentido, ha hecho fortuna en territorios aparentemente apartados de ésta polémica. Se habla con toda naturalidad de músicas étnicas, allí donde antes se hablaba de músicas folclóricas.

Pero es cierto que el término "etnia" se utiliza también en su significación más profunda, más política si se quiere. Durante el conflicto de los Balcanes se utilizaron tranquilamente, y fueron de gran utilidad, los mapas étnicos sobre todo de Bosnia, para marcar las zonas de predominio croata, serbio o musulmán. No eran tampoco mapas religiosos, porque en cada uno de los grupos había personas sin convicciones ni práctica religiosa, sino que se presentaban como étnicos. Y se hablaba de confrontaciones étnicas y de partidos étnicos, en la medida en que el mapa electoral bosnio no se dividía en partidos de derechas, de izquierdas, socialistas o liberales, sino en partidos que correspondían a cada una de las comunidades. Y se habló, con mucho énfasis, de los procesos de "limpieza étnica". Aunque este caso, a excepción de los albaneses, estemos hablando siempre de Pueblos de etnia eslava. Por tanto, sí que hablamos dentro de Europa, de etnias. Pero sólo cuando hablamos de fuera de la Unión como si las etnias se detuvieran a sus puertas. Cuando hablamos del interior de la Europa comunitaria, cualquier referencia a las etnias crea inquietud e incomodidad.

Luca Cavalli-Sforza, genetista, publicó en los años noventa un excelente trabajo de divulgación titulado "Quién somos. Historia de la diversidad humana". El libro de Cavalli-Sforza es íntegramente una denuncia y una refutación de cualquier principio de carácter racista. Pero precisamente en el capítulo que dedica de una manera concreta contra las actitudes y las teorías racistas, Cavalli-Sforza define la existencia de un tipo de realidades humanas, que son de hecho el centro de su trabajo sobre la diversidad humana. Estas comunidades humanas, se llamen como se llamen, —él como los antiguos antropólogos, utiliza la palabra "razas"— son "un conjunto de individuos que tienen un origen común y conservan, por tanto, cierta similitud genética, es decir, de carácter heredado por vía biológica. También pueden haber conservado o no una cierta identidad cultural, es decir, pueden mantener unas tradiciones comunes, un lenguaje común, una unidad política, o pueden haber perdido alguno de éstos factores. Las identidades culturales son en general más perecederas, y las genéticas más perdurables en el tiempo".

Probablemente deberíamos denominar etnias a aquello que Cavalli-Sforza denomina razas. Estamos en un terreno donde los nombres de las cosas no son compartidos, donde hay una primera dificultad en establecer las significaciones de cada término. El mismo Cavalli-Sforza utiliza muy restrictivamente el término "raza" refiriéndose a la especie humana. Estaríamos hablando de diferencias morfológicas considerables y esto nos daría un número de razas muy reducido, a efectos estrictamente clasificatorios. Las etnias tendrían diferenciaciones morfológicas muy pequeñas, casi inexistentes. Y los pueblos, el *volk* germánico, serían fundamentalmente un producto histórico y cultural, lingüístico. En una misma etnia cabrían pueblos distintos. Y el término "raza" deberíamos utilizarlo con cuentagotas. La terminología es variable y discutible. Pero la existencia de la diversidad humana es evidente.

En su libro, Cavalli-Sforza dibuja diversos mapas genéticos referidos a Europa. Son de hecho mapas a partir de una característica genética muy concreta, evidentemente menor, en un océano de similitudes e igualdades. Pero es posible establecer este tipo de mapas, sin necesidad de darle más importancia. Luca Cavalli-Sforza, un científico de fuertes convicciones antirracistas, en absoluto sospechoso en éste sentido, considera que hay diferencias genéticas entre las poblaciones, también entre las poblaciones de Europa. Muchas veces, esta constatación ha sido motivo de burla o se ha considerado un intento de reivindicar una determinada forma de "pureza de

sangre". Sería absurdo. Pero sería absurdo también negar el dato.

En consecuencia, cuando hacemos la descripción de la diversidad europea, tenemos sobre la mesa elementos lingüísticos, elementos religiosos, costumbres y tradiciones, evoluciones históricas diferentes. Pero también substratos étnicos diferentes. Ninguno de estos elementos es suficiente para explicar por sí solo la diversidad. Ninguno de ellos puede quedar tampoco al margen. El rechazo conceptual del racismo y el rechazo moral de los crímenes que se han cometido en su nombre nos obligan a ser muy cautelosos en la explicación de la diversidad étnica. A lo que no nos puede obligar es a ignorarla. Parece que si reconocemos la existencia de grupos étnicos estamos invitando al enfrentamiento. Pero tengo la impresión que éste prejuicio es una parte del gran prejuicio que existe, desde el igualitarismo extremo, contra la noción misma de diversidad.

La diversidad es, ciertamente, una complicación. Pero es una parte indisoluble de la naturaleza humana. Lo decíamos al principio: la causa y la prueba de nuestro triunfo como especie. Pero la diversidad exige unas formas de gestión civilizadas. La diversidad —la lingüística, la cultural, también la étnica— no nos condena a la violencia y al enfrentamiento. Es fuente de conflicto —la existencia humana y las relaciones humanas son siempre fuentes de conflicto—, pero los conflictos se pueden resolver a tiros o con pactos, con acuerdos, con fórmulas. Retomo una comparación que utilizaba al principio: el mapa de los Balcanes y el mapa de los Alpes, tanto si se miran desde el punto de vista lingüístico, religioso, u étnico, tienen grandes similitudes a pesar de su gran diversidad. Las montañas siempre son lugares de encuentro y mezcla. Pero de un mapa lingüístico, religioso y étnico de esta naturaleza puede salir un ejemplo de guerra mal nombrada étnica como ha sucedido en Bosnia, o un ejemplo de federación y de pacto pacífico de la diversidad como en Suiza. El problema no es la diversidad. Tampoco la diversidad étnica. El problema es siempre cómo la gestionamos.

Los pueblos de Europa

La suma de la historia, de las lenguas, de las identidades, de las costumbres y la manera de ver el mundo, de las religiones y las creencias, todo sobre un substrato étnico diverso, producto de migraciones y movimientos de población a lo largo de los siglos, dibuja un mapa de Europa que no es ni su mapa físico ni su mapa político. En algunas enciclopedias clásicas, aparecía al lado de estos dos mapas, y sin

coincidir con ninguno de los dos, lo que llamaban el mapa de los Pueblos de Europa. El término ha sido siempre discutido. En cuestiones de este tipo, las palabras no son nunca neutras, sino que contienen y connotan ideologías. Dentro de todo, tal vez "Pueblos" sea la palabra más fácil de consensuar.

Hablar de Pueblos sería, entonces, referirse a un colectivo humano con unas afinidades de identidad cultural —lengua en primer lugar—, costumbres, historia, modo de ver el mundo. Independientemente de cual sea el reconocimiento político o administrativo de su realidad.

Los Pueblos configurarían una primera persona del plural en la cual el individuo se sentiría representado, al margen incluso de su ciudadanía política o administrativa. Como la familia, los Pueblos serían un ámbito de pertenencia digamos natural, al menos en el sentido pre-político. Un lugar de reconocimiento e identidad: unos rasgos distintivos en los cuales el individuo se siente identificado y se siente reconocido.

La pertenencia de cada individuo a un Pueblo se produce por diferentes vías, según los casos, según cuales sean los rasgos distintivos que tenga cada Pueblo. En algunos casos se trata de lazos de sangre, una pertenencia inevitable, que es producto de la comunidad dentro de la cual has nacido, y que no podrás dejar aunque quieras. En estos casos, cuando la pertenencia al Pueblo se fundamenta en la sangre, acaba siendo indiferente el lugar de nacimiento o incluso pasa a ser secundaria la propia voluntad. Ésta es la formación más primitiva, menos evolucionada, del concepto de Pueblo.

En otras concepciones más evolucionadas los caracteres distintivos pasan a ser otros. En algunos casos, el territorio: perteneces a un Pueblo en la medida en que has nacido físicamente en un territorio, el gran lazo de pertenencia sería la tierra, el suelo, la geografía. Una persona trasplantada de lugar, en esta concepción, podría ser trasplantada de Pueblo. En otros casos, el carácter distintivo, el que marca la pertenencia, es la lengua. Por lo tanto son rasgos que se pueden adquirir, que son accesibles para personas nacidas en principio en el exterior de éste Pueblo. Y esto abriría la puerta hacia las concepciones de Pueblo más evolucionadas, que tendrían que ver con la voluntad personal: es miembro del Pueblo quien quiere serlo, quien quiere sentirse parte de él, quien de hecho ha decidido sentirse parte de él. Pero sólo se puede sentir si se comparte algún rasgo distintivo: nadie va escogiendo cuál es su Pueblo en un catálogo abierto y libre. Lo que puede hacer es, por la propia voluntad, mantener esta pertenencia, renunciar a ella o cambiarla por otra pertenencia que le sea accesible y posible. E incluso hacerla compartida entre dos Pueblos.

Todas estas concepciones de Pueblo son pre-políticas, no tienen nada que ver con el pasaporte, con la ciudadanía o con el lugar donde se pagan los impuestos. La ciudadanía política o administrativa tiene sus propios mecanismos de pertenencia. Está claro, legalmente claro, de forma que un juez puede establecerlo con comodidad, quién es y quién no es ciudadano de un Estado, quién tiene la ciudadanía. La pertenencia a un Pueblo se produce por lazos de otro tipo, que además ya hemos visto que no son homogéneos: ni todos los Pueblos definen igual cuales son sus caracteres distintivos preferenciales ni, muy a menudo, en Pueblos muy evolucionados, hay un criterio único y compartido sobre la pertenencia.

Sería muy extenso poner ejemplos de cada caso, y de todos encontraríamos. Pueblos que se definen por la lengua, que puedes aprender, o por la religión, a la que puedes convertirte. Sólo como una expresión de la complejidad de estos lazos de pertinencia podríamos nombrar un caso, que tal vez sea el más complicado de todos, el del pueblo judío. ¿Quién pertenece al pueblo judío? Según quién lo defina. Para el rabinato, y siguiendo la interpretación más clásica, quién profesa la religión judía y quién es hijo de madre judía. Para los nazis, quién pertenece a la raza judía (que no existe), al margen de cuál es su religión, y de hecho fueron asesinados durante el Holocausto cristianos por el hecho de ser judíos, porque para sus verdugos el Pueblo judío no es una religión sino una raza. Pero entonces ¿hay una raza judía? Existen judíos negros de Etiopía, blancos y rubios entre los ashkenasitas y morenos y de pelo negro rizado entre los sefarditas. No es esto precisamente la definición de una raza. Algunos judíos laicos dicen hoy que ser judío es pertenecer a una identidad cultural, forjada por la historia, por la religión, por la memoria, por la sangre...y por el antisemitismo. Y Ben Gurion, en el momento de intentar resolver por razones prácticas el dilema metafísico de quién es judío —hace falta resolverlo en Israel, porque la ley permite a todos los judíos el retorno a Tierra Santa—, decía que era judío quién se sabía y se sentía judío. Es decir, quién quería serlo: un acto neto de voluntad, pero sobre unos determinados fundamentos. Cosa que, de hecho, no deja de ser una petición de principio. Lo realmente existente es el Pueblo judío

Pero es necesario repetir que la noción de Pueblo es pre-política y pre-administrativa. A veces, en algunas tradiciones políticas europeas, el término Pueblo acaba siendo sinónimo del término Nación. En estas tradiciones, Nación y Estado serían dos cosas distintas: la Nación sería un ámbito de pertenencia natural, y el estado un ámbito de pertenencia político y administrativo. Por lo tanto, podría haber estados plurinacionales, porque no está escrito en ningún sitio que sea obligatorio que la Nación y el Estado

coincidan. En otra tradición política europea, Nación no sería el equivalente de Pueblo, sino precisamente de Estado. Por lo tanto, las naciones existirían o dejarían de existir según si tienen o no tienen Estado. Entonces, el término “Estado plurinacional” no tendría de hecho sentido, con la única posible excepción de los Estados confederales.

En cualquier caso, éstas dos tradiciones, tan diferentes que muy a menudo es imposible el dialogo entre ellas —o, en caso que lleguen a dialogar, que se entiendan—, podrían compartir la noción de Pueblo cómo a entidad pre-política y, previa al Estado. Y en las dos tradiciones, la Nación sería el Pueblo elevado a categoría política, un Pueblo con un proyecto y una voluntad política de llegar a ser Estado. Para unos, la nación sería el Pueblo que quiere ser Estado. Para otros, el Pueblo o los Pueblos que han llegado a serlo. Los dos aceptarían también que un Estado puede englobar diversos pueblos. Y los dos considerarían que ahora el actor real de la política no es el Pueblo, sino el Estado-nación.

Está claro que en estas cuestiones una de las principales dificultades es no tener una terminología común unánimemente aceptada. Esto complica debates que además son esencialmente nominalistas: definir cómo se ha de decir cada realidad que percibimos. Tal vez de entre todos estos términos con los que contemplamos la diversidad humana, los dos menos ambiguos y más aceptados sean Pueblo y Estado. Más ambiguo es el concepto de Nación. Un Estado sabemos todos lo es: una unidad política y administrativa. Un Pueblo también lo sabemos: una comunidad con unos rasgos compartidos sobretodo en el ámbito lingüístico, pero también cultural e histórico. La persona sabe de qué Estado es ciudadano. Sólo es necesario que mire su pasaporte. La pertenencia a una Pueblo es más compleja de definir, y está claro debe que debe tener presente la propia voluntad. En cierto sentido, como la familia. Pero precisamente “Pueblo” tiene unas características de semejanza, de comunidad de intereses, de facilidad de relaciones, que lo convierten en una formidable célula de la gobernación.

En éste marco, Europa presenta un mapa de la diversidad extremadamente complejo. Tal y como decíamos antes, podríamos hacer, incluso en la actualidad, un mapa sencillo y claro de la Europa de los Estados, indiscutible. Podríamos hacer un mapa de las lenguas de Europa, dónde empezarían ya a producirse discusiones, porque hay muchos territorios no monolingües, donde a veces la lengua propia ya ha sido sustituida por la lengua oficial del Estado o a veces conviven. Nos encontraríamos también en muchos casos en los que la ciencia distinguiría o no las lenguas de una manera distinta a

como lo haría la política. El ejemplo del serbio y el croata, separados por la política, considerados una sola lengua por la ciencia. Podríamos hacer un mapa de la Europa de los Pueblos, pero aquí las dificultades serían aún mayores. En muchas zonas hallaríamos Pueblos mezclados. Tendríamos Pueblos que se reconocen como tales y que se identifican con un Estado; otros que lo reclaman; otros que ni lo tienen ni lo reclaman. Pero con todas las dificultades para ponerlo en el papel, sabemos que este mapa existe, que no se puede entender Europa si no se piensa que es un mosaico de Pueblos.

Esta Europa de la diversidad es de hecho una Europa de las diversidades. Los Pueblos de Europa no serían fenómenos aislados y absolutamente compartimentados, sino productos complejos de la historia, la cultura y la biología humana. Incluso la Europa de los Pueblos, dibujaría un mapa complejo de familiaridades. Mapas coloreados de maneras distintas, según si nos fijásemos en las familiaridades por razones de lengua, de historia, de religión, de etnia. Ésta complejidad, que ya se ve en el mapa de los Estados-nación, el único mapa ahora objetivable que se puede hacer de Europa, pero inestable como lo muestran sus enormes variaciones a lo largo del último siglo.

Tres terremotos en un siglo

Se puede decir que el Estado-nación es un invento europeo que se ha exportado a todo el mundo. Incluso a zonas de África, el Próximo Oriente y América latina donde las fronteras de los Estados son líneas dibujadas en los mapas desde despachos lejanos o que responden más a repartos coloniales que no a continuidades o discontinuidades geográficas. No obstante los siglos han sedimentado las poblaciones sobre determinados territorios.

A partir del Romanticismo, los Pueblos y el concepto de alma de los Pueblos, se construyó sobre el continente una forma de Estado moderno que tiende a identificarse con la Nación. La construcción es lenta. Incluso la realidad europea del siglo XIX tiene más relación —aparte de la creación de Estados modernos con voluntad nacional en Italia o Alemania— con los espacios imperiales que no con la generalización del Estado-nación.

Europa comienza el siglo XX dominada por los imperios —desde el ruso hasta el austro-húngaro, pasando por la fuerte presencia europea del imperio otomano—, pero con la existencia de unos proyectos nacionales de raíz romántica, larvados durante el siglo anterior, en el que la liberación de las naciones ha sido vista como una continuación natural de la eclosión del

yo y de la emancipación del individuo. Ha sido el siglo en el que Bryon ha ido a luchar al lado de los griegos para su reconstrucción nacional contra el imperio turco, y el siglo en el que el nombre de un compositor romántico como Verdi —convertido en acróstico de *Vittorio Emanuele Re d'Italia*— se ha pintado por las calles en nombre de la liberación de la Italia del *Risorgimento* contra el poder de Viena. Las causas nacionales, en búsqueda de su consagración política, han crecido progresivamente en el siglo XIX al amparo de un retorno a los orígenes profundos, a los espíritus de grupo, y en contra de los artificios imperiales.

La Primera Guerra Mundial y la proclamación —desde los Estados Unidos— de la doctrina de Wilson consagraron en Europa el modelo de Estado-nación, que el proceso de descolonización ha generalizado en todo el mundo. Los imperios resultan derrotados en la Europa central. Unos imperios que habían sido representados como prisiones de los Pueblos, representa que liberan de golpe a todos estos Pueblos prisioneros, a través del ejercicio de su derecho a la autodeterminación, y al grito que resume los nacionalismos de los siglos XIX y XX: una nación, un Estado. La idea, forjada, en el siglo XIX es que cada pueblo debe adquirir conciencia política de sí mismo y, en consecuencia, convertirse en Nación, en la primera gran transformación del mapa de Europa del siglo XX. Es el primero de los terremotos.

En la confusión de Pueblos y naciones de la Europa oriental, en algunos casos estos Estados nacionales son de hecho matrimonios más o menos forzosos entre Pueblos diferenciados, pero en cualquier caso aparecen como Estados más nacionales que los imperios anteriores. Checos y eslovacos son unidos en un único Estado y los eslavos del Sur constituyen el Estado también unificado de los serbios, los croatas y los eslovenos.

En todo caso, la doctrina del presidente norteamericano Wilson traslada al centro y al Este de Europa el modelo inspirado en el fondo por la revolución Francesa y que ya había adoptado el Oeste europeo, el Estado-nación. Del Estado en el que, en líneas generales, coinciden la estructura administrativa y política con un substrato identitario, étnico y sentimental, que configura los Pueblos.

La aplicación de la doctrina Wilson, que es al fin y al cabo la doctrina sobre el Estado que se ha ido fabricando a lo largo del siglo XIX, debería haber ofrecido a la Europa oriental una estabilidad y una continuidad que no ofrecía la anterior estructura imperial. No fue así, exactamente. La Segunda Guerra Mundial ya demostró la inestabilidad del mapa del mundo

—pero especialmente del de Europa— que surgió de la Primera. Al final de la Segunda Guerra Mundial se dibuja un nuevo mapa de la Europa central y del Este. Es el segundo terremoto de fronteras del siglo XX, que curiosamente no es el más profundo ni el que contempla mayores modificaciones, excepto la de ampliar hacia el Oeste el imperio ruso-soviético, dividir Alemania y desplazar Polonia.

La guerra fría congela este mapa europeo durante unos años, sometido a otra lógica, pero en el momento en que acaba la guerra fría el mapa dibujado en el 17 cambia otra vez de forma profunda, en la tercera gran transformación de fronteras europeas del siglo XX, que hace nacer nuevos Estados independientes y aparece como una profundización de la doctrina Wilson: una nación, un Estado; pero incluso provocando el divorcio —amigablemente o a través de la fuerza— en Estados como Checoslovaquia o Yugoslavia, contruidos por adición de Pueblos aparentemente afines, y incorporando el imperio ruso, hasta entonces soviéticos, al proceso de desguace por piezas al que había sido sometido ochenta años atrás el imperio austro-húngaro y el otomano en Europa.

Este tercer —y por ahora último— terremoto en el mapa de Europa es el resultado de la caída del comunismo, del fracaso de la Unión Soviética como gran potencia mundial. La guerra fría es de hecho la Tercera Guerra Mundial, que enfrenta los Estados Unidos y la Unión Soviética, que se desarrolla a través de diversas guerras regionales en todo el planeta, pero que es también una carrera militar, económica e ideológica entre las dos grandes potencias para mantener o desequilibrar su supuesta paridad. En la década de los ochenta, si no antes, queda claro que esta guerra la ganan los Estados Unidos, que consiguen romper la paridad militar, gracias a haber roto previamente la paridad económica. El sistema americano tiene más empuje para mantener el pie en el acelerador de la carrera armamentística —su última gran aceleración, la “guerra de las galaxias” de Reagan—, sin dejar de ofrecer por ello bienestar a su población. Andropov en primer lugar y después Gorbachov, proviniendo los dos de los servicios secretos soviéticos, son conscientes de esta derrota y tiran la toalla. Es lo que permitirá la caída del Telón de acero. Combinado con la crisis interna de los regímenes comunistas, especialmente la de la Polonia, bajo el impacto del modelo político occidental, pero también de la acción de la iglesia católica a través del sindicato Solidaridad.

En cualquier caso, el tercer terremoto de las fronteras europeas en el siglo XX es el producto de la caída del telón de acero. Y si el primer terremoto fue promovido de alguna forma por los Estados Unidos, a través de la doctrina Wilson, también el tercero ha necesitado el impulso y la

inspiración norteamericana. La pieza fundamental de este cambio de fronteras es sin duda la reunificación alemana. Helmut Schmidt nos recordaba hace poco que la unificación fue posible gracias al impulso de los Estados Unidos —y de la propia Alemania occidental, naturalmente— contra las reticencias de Rusia, pero también de Francia y la Gran Bretaña. Por tanto, este cambio de fronteras, que significa la apertura de Europa Unida hacia el Este por encima de los restos del telón de acero, nace de la voluntad alemana, de la acción americana y contra la opinión de los dos grandes socios de la Europa comunitaria: Inglaterra y Francia.

En conclusión, a lo largo de un siglo el número de Estados en Europa se ha multiplicado, intentado acercarse al número todavía mayor de Pueblos de Europa. De los tres grandes terremotos en las fronteras europeas, como mínimo dos han sido procesos de fragmentación inspirados por los nacionalismos, que han buscado una reducción en la medida de los Estados para adaptarlos a la medida de los Pueblos. La guerra fría fue un paréntesis en este proceso, fundamentalmente porque durante este período Europa era el tablero de ajedrez principal de una partida planetaria que jugaban los Estados Unidos y la Unión Soviética, y por tanto, mientras durase la partida, las fronteras eran intocables. Pero también porque, a consecuencia del equilibrio del terror, durante unos años Europa generó una dinámica de bloques. Una dinámica en la que por encima de las piezas fragmentadas de los Estados-nación existía un paraguas políticamente relevante que permitía resolver muchos conflictos por elevación.

Es obvio que el mundo del Este funcionaba como un bloque unificado, tal vez con algunas disidencias —Yugoslavia, Albania—, pero con una dinámica de bloque tanto en el aspecto político como en el militar y el económico. Era la Europa articulada en torno a la Unión Soviética, sin posibilidades de salir del bloque —las revueltas de Budapest y Praga y su dura represión lo demuestran—, que tenía su propio espacio económico común en el Comecon, pero sobre todo compartía un régimen comunista y se encontraba militarmente en el Pacto de Varsovia bajo mando soviético.

De forma parecida, también en el Oeste se generó una Unión Europea, militarmente vinculada a los Estados Unidos a través de la OTAN, con su propio mercado común y con su propia coordinación política. Una coordinación política más laxa que la del Este, pero no inexistente. Las mil fórmulas generadas por la política italiana para dejar sistemáticamente fuera del gobierno al Partido Comunista más potente de la Europa Occidental —y aparentemente más alejado de Moscú— responden también a estas limitaciones políticas de la guerra fría. Pero en cualquier caso a los dos lados del telón, por unos años, y por culpa del miedo y del enfrentamiento,

existieron dinámicas que no fueron de fragmentación, sino de adición, de confluencia en dos bloques. Más voluntaria en occidente, más obligada por las armas en oriente. Pero en los dos casos la guerra fría no sólo congeló las dinámicas disgregadoras que existieron antes y que volvieron a existir después, sino que llevó a Europa a andar por una dirección contraria. En occidente, hacia la Unión Europea.

Es después de la guerra fría cuando, tal vez por primera vez en la historia, conviven en el mismo espacio las dos tendencias simultáneamente. Una, que aspira a acomodar al máximo los Estados a los límites de los Pueblos, tendiendo a generar un estado para cada pueblo. La otra, que invita a una confluencia en un espacio común, político y económico, en el que estos Estados deberían ceder una parte importante de su soberanía. Hasta hoy, la historia parecía ir sólo en una dirección o en la otra. En los momentos de diseñar las postguerras, en cada conferencia de paz tras una guerra, una tendencia a que cada Pueblo generase sus propios mecanismos estatales. En épocas de guerra —fría o caliente—, una tendencia a confluir y a funcionar en una lógica de bloques. Tras la caída del muro de Berlín, por primera vez, en una situación de paz, Europa parece tener en su interior las dos tendencias simultáneas. Y la intuición que sólo la suma de las dos tendencias, su concentración, permitirá superar algunas de las trampas de su historia reciente y de la crisis general del Estado-nación.

La crisis del Estado-nación

Ya hace años que se proclama la crisis del estado-nación —en Europa y todavía más fuera de Europa—, pero se notan tan poco los síntomas de esta crisis, ningún debilitamiento, ningún retroceso, que tal vez debamos sustituir la palabra “crisis” por alguna otra. Tal vez deberíamos hablar de los límites del Estado-nación o de sus inconvenientes. Y hacerlo en primer lugar en Europa, para ampliar después la reflexión para el conjunto del mundo, donde este modelo europeo se exportó y sirvió para dibujar todos los mapas políticos del planeta. El Estado-nación es la concreción del ideal político de los nacionalismos del XIX, que reclamaban que Estado y nación coincidiesen. Un Estado para cada nación, contra las prisiones de los pueblos que eran los imperios, que contenían un número considerable de naciones bajo el dominio de una de ellas con mayor poder, que controlaba especialmente los mecanismos del imperio.

La aplicación del principio básico del Estado nacional —un pueblo, una nación, un Estado—, que es lo que llamamos en Europa nacionalismo, ha provocado problemas prácticos muy graves, sobre todo en dos tipos de situaciones. Una, en los Estados extensos contruidos ya a lo largo de la Edad Media y especialmente en la Edad Moderna sobre territorios amplios donde viven Pueblos diversos. La otra, en aquellos espacios —sobre todo de la Europa central y oriental— donde conviven sobre un mismo territorio pueblos diversos, mezclados, en la medida que su definición como pueblos no es territorial, sino vinculada a otros rasgos, como la lengua, la religión o los orígenes étnicos. En los dos casos, el Estado-nación ha nacido con un cierto grado de violencia, a veces simbólica, a veces física y muy intensa.

Cuando se ha dicho que Estado y nación —Pueblo— deben coincidir, algunos Estados occidentales de larga tradición histórica, pero que construyeron su unidad a través de la existencia de pueblos diversos, se esfuerzan en homogeneizar a todos los Pueblos de su interior, para uniformarlos. Desde el estado, quieren construir la nación. Y éste es el mayor nacionalismo. Es nacionalismo cree que Estado y nación deben coincidir. Por tanto, es tan nacionalismo buscar el Estado desde la nación como fabricar la nación desde el Estado. Siguiendo el modelo jacobino, pero ya con fundamentos en el maquiavelismo imperante en el siglo XVII, algunos Estados de la Europa occidental comienzan su esfuerzo para conseguir que todos los pueblos de su interior queden reducidos a una sola expresión lingüística, a una única forma de ser gobernados. A una única identidad cultural. Este proceso atraviesa la modernidad y toma formas distintas en cada Estado. Consigue también resultados distintos.

Es la fórmula de las grandes monarquías absolutas a partir de finales del XIX, pero es también la fórmula de algunos proyectos ilustrados de signo jacobino. El Estado ya tiene unos límites definidos, dibujados a menudo por sumas dinásticas, y en consecuencia más o menos federalizantes *avant la lettre*, anteriores a la modernidad. Pero en la modernidad estos Estados intentan convertirse en Pueblos, unificar Pueblos. Construir el Pueblo francés, pongamos por caso, donde había existido un pueblo bretón, corso, occitano o vasco, al lado naturalmente de un pueblo francés propiamente dicho. Es el modelo que siguen Francia, España, Italia o Portugal, con una diversidad interna distinta en cada caso, pero con un objetivo común: que al final se pueda hablar de un solo Pueblo, una sola nación y un solo Estado. Francia es probablemente el ejemplo más conseguido de este proceso. No es el proceso de la gran Bretaña, que construye un Estado moderno —y políticamente centralizado—, pero no por la negación de la existencia de un

Pueblo escocés o galés, al lado del inglés. Al contrario, lo que no se construye es una nación británica, sino un Reino Unido —y este concepto de Unión remite a Federación— constituido por Pueblos diversos.

Pero todavía ha sido más problemática la aplicación del concepto de Estado-nación sobre realidades de la Europa central u oriental, de las que Sarajevo es el paradigma más visible. La dinámica de estas amplísimas zonas ha conllevado la presencia sobre un mismo territorio, a veces en una misma ciudad, de comunidades de lenguas, religiones, identidades culturales diversas, que se sentían parte de Pueblos distintos. Existen zonas en el centro de Rumania donde cada pueblo, incluso el más pequeño, tiene tres nombres muy diferenciados: en rumano, en alemán y en húngaro. Es el rastro de la convivencia en aquella zona, y de una forma absolutamente mezclada sobre el territorio, no cantonalizada en absoluto, de diversos Pueblos. Cuando sobre estos territorios se levanta un Estado-nación, que querría hacer coincidir la estructura administrativa y el Pueblo, ¿sobre qué Pueblo se construye? ¿Y qué hacemos con los que se sienten parte de otro Pueblo, sobre este mismo territorio?

En la Europa oriental hemos visto a lo largo del último siglo cómo territorios donde habitaban grupos de Pueblos distintos eran reivindicados como parte del estado de cada uno de estos grupos. Y hemos visto también que cuando uno de estos territorios ha pasado a formar parte de un Estado-nación, las minorías que corresponderían a otros Pueblos han sufrido a menudo situaciones de marginación que les han invitado a desplazarse. Cuando no se han producido episodios de abierta limpieza étnica, que demuestran la voluntad de convertir en uniforme culturalmente un determinado territorio, a imagen del pueblo mayoritario del que debe tomarse todo modelo cultural, económico o incluso lingüístico. La guerra de los Balcanes, sobre todo en las zonas de mezcla de serbios y croatas en el interior de Croacia o de Bosnia, o entre serbios y albaneses en Kosovo, responde en parte a este modelo.

Tras la Segunda Guerra Mundial se produjeron grandes desplazamientos forzados de población: por ejemplo, buena parte de las comunidades alemanas situadas en el Este de Europa desde tiempos inmemoriales. En otros casos se han producido emigraciones más o menos espontáneas. La población sajona de Rumania ha bajado de una forma notable en las últimas décadas, por efectos de la emigración.

Este tipo de situaciones, con mezcla de Pueblos y comunidades lingüísticas, no es extraña en la Europa central y oriental. Llega a afectar a las fronteras orientales de Italia —con una minoría eslovena en la zona de Trieste y con regiones de lengua alemana en torno a Bolzano— y es la general en

todos los Balcanes, más allá de la antigua Yugoslavia. La aplicación del estado-nación como concepto en estas zonas ha llevado a separación de poblaciones a menudo dramáticas.

El Estado-nación sólo se siente plenamente cómodo en la homogeneidad interna y no siempre sabe resolver el problema de sus minorías. Pero cuando en el interior de un territorio no está clara la relación entre mayoría y minoría o cuando por razones históricas un territorio es percibido como hogar nacional de más de un pueblo, las situaciones conflictivas se multiplican. Procesos de independencia o de escisión sólo han sido pacíficos cuando han coincidido con territorios étnicamente homogéneos, con una divisoria clara entre Pueblos y territorios. Así, la independencia de Eslovenia o la separación pactada de Chequia y Eslovaquia.

Por el contrario, en la Europa balcánica, son habituales los mapas de la Gran Hungría, la Gran Croacia, la Gran Albania, la Gran Serbia, la Gran Macedonia, la Gran Bulgaria... Son mapas con todos los grupos que pertenecen a cada uno de estos Pueblos, aunque estén fuera de sus límites estatales: los húngaros de la Voivodina serbia o de Rumania, los albaneses de Kosovo, los serbios de Croacia o de Bosnia, los croatas de Herzegovina... Si se superponen todos estos mapas imaginarios, que son mapas de unas ciertas reivindicaciones territoriales más o menos explícitas, salen grandes espacios de intersección, es decir, de conflicto.

Estas disfunciones, que han desembocado en enormes tragedias, no parecen tener solución con la aplicación universal y sin más compensaciones de un modelo de Estado-nación. Al contrario, la generalización de este modelo ha provocado precisamente la agudización y el estallido de algunos conflictos. Pero los pueblos tienen el derecho a un reconocimiento político e institucional. El reconocimiento de este derecho, sin que conlleve transferencias de población ni tensiones entre mayorías y minorías, exige un sistema complementario: la existencia de un espacio más amplio en el que todo puedan reencontrarse. Era, en un cierto sentido, lo que sucedía en los antiguos imperios, pero entonces era a través de la fuerza y de la conquista.

La Unión Europea, si toma una determinada estructura, si es capaz de armonizar la tendencia a fragmentar el espacio para adaptarlo a realidades más naturales —los Pueblos— con una tendencia a la confluencia y la concertación, puede ser la forma de resolver estos problemas por elevación: creando un espacio más amplio de concertación, que es Europa. Una forma de organización del espacio

distinta a los Estados-nación, pero no contraria al principio wilsoniano de los derechos de los Pueblos. No lo es la Unión Europea que ahora existe, pero podría serlo otra Unión, nacida de un gran proyecto y de un gran pacto a partir de la voluntad de los europeos actuales.

Exportar la fórmula

El modelo de Estado-nación nacido en Europa se ha generalizado en todo el mundo, a caballo del colonialismo europeo, pero todavía más de los procesos de descolonización. La aplicación de este modelo en zonas del mundo donde la relación entre los Pueblos y los territorios era todavía más diversa que en Europa, ha provocado todo tipo de problemas. En general, el problema de que los nuevos Estados, nacidos a menudo con fronteras discrecionales con más relación con el reparto colonial del mundo que con la realidad humana de los territorios, han querido construir también sus naciones a la medida, inventar naciones donde existían pueblos diversos. Y esto ha significado —en parte como en la propia Europa— que las minorías o los grupos distintos que vivían en estos territorios han tenido problemas nuevos. Una buena parte de los conflictos recientes en África o en Oriente Próximo tiene relación con estos problemas.

Así es en Turquía que se ha convertido en un Estado-nación, tras haber sido un imperio que gobernaba Pueblos muy diversos. Esto provocó directamente un movimiento de homogeneización interna, de turquización del territorio, del que resultan expulsados o exterminados miembros de minorías que habían vivido con cierta tranquilidad en el imperio, como los armenios o los griegos o en otra medida los kurdos. Pero el reparto de las islas del Mediterráneo oriental entre los dos Estados-nación resultantes, Grecia y Turquía, provocó graves transferencias de población y ha dejado el conflicto todavía abierto de Chipre. No es el único caso. Podríamos hablar de la división entre la India y Pakistán en el momento de la descolonización británica. O de la existencia de dos proyectos nacionales distintos sobre el territorio histórico de Palestina al final del mandato británico. O de la disputa por el Estado en Ruanda entre hutus y tutsis después de la retirada del colonialismo. O del carácter artificial del estado-nació iraquí, que de hecho es la suma de una población kurda, árabe sunita y árabe chiíta, que representan identidades diferenciadas, sobre las que se ha querido inventar una identidad iraquí...

Sociedades complejas, mezcladas, que habían vivido en relativa estabilidad bajo poderes foráneos o bajo superestructuras que no aparecían como la emanación de un espíritu nacional, entran en crisis con la

aplicación del molde universal del Estado-nación, que conlleva que uno de los Pueblos presentes en el territorio se quede con el estado como instrumento de uniformización que utilizará contra los demás. O que estos diversos Pueblos se disputen el Estado, conscientes que es la máquina más poderosa que las sociedades han creado.

Europa exportó el problema, con el Estado-nación, allí donde estableció colonias. Ahora debería exportar la solución. Una solución que no es en ningún caso una especie de gobierno mundial, ocupado de hecho por la asamblea de los Estados del mundo, como ha querido ser la ONU. Éste podría ser un buen marco para el encuentro entre los Estados, pero no es una estructura de superación de los problemas que crean los Estados. La Unión Europea tampoco puede ser una ONU regional. La Unión Europea puede ser un sistema para solucionar en Europa, por elevación, los problemas prácticos que ha comportado la organización del espacio político única y exclusivamente a través de los Estados-nación. Y por tanto una propuesta de cara al mundo entero para organizar el espacio a través de nuevas unidades, más amplias, de carácter federal, que superen el Estado-nación.

A mediados de la década de los ochenta, en una entrevista en Jerusalén con quien fue presidente del Estado de Israel y ministro de Educación laborista, Isaac Navón, le pedí una solución teórica para el conflicto árabe-israelí. Me respondió que su modelo era el Benelux. Es decir, un espacio de tres Estados prácticamente unificados en el ámbito económico, con circulación libre de personas, con algunas políticas comunes, tal vez incluso con ciudadanía extraterritoriales. Este Benelux del Oriente Próximo estaría constituido en su opinión por Israel, el Estado Palestino y Jordania, que de hecho forman una unidad geográfica —suman la antigua Palestina— y que tiene intereses económicos complementarios. Incluso insinuaba la posibilidad que, dentro de este Benelux, un árabe de Nazaret, en territorio israelí, pudiese tener nacionalidad palestina, mientras un judío de Hebrón podría tener nacionalidad israelí. Le comenté que me parecía absolutamente utópico. Me dijo que si le había preguntado una verdadera solución, ésta lo era: algún día se llegará a este espacio más amplio y compartido. Ya sabía que de momento era imposible. Pero intuía que era la única solución, algún día.

Esta solución por elevación del conflicto más enquistado y más trascendente del mundo es una invitación también a la Unión Europea para inventar nuevas formas de articular el espacio, que nos sirvan a nosotros y sirvan a todo el mundo. Porque parece claro que nuestro modelo europeo

debe proyectarse hacia el exterior, pero que precisamente para poderlo hacer debe tener límites. Debe saberse dónde acaba Europa.

Los límites de Europa

Cuando se mira el mapa de las ampliaciones sucesivas de la Comunidad Económica Europea primero, y después de la Unión Europea, es inevitable una constatación y una pregunta. La constatación es que la entrada de países nuevos tiene un cierto parecido con el ingreso en un club: hace falta que lo solicite el interesado, pero también que demuestre que cumple unas determinadas condiciones. Aparentemente, la vocación del club es hacerse mayor, expandirse. Pero no a cualquier precio. No entra todo el mundo que lo pide. Pero evidentemente hace falta pedirlo.

Algunos países que podían entrar, que cumplían todos los requisitos, no entraron hasta que quedaron convencidos de que les convenía: Suecia, Finlandia, Austria. Otros que podrían entrar perfectamente, no están porque no quieren: Suiza o Noruega. Islandia no ha llegado ni a solicitarlo nunca. Otros sólo pudieron entrar cuando cumplieron las condiciones: Grecia, España y Portugal, en una primera fase, y todos los países que han entrado procedentes del bloque del este, en la ampliación del 2004. Algunos países están la cola, pero ya están aceptados, como Bulgaria o Rumania. Un país está en la cola, pero se le han puesto condiciones, y por tanto no ha pasado el examen de ingreso, que es Turquía. Croacia tiene la situación reconocida de país candidato. Macedonia espera obtenerla pronto. Yugoslavia y Albania van todavía unos pasos atrás. Países como Marruecos o Israel han demostrado su interés por integrarse, y de hecho Marruecos lo ha solicitado abiertamente.

La pregunta, en consecuencia, es: ¿qué se pide, en el examen? O, si se prefiere: ¿cuáles son los límites de la Unión Europea? ¿Son límites geográficos, políticos o culturales?

Hemos visto a lo largo de la historia que existen límites políticos: países que estaban indudablemente en la Europa geográfica no han podido entrar en la Comunidad hasta que han cumplido unos requisitos políticos. Pero ¿cualquier país que cumpla los requisitos políticos, esté donde esté en el mundo, podrá participar en la Unión Europea? Hasta ahora, los países que se han integrado podían superar o no las pruebas políticas de acceso, pero tenían aprobadas desde el mismo instante de presentarse las pruebas sobre geografía y sobre cultura. Todos los países de los que se ha discutido hasta

hoy pertenecían indudablemente a la Europa geográfica y todos tenían un cierto parecido cultural, dentro de la diversidad europea. Participaban todos en un abanico limitado, dentro de las diversidades posibles. Pero en los que llaman a la puerta existen diferencias culturales y geográficas que hasta ahora nunca se habían planteado. ¿Serán suficientes para decirles que no? ¿O la Unión no tiene otro límite que el político? La posible integración de Turquía es la que plantea con toda la fuerza y toda la capacidad polémica esta pregunta.

Si Europa fuese exclusivamente una realidad geográfica, algunos de los países que están en la cola de entrada no cabrían en este mapa. Lo hemos comentado antes: los Urales dividen Rusia en dos, que sólo es parcialmente un país europeo. ¿Sólo podría entrar, hipotéticamente, la parte de Rusia que está a este lado de los Urales? Los Dardanelos y el Bósforo marcan el límite sur de Europa. Eso deja dentro de Europa sólo una pequeña parte de Turquía, mientras que la inmensa mayor parte queda fuera. ¿Sólo debería entrar en la Unión un pedazo de Turquía, unos barrios de Estambul? Evidentemente, geografía en mano, Marruecos e Israel no tienen ninguna opción de entrar en la Unión, aunque jueguen la copa de Europa de fútbol o de baloncesto, y a veces incluso la ganen. Por el contrario, Bielorrusia, Ucrania, pero también Albania y Yugoslavia son indudablemente Europa. Por tanto, serían candidatas geográficas a formar parte de la Unión. Pero, ¿tendría algún sentido que Bielorrusia estuviese en la Unión y Rusia no?

Es obvio que la geografía no es el único criterio. Pero si lo fuese, nos complicaría todavía más las cosas, nos dividiría países en dos pedazos y nos llevaría a un mapa de la Europa política que no tendría nada que ver con la Europa geográfica.

Pero Europa tampoco es una realidad étnica o cultural. Nunca lo ha sido. Entre sicilianos y lapones no hay ningún vínculo histórico relevante, casi nunca han participado de un espacio común, hasta hoy. Europa sólo puede ser una idea, un concepto. Si es una idea, un concepto, el examen de entrada a las puertas de la Unión no se puede hacer sólo con un mapa en la mano. Debe hacerse con un contraste entre la idea motor de Europa, entre el concepto de civilización a la que está ligada y la realidad del aspirante a entrar.

Algunos han situado el núcleo de esta idea, de este concepto, en la religión. Europa sería un club cristiano. Por tanto, ni Turquía ni Marruecos podrían entrar. ¿Qué pasaría con Israel? No es un país cristiano, pero el judaísmo se ha forjado en los últimos dos mil años en Europa, ha sido un componente de la identidad europea. Y si el examen que se hiciera para la

entrada es de cristianismo, lo aprueban Ucrania, Bielorrusia, la misma Rusia, pero también Georgia y Armenia. Ya no las repúblicas turcomanas del sur de la antigua Unión Soviética, aunque históricamente han estado ligadas con Rusia. No tengo la sensación que el examen a la puerta de entrada de la UE sea de religión. Aunque seguramente la religión tenga alguna relación.

¿Un examen de política? Geografía y religión al margen, ¿sólo se trataría de preguntar a los candidatos por su régimen político? En las conversaciones con Turquía se ha dado la impresión, todos juntos hasta ahora, que sí. Que la única pregunta era si existía un régimen de democracia parlamentaria y un respeto homologable a los derechos humanos. Turquía ya va en esta dirección. Marruecos va también, más lentamente. Existen problemas, como los kurdos en Turquía. Pero si se solucionan estos problemas, el examen político ya parecería aprobado. Pero muchos europeos consideran que el examen no es sólo éste.

¿Un examen, entonces, de economía? Ciertamente, para entrar en Europa hace falta un régimen de libre mercado, al lado de una democracia política y de un determinado grado de desarrollo económico y de rigor presupuestario. Existe sin duda un examen de economía, que no es sólo sobre la capacidad económica, sino sobre la solvencia y la fiabilidad de las políticas. Pero este examen de ingreso ya lo han aprobado países del Este de Europa que tienen un PIB muy por debajo de la media de la Unión. El Producto Interior Bruto de Letonia o Lituania sólo llega a una catorceava parte del de Luxemburgo. El paro en Eslovaquia multiplica por nueve el de Holanda. La inflación de Hungría es cinco veces más alta que la francesa. Sí, claro, existe un examen económico, pero la nota mínima es relativamente laxa.

El propio discurso de los burócratas ha captado la profunda indefinición sobre los límites de Europa y ha buscado fórmulas ambiguas que deberán permitir a los políticos hacer lo que les parezca. O, más políticamente correcto, gestionar cada situación de una forma flexible, según los intereses de coyuntura. El grupo de trabajo creado por Romano Prodi, con Michel Rocard al frente, para fijar posiciones sobre la identidad europea, lo decía tan complicadamente como podía: "si Europa no es un hecho, sino una labor que debe llevarse a cabo, tampoco pueden existir unos límites europeos fijados para siempre, sean internos o externos. También las fronteras de Europa deberán renegociarse siempre. No son los límites geográficos o nacionales los que definen el espacio cultural europeo, es más bien esto último lo que define el espacio geográfico europeo, un espacio en principio abierto".

Con esta definición, puede entrar o no entrar Turquía, Marruecos o la China comunista. Pero incluso dentro de la ambigüedad consubstancial al género, se pueden hacer algunas observaciones. La primera, que la geografía no está en el centro de la cuestión, aunque no se pueda violentar indefinidamente. La segunda, que el centro de la cuestión estaría en eso que llaman el "espacio cultural europeo". O, si se quiere, la identidad de Europa. Poner de por medio el término cultural es ya una forma de ambigüedad: no existe palabra en el mundo más polisémica, objeto de definiciones más contradictorias. Pero en el fondo existiría la constatación que Europa es, por encima de todo, una idea. Para participar en la construcción europea, incluso en esta forma actual tan laxa y pragmática, tan gallinácea, hace falta participar en una idea. Tan sólo nos falta encontrar cuál puede ser esta idea.

Racionalismo, democracia, laicidad

En los años cincuenta se eligió la vía económica para llevar a cabo una construcción europea que al final deberá ser necesariamente política. Con los años, todos los actores de la construcción europea, incluso aquellos que tienen de ella la idea más modesta y menos ambiciosa, se han dado cuenta que ésta no puede ser la única vía. Y que tampoco se puede crear Europa estrictamente desde la política. Redactar una Constitución, proclamar que Europa ya existe, no es crear Europa. No basta con el ejercicio del poder, con las decisiones administrativas de una burocracia centralizada. Crear Europa, todo el mundo se ha dado cuenta, exige en primer lugar definirla y fijar una idea motor, un concepto. Los autores del informe sobre identidad europea del que hablábamos antes escribían: "la integración económica no lleva por si misma a la integración política, porque los mercados son incapaces de producir una solidaridad políticamente fuerte". ¿Qué puede producir, entonces, esta solidaridad, más allá de los intereses? La sensación de pertenecer a un mismo ámbito de civilización, la certeza de compartir unos valores comunes. Lo que llamábamos la idea.

Europa ha construido un modelo de civilización compartido con el resto de Occidente que se basa en unos valores comunes. En los últimos años han aparecido grietas en el interior del propio Occidente, algunos de estos valores se han vivido de forma distinta, y ya hemos comentado hasta qué punto crea distancia la forma distinta de concebir la responsabilidad individual y el papel del Estado que existe entre Europa y Estados Unidos. Pero una vez establecidas las diferencias, también podemos establecer

similitudes. Esta civilización occidental, de las largas raíces que nos llevan hasta el mundo griego, el latino o el judeocristiano, se construye sobre todo a partir del Renacimiento y se confirma con la Ilustración. Estos dos momentos tienen dos referencias comunes: la Razón y la persona humana. El Renacimiento, y también la Ilustración, colocan a la persona humana en el centro del universo. Y la persona humana ilumina este universo con la luz de la Razón. Humanismo y racionalismo. Estos son los pilares. El resto, en un cierto sentido, es el desarrollo de estos dos valores centrales.

En primer lugar, una civilización que sitúa la persona humana en el centro del universo deja de ser una civilización teocrática. La divinidad, la religiosidad, las verdades reveladas, ceden el espacio central y público, retirándose a una esfera privada o comunitaria. Por tanto, la religión y el Estado se separan. Las leyes no nacen de los preceptos religiosos. Las iglesias y los poderes civiles se convierten en cosas distintas. No es un proceso fácil. Se avanza muy lentamente y en algunos puntos no se completa el proceso hasta hace muy poco. Pero es fundamental. La iglesia católica se resiste, en algunos países y algunos ámbitos, a aceptar este retroceso a una esfera más privada, después de siglos de estar instalada en la esfera política. Pero se acaba produciendo.

¿Y qué se coloca en el lugar que la religión ha dejado libre, no a través de su desaparición, sino a través de su retirada a la esfera privada? La Razón. A partir de esta substitución, Occidente crea lo que Levy-Strauss llama el pensamiento crítico, la razón crítica. Si la persona humana es el centro del universo, la política deriva hacia la democracia y hacia la formulación de unos derechos humanos que quieren ser, que han nacido para ser, universales. Si la razón es el instrumento que ilumina y guía, es posible desarrollar el espíritu científico y técnico, con el desarrollo del bienestar que supone. La suma de humanismo y racionalismo crea una sociedad nueva. La religión no desaparece a la fuerza, no es perseguida, tiene su lugar privado, pero no es el lugar de la ley y de la política.

Separar religión de política, iglesia de Estado, es la consecuencia del dictado de la Razón y de la valoración del individuo. Pero se convierte en el fundamento de una nueva sociedad, distinta de las anteriores y de las demás sociedades del mundo. Aunque las palabras sean a menudo ambiguas y que se presten a interpretaciones distintas, a esta separación le llamaremos laicidad. La laicidad no es contraria a la religión. Simplemente, dibuja un espacio público, central, al margen de la religión. Por ejemplo, una sociedad como la norteamericana, que es enormemente religiosa, que está impregnada de religiosidad, es también una sociedad con una gran libertad

religiosa, que nace de este modelo de laicidad. En Europa, la laicidad se vive de otra forma. Pero es el núcleo de nuestro modelo de civilización. Porque no estamos hablando solamente del papel de la religión en nuestras vidas, que sería un tema importantísimo pero no tan central. Estamos hablando de unos fundamentos nuevos, racionalistas y humanistas, de nuestro espacio social.

En Francia, en nombre de la laicidad, se ha querido que la escuela pública, ámbito laico, no sea compatible con la exhibición de ningún tipo de simbología religiosa. En otros países tal vez no se considera tan central ni el velo ni el crucifijo ni la *kipá* judía. Personalmente, me parece más importante que la indumentaria, que todos los niños y niñas tengan los mismos programas educativos, que no se excluya a nadie del programa educativo por una razón religiosa. Me preocupa más que todos los niños y niñas hagan gimnasia y música en la escuela, si nuestros programas creen que gimnasia y música son buenas para todos, que su manera de vestir. Pero ésta no es la cuestión central. La cuestión central es el principio. Y el principio es la separación entre un ámbito religioso, privado y comunitario, y el ámbito público de vocación racionalista.

El principio de laicidad es tan importante en Europa que el Parlamento europeo vetó a uno de los comisarios previstos para la Comisión, el italiano Rocco Buttiglione, porque había dicho públicamente que sus convicciones privadas le llevaban a ser contrario a la homosexualidad —por decirlo simplemente y sin todos los matices—, pero que su actuación pública como comisario no lo tendrá en cuenta, porque una cosa son las convicciones íntimas y otra la ley. Y el comisario debe servir a la ley. Estas manifestaciones estarían, en principio, dentro del marco laicista. Pero Europa consideró —es discutible si abusivamente o no— que el simple hecho de proclamarlo, exhibirlo públicamente, rompía ya esta laicidad exigible a los poderes públicos.

¿Cuál puede ser, entonces, en el mismo lenguaje de los expertos convocados por Prodi, el fundamento de esta solidaridad europea, en la que participen no sólo los colectivos sino también los individuos, y que es más fuerte que la política y la economía y que —según dice la propia comisión— “tiene que ser más fuerte que la solidaridad que une o debería unir todos los seres humanos”? Tal vez una tradición común, unas raíces comunes, un sentimiento de pertinencia compartido, pero en la base de todo unos valores comunes, hijos de esta historia y de esta evolución compartida. Y estos valores son el humanismo y el racionalismo, y sus derivados naturales: la

democracia, los derechos humanos, el espíritu científico y técnico, el laicismo. Éste es el fundamento común. Ésta es la idea de Europa: estos principios situados sobre un territorio y una historia. Esto marca los límites de Europa, hacia adentro y hacia afuera, que tal vez no son tan laxos y tan permanentemente negociables como a veces se indica. Si Europa es algo, es una idea. Y si alguna idea específica ha fundamentado la civilización europea moderna, desde el Renacimiento hasta hoy, pasando por la Ilustración y la revolución romántica, pasando por la revolución industrial y la científica, es la centralidad del individuo, de la persona, y la confianza en la Razón.

Es cierto que en la práctica Europa no ha actuado siempre, ni mucho menos, a la luz de estos principios y de estos valores básicos que ha aportado a la humanidad. Ha sido precisamente en Europa donde han nacido formas de totalitarismo que han rebajado hasta la nada el valor de la vida humana. Primo Levi, en su obra "Si esto es un hombre" coloca la base del *lager* nazi en la cosificación de las personas, en el hurto de su condición humana. También en Europa hicieron fortuna esoterismo, maquiavelismos, visiones del mundo absolutamente alejadas del imperio de la Razón. Pero Europa ha sabido siempre —incluso cuando en un porcentaje demasiado alto se ha dejado seducir— que estas actuaciones violaban su tradición y su naturaleza. Que eran vergonzosas e indeseables. Cuando se reivindican los valores occidentales no se reivindica —ni sería posible— las actuaciones de Occidente en todos los minutos y los segundos de la historia, ni las prácticas asociadas al colonialismo, ni los totalitarismos de raíz europea. Se están reivindicando unos principios que a veces Europa ha traicionado, pero que más a menudo todavía ha proclamado. A veces en contradicción con sus propios actos. En los términos de Levy-Strauss, debemos reivindicar un Occidente que se merezca a si mismo.

Los interrogantes sobre Turquía

Hoy, la discusión sobre qué es y qué debe ser Europa no es una polémica en el vacío, estrictamente conceptual. Hace falta una respuesta a estas cuestiones para tomar decisiones concretas, inminentes. La petición de ingreso en la Unión Europea de Turquía plantea, con mayor claridad que cualquier otro caso, la necesidad de una definición. ¿Turquía es Europa? Depende de lo que sea Turquía y de lo que sea Europa. Hasta ahora, sólo nos hemos preguntado qué es Turquía, si es lo bastante democrática, si

respeta los derechos humanos, si es aceptable su política sobre los kurdos, si puede tener una ley que penalice el adulterio. Pero para dar respuesta a los interrogantes sobre el presente, hemos de respondernos también qué es Europa. Por tanto, en el fondo, el debate sobre el futuro de Turquía dentro de la UE es un aspecto del debate sobre el futuro de la UE, sobre su naturaleza y sobre sus límites conceptuales. No solamente sobre sus límites físicos.

Es curioso que en el debate sobre si Turquía debe o no entrar en la UE, a menudo los partidarios más firmes de aceptar esta ampliación son quienes militan menos en el europeísmo, los que han sido tradicionalmente más euroescépticos. Los Estados Unidos querrían a Turquía en la UE. También los británicos. En los dos casos existen razones estratégicas importantes. Consideran que Turquía está comprometida en la defensa de Occidente, en tiempos de la guerra fría ante la Unión Soviética, ahora ante el mundo islámico. Una defensa que en los nuevos tiempos tiene dos sentidos: además del convencional, el del ejemplo de un país musulmán que cuando quiere integrarse en el mundo occidental es bien recibido y valorado. Por tanto, norteamericanos y británicos consideran que entrar en la UE es un premio que Turquía merece y que conviene a los turcos. Y que al mundo occidental le conviene también una Turquía estable, próxima, que confirme su apuesta por el mundo occidental y satisfecha de sus relaciones con este mundo.

Pero parece también claro que a los gobiernos británico y norteamericano —y no menos que sus respectivas poblaciones— no tienen un gran interés en una Europa muy fuerte, que vaya mucho más a fondo en sus lazos internos. En un cierto sentido, los partidarios de una Europa extensa suelen ser los contrarios a una Europa intensa. Mantener una intensidad alta, lo que en términos de la comisión Prodi podríamos llamar una Europa con lazos muy fuertes de solidaridad común y diferenciada, se convierte en más difícil cuando se gana en extensión. Y al contrario, no ampliar o ampliar con criterios restrictivos, controlar la extensión es una apuesta en intensidad.

El antiguo canciller socialdemócrata alemán Helmut Schmidt, en unas reflexiones sobre la conveniencia de la entrada de Turquía en la UE, expone muchas causas de escepticismo. Schmidt aborda los problemas económicos, políticos y relacionados con la inmigración: “hasta hoy, la sociedad alemana no ha sido capaz de llevar a cabo una verdadera integración de los turcos y los kurdos residentes en nuestro país”. Se refería también a los problemas estratégicos que comportaría la adhesión de un país grande, muy poblado, con una tasa de natalidad alta y con fronteras con algunos de los grandes conflictos del Cáucaso y el oriente Próximo. Pero el momento en el que Schmidt deja entrever más claramente su

desaprobación de la adhesión es cuando subraya que el objetivo estratégico del ingreso turco en la UE "no pertenece a la UE, sino a los Estados Unidos. Washington no deja de insistir en ello desde hace cincuenta años". Insinúa con esto Schmidt que una UE que llegase hasta Turquía perdería intensidad en los lazos internos y, con ella, capacidad de actuación. Quedaría reducida prácticamente a una zona de libre cambio. No podrá ser un actor relevante de la política internacional, porque le faltará la cohesión interna necesaria para serlo.

Es cierto que Turquía permite plantear este debate. La historia de la Turquía moderna es la de un intento de occidentalización en las costumbres y en la visión del mundo, desde la tradición musulmana. Es también la historia de una lealtad a Occidente, tanto desde el punto de vista militar como en el posicionamiento entre bloques. Turquía, o al menos una parte de los sectores que la gobiernan y que la han gobernado desde Atatürk, quiere ser Europa. Y la geografía y la historia le han dado un papel en Europa: el imperio llegó hasta las puertas de Viena y conserva todavía un pie en Europa. Pero la existencia del imperio otomano, el turco visto como el otro, se convirtió durante siglos en un factor de unificación de la Europa occidental, el arquetipo contrario. El folklore de todo el Mediterráneo registra danzas y leyendas que contraponen turcos y cristianos, el norte y el sur, el mundo europeo y un mundo oriental creado a veces por los occidentales a su medida, con mitos como el del harén y el exotismo, tan bien explicados por Fátima Mernissi. El turco está en el imaginario de Europa, pero está como el otro.

Si Europa es sobre todo una idea, la idea de Europa que puede incluir también a Turquía es una idea más laxa, menos compacta, en la que el grueso de lo compartido es más delgado, que el de una Europa sin Turquía. No significa que sea imposible, sino que es distinto. Y probablemente menos ambiciosa, menos profundizada. Si la gran tarea de la construcción europea es fortalecer y afirmar lo que todos sus ciudadanos tienen en común, es obvio que una Europa con Turquía fortalece y afirma menos cosas. Por tanto, en los términos de Schmidt, pasa a estar condenada a ser algo parecido a un espacio de libre cambio, una comunidad económica, una convergencia de intereses. No hace falta que se produzca una involución islamista en Turquía y un proceso de desoccidentalización. Evidentemente, es mucho peor si esto sucede. O si no se cumplen los requisitos sobre los derechos humanos. O si no se reconocen los derechos de la minoría kurda.

La paradoja en la relación entre la UE y Turquía es que a Europa le interesa que salga bien el experimento turco, que en una cierta medida

inició Kemal Ataturk y que se ha ido modulando a lo largo del siglo XX. No es tan solo un proceso que merece la simpatía de Occidente, es que nos jugamos mucho en su éxito. Nos interesa una Turquía estable, que fije su población, que sea un ejemplo de progreso y de libertad combinados para el conjunto del mundo musulmán. Para conseguir esto se han generado expectativas de integración en la Unión. Pero, por otra parte, la integración de Turquía en la Unión rebaja el horizonte de ambición de la unidad europea, rebaja la intensidad del proyecto, diluye el máximo común divisor que tienen todos los territorios que participan en el proyecto. Probablemente existen formas de ayudar al éxito de la experiencia turca y de combatir cualquier peligro de involución que no son la plena integración en la UE. Mejor dicho, existían, desde un punto de vista teórico. Cuando se han generado expectativas de ingreso, cuando se ha dicho a Turquía que no existía ningún problema de fondo, sino problemas importantes pero que se podían resolver, se ha convertido la denegación de la entrada en una forma de menosprecio. Es la paradoja en la que la propia Europa se ha instalado y que en estos momentos parece difícil resolver de una forma plenamente satisfactoria.

Muchos de los interrogantes prácticos que se plantean sobre el ingreso de Turquía podrían plantearse también desde un punto de vista teórico sobre el ingreso de Rusia, aunque Rusia no ha solicitado el ingreso, y por tanto no urge una respuesta. Sobre Rusia se plantean también serios interrogantes en relación a la calidad de su democracia.

La actuación de los rusos en Chechenia no es tampoco aceptable desde los parámetros europeos, aún menos que la de los turcos en el Kurdistán. Los problemas de llevar las fronteras de Europa a alguna de las regiones más inestables del planeta todavía son más obvios en el caso ruso que en el turco: Europa tendría frontera con la China o con Mongolia. Tanto Rusia como Turquía plantean a Europa problemas de proporciones: no se trataría de incorporar pequeños países escasamente poblados, sino grandes potencias demográficas que pasarían a ocupar los primeros lugares en el ranking de población de la Unión. Si entrar en la Unión significa fronteras abiertas, en los dos casos se plantearían problemas importantes por lo que respecta a la inmigración en la Europa occidental.

Todas estas razones convierten en tan desaconsejable la ampliación hacia Turquía como hacia Rusia. Aunque probablemente una ampliación hacia Rusia afectaría menos —afectándola mucho— a lo que la Europa unida pueda tener de identidad compartida. El diferencial, siendo importante, sería menor. Pero las consideraciones de tipo práctica hacen

que no haga falta llegar a este argumento. Y no parece que Rusia tenga interés en formar parte de la UE. Aunque, por medida y por población, una ampliación de la UE hacia Rusia significaría, según como se mire, más bien una rusificación de Europa. Recuerda, con todas las distancias, el horizonte que dibujaba Georges Orwell en su famoso y pesimista "1984", cuando imaginaba o temía un mundo dividido en tres grandes superestados en confrontación: Rusia, que se habría comido Europa; Estados Unidos, que habría integrado el imperio británico; y el mundo asiático, alrededor de China. ¿Pura novela?. Pero la adhesión de Rusia plantearía un problema de equilibrios. Por fortuna para Europa, la cuestión no está sobre la mesa en estos momentos y no existe un coste de la no-adhesión de Rusia, como si existe un coste de la no-adhesión de Turquía, después de haberle sido prometida y se le hayan puesto condiciones sucesivas que se ha ido esforzando en cumplir.

La evolución del Islam

Hemos dicho que la Europa moderna nace, en buena parte, de la separación de la iglesia, El Estado. Esto permite el nacimiento de un pensamiento crítico y hace que la persona humana y la razón —y por tanto los derechos humanos y la democracia— ocupen el lugar en el espacio público que había ocupado la religión.

De aquí vendrá todo el resto: la religión no es perseguida en nombre de la laicidad, los ciudadanos concurren en el espacio público con sus propias creencias incorporadas, pero las reglas del juego de este espacio público están marcadas —al menos en teoría— por la razón y por la democracia. La religión tiene un papel importante, sobre todo si entiende y se adapta a los nuevos signos de los tiempos, pero en el ámbito privado o comunitario. No es la ley. La idea de pecado y la idea de ilegalidad no coinciden. La legalidad viene enmarcada por los valores y la dignidad de la persona humana, por la Razón y por la convención práctica. Saltarse un semáforo en rojo no es pecado, pero es romper una convención racional y es también una ilegalidad. No ir a misa puede ser pecado, pero no puede ser ninguna ilegalidad. La ley civil y la ley religiosa han establecido fundamentos distintos. Y la ley civil es la que rige la vida social. La ley religiosa rige la vida privada de aquellos que deciden aceptarla.

Es obvio que las iglesias cristianas nunca vieron con simpatía este desplazamiento del espacio público y que se resistieron cuanto pudieron.

Pero también es obvio que en su inmensa mayoría han acabado aceptando esta lógica, que ya no pueden considerar nueva. Es el caso de la iglesia católica, la confesión cristiana más claramente jerarquizada y probablemente también la que ha tenido a lo largo de la historia mayor vocación de intervención pública, aunque las iglesias ortodoxas nacionales en el mundo griego y eslavo han participado también en el espacio político.

El cristianismo nació precisamente para ser una religión de Estado. Incluso podría decirse que la escisión del judaísmo, en el seno del cuál nació, se produce para pasar de una religión nacional cerrada en los límites de un pueblo a una religión con vocación universal, que está preparada para ser la religión de un imperio. Por decirlo así, Pablo y la influencia helenística hacen posible la acción de Constantino, que no hubiera podido adoptar el cristianismo como religión imperial si Pablo se hubiese mantenido en el seno del pueblo judío.

En cualquier caso el cristianismo, en todas sus formas, incluso la católica y la ortodoxa, se ha ido desvinculando con mayor o menor entusiasmo del poder terrenal y ha ido renunciando —aunque siempre queden minorías dispuestas a reivindicarlo— a convertir la ley religiosa en ley civil. Se ha consumado, en general, la separación de las iglesias y el Estado y las iglesias han renunciado a organizar la vida social y colectiva. Se van conformando con sugerir a sus fieles modelos de vida individual, familiar o comunitaria. El judaísmo, la otra religión con peso en la definición de Europa, ya había debido hacer forzosamente esta transformación muchos siglos antes: no podía pretender, desde una Diáspora que le convertía en minoría en todas partes, organizar todo el espacio social, y por tanto fue generando a través del judaísmo rabínico una forma de religiosidad privada y comunitaria, donde el centro de la vida religiosa son las asociaciones de fieles, las comunidades. El judaísmo de antes de la Diáspora era una religión nacional, vinculada con un poder terrenal. Pero cuando desaparece este poder, deja de serlo. Y sólo con la creación del Estado de Israel han reaparecido corrientes que querrían convertir la ley religiosa en ley civil para toda la sociedad.

El Islam no ha necesitado hacer esta conversión, en parte forzada, que hicieron cristianismo y judaísmo. Mayoritario históricamente en las zonas donde se implantó, el Islam no es hoy una religión para la vida privada o comunitaria, sino que aspira a organizar e inspirar el conjunto de la vida social. Los partidos llamados islamistas tienen por programa político la conversión de la ley religiosa en ley civil. La revolución iraní tenía este objetivo y lo cumplió. Generó una policía religiosa, que es la prueba física —

como lo fue en la Europa anterior a la modernidad— de la confusión entre el espacio civil y el religioso. Los tribunales religiosos juzgan delitos civiles, confundiendo por tanto el pecado en el sentido religioso y el delito en el sentido administrativo y legal. La retirada práctica pero también teórica y conceptual del cristianismo hacia la esfera privada y comunitaria no se ha producido todavía en el mundo islámico. A veces se ha dicho, como una metáfora, que el Islam necesita un concilio Vaticano segundo. O tal vez somos nosotros los que necesitamos que el Islam tenga un concilio Vaticano segundo. Entendiendo que en este concilio la iglesia católica aceptó este nuevo papel que le atribuye la modernidad y explicitó su renuncia a ser un poder mundano.

Se puede decir que no todo el Islam es así. Pero no se puede decir que esto sea una excepción. El Islam no ha revisado sus posiciones teóricas y prácticas para hacerse compatible con los valores de la modernidad europea, que se fundamentan en la separación de la iglesia y del Estado y la separación de la ley civil y la ley religiosa. En este sentido, no se pueden comparar el proyecto político de los partidos demócrata-cristianos y el de los islamistas. Las democracias cristianas son agrupaciones de cristianos que hacen política como ciudadanos, desde sus convicciones, pero que no aspiran a que sea la religión la base de la ley civil. Los partidos islamistas tienen este programa. Y la mayoría del Islam aparece hoy como una religión con vocación de ordenar la vida colectiva, de marcar el espacio público.

No se trata de proponer ningún tipo de islamofobia. Se trata de buscar, si es posible, una intersección entre el Islam entendido como religión de las personas y los valores europeos de la laicidad y de la separación de las religiones del espacio público, como se ha debido buscar en el caso del cristianismo. Y esto marca las relaciones de Europa con Turquía y marca las relaciones de Europa con los europeos de religión islámica, que son un porcentaje alto y creciente.

La esperanza era que un Islam que no constituye mayoría social, que debe compartir el espacio con otras religiones y no desde una posición de preeminencia, generaría esta lectura como religión privada y comunitaria. Y seguro que esto está sucediendo en algunos casos en Europa. Pero también está sucediendo lo contrario. También en Europa muchos musulmanes, con una relación difícil con una sociedad laica que no entienden y que consideran que no les entiende, que querrían cambiar desde la raíz a partir de sus convicciones religiosas, han radicalizado sus posiciones y han derivado hacia alguna forma de islamismo político, de conversión del Islam

en un programa político. Confrontado a la realidad europea, el Islam puede —incluso simultáneamente— caminar hacia su Vaticano segundo simbólico o adentrarse en una espiral de radicalidad que le enfrente con los valores básicos del sistema europeo.

Europa debe acoger y puede acoger un Islam que sea entendido de una manera no muy lejana a como se entiende el cristianismo y el judaísmo en Europa: como una fe privada, que tiene expresiones en la vida individual, familiar o incluso comunitaria. Pero es incompatible con un Islam que niegue la laicidad de la sociedad, la separación de la religión del Estado, los derechos humanos y la democracia, los valores que hemos definido como los mínimos comunes europeos. El problema con las poblaciones musulmanas en el interior de Europa es encontrar la intersección entre los valores de laicidad de la modernidad occidental y los valores de religiosidad privada que existen en el Islam. Pero no hay intersección entre esta laicidad y cualquier proyecto de los que llamamos normalmente islamista, como no la habría tampoco con un integrismo católico o judío que pretendiese que los tribunales juzgasen y los Parlamentos legisasen con la Biblia en la mano.

Amin Maalouf, el escritor libanés de raíz francesa de quién hablábamos antes, viene a decir que el Islam se ha sentido agredido por la modernidad y se ha refugiado en concepciones anteriores a esta modernidad, en las concepciones de los tiempos en que se sentía fuerte y potente. Para el Islam, la modernidad le ha traído el declive, porque no ha sabido adaptarse a la civilización técnica y científica que ha dado la hegemonía a Europa y al mundo occidental, tal vez porque no hizo cuando correspondía la separación necesaria entre la esfera civil y la religiosa, aún teniendo entonces un alto desarrollo científico y cultural. Por tanto, continuaría Maalouf, el Islam se ha instalado en una sensación de derrota, pero sobre todo en una sensación de incompatibilidad con los valores de la modernidad.

Pues éste es precisamente el problema. Si Europa es una idea, un concepto, es el de la laicidad. Que no significa ni ateísmo ni agnosticismo obligatorio, sino la preservación de un espacio público en el que hemos situado como referencias la Razón y el individuo. Todo lo que cabe en este concepto, cabe naturalmente en Europa. Todas las religiones presentes en Europa han hecho el esfuerzo, no siempre voluntario ni entusiasta, de caber en este marco. Ahora le corresponde el turno al Islam.

La preeminencia de los “valores republicanos”

Está claro que los portadores de valores, de visiones del mundo, de lenguas, de costumbres, de tradiciones, no son los territorios, sino las personas. Por tanto, no hay lenguas o costumbres o valores territoriales, sino individuales y en todo caso colectivos. Pero una sociedad necesita factores de cohesión alrededor de los cuáles articular la diversidad de los individuos. Necesita unos valores de referencia, un tronco común, que garantice la continuidad de esta sociedad como tal y no como una simple y invertebrada suma de personas. Hemos comentado que la historia ha hecho de Europa un continente de Pueblos, cada uno con unas características propias y con una voluntad de preservarlas. Pero las nuevas inmigraciones, aunque también la caída de las barreras en materia de comunicaciones o los efectos —más limitados de lo que parecen en el terreno de la producción y el consumo cultural— de la globalización pueden ser vistos por estos Pueblos como una amenaza a su continuidad, como un factor de disolución y homogeneización.

Si consideramos que la diversidad europea es un bien que debemos preservar y no un castigo al que resignarse (o no resignarse), deberemos dotar a éstos Pueblos de Europa, células de su diversidad, de mecanismos prácticos y teóricos para mantener sus rasgos distintivos. Modificados, porque la historia los ha modificado siempre. Pero no borrados del mapa por decreto. Los instrumentos prácticos tienen que ver con el poder político y hablaremos de ello más adelante. Los instrumentos teóricos tienen que ver con el reconocimiento de una idea de tronco común, de aquello que los alemanes llamaban cultura de referencia y los franceses valores republicanos, que no sería otra cosa que la aceptación del hecho de que entre las distintas tradiciones, lenguas, visiones del mundo o costumbres que pueden cohabitar en un territorio, hay algunas que pertenecen a su tronco central compartido, que tienen que ver con sus valores fundacionales y que por tanto merecen un trato especial. No exclusivo ni excluyente. Ningún monopolio, pero sí un papel central reconocido y aceptado por todos.

Esto está claro en el caso de las lenguas. Es obvio —y positivo— que nadie puede aspirar a vivir con normalidad y con una buena integración social en París si no sabe hablar francés. Los inmigrantes, en Ellis Island, antes de entrar en Nueva York y por tanto en Estados Unidos, recibían formación en dos aspectos: inglés y Constitución. Es decir, lengua, que es además de un instrumento de comunicación, un contenedor de identidad, y Constitución, entendida como las reglas del juego práctico, pero también

como el espacio de los valores fundacionales de la sociedad. No ya integrarse, sino simplemente poder vivir con normalidad en las sociedades europeas, exige a los recién llegados hablar la lengua de la sociedad que los acoge. En general, nadie lo discute. A veces parece que se pueda discutir cuál es esta lengua, pero la necesidad de aprenderla no admite discusión.

¿Pero, es sólo la lengua? Decíamos que en Nueva York era la lengua y la Constitución. Esto en un país joven, como los Estados Unidos, donde el tronco común es escaso y donde la pertenencia se define sobre todo en términos de ciudadanía y aceptación de unos valores teóricos. En Europa, que es el continente de la diversidad, que se ha planteado precisamente desde la diversidad y desde la voluntad de conservarla, los Pueblos deben tener mecanismos para garantizar la cohesión social y su propia continuidad, más o menos transformada. Es lengua, es metafóricamente Constitución — que en el caso europeo no es Constitución, sino valores cívicos y principios políticos básicos—, y es la aceptación de un paquete mínimo pero imprescindible de costumbres, de hábitos, de actitudes, de convenciones.

Está claro que la concepción del espacio público de las ciudades, es decir, de las plazas y las calles, de qué se puede hacer y qué no, de qué cuidado corresponde tener a todos los ciudadanos, no es igual en toda Europa, pero es aún menos parecido entre el conjunto de Europa y pongamos por caso el mundo africano. Pues parece que la concepción social, la convivencia, hace razonable que todos los habitantes de Europa adopten una concepción parecida del uso del espacio público. En algunas ciudades europeas se han producido conflictos cotidianos precisamente porque existían costumbres antagónicas referidas a lo que se puede hacer en una plaza pública. También en esto, en esta concepción cívica, debe haber un tronco central común. Luego, en su casa, cada individuo ya hará lo que su tradición le dicte, con dos restricciones. La anuncia un teórico liberal, el canadiense Will Kymlicka, en un capítulo que se llama precisamente “los límites de la tolerancia”. Ninguna comunidad puede imponerse por encima de las otras, pero tampoco puede pretender oprimir a sus propios miembros. El conjunto de la sociedad tiene derecho a enfrentarse con la comunidad que, defendiendo sus costumbres, intenta imponerse a los otros, pero también cuando niega la libertad individual de sus miembros.

Jean Daniel comentaba recientemente la crisis que se detecta en Francia de un término tan prestigioso y tan políticamente correcto como es la “tolerancia”. ¿Por qué no basta con la tolerancia, ante los cambios sociales producidos por la inmigración? Responde Jean Daniel: “porque éste angelismo llevaba, simplemente, a yuxtaponer sobre el mismo suelo nacional

comunidades de costumbres y ética distintas sin pararse a pensar si remitían a un principio moral común, a unos proyectos y unos recuerdos comunes". La frase tal vez es complicada, pero la conclusión no lo es en absoluto: "De golpe, en las otras esferas se descubre, después de tantos años, que con la tolerancia no se construye una nación, sólo se instalan comunidades". Obviamente, ésta constatación no nos invita ni a la intolerancia ni al fanatismo. Nos invita a la aceptación de un tronco común de valores. Pero también de lengua, de proyectos futuros y en los términos que dice Daniel de recuerdos, de memoria establecida. Y reservar la intolerancia para un terreno: todo lo que se confronta con los valores centrales de la civilización europea, la Razón y la dignidad del individuo, que desembocan en la democracia, los derechos humanos y la laicidad. Esto sí es incompatible con cualquier proyecto europeo, desde el más tenue y frágil hasta el más ambicioso, la generación de un sueño europeo para el futuro.

Un modelo federativo para Europa

A lo largo de los últimos cincuenta años, el proyecto de construcción europea ha sido el producto de unas enormes inercias, en las que se mezclaban recelos y algunas esperanzas prácticas; voluntades de hegemonía y voluntades de aislamiento. Una inercia causada por la fuerza de los Estados, que han sido los únicos actores reales de la construcción europea y que se han presentado ante los ciudadanos como la única garantía existente de equilibrio entre la unidad y el respeto de la diversidad. Una inercia que ha permitido ir adaptándose a los cambios generales de la política de los últimos cincuenta años; aprobar ampliaciones sucesivas del núcleo europeo; asimilar en parte los efectos de la caída del Muro de Berlín y del final de la guerra fría. Una inercia que ahora no sabe muy bien como dar respuesta a las solicitudes de nuevas adhesiones que ampliarían el espacio europeo, pero que diluirían los vínculos que pueden cohesionar Europa.

Estas inercias de cincuenta años desembocan en el texto de una Constitución Europea que es de hecho un Tratado entre los Estados y que consagra y solemniza el modelo, al mismo tiempo que ofrece unos caminos para su evolución sin grandes alteraciones. Y es a este texto, perfectamente coherente con toda una trayectoria de prudencias y de posibilidades, al que ahora se nos pide en los países donde esto será sometido a referéndum, que demos el voto favorable o contrario. Mientras se nos advierte que, en realidad, el único voto posible entre los que creen de una forma o de otra en Europa es el sí, y que el no es el voto de la no-Europa, del retorno a una

Europa anterior a los años cincuenta, a una Europa de Estados sin otra relación entre ellos que la buena y la mala vecindad.

¿Pero estamos seguros de todo esto? ¿Elegimos entre esta Europa o ninguna? ¿O damos por construida ésta Europa de los Estados y de la inercia o tenemos que renunciar a cualquier otro modelo para crear una Europa parecida a la que habíamos soñado tantos europeos a quienes la Europa que existe actualmente no satisface? ¿Qué debería votar entonces alguien que fuera claramente partidario de una Europa unida, pero sobre unas bases substancialmente distintas a las de la inercia de estos últimos cincuenta años? Ahora, ante la convocatoria de referéndums o debates parlamentarios sobre la Constitución, es precisamente el momento para preguntarnos qué Europa queremos. Ahora es el momento de volver a las raíces del proceso y ver si además de la Europa actual y de la no-Europa hay otros caminos posibles y deseables. Y tal vez resulta que los más deseables parecerán, de momento, los menos posibles. Pero incluso en el posibilismo más prudente necesita pensar en un futuro que actúe de sueño motor. Incluso el posibilismo necesita horizonte. Existe la sensación que la inercia europea, durante muchos años, no ha querido plantearse ninguna pregunta sobre un horizonte más ancho y lejano.

Ha quedado claro en las páginas anteriores que el sueño europeo, el horizonte que puede permitir crear Europa, no es estrictamente una cuestión de modelo político, de fórmula política de relación. Al contrario: la fórmula política es el resultado de la aplicación de un concepto de fondo, es un mecanismo a su servicio. No es un debate técnico ni jurídico. Tampoco un debate político, aunque se parece más, porque es un debate sobre estructuras de poder, pero también sobre los valores que mueven a las sociedades; es un debate sobre reparto de competencias y también de responsabilidades. No sólo entre instituciones, entre territorios o entre poderes. También entre personas, y entre las personas y las instituciones.

Por tanto, cuando en este capítulo afirmamos que lo que conviene a Europa es un modelo federal, no estamos hablando sólo de una fórmula de organización, sino de un concepto de sociedad. El término "federalismo", como la mayoría de los términos políticos, se ha utilizado para finalidades muy diversas e incluso confrontadas. Se proclaman federales, a la vez, países tan dispares como Méjico y Estados Unidos. Países que formalmente son federales resulta que en la práctica están profundamente centralizados. En algunos lenguajes políticos, los que son supuestamente "federalistas" son de hecho los máximos partidarios del uniformismo y del unitarismo. En otros lugares, el federalismo se entiende

en cierto modo como una coordinación mínima y pactada de entidades políticas prácticamente independientes. Pero también existen Estados en los que se denomina federalismo a una descentralización administrativa que no tiene nada que ver ni con el reconocimiento político de la diversidad ni con el repartimiento del poder político.

A efectos de lo que hablamos en éstas páginas, deduciremos que federar es lo contrario de centralizar. Por tanto, el federalismo sería una fórmula para dar un marco común a entidades políticas diferenciadas, pero también una fórmula para preservar la diversidad sin caer en antagonismos. Federar sería poner junto aquello que es diverso. Y una concepción federal no afectaría sólo a la relación entre Estados, sino que se debería aplicar también en todos los ámbitos de la vida política. Porque el fundamento de esta concepción federal sería —a la manera norteamericana, en parte— la confianza en las personas y la desconfianza en los poderes centralizados; el reconocimiento de la responsabilidad individual en el espacio público y la exigencia de esta responsabilidad a las personas.

Federar, coordinar, centralizar

Aunque las palabras que se utilizan en el lenguaje político acaben siendo ambiguas, los debates sobre los nombres de las cosas en pocas ocasiones son inocentes. En 1957, el Tratado de Roma crea la Comunidad Económica Europea, un nombre perfectamente descriptivo y transparente: de lo que se trata es de crear una comunidad, que es un término confuso y poco agresivo, sobre una base económica. En 1992, con el Tratado de Maastricht, la antigua Comunidad pasa a llamarse Unión Europea. Sin la referencia a la economía y substituyendo "Comunidad" por "Unión". El término es más comprometido, pero no configura una idea política clara. Es un término que se ha utilizado en usos políticos tan diversos y tan contradictorios como la denominación de Estados Unidos, de Unión Soviética, de Organización para la Unidad Africana o para una República Árabe Unida que nunca se acaba de unir del todo, que tenía que unir Egipto con Siria y que acabó siendo el nombre de un país tan claramente homogéneo e identificado como Egipto.

Pero las primeras personas que formularon la idea de una Europa unida utilizaron nombres distintos, lo que debe significar que tenían ideas diferentes. Algunas hablaron de crear los Estados Unidos de Europa. Robert Schuman dijo que lo que hacía falta era crear una Federación Europea. El término Federación se ha utilizado en ocasiones, más bien desde Alemania,

proyectando en sucesivas ocasiones sobre Europa su propia estructura Federal. Especialmente desde la socialdemocracia alemana se ha retomado en ocasiones la vieja idea de Schuman y se ha dicho que Europa tendría que llegar a ser no una Unión Europea, sino una Federación europea, construida a imagen de Alemania federal. Estas mismas voces intentaban tranquilizar inmediatamente a sus socios comunitarios diciéndoles que en esta Federación los Estados-nación no se disolverían.

Centralizar o federar. Ésta es la disyuntiva europea. Se puede centralizar, y por tanto dar muchos poderes a la Comisión europea, generando una gran maquinaria estatal y burocrática y una clase política europea especializada en gobernar esto que ahora llamamos Bruselas. Se puede unir también federando, organizando un espacio europeo alrededor de un marco común con los poderes muy bien repartidos, y con una concepción de subsidiariedad entre esta Federación Europea y las unidades políticas que se consideren oportunas, y entre éstas y los municipios. No es tan sólo una cuestión de nombre, ni tampoco sólo una cuestión sobre como es el gobierno de Bruselas. Son dos filosofías, dos mentalidades.

Si de lo que se trata es de tener una Europa eficiente, capaz de ofrecer no sólo bienestar a sus ciudadanos, sino de generar un gran proyecto que garantice el papel de Europa en el mundo, y sea modelo del respeto por la diversidad, de estas dos filosofías la que conviene a Europa es la federal. Pero esto significa algo más que cambiar el nombre de Unión Europea por Federación Europea. También significa regenerar la política, simplificar la administración, dar eficiencia a la gobernación de las cosas concretas. También significa ir aún más lejos: revisar los valores sobre los que se fomenta la sociedad europea. No renunciar al Estado del bienestar, pero conseguir que el Estado del bienestar, no signifique un Estado protector, que convierte a sus ciudadanos en menores de edad. Por tanto, devolver a los ciudadanos el sentido de la responsabilidad. Sobre todo la responsabilidad respecto al bien común, al interés general, que en el modelo europeo ha monopolizado el Estado. Y significa en parte, valorar el esfuerzo y la auto-superación como forma de verdadero progreso.

La moral de la Europa central y del norte, más que la latina, tendía históricamente a considerar el trabajo y el esfuerzo como la clave del triunfo individual y del progreso de los pueblos, como la vía que cada uno tenía a su alcance no sólo hacia el bienestar, sino también hacia el cumplimiento de sus responsabilidades colectivas. Tan sólo en algunas zonas del sur de Europa

arraigó esta moral del esfuerzo. Pero fue el fundamento de la gran progresión de la Europa de los siglos XVIII i XIX, cuando existió confianza en las personas, en la Razón y en el esfuerzo individual. Si Europa retrocede en estos valores, todavía centrales en la vida norteamericana, podremos considerar vencedoras muchas de las inercias de los últimos cincuenta años y llegaremos a un frenazo del proceso evolutivo europeo.

Una Europa federal pero conformista, probablemente es imposible. Pero si fuese posible, tampoco sería un gran avance. Una Europa donde el objetivo de las personas fuese simplemente vivir de la mejor forma posible y con el mínimo esfuerzo posible a la sombra de un Estado paternal, es indiferente que fuese federal o centralizada. O no: tal vez sólo podría ser centralizada, porque el verdadero federalismo, el profundo, necesita en sus fundamentos la responsabilidad individual de las personas. Optar por una Europa federal o centralizada no es sólo decidir cómo queremos que sea la cúpula europea. Decide también cómo es su base y cómo se construyen los estratos entre esta base y la cúpula federal. Es en este sentido que la apuesta de fondo es un modelo profundamente federal, aunque la palabra esté desprestigiada por el uso excesivo y frívolo que han hecho los que se proclaman federalistas y son de hecho unitaristas camuflados.

En cualquier caso, queda claro que la Constitución europea que se nos propone, o más precisamente el proyecto de Tratado constitucional, no responde a estos principios federales profundos. Se puede llegar a afirmar que es un instrumento federalizador, porque el término se ha difuminado tanto que sirve para cualquier cosa. Pero no se ha hecho el replanteamiento radical de la idea de Europa, de arriba a bajo, que supondría asumir un ideal federalista.

En la disyuntiva histórica entre el federalismo y el centralismo, entre el modelo francés y un modelo tal vez sólo ideal porque nadie lo representa de una forma absoluta —aunque existan aspectos en Alemania, Suiza, Finlandia o los Estados Unidos que deban contemplarse—, la Constitución europea se sitúa en la tradición de las Constituciones de raíz francesa. Con sus indudables virtudes, desde el punto de vista histórico. Pero también con los defectos del igualitarismo obsesivo, de la valoración escasa de la responsabilidad individual y de la tendencia constante a engordar el Estado, que significa también engordar el poder central y su burocracia.

Suiza, Estados Unidos, Alemania

Todas las experiencias de los Estados federales realmente existentes y que se

comportan realmente como tales, pueden ofrecer a Europa horizontes positivos. La vía federal ha conducido a Estados mejor administrados, con mayor capacidad para gestionar sus tensiones internas, con más vigor para afrontar el futuro. Es el caso de tres Estados de los que Europa puede tomar parcialmente modelo a la hora de decidir su futuro, y una prueba de la necesidad de optar por la vía federal y no por la centralizadora. Sería el caso también de otro magnífico ejemplo, aunque no nominalmente federal, como es el de Finlandia, al que nos referiremos también al hablar de las ventajas de los pueblos pequeños y medianos en la nueva Europa.

1.- Suiza.- La Confederación Helvética es uno de los pocos ejemplos de Confederación real e histórica. No es un Estado unitario que se configura y se descentraliza en cantones, sino un conjunto de cantones que deciden en el siglo XIII constituir un pacto perpetuo de mutua defensa. A este núcleo inicial de la confederación se añadieron con los años nuevos cantones asociados: pasan de los tres iniciales a ocho en el siglo XIV; ya son 13 en el XVI y llegan a 26 en la actualidad.

Es indudable que este régimen excepcional es un fruto de la particular orografía suiza, un país de montañas y valles, en el punto de encuentro entre lenguas, religiones y pueblos diversos, A lo largo del primer milenio de nuestra era, éste es un paisaje que va generando núcleos humanos muy compactos, relativamente reducidos de tamaño, con unas costumbres y una organización política muy arraigados en un sentimiento de pertinencia a cada uno de estos Pueblos.

Tan sólo como curiosidad, señalemos por ejemplo que en otro paisaje de montaña y de cruce de poblaciones como es el Pirineo, los *Pariatges* que crean la peculiar situación política de Andorra, que desembocan en la existencia hoy de un Estado independiente, se firman prácticamente en el mismo momento en que se confederan los cantones helvéticos. Y otro valle de los Pirineos, la Vall d'Aran, firma la *Querimonia* que consagra unas instituciones políticas específicas para los araneses, sólo veinte años después. Los valles alpinos, como los pirenaicos, con personalidad fuerte, con comunidades con formas de gobernarse propias y muy arraigadas, se resisten a las uniformizaciones y valoran mucho sus libertades y su capacidad de decisión. Generan así formas originales para mantenerlas.

Suiza es uno de los ejemplos interesantes desde el punto de vista político para la UE porque su creación confederal se parece mucho a la construcción de Europa. Una adhesión voluntaria de cantones a partir de un núcleo inicial, y de ampliaciones sucesivas, además de otra semejanza muy

importante: estos cantones presentaban desde su inicio poblaciones muy diversas, con lenguas diversas y —más adelante, al aparecer el protestantismo— con religiones diversas.

Si proyectamos sobre un mapa físico de Suiza un mapa de lenguas (con el alemán, el francés, el italiano y el romanche), un mapa no coincidente de religiones y un último mapa con niveles económicos y niveles de renta nos encontraremos con uno de los panoramas más complicados de Europa. Y a pesar de ello —¿o gracias a ello?—, Suiza se ha convertido en el paradigma de la estabilidad, del pacifismo verdadero y del bienestar, que buscan todos los europeos.

Aparentemente, todos los datos que se pueden aplicar a Suiza podrían apuntar al conflicto. Está situada en la confluencia de tres mundos muy poderosos, como el germánico, el francés y el italiano. Sus poblaciones, por razones de lengua o de religión, se podrían sentir más solidarias con sus vecinos que con el resto de sus compatriotas suizos: un suizo de Lugano se parece más, en apariencia, a un milanés que a un ciudadano de Zurich. La no intervención en guerras exteriores desde hace mucho tiempo podría haber diluido cualquier sentimiento de pertenencia. Ya sabemos que a menudo las guerras son una fábrica de patriotismo, como demostró en Europa la Primera Guerra Mundial. A pesar de todo eso, o gracias a todo eso, Suiza ha armonizado poblaciones distintas sin necesidad de generar un patriotismo chovinista exaltado, y sin grandes tensiones.

La causa o tal vez el efecto de este modelo social tan estable ha sido un federalismo verdaderamente ejemplar. La capacidad de decisión de los cantones es enorme, el gobierno federal tiene un papel diluido y vive en una extrema discreción —¿quién recuerda el nombre de algún mandatario suizo del último siglo?— y la vida política se desarrolla con eficacia y sin grandes altibajos. El régimen confederal permite ejercicios constantes de democracia directa, a través de referéndums y consultas populares, y al lado del tradicional neutralismo, la política de defensa de Suiza implica fuertemente a sus ciudadanos individuales, les da responsabilidades sobre la cosa pública en unos términos que en la práctica son muy distintos de los Estados Unidos, pero que en el concepto no están tan alejados: también allí la seguridad es una responsabilidad colectiva.

Que Suiza sea como es y que funcione bien es una buena noticia para Europa. Es cierto que existe una diferencia de escala. Es muy posible que una de las claves del sistema suizo sea precisamente el tamaño: del país y de sus cantones. En algunos Estados europeos, hablar de cantonalización ha tenido

siempre un cierto tinte de menosprecio, como si el cantonalismo suizo fuese un localismo provinciano, corto de miras, un poco gallináceo. Pero resulta que la fórmula suiza acaba siendo analizada como una buena solución, incluso para situaciones de conflicto. En plena guerra de Bosnia, algunos expertos internacionales hablan de la posibilidad cantonalizar Bosnia, como única salida de la crisis. O algunos intelectuales israelíes se habían planteado, en los momentos en los que parecía que el conflicto israelí-palestino quedaría encallado sólo a la hora de definir el futuro de Jerusalén, la cantonalización de la ciudad a la manera suiza, pero en este caso por barrios. Europa, evidentemente, es otra cosa, otra escala. Pero la experiencia suiza es de los mejores espejos que tenemos y un argumento positivo a favor de una vía federal.

2.- Estados Unidos.- El federalismo norteamericano es un sistema de organización política y de reparto del poder entre un gobierno federal y unos Estados federados con muchas competencias. Pero es sobre todo una filosofía política, un modelo de relación entre el individuo y el Estado. Desde el punto de vista de organización política, sorprende desde una perspectiva europeo cómo un país tal claramente conjuntado, con un fuerte patriotismo, con un potente papel internacional, es al mismo tiempo un país muy descentralizado por lo que respecta a la capacidad de decisión. Desde este ángulo, la política norteamericana tendría algunos puntos de semejanza con la suiza: los Estados como los cantones resuelven la mayor parte de las cuestiones que afectan la vida cotidiana de las personas y son el marco también de ejercicios constantes de democracia directa, de consultas populares y referéndums en los que los ciudadanos opinan de una forma vinculante. Si observamos la naturaleza, la frecuencia y el ámbito de este tipo de plebiscitos en Suiza o estados Unidos, por un lado, o en Francia y España, por el otro, nos daremos cuenta que responden a concepciones muy distintas de la política. En los estados federales, el poder está muy descentralizado, muy repartido, a pesar de que en los Estados Unidos tienen un régimen profundamente presidencialista. Tal vez porque su papel internacional es otro, pero también por una concepción profunda del hecho político ligado a la decisión individual.

La encarnación en el presidente de la persona que decide —no la máquina burocrática o el Estado sin rostro—, no deja de ser una emanación de la forma americana de hacer y entender la política.

Pero donde el federalismo americano puede ofrecernos ejemplos más alejados del modelo europeo, y por tanto más sugerentes, es un ámbito más general. Lo hemos comentado en diversas ocasiones. Algunos autores

hablan de la sociedad americana como la gran sociedad individualista, donde el sueño de libertad individual es más profundo. Pero también, en contrapartida, la exigencia de responsabilidad. Otros autores nos dicen que no es exactamente el individuo el actor principal de la vida pública, que no es tampoco el Estado, como en Europa. Entre los dos estaría la comunidad, la sociedad organizada. Hegel consideraba que en Estados Unidos no había Estado, sólo un interés individual y una pasión por la libertad. En Europa, el Estado está siempre por encima de la sociedad. Un Estado providente, protector, representado por la realeza, la milicia o la burocracia, a menudo legitimado por la religión, pero siempre por encima de la sociedad. Por el contrario, en los Estados Unidos la sociedad estaría situada por encima del Estado, en el punto más alto de la pirámide. En los Estados Unidos la religión era y es importantísima en la vida colectiva, pero no por encima, sino por debajo. No como un poder sobre la ciudad, sino como una forma de vivir y organizarse desde la comunidad.

El sociólogo americano Daniel Bell se pregunta: si no hay Estado, ¿qué es lo que hay? Y la respuesta sería doble. Hay probablemente la única sociedad civil completa que ha existido en la historia. Y hay otra cosa, que no es exactamente el Estado: el gobierno. Un gobierno entendido, en palabras de Bell, como “un mercado político, una arena en cuyo interior compiten los intereses y se puede llegar a acuerdos”. La diferencia es enorme. Las relaciones entre individuo, sociedad civil y poder es absolutamente distinta.

Tendríamos así dos modelos substancialmente distintos de Estado. Una concepción centralista europea de gobierno de la administración y una concepción federal americana de gobierno de la comunidad. Algunos estudiosos han aplicado estas dos concepciones radicalmente distintas a los cuatro pilares del Estado moderno. En lo que respecta a la policía, un modelo comporta policías funcionarios; el otro, individuos armados y un sheriff escogido. Al lado de un cuerpo militar del Estado, una milicia. Frente a jueces funcionarios, el jurado popular. Frente a la administración de funcionarios, los puestos administrativos por elección.

3.- Alemania.- La República Federal Alemana es sin duda el país que lidera la UE, como mínimo desde el punto de vista económico y demográfico. No tanto desde el punto de vista político. Lo hemos comentado en apartados anteriores: la UE nace con el final de la guerra, en un momento en el que toda Europa recela (con razones) de una Alemania demasiado fuerte. Las potencias extranjeras recelan tanto que la dividen en dos. Pero también sus

socios europeos mantienen este recelo, prácticamente hasta hoy mismo. Por eso Alemania no puede aparecer ante el resto de Europa como el líder político del proceso y por eso se da un papel suplementario a Francia, que no está en condiciones económicas ni demográficas de disputar el liderazgo alemán, pero que resulta su complemento perfecto: la garantía de una Alemania controlada y contrapesada, una especie de tutoría de Alemania, ante sus excesos en un pasado inmediato. Y así ha nacido el eje franco-alemán que incluso en los momentos de mayor tensión es el núcleo de la política europea. Y eso ha hecho también que la tendencia alemana a aplicar a Europa un modelo federal, similar a la de la propia República, se haya contrapesado siempre por la tendencia francesa a los modelos centralizados.

El federalismo alemán ha obtenido, y no sólo en el período más reciente de la historia, unos resultados excelentes. Se puede decir que Alemania gana en los períodos de estructura más o menos federal lo que luego perderá en sus aventuras centralistas e imperiales. Alemania ha avanzado cuando ha estado dividida o cuando ha estado organizada de una forma laxa, que permitía a sus múltiples unidades desarrollarse económicamente. Por el contrario, los períodos unitaristas y centralizadores, los diversos *Reich* alemanes, han provocado situaciones de tensión para toda Europa, de las que Alemania ha acabado siendo la más perjudicada.

El espacio alemán ha sido ocupado por centenares de pequeños estados principescos o urbanos, con una gran importancia de las ciudades; por una confederación de reinos y ducados, y finalmente por una federación de *länder* que sin responder a identidades absolutamente diferenciadas y con vocación de plena independencia, reflejan personalidades bastante definidas, como por ejemplo Baviera.

Por tanto, el federalismo alemán, a diferencia del confederalismo helvético, no ofrecería a Europa un modelo de articulación de la diversidad. Pero sí un modelo de organización eficiente, de fuerte autonomía de los territorios, de relación muy equilibrada y muy dialéctica —aunque llena de conflictos y tensiones— entre estos territorios y el poder federal, y de un espíritu descentralizador que es la permanente alternativa al modelo de construcción europea. Alemania tiene, además, un modelo federal no cerrado, en permanente ebullición, que se discute a cada momento, y la prueba por tanto que un sistema federal no se funda en un reparto de competencias constitucional, de una vez para siempre, sino en una relación de negociación entre los *länder* y el gobierno federal, que nunca acaba, porque siempre aparecen nuevos temas sobre la mesa.

El ejemplo de Finlandia

Hemos comentado que Suiza, Estados Unidos y Alemania son ejemplos interesantes para Europa, a la hora de valorar positivamente un sistema federal lo más completo posible. Decíamos también que Finlandia, que no es un Estado federal, podría ser considerado parcialmente otro ejemplo por su enorme autonomía municipal, fruto de muchos siglos de funcionamiento en forma de pequeñas ciudades que actuaban de hecho como una confederación, con una gran capacidad de decisión. El sistema de gobierno tradicional de Finlandia (casi siempre bajo un poder central lejano y ajeno, el sueco o el ruso) está fundado en estas pequeñas entidades locales que han mantenido su papel hasta hoy. Pero Finlandia nos sirve todavía más como un ejemplo en otra dirección: para ilustrar la idoneidad para el gobierno de las unidades políticas pequeñas y medianas, de estructura interna muy simplificada, con una gran cohesión social y cultural y con una enorme adaptación a las nuevas reglas de la sociedad de la información y las nuevas tecnologías.

Si observamos la historia y la geografía de Finlandia, no resultan evidentes unas condiciones favorables para llegar a ser un buen ejemplo positivo. Es uno de los países más jóvenes de Europa, en un doble sentido: fue el último territorio europeo repoblado después de las glaciaciones, y es también uno de los Estados europeos de independencia más reciente, sólo desde 1917. Como decíamos antes de Suiza, también Finlandia está en la confluencia de mundos poderosos que se disputan su pertenencia, el escandinavo (dominado históricamente por Suecia) y el ruso. Pero a diferencia de Suiza, la geografía no ha dotado a los fineses de unos valles profundos donde pudiesen defender a lo largo de siglos su independencia, sino que de hecho su territorio ha estado siempre abierto hasta este siglo al control político de unos u otros.

Desde el siglo XII, el control fue sueco. Los suecos imaginaron Finlandia como un tapón de la expansión rusa hacia el norte y también como un tapón para la difusión de la religión ortodoxa. Por eso, Suecia impuso el luteranismo a partir de la Reforma protestante como religión oficial, tanto en Finlandia como en la propia Suecia. El luteranismo, mayoritario pero muy pronto una religión privada y comunitaria, ha tenido poco peso en la definición del espacio público finlandés.

A partir del siglo XIX, Finlandia pasa a formar parte del imperio ruso, pero con una gran autonomía. Con la Revolución rusa, proclama su

independencia, pero la primera mitad del siglo es convulsa para el país: intentos de golpe de Estado, guerra perdida con la Unión Soviética por la zona de Carelia, alianza circunstancial con la Alemania nazi, contraofensiva soviética... En la Segunda Guerra Mundial murieron casi medio millón de finlandeses, una cifra muy alta, y quedó destrozado un país pobre y fundamentalmente agrario. Quedó también en una situación de dependencia relativa de la Unión Soviética, que se definió precisamente con el término "finlandización", que significaría independencia aparente, pero supeditada a la decisión de la Rusia soviética. La recuperación económica de Finlandia, que queda fuera del Plan Marshall por su especial relación con la Unión Soviética, es lenta al principio de la posguerra y sólo empieza a obtener frutos visibles en las últimas décadas. No sin tensiones: el gran debate finlandés continúa siendo sobre el uso de la energía nuclear y se han dado tradicionalmente, y todavía hoy, tasas altas de paro.

Por tanto, la historia no ha sido plácida para Finlandia, tampoco en este siglo. El sustrato étnico podría haber sido también un motivo de tensiones. El norte tiene una población lapona de raíz mongólica, y otra emparentada étnicamente con el mundo de las estepas centroasiáticas. En el sur se estableció la población propiamente finesa, con escasa o nula mezcla con los lapones, con una lengua de la familia del húngaro y el estonio. Y a eso hay que sumar la presencia en el centro de una población eslava, en Carelia. Estas tres poblaciones se han homogeneizado progresivamente y hay que sumarle todavía una pequeña minoría sueca. La diversidad de orígenes étnicos no se ha convertido en ninguna causa de problemas prácticos, sino que más bien ha generado una buena capacidad de relación con los países del entorno, tanto eslavos como germánicos, y una fuerte vocación pacífica y pactista.

El mundo finlandés, acostumbrado al dominio extranjero, pero con gran autonomía, fundamentada en buena parte en sus pueblos y ciudades, ha generado una gran capacidad de adaptación. Un clima adverso y extremo ha favorecido también una gran conciencia del valor del trabajo, una vocación de neutralismo y un sentimiento social y solidario destacable.

Curiosamente, por tanto, una geografía difícil y una historia convulsa han dado precisamente a los finlandeses de hoy las características para una perfecta adaptación a las exigencias del presente y probablemente a las del futuro inmediato. Una población sobre los cinco millones de habitantes, con un reconocimiento generosos de sus minorías (el sueco es oficial, aunque sólo lo habla un 6 % de la población) y con un sistema de democracia directa bastante simple, pero muy arraigado, hacen posible una gobernación estable y eficiente. La centralidad del valor del trabajo y

un fuerte sentido social nada mediatizado por ningún fanatismo religioso, ha creado un clima interno de progreso y bienestar, en el que Finlandia suele presentarse como una referencia en el avance y la naturalidad en la igualdad hombre-mujer.

La cohesión de las unidades urbanas, las antiguas aldeas en medio de un paisaje majestuoso y hostil, de baja densidad de población, han hecho de estas unidades naturales de convivencia los actores principales de la política y también de la economía. El sentimiento social de los finlandeses, la importancia de todo lo colectivo en la política y la economía, no ha sido una imposición ideológica a través de una revolución igualitarista. Por tanto, una cierta tendencia socializadora no nace de la expansión del comunismo ni de una teoría contemporánea igualitarista, sino de la existencia de lazos fuertes de cohesión social, aldea por aldea, que corresponden a una población sin grandes desigualdades sociales, enfrentada a retos comunes provocados por el clima y la geografía. Resulta así muy ilustrativa la historia de la compañía finlandesa más conocida, Nokia., no dedicada por casualidad de una manera especial a las tecnologías de la información. Nokia es el nombre de una empresa, pero también de una ciudad creada en el siglo XIX en torno a una fábrica de papel. La evolución paralela de la ciudad y la empresa hasta convertirse en la gran potencia actual es una historia específicamente finlandesa, que responde a las particularidades que hacen de Finlandia un ejemplo. Con problemas: una tasa alta de paro, que actúa como inhibidor de la inmigración; un déficit energético que provoca un debate sobre la energía nuclear, en un país con alta conciencia medioambiental.

¿Que ofrece el caso finlandés en Europa como ejemplo? En primer lugar, la capacidad de adaptación de los pequeños Pueblos, de los pequeños Estados, a los nuevos tiempos. Una población limitada permite — aunque no garantiza— la buena gobernación, el uso de la democracia directa y el control de la clase política. Una estructura interna no federalizada en el sentido estricto, pero de inspiración federal, en este caso de pueblos y ciudades, distribuye el poder y lo hace accesible. Una identidad potente y cohesionada alimenta la sensibilidad social y el sentido de pertenencia. Este fuerte sentimiento social genera sentido de la responsabilidad a los ciudadanos, a los individuos y a las comunidades en la gestión del bien común y del interés general. Finlandia combate así por una vía específica —distinta a la de Suiza y América, pero con resultados parecidos— el principal problema de fondo de Europa: la dimisión del ciudadano individual y de la sociedad civil organizada ante el bien común y la plena cesión al Estado de la administración del interés general.

A esto hay que sumar algunas características que forman parte del ejemplo finlandés y que serían consecuencias de las anteriores: de la buena gobernación, en parte por una magnitud útil y adecuada; por otro lado, la valoración social del trabajo y del esfuerzo individual; y fin, la apuesta pública en la enseñanza y en las nuevas tecnologías.

Finlandia es líder en la evaluación mundial del sistema educativo. Según sus responsables políticos, las grandes ventajas del sistema finlandés son un considerable dispendio público en educación — por encima del 5% del PIB—, pero sobre todo una gran inversión en el profesorado y en su formación. Esto lleva a un sistema gratuito y generalizado, que actualmente es competencia de los ayuntamientos. Los responsables añaden, en voz baja, otro dato que no es irrelevante: al contrario de lo que pasa en otros países europeos, la escuela finlandesa no ha recibido el impacto de la inmigración. De hecho, como ya hemos dicho, tiene (como Dinamarca) uno de los índices de inmigración más bajos de la OCDE.

Por otro lado, Finlandia es el país de la Unión Europea más avanzado en lo que se refiere a acceso a Internet, con cifras medias de líneas telefónicas y ordenadores personales muy por encima de las del conjunto de la Unión. Como pasó en Irlanda, el crecimiento económico de Finlandia no se ha producido por el itinerario convencional, que pasaría por una revolución industrial en el siglo XIX, sino por un atajo que ha llevado —a partir de cierta infraestructura industrial— a las nuevas tecnologías de la información. Y está claro que la medida de Finlandia, su forma de gobierno, su sentido social natural, ha ayudado a establecer y a recorrer este atajo.

La gobernación de los pequeños Pueblos

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo publica cada año un ránking de los países del mundo con mayor desarrollo humano. Lo calcula a partir de una combinación de datos sobre sanidad, enseñanza y PIB. El ránking del 2004 lo encabezaba Noruega, seguida de Suecia y Australia. La revista *Economist* elabora también cada año un ránking de los países del mundo según su calidad de vida, en el que participan factores tan diversos como la estabilidad política, el bienestar económico, la esperanza de vida, la igualdad hombre-mujer, la seguridad o el clima. La última edición, del 2004, la encabeza Irlanda, seguida de Suiza y Noruega. Y eso que son países en los que el clima debe bajar la media. El *World Economic Forum* también publica cada año su ránking correspondiente a la competitividad económica de todos los países del mundo. La lista del 2004 la encabeza

como viene siendo tradicional Finlandia, seguida de Estados Unidos y Suecia.

Comparar los resultados de estos indicadores puede ser muy ilustrativo. No son indicadores sólo de potencia económica. Hablan de calidad de vida y de perspectivas de futuro. Participa la economía, pero también otras cosas: sanidad, enseñanza, vida comunitaria, capacidad de trabajo... También podemos pensar que es una lista en que se valora la calidad de los gobiernos, porque buena parte de los indicadores se refieren a aspectos que mejoran con una buena gobernación, que no dependen de la historia ni del clima, sino de las decisiones adecuadas de los gobernantes.

Vemos en primer lugar que Europa está bien representada: encabeza todos los rankings. Pero no toda Europa. Curiosamente, están muy presentes los países europeos exteriores a la Unión: Noruega y Suiza, Finlandia y Suecia. Y todos los países europeos mencionados tienen una característica común: el tamaño. Irlanda tiene cuatro millones de habitantes; Noruega, cuatro y medio; Finlandia, poco más de cinco; Suiza, sobre los siete; Suecia, cerca de nueve. Todos los países europeos tan bien clasificados en estas listas de desarrollo y perspectivas de futuro están en una franja de población entre los cuatro y los nueve millones de habitantes. Los países europeos mucho mayores aparecen en estas listas bastante atrás. ¿Es una casualidad?

Veamos también, por curiosidad, otros índices que nos pueden ayudar a entender, a confirmar o desmentir estas impresiones. Algunas, muy alejadas en concepto de las anteriores y que miden menos el bienestar y más el buen gobierno. *Transparency Internacional* tiene un índice de menor corrupción por países. Lo encabeza otra vez Finlandia, seguida de Nueva Zelanda y Dinamarca.

Observemos quien gasta más del tres por ciento de su PIB en Investigación y Desarrollo. Aparecen, por este orden, tres países: Suecia, Finlandia y Japón. Con el dato interesante que tanto en Suecia como en Finlandia —como en los Estados Unidos— más del setenta por ciento de esta inversión la ejecutan directamente las empresas. Estos dos países son los que van delante también, en consecuencia, del ranking de número de patentes por habitante.

¿Ricos pero insolidarios? *Foreign Policy* elabora su correspondiente ranking de ayudas al desarrollo en el resto del mundo. Se mide el esfuerzo de cada país en el desarrollo de los demás. Van primeros del mundo Holanda y Dinamarca, empatados, y les sigue en tercer lugar Suecia.

Podríamos continuar con informes de todo tipo. Citemos como mínimo uno muy importante, tal vez el más importante de todos. El informe PISA

evalúa la enseñanza por países y compara el dominio de las matemáticas, las ciencias naturales y la comprensión lectora de los alumnos. Finlandia encabeza el ránking en las dos últimas y es segunda en la primera. La acompaña en la cabeza de las listas Hong-Kong, Corea y el Japón.

Tantas coincidencias no pueden ser casuales. En cada ámbito existen sin duda unas causas concretas para que países como Finlandia, Suecia, Noruega, Irlanda o Dinamarca encabecen ránking tan variados. El gasto finlandés en enseñanza o la inversión americana en Irlanda o la gran tradición democrática de Dinamarca. Pero la repetición de estos mismos países una y otra vez, en indicadores tan distintos, nos remite a alguna otra causa. O a más de una. En todo caso, está claro que en el mundo actual los países relativamente pequeños, compactos, con una población entre los cinco y los diez millones de habitantes, son un tipo de unidad que favorece el buen gobierno, la eficiencia de las instituciones, la cohesión social y por tanto el buen funcionamiento del sistema política y el bienestar económico. Y ésta es la medida de muchos Pueblos de Europa. Evidentemente, de más Pueblos que de Estados.

Si sólo tuviésemos presentes razones de eficiencia, deberíamos desear que las unidades que se federasen en Europa estuviesen lo más cerca posible de este tamaño operativo, que da los mejores resultados en la gobernación contemporánea. Es cierto que en un mapa político la eficiencia no lo es todo. Está el peso de la historia, los sentimientos, las identidades. Pero también es cierto que si acercásemos el mapa de una Federación europea a un mapa de las identidades de Europa estaríamos más cerca de estas unidades prácticas que con el mapa actual de los Estados.

Un marco común europeo

La humanidad en general y los europeos en particular han tendido a dejar escritos en grandes códigos solemnes una visión completa del mundo, un orden completo y perfecto que debería garantizar una especie de felicidad colectiva. Lo malo es que a menudo en nombre de estas grandes abstracciones totalizadoras, de estos grandes proyectos de perfección, con buena intención a veces, se ha hecho la vida imposible a personas concretas, se ha sacrificado al individuo. A veces esta visión absoluta se ha sustentado en una idea religiosa, en una inspiración divina. Otras, en un ideal humano, supuestamente científico. Prácticamente en todos los casos, religiosos y laicos, estaba implícita la promesa de una vida futura mejor a

cambio de unos ciertos sacrificios en el presente. El castigo o la represión inmediata y la promesa de una vida futura deberían mantener el orden actual. Desde Jesús a Marx, estas visiones totalizadoras, estos proyectos esféricos de emancipación, han proclamado grandes principios absolutos, pero han servido también para excluir en el día a día todo aquello que no cupiese en la visión totalizada. Todos los mesianismos, religiosos o laicos, han prometido certidumbres (pocas veces alcanzadas) y han patrocinado exclusiones.

Esta vocación de grandes códigos inmutables y solemnes, cargados de principios fundamentales, participa también en la voluntad de proclamar Constituciones y muy particularmente en la voluntad de generar a través de la Convención y del tratado entre los Estados miembros una Constitución que cree la Unión Europea. En cierto sentido es su principal utilidad: solemnizar. En este caso, solemnizar lo que ya existe, construir sobre una práctica marcada por el posibilismo, la inercia, algunos miedos y algunas ambiciones más o menos menores, la apariencia de un proceso constituyente, de una especie de gran asamblea de europeos que deciden de golpe constituirse en Unión Europea, como si lo que tenemos no existiese y se crease *ex-novo*.

La idea de esta Constitución llega a Europa en un momento peculiar de su historia. Por un lado, en un momento de bienestar. Europa es hoy una de las sociedades más avanzadas y más ricas del planeta, con un patrimonio cultural, científico, tecnológico, que es probablemente el punto más alto de civilización al que se ha llegado en la historia. Europa es vista como una sociedad opulenta y protectora de sus ciudadanos, hasta el punto de ser el destino de muy considerables migraciones procedentes del exterior. Pero Europa vive también tiempos de malestar, tiene conciencia —y el resto del mundo la comparte— de una decadencia, de una pérdida de protagonismo, pero sobre todo de un estado de ánimo interno donde se adivina el agotamiento de un modelo. Europa es una sociedad rica, pero no una sociedad satisfecha. Y tal vez muchos europeos intuyen que ha llegado el momento —la última oportunidad— de una reacción que redefina el papel de Europa en el mundo, pero definiendo también la vida interna de Europa.

¿Hace falta una Constitución europea? Algunos han creído que hace falta, para legitimar una práctica. Nuestra vocación de solemnidad y de absoluto, esta afición a los códigos —cuando al final pesan más las leyes que las constituciones y a veces más los reglamentos que las leyes— ha cristalizado

en un texto que refunde textos anteriores y que la mayor parte de los ciudadanos aprobarán o no sin tomarse la molestia de leerlo, en función de posicionamientos coyunturales o partidistas. Viviremos así unos procesos que si al final tienen alguna virtud será la de poner sobre la mesa un mínimo debate sobre qué Europa tenemos, qué necesitamos y cuál podría llegar a ser. Precisamente porque se coloca este debate sobre la mesa, al margen incluso de la Constitución y de su referéndum, en este texto hemos querido hacer una propuesta, tan alejada de la práctica y la inercia actual, como lo es la de una Federación Europea de Pueblos.

Un verdadero federalismo

Pero con esta Constitución, con otra o con ninguna, si creamos un ámbito federal europeo —con el nombre que sea— y mantenemos por debajo unos poderes federados, también bajo el nombre que sea, deberemos definir unas mínimas distribuciones de poderes y unos mínimos objetivos. Una alternativa en profundidad al sistema actual exigiría profundizar y concretar en una forma nueva de gobernarnos. Lo que quisiéramos hacer desde este texto es fijar algunos principios de tipo general que podrían ser útiles para definir este marco europeo común y sobre las que podría pivotar un cambio de sistema.

La propuesta general de una Federación de los Pueblos de Europa. Esto significaría, en primer lugar, transformar las instituciones europeas en una dirección realmente federal. Las actuales instituciones europeas están construidas a la plena conveniencia de los Estados. La presidencia es un cargo de representación, que sabe que debe su poder a los Estados y que precisa consultarlos constantemente. La Comisión no es un verdadero gobierno. El Parlamento no es un verdadero Parlamento, entre otras cosas porque no nombra ni controla al ejecutivo. Cualquier Constitución europea o cualquier marco común debería plantear abiertamente la reforma de las instituciones para dotarlas de poder real en las competencias exclusivas de la Federación y de legitimidad democrática que ahora no tienen, y adaptarlas a una visión realmente federal de Europa. Sería inimaginable que en los Estados Unidos el órgano realmente decisivo fuese la asamblea de gobernadores de los Estados o que en Alemania decidiesen las políticas federales los presidentes de los *länder*.

La balanza de poderes reales entre las instituciones federales y las federadas dependerá de las prioridades de la política europea. En un

sistema federal como el suizo, que no tiene prácticamente más política exterior que el apoyo a sus empresas mercantiles multinacionales, la figura del presidente de la Confederación es muy discreta. Al contrario, en otro sistema federal, pero de un país con una política exterior muy importante, como los Estados Unidos, la figura del presidente no sólo concentra poder, sino que es su icono principal.

La Federación debería promover, además, una simplificación global de la administración. La creación de un marco europeo debería aligerar las administraciones de Europa, no añadir una más a las que ya existían, como sucede ahora. Cada Estado federado deberá organizarse como considere oportuno, pero desde el marco europeo común deberá velarse para que no existas una inflación de administraciones y de burocracia, con la multiplicación de niveles intermedios. El ciudadano debe saber en cada momento qué corresponde a quién, para evitar también que las administraciones se excusen las unas en las otras para eludir responsabilidades. Y la simplificación de los niveles debería acompañarse del establecimiento de administraciones ligeras, no sobrecargadas, evitando la proliferación de burocracia, a la que Europa se ha acostumbrado durante siglos.

Habitualmente, la reivindicación de una Europa de los Pueblos en contraposición a la práctica de una Europa de los Estados se ha hecho desde el terreno sentimental, de los nacionalismos, por razones históricas e identitarias más que por racionalidad económica y política. Pero resulta que hoy la racionalidad económica y política es el mejor y más sólido argumento para avanzar en esta dirección.

Los procesos de crecimiento y de generalización del bienestar más espectacular de Europa se han producido en sus Estados pequeños y medianos, como Irlanda y Finlandia. Noruega y Suiza, que no quieren estar en esta UE, donde temen tal vez ser socios de segunda al lado de los grandes Estados europeos, han demostrado que no hace falta ni estar en la Unión para aprovechar las ventajas de este tamaño mediano y de buen seguro aprovechan también su proximidad a la UE. Dinamarca, un país siempre a las puertas de la Unión dudando si entrar del todo o salir, al lado de su enorme vecino alemán, participa también en todos los rankings positivos.

Cuando Irlanda avanzó a la Gran Bretaña tanto por lo que se refiere a renta per cápita —la segunda más alta de Europa, tras Luxemburgo— como por los niveles de bienestar y calidad de vida, algo se rompió en Europa, en

lo que respecta a la valoración de la magnitud de sus Estados. En el contexto del mundo industrial, en el siglo XIX y buena parte del XX, el gran tamaño era una ventaja. Unos grandes mercados interiores, más o menos protegidos, y unas sinergias favorables. Pero ahora el mercado es el mundo, o como mínimo es Europa. Irlanda ha sido históricamente un país pobre, de emigración, que recuerda hambrunas hace poco más de un siglo. Aprovechando su relación privilegiada con los Estados Unidos y la apuesta por las nuevas tecnologías, Irlanda se ha convertido en un país rico. La relación con la Gran Bretaña, la potencia mayor de la sociedad industrial que vamos dejando atrás, ha dado la vuelta. Ha sido un hecho revolucionario, el síntoma de un cambio histórico.

Sobre todo en el interior de la UE, la medida mediana ha pasado a ser una ventaja estratégica. Los inconvenientes de no ser un país grande quedan compensados por la Unión. Y aparecen virtudes asociadas al pequeño tamaño: la versatilidad, la agilidad, la cohesión, la facilidad de comunicación... y la invitación a competir con rivales (pero amigos) de las dimensiones adecuadas para hacerlo. Si se pudiese hacer un mapa de Europa con criterios estrictamente racionales, sin tener que responder a los celos de los grandes Estados ni a los imperativos —que no debieran ser tan imperativos— de la historia, dibujaríamos una Europa federada formada por unidades de gobernación en torno a los cinco a diez millones de habitantes y dotadas cada una de una fuerte personalidad propia y de una alta cohesión social. Esto sería hoy lo más racional.

Los grandes Estados, herederos de un pasado que les era más favorable, son hoy transatlánticos de difícil maniobrabilidad, a menudo anacrónicos, cargados de burocracia, y en actitudes defensivas y conservadoras. Hace un siglo, la razón iba a favor de los grandes Estados y contra las pequeñas naciones, sin masa crítica para sobrevivir a la intemperie. Entonces, lo único que iba a favor de las pequeñas naciones eran los sentimientos. Ahora, y seguramente en los años que vienen, lo razonable es la federación en un gran espacio europeo sólido y coordinado de los Pueblos y las unidades políticas de tamaño mediano. Lo que mantiene a los grandes Estados no es la racionalidad, sino los sentimientos, la inercia y a veces el miedo.

Por tanto, una Europa federal. ¿Y qué deberíamos federar? Lo que convendría, por lógica económica y por adaptación a la verdadera diversidad del continente (que hemos establecido que es un bien a preservar, aceptando que la creación de una Europa unida significará también lentamente la creación de una identidad europea más fuerte) sería

federar unidades políticas cohesionadas y con fuerte personalidad de medida mediana como la que representan los Estados pequeños y medianos de Europa o los *länder* alemanes federados. Una Europa construida —si se pudiese hacer en el laboratorio— con piezas más o menos simétricas alrededor de esta magnitud y que correspondiesen no a particiones azarasas del territorio, sino a unas realidades preexistentes, grupos de afinidades de lengua, de costumbres y de visión del mundo, que en general —y sólo con pocas excepciones que siempre se podrían contemplar— tienen un tamaño de este orden. Los Pueblos, que ya existen, en la Europa real.

La unidad europea no se ha creado ni se creará en un laboratorio. Los Estados europeos, los más grandes sobre todo, no aceptarán de repente que la racionalidad y la gobernabilidad política nos lleve a una concepción radicalmente nueva del espacio político dentro del continente, porque también los grandes Estados han generado dinámicas sentimentales y políticas que los consolidan. Por tanto, la operación no es sencilla: no basta con protegerla con la racionalidad y la adaptación a los nuevos tiempos. Pero vale la pena darse cuenta de cómo se ha invertido la situación, en algunas décadas. Medio siglo atrás, habríamos diagnosticado que la cabeza estaba a favor de los Estados grandes y el corazón de las pequeñas naciones o los Pueblos. Hoy, la cabeza está a favor de los pequeños Pueblos y sólo el corazón puede salir a defender a los viejos grandes Estados. Pero también es cierto que la cabeza está a favor de los pequeños Pueblos siempre que sean capaces de integrarse armónicamente en un espacio mayor, que les ofrezca unidad en algunos elementos esenciales. Los intentaremos establecer en un aparatado posterior.

Una articulación de Europa a través de los Pueblos, en unidades de medida pequeña y mediana, ofrecería unas posibilidades de complementariedad y de mayor autonomía de las que ofrecen los Estados actuales, entre otras cosas porque serían unidades más simétricas y compactas. Ofrecerían también más posibilidades de mecanismos directos de intervención pública: no olvidemos que la democracia, pero también la ciencia, nacen en un contexto político urbano, de ciudad-estado en la Grecia clásica. Un mundo griego, en forma de confederación de estas ciudades-Estado, con mucha comunicación cultural entre ellas pero con una gran autonomía de decisión y con algo parecido a una paleo-democracia interna, se podría considerar un antecedente de interés para la construcción europea. Hoy también resulta útil dirigirse a estas unidades más pequeñas y más naturales, donde es posible plantear formas de consulta directa, pero también formas de

administración más simplificada, menos burocrática y con menos niveles de los que existen actualmente, a través de los grandes Estados.

Tal vez por eso, los ciudadanos de Europa —y especialmente de la Europa más occidental, donde se acumulan los Estados más grandes— conciben el espacio que denominan regional y local, el espacio más próximo, como su lugar de máxima identificación. Manuel Castells cita las encuestas mundiales de valores realizadas a finales del siglo XX. En ellas, se ofrecía a los encuestados en todo el mundo la posibilidad de identificarse prioritariamente en uno de cuatro niveles: mundial, continental, nacional/estatal o regional/local. Los que se identificaron en el primero como ciudadanos del mundo fueron escasos en todas partes: sólo un 2% del total. Los que respondieron a la pregunta sobre cuál era su identidad con una pertenencia continental —americanos, europeos, africanos, asiáticos— fueron algunos más, pero aún en pequeñas cantidades: un 15% de media. En la media de todas las encuestas mundiales, la respuesta más abundante fue la regional/local, situada en un 47% del total, mientras que la identificación con el propio Estado significaba un 38%.

Pero el lugar del mundo donde la identificación regional/local fue mayor fue en la Europa sur-occidental, con un 64% de las respuestas. Seguida de la Europa norte-occidental, alrededor también del sesenta por ciento. El resto del mundo, a mucha más distancia, y casi en ningún caso por encima del 50%. En otras palabras: los europeos occidentales, a la pregunta de qué son, responden más fácilmente con el nombre de su región (en términos europeos) o de su ciudad que con el nombre del Estado al que pertenecen. Y mucho más con cualquiera de estos dos nombres que con el de Europa. Por tanto, alguna intuición debemos tener cuando situamos nuestra identificación en el espacio no sólo más acogedor sentimentalmente, sino también más práctico para conseguir una gobernación que nos escuche y que responda a nuestros intereses.

Los grandes y pequeños colectivos tienen sus ventajas y sus inconvenientes, precisamente por sus medidas excesivas o insuficientes. Una fórmula federal soluciona este problema. Una federación puede ser tan grande como se quiera, porque la conveniencia económica y la adquisición de una entidad mayor dentro del mundo globalizado invitan a los espacios grandes. Pero a la vez puede disfrutar de las ventajas de los colectivos pequeños, a efectos de gestión administrativa y de convivencia entre personas de afinidades culturales e históricas, de lengua y de tradición. Se ha demostrado que estas unidades son mucho más eficientes y flexibles que los grandes Estados de matriz jacobina. Cuando estos colectivos —estos Pueblos— no han existido, como en el caso de los Estados Unidos, se han

creado artificialmente. Europa puede ahorrarse este proceso.

Regeneración del sistema político

Tal y como hemos ido hablando a lo largo de las páginas anteriores, una primera necesidad compartida de los europeos, en paralelo a la construcción de Europa, sería la regeneración del sistema político; del modo de hacer política. Y esto significa inevitablemente revisar las formas de cooptación de la clase política y de elección de los gobernantes y los representantes. Probablemente, querría decir, si el proceso saliera bien, eliminar el concepto mismo de "clase política" con tal de obtener un sistema accesible para los ciudadanos, del que pudieran entrar y salir las personas con capacidades y aptitudes, sin tener que someterse al desgaste y a la inercia de la vida política actual.

Ya hemos comentado que esto pasa, en cierta medida, por un cambio profundo de valores, que acoja a la ciudadanía —a los individuos y a la sociedad civil— en la gestión del interés general y que evite su monopolio por el Estado. Pero los cambios de valores son difíciles. Es necesario, sin duda, una alternativa global al sistema político. Pero sin agotar ni mucho menos las posibilidades de plantear esta alternativa global, hay medidas relativamente simples al alcance inmediato incluso del sistema actual, con todas sus carencias. Las más tangibles tienen que ver con las leyes electorales, y por tanto con el proceso de elección de los gobernantes y representantes.

- Regular la proporcionalidad del sistema electoral, para poder evitar la multiplicación del número de partidos y coaliciones representadas en los parlamentos hasta el infinito. Esta multiplicación —producto de los sistemas estrictamente proporcionales— acaba borrando la noción básica de diferencia entre Gobierno y Oposición y alimenta la aparición de pequeños partidos especializados en un único tema más o menos marginal, o hasta en la aparición de partidos clientelares y de vocación minoritaria.
- Garantizar la presencia equilibrada del conjunto de los territorios, con mecanismos compensatorios de la proporcionalidad estricta. El principio "una persona, un voto" no nos puede llevar al contrasentido de que sólo tengan representación política las áreas densamente pobladas. Todos los territorios europeos deben tener voz política, y esto será fácil con unidades más pequeñas y con circunscripciones

electorales relativamente reducidas. Se debe buscar, como hacen ya muchas legislaciones europeas y muy especialmente la alemana, un equilibrio entre la proporcionalidad y la representación territorial. Esto significa inevitablemente una cierta prima al voto de las zonas rurales menos pobladas.

- Favorecer los sistemas de elección directa y a la persona. Esto significa hacer prevalecer las listas abiertas, cuando se trata de listas de partidos, en las que el elector no está obligado a votar a todos y cada uno de los candidatos, sino que puede escoger en función de su confianza personal. El gobernante o el representante escogido en lista abierta sabe que el depositario de la confianza de los electores, y por tanto quien debe dar cuentas y cumplir compromisos, es él mismo y no su partido.
- Ampliar los espacios de la administración pública no sometidos a la lógica partidista y por tanto a los efectos de las alternancias. Un cambio político debería afectar tan sólo a una mínima parte de servidores públicos, encargados de dar orientación política a la acción del gobierno, pero no a amplios sectores de la administración que de hecho aportan conocimientos técnicos. Esto no quiere decir que estos cargos tengan que ser inamovibles y eternos. Al contrario, deben ser considerados profesionales, y deben ser atribuidos en función de los méritos profesionales, con la posibilidad también naturalmente, de revocarlos. Esto permitiría flexibilizar la relación entre sociedad y Estado, de manera que las personas con aptitudes podrían entrar y salir de la esfera pública sin tener que pasar por filtros y ligaduras de la vida partidista.
- Velar por una correcta formación, a través de estudios especializados, de los profesionales de la administración y de la política. La formación para la función pública tiene muchos aspectos específicos, que no pasan tan sólo por un buen conocimiento de las leyes y los procedimientos, sino que piden una formación profunda de las personas. Obviamente, no se puede limitar el ejercicio de la política a las personas que se hayan sometido a esta enseñanza específica — porque esto significaría convertir aún más los políticos en un cuerpo profesional al margen del conjunto de la sociedad—, pero sí parece lógico que unos estudios especializados, siguiendo aunque de lejos, el ejemplo francés, pueden proveer a la política y sobre todo a la alta administración de personas con mayores aptitudes y conocimientos específicos.
- Garantizar la transparencia interna de los partidos políticos, tanto en su

toma de decisiones como en su financiación. Un modelo europeo en el que en teoría las formas de financiación son muy restrictivas, pero los partidos concentran gran parte del poder, nos ha llevado a una clase de doble moral. La misma doble moral que hace que la política esté mal remunerada y que la opinión pública se escandalice por los sueldos de los políticos y por los gastos de los partidos. Si lo que queda encima de la mesa, visible, no es ni lógico ni razonable, las cosas acabarán pasando por debajo de la mesa.

- Favorecer el ejercicio de la democracia directa en temas concretos en los que —en unidades políticas de medida más natural y práctica— se pueda preguntar directamente a los ciudadanos su opinión sobre cuestiones que les afecten. Es, en parte, el modelo suizo de referéndums, pero también el de los Estados Unidos, donde suelen coincidir con las elecciones presidenciales una cifra muy alta de referéndums específicos y en ocasiones muy trascendentales en cada Estado.
- Simplificar y concentrar los procesos electorales, para evitar una sensación de campaña electoral continuada.

En definitiva, la gestión de los políticos debe pasar a ser en la medida de lo posible la firma de un contrato público, con transparencia absoluta. Un programa electoral es una propuesta de contrato. Unas elecciones, la manera de firmarlo. Los compromisos obligan y deben ser objeto de un seguimiento serio. Cuanto más nos acerquemos a esta definición, más regenerada quedará la política. Una regeneración que sin duda no agota las posibilidades y la necesidad de un replanteamiento más radical del sistema.

El compromiso con los valores

Hay valores fundamentales de la sociedad europea que no pueden quedar bajo los designios variables de cada gobierno federado, que no deberían ser por llamarlo así optativos dentro de la estructura federal, sino compartidos y velados por la Federación. Especialmente en un terreno central, que es la escuela, y en un terreno importantísimo, que son los medios de comunicación y especialmente los de titularidad pública. A veces tenemos tendencia de encomendar a la escuela y los medios de comunicación la promoción de unos valores y la negación de otros, como si estas instituciones fueran moldes del pensamiento, como si bastara con conectar un valor o un

deseo concreto al altavoz poderoso de la escuela y los medios para garantizarlo. Por fortuna, la historia ha demostrado que las cosas no funcionan así. Los regímenes dictatoriales han tenido durante décadas —en Rusia, en Chile, en España— el control absoluto de estos mecanismos y no han logrado construir ciudadanos bajo un molde ideológico, como pasaba en “1984” de Georges Orwell. Pero sin llegar a estos extremos no podemos discutir la centralidad de la escuela y de los medios de comunicación en la transmisión de valores y de visiones del mundo. Las instituciones europeas deberán velar por la calidad de la enseñanza, por su extensión —sin que esto comporte practicar el igualitarismo a la baja—, pero también por sus contenidos.

La laicidad, la separación básica de la iglesia y el Estado, es uno de estos valores constituyentes. Por lo tanto, transversal y federal. Si un Estado federado no puede aceptar por alguna razón este principio básico, no tiene lugar en la Federación Europea, que se fundamenta en estos principios, de los que emanan otros que hemos analizado en páginas anteriores: la ley civil, la democracia, los derechos humanos, el sufragio universal, la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. No se puede formar parte de la Unión si no se acepta y se practica el sufragio universal, tampoco, si no se respetan los derechos humanos. Pues, de la misma manera, y aún con más claridad porque estamos ante un principio motor del que se desprenden los otros, es imprescindible aceptar la separación de la ley civil y la religión, de la iglesia y el Estado.

Si se permite o no ir con un crucifijo, un velo o una *kipá* en la escuela puede ser discutible, y cada gobierno federado puede tomar medidas que correspondan a su propia tradición. Pero la laicidad de los programas comunes de enseñanza, la presencia exclusiva en estos programas de una visión científica y racionalista de la realidad, la exclusión de los programas comunes de las visiones religiosas o para-religiosas del mundo, debe ser una obligación del Estado con control federal, porque se debe garantizar en el conjunto europeo. Esto no significa extirpar los conocimientos en materia religiosa de las escuelas. Sin estos conocimientos, de cultura general, no se pueden entender ni los museos ni las ciudades de Europa, ni la pintura renacentista ni las catedrales góticas ni la Alhambra de Granada ni la literatura de Kafka ni las fiestas y las costumbres de nuestro calendario ni nuestra gastronomía. Pero la escuela no puede ser el territorio del proselitismo en sus programas comunes.

Está claro que ni en nombre de la laicidad se puede realizar ningún tipo de persecución religiosa ni en nombre de la libertad religiosa se pueden

emparar organizaciones y creencias que empujen al odio o a la destrucción o incluso lo practiquen de una manera o de otra, incluso entre sus propios fieles. A partir de aquí, será cada ciudadano, cada persona, la que adoptará sus propias creencias y sus actitudes en relación con los sentimientos religiosos.

Este compromiso con la laicidad tiene un compromiso paralelo en positivo: la apuesta del pensamiento científico y tecnológico. Nuestra civilización, en la medida en que ha puesto la Razón en el centro del espacio público, ha podido conseguir un desarrollo científico y tecnológico que otros estadios de civilización, donde los valores centrales eran la religión o el poder sacralizado, no se pudo conseguir. Por tanto, la reivindicación de la ciencia y de la tecnología como forma de conocimiento esencial es básica para nuestro mundo. Y conseguir que nuestros ciudadanos tengan una buena formación científica y técnica forma parte del objetivo de velar por la calidad de nuestro sistema educativo.

Pero, además, el desarrollo científico y técnico es el que ha dado a Europa ventajas significativas cuando los ha tenido. Y el futuro económico — y por tanto el futuro del bienestar y de la riqueza— de Europa pasa por una competencia fuerte en este ámbito. Irlanda y Finlandia nos han demostrado que es posible llegar a un alto desarrollo en las tecnologías de la información sin haber pasado completa la revolución industrial. Esto es positivo, pero también es inquietante. Si la revolución del conocimiento sólo se pudiera hacer desde la revolución industrial, Europa llevaría un tramo de ventaja a gran parte del mundo. Ellos aún tendrían que pasar por una estación que nosotros ya hemos pasado. Pero Irlanda y Finlandia nos demuestran que no todos los trenes pasan por todas las estaciones.

La historia de Europa nos demuestra aún otra cosa: a veces pasan los trenes, y no se cogen. El Sur de Europa en la Edad Media era la zona más rica del continente. Sicilia tenía fama, en el siglo XIII, de ser la región más rica de la cristiandad. Mientras Córdoba o Bagdad eran ciudades esplendorosas, las ciudades del norte de Europa estaban muy lejos de su riqueza y de su grado de civilización. Pero muchas de estas zonas y ciudades muy ricas hasta el siglo XVI o XVII no cogen el tren de los grandes cambios económicos y de mentalidades que se producen en aquellos momentos. Pierden los trenes. Y las ciudades del norte de Europa los cogen: los trenes de la revolución industrial, antes de las transformaciones económicas que generan el capitalismo. Europa, en conjunto, coge el tren de la revolución industrial, y de ahí nos viene la riqueza y el bienestar. Pero ahora está pasando otro tren, el de la revolución del conocimiento, el de las nuevas tecnologías. Si no lo

cogemos, nos pasará como a aquellas ciudades que eran ricas en el siglo XVII y no entendieron los cambios que se producían entonces.

Es responsabilidad de la Federación Europea que no perdamos, como continente, como parte de una civilización que hemos creado, este nuevo tren. Europa en su conjunto debe mantenerse a la cabeza del campo científico y técnico, si quiere tener peso en el futuro. Si no lo hace, las consecuencias negativas tal vez no serán inmediatas, pero habrá desaparecido la fuente de nuestro futuro bienestar y de nuestro peso en el mundo. Más aún que en temas de natalidad o de poder político, es este liderazgo —o coliderazgo al lado de los Estados Unidos y del mundo asiático—, en el ámbito científico y tecnológico, el que puede evitar la decadencia de Europa. Sabiendo que en las últimas décadas el dinamismo de los Estados Unidos en este terreno ha sido superior al de Europa, porque desde su misma independencia ha existido una preocupación central por el conocimiento científico y técnico, a menudo superior a la del conocimiento humanístico, al contrario que en Europa. Sólo debemos fijarnos en el número de Premios Nobel científicos que han obtenido los americanos y compararlo con los literarios. Pero Europa debe revalorizar el conocimiento científico, debe superar un incomprensible tecno-escepticismo que se ha instalado en una parte de su opinión pública —y que alimenta alguna de las formas menos sofisticadas de la ecologismo— y debe recuperar la centralidad en su pensamiento de la ciencia y de la técnica.

A menudo desde el prejuicio religioso —la obra divina debe ser superior a la humana— o desde un ecologismo mal entendido, se ha alimentado el recelo al progreso científico, a las posibilidades de la investigación, a la abertura de nuevos campos para la ciencia y la tecnología. Esto es desastroso para Europa. Y es el gobierno federal quien debe coordinar a los Estados para evitar la pérdida del liderazgo científico y tecnológico, a través de la enseñanza, de las políticas universitarias y de investigación, de la relación con las empresas.

Conclusión

Posiblemente la frase más terrible que he leído sobre la Europa actual sea una de la filósofa y socióloga Agnes Heller, cuando dijo: "La vieja Europa se parece a un cadáver, el pelo y las uñas del cual, la riqueza y el conocimiento acumulativo, continúan creciendo, pero el resto está muerto..." La frase resulta terrible porque en la metáfora macabra hay un punto que todos compartimos: la certeza que Europa en su conjunto, o los

principales Estados de Europa de forma dispersa, protagonizaron un impulso histórico en el pasado de un empuje extraordinario. Europa generó un modelo de civilización que descubría al individuo, que entronizaba la Razón y la ponía en el centro del espacio público, que permitía el nacimiento del pensamiento crítico y, con él, el de progreso técnico y científico.

Este extraordinario impulso permitió a Europa un liderazgo planetario y una explosión interior de riqueza, de creatividad y de fuerza. También la llevó a los callejones sin salida de las más terribles destrucciones. Pero en esta Europa pasada creemos recordar que existía la potencia de un ser vivo. Mientras que en la Europa presente continuamos viendo las riquezas, el bienestar, el confort y la comodidad, tal vez más que nunca. Pero no sabemos encontrarle aquella vitalidad propia de la juventud. No le encontramos el impulso. Y por eso a todos nos pasa por la cabeza una metáfora que Agnes Heller lleva a las últimas consecuencias: a lo mejor esta riqueza y este bienestar son la inercia que nos queda del impulso antiguo, pero el motor que la hacía correr se ha detenido. A lo mejor vivimos aún de la rentas de aquella antigua fuerza, que ya no nos empuja.

En cierto sentido, el proyecto de la unidad europea es una reacción contra esta sospecha. Pero en cierto sentido es también su confirmación. Viendo el impulso de los Estados Unidos y también del mundo asiático; prisionera en medio de la guerra fría, Europa sólo podía renovar su papel en el mundo a través de un proceso de unificación, que le diese la masa crítica necesaria para competir con las nuevas potencias económicas y políticas y renovase profundamente sus fundamentos. Pero Europa afronta esta etapa de la carrera con el peso de los recelos, del conformismo, del gusto del propio bienestar.

Lo que parecía que debía ser un proceso revolucionario de creación de una realidad nueva e inédita, toma la forma de una muy prudente confluencia de Estados, fundamentada en la economía, presidida por un ideal igualitarista y por una invitación permanente al individuo de despreocuparse del bien general y concentrarse en su bien particular, porque un Estado providente ya se preocupará por él.

Europa se convierte en algo parecido a un invernadero, heredero directo de los pequeños invernaderos de cada uno de los Estados, diseñados para que el ciudadano que está dentro no se tenga que enfrentar a los riesgos de la intemperie, esté siempre protegido, no tenga que preocupar por nada. Y en este pacto fáustico entre el ciudadano y el Estado, el Estado ofrece toda la protección y obtiene a cambio todo el poder.

La Europa del bienestar también es, aún hoy, la Europa de un malestar indeterminado y difuso, la Europa de un estado de ánimo apagado, incapaz de disfrutar de todo lo que tiene porque pide más, tal vez porque cada ciudadano piensa que tiene derecho a todo lo que se le ha prometido: toda la protección, toda la seguridad. Estos serían los síntomas de senilidad. Podríamos decir, ante esta situación, no sólo que Europa ha envejecido, sino que todo el sistema que desemboca en la realidad europea actual presenta signos de fatiga, de senilidad.

La Europa actual es el lugar donde desembocan múltiples herencias positivas, muchas fuerzas de civilización que tienen raíces muy profundas y que en algunas cosas se han acelerado en los últimos quinientos años. Venimos de Grecia y de Roma, venimos de las antiguas civilizaciones mediterráneas, del Nilo y del Oriente Próximo. Venimos desde tan lejos que da la sensación que hemos perdido impulso. Que los nuevos impulsos, en el mundo, se dan en zonas con injertos más jóvenes. Como si en buena parte la herencia de nuestro impulso hubiera germinado sobretodo hoy, en América del Norte y en una civilización de claves tan lejanas como la oriental.

Pero Europa inventó y puso en medio del mundo, hace unos siglos, una herramienta básica, fundamental: el pensamiento crítico. Y una de las herencias del humanismo, del racionalismo, de este pensamiento sin prejuicios, es considerar que el futuro no está predeterminado, que no hay leyes inexorables de la historia ni designios divinos de los que no podemos escapar —a la manera de la antigua tragedia griega—, sino que existe la fuerza de voluntad y del esfuerzo de las personas. En cierto sentido, para Occidente, la voluntad es el motor de la historia.

Como dice Agnes Heller, ¿Europa está muerta? Es decir, ¿tiene o no esta voluntad? Cuando representa que está aprobando su Constitución; cuando se ha ampliado hacia el Este hasta llegar a las puertas mismas de Rusia; cuando discute sobre la incorporación de Turquía; cuando el euro tiene un cambio altísimo con el dólar; y cuando los manifestantes en las ciudades europeas subrayan que el mundo occidental se ha escindido y que Europa y los Estados Unidos no caminan juntos, todo haría pensar que Europa está muy viva. Pero todo esto, ¿son signos de vida real, son los síntomas de un cuerpo vivo, o son las uñas y los cabellos que aún crecen? ¿Es el motor que aún empuja o es la inercia que hace correr algunos metros, en bajada, cuando el motor ya está parado? La metáfora de Heller es más terrible, porque lo que ha muerto ya no resucita. Pero los motores se pueden volver a poner en marcha. O un vehículo puede cambiar de motor cuando el viejo se le ha estropeado.

Porque también tenemos cosas que conservar y profundizar. Cosas que nos son propias. Por ejemplo, ante los retos de los nuevos totalitarismos de raíz religiosa, la laicidad de nuestro espacio público. Europa consiguió una transformación esencial, que puede ofrecer a la humanidad: separar la ley civil de la ley religiosa, la iglesia del Estado. Quitó la divinidad y el poder de origen divino del centro de la plaza pública y situó en éste lugar a las personas humanas y a la Razón. Es decir, la democracia, los derechos humanos, la ciencia, el pensamiento crítico. La laicidad es el primer paso de esta transformación. Que no quiere decir persecución religiosa, en absoluto. Quiere decir que la religión deja la plaza y se queda en el hogar, individual o comunitario, en las conciencias y las vidas privadas. Pero que no se gobierna ni se legisla con la ley religiosa en la mano. Esto es necesario conservarlo.

Y aún un escalón más arriba. Cambio de valores. Cambio de política. Predominio de la racionalidad y de la persona humana. Aceptación de la diversidad, pero sin aceptar ni el racismo, ni el igualitarismo obsesivo ni el relativismo cultural que no admite ningún valor universal ni ninguna cultura territorial de referencia. Y de todo esto junto, mezclado, surge la propuesta política, en el sentido más estricto: nos hace falta crear una Europa nueva, inventada, sobre nuevas bases. Más valiente, más decidida. Que sea un ejemplo para el mundo de cómo se pueden unir voluntades sin imposiciones, de cómo se puede vertebrar la diferencia sin centralismos, de cómo se puede dar un papel a los individuos sin dejarlos absolutamente desprotegidos en la intemperie. Esta podría ser una Europa verdaderamente federal. Pero no una federación de Estados-nación como la que se nos propone. Una federación que contemple la diversidad real, el peso de la historia, los sentimientos variados de pertenencia, que dé salida por elevación a los conflictos territoriales y a los viejos nacionalismos contrapuestos. Y esto es posible.

Pero hay otra experiencia en la que cabe insistir y que refuerza aún más la idea: los pequeños Pueblos, las unidades más o menos naturales, con unos rasgos comunes, con una fuerte cohesión social, con personalidad propia, con posibilidades de democracia más directa, tienden más a la buena gobernación que no los antiguos y desprestigiados grandes Estados. Y son más ágiles, tienen más capacidad de adaptación, resultan más útiles para afrontar los cambios de la sociedad denominada del conocimiento. Finlandia, Dinamarca, la misma Suiza, Suecia, nos dan ejemplos en este sentido. Por tanto, por racionalidad, no por estricto sentimiento, hace falta construir una Europa con unidades de esta medida, *länders* de la nueva Europa. Y que esta Europa federada pueda servir de ejemplo y de modelo para otras federaciones en otros lugares del mundo:

para el mundo árabe, para el mundo eslavo, para la América latina. Quién sabe si también para el gran problema de la humanidad, África.

Europa inventó el Estado-nación y lo exportó al mundo. El Estado-nación es el lugar donde desembocan viejas experiencias imperiales, pasadas por el filtro del romanticismo y de la exaltación de las almas individuales. Hoy, el patriotismo de los grandes Estados-nación tiene mucho de añoranza de las antiguas grandezas y de temor a las nuevas realidades. El Estado-nación grande, jacobino, centralizado, aparece como el invernadero protector en un mundo que camina de forma poco previsible hacia la globalización. Pero éste es un artefacto que ha envejecido. Demasiado grande para responder a las exigencias de la gobernación eficiente, ágil, adaptada al terreno. Demasiado pequeño para tener un papel en un mundo global en el que cada vez más sólo existe un escenario, sobre el que caben pocos actores.

Contra la excesiva magnitud y artificiosidad del viejo Estado-nación, la gobernación a través de los Pueblos, de los municipios, de las comarcas, de las unidades más ágiles y efectivas, con las que la persona tiene unos lazos más entrañables, de pertenencia. No la multiplicación de los viejos patriotismos —a veces chovinismos— de los Estados-nación, sino la generalización de un sentimiento de vinculación con el propio espacio, con la realidad más próxima, que está allí donde se resuelven la inmensa mayoría de los problemas de la vida cotidiana. Porque los viejos Estados-nación se nos han hecho demasiado grandes, federemos Pueblos, realidades arraigadas y al mismo tiempo gobernables, próximas.

Pero también contra un mundo convertido en mosaico de piezas pequeñas, sirve la idea de una Europa federada. Porque estos Estados-nación que son demasiado grandes para la gobernación de la vida cotidiana, son demasiado pequeños para dar respuesta al mundo global, que pide una concentración de actores y una eliminación de fronteras. Ésta es la grandeza del proyecto europeo: que debe permitir combinar en un solo proceso las ventajas de ser grande y las de ser pequeño, las ventajas de ser distintos y las de ir juntos; las ventajas de decidir desde muy cerca las cosas y las de participar en grandes decisiones que afectan al planeta.

Y todo esto por libre elección, por voluntad y por proyecto, no por imposición ni por uniformización. No integrados a la fuerza en una realidad más grande, sino cada uno integrado desde su responsabilidad propia en una realidad compartida en la que todos somos distintos, pero todos tenemos los mismos derechos. Ni el igualitarismo de hacernos ir a todos con el mismo uniforme, quieras o no quieras, ni el aislacionismo de vivir los unos al lado de los otros sin puentes ni coordinación.

Si un sueño europeo puede existir, debe ser éste. Una Europa nueva, que ha cambiado por dentro, que ha vencido la tentación de la plácida decadencia, que marca algún tipo de camino útil para el conjunto de la humanidad.

Matadepera, agosto — Bamako, diciembre del 2004

EPÍLOGO

Biblioteca Divulgare, al seleccionar los textos recibidos para optar al Premio Catalunya Fundació Privada, año 2003, y al concederlo a la obra de Vicenç Villatoro, ha considerado con gran interés la oportunidad del desenvolvimiento del tema propuesto —“Colectivos humanos. Crearlos o Constitucionalizarlos?”— realizado por el autor, y la feliz coincidencia con la propuesta de la Convención creada para redactar la Constitución de la Unión Europea.

Fiel a los objetivos culturales perseguidos siempre por parte de la Fundación, la selección en ningún caso inclina sus criterios por ideas previas de ninguna tendencia política, o a ideas asumidas de cualquier otra naturaleza. Con objetividad, siempre relativa, intenta presentar temas de interés general, susceptibles de promover debates acerca de cuestiones vivas y actuales, aunque siempre vinculadas a la historia que es la que recoge el conocimiento empírico, y la ciencia que crea nuevos conocimientos.

Pero en este caso concreto, consideramos el libro premiado de manera plenamente coincidente con el comentario del Sr. Jordi Pujol, hecho en el prólogo escrito por deferencia a Vicenç Villatoro.

La diagnosis hecha por el autor en cuanto a la situación de Europa dentro el mundo actual, en pleno desenvolvimiento de globalización, la consideramos acertada en términos generales, y por ello, aparte la oportunidad que ha resultado por la publicación del proyecto de Constitución de la UE, el acierto en el tratamiento del tema, creemos añade valor intrínseco a la obra. Pero la calidad de otros trabajos presentados, que aún siendo menos descriptivos y prolijos en cuanto a la diagnosis, poseen valores estimables dignos de premio, ha movido nuestro interés. Y de acuerdo con estos autores, hemos recogido las ideas motrices para hacer una síntesis de ellas, y sin una literalidad estricta presentarlas en este epílogo en forma anónima.

El interés para publicar estos pequeños textos, nace no solamente para mostrar ciertas divergencias con la obra premiada que den lugar a posibles debates, sino también porqué ciertas ideas de las expuestas amplían conceptos paralelos a los tratados en este libro, y alguna apunta sugerencias para tratar la problemática europea ante su Constitución.

Manifestamos nuestro agradecimiento a estos autores. Creemos que su aportación desinteresada al libro resulta muy importante.

.....

LA CREACIÓN DE COLECTIVOS HUMANOS.

No son sinónimos cultura y civilización, pero son dos factores inseparables de la evolución humana. Y a la vez, comprobación que Darwin fue solo descubridor del poder creativo de la evolución, descubrimiento limitado por la observación en especies inferiores al contemplar los cambios morfológicos de estas especies, al adaptarse a medio ambientes diferentes.

Los cambios observados, siendo tan notables en especímenes situados en lugares distantes unos de otros y en ambientes climáticos tan distintos, parece debían llevarlo a meditaciones sobre la evolución de la especie humana. Pero solo existen ciertos indicios de disconformidad con las doctrinas al respecto imperantes en su tiempo, todas creativistas. Sus reparos a estas creencias más que ideas, eran considerados salidas de tono para un naturalista.

La evolución de la teoría de selección natural, al centrarse en la especie humana, ha dado la vuelta no solo a la filosofía teogónica de la creación, sino también a una parte de la propia idea evolucionista de Darwin.

Desde la creación según el Pentateucto o la Torà bíblicos, a la Creación de las Especies de Darwin, hasta la creación por evolución del neodarwinismo, no ha habido la definición del poder creativo de la Tierra, que ahora sintetizándose obliga a considerar que la civilización transformadora de los homínidos en humanos, es un solo proceso, inevitable por la naturaleza evolucionadora de la especie, y a causa de su genoma ya detectado pero mínimamente conocido.

Consecuentemente, siendo este genoma único para todos los humanos, la evolución por selección gana calidad de evidencia. De otra manera, partiendo de una igualdad absoluta, potencialmente habrían podido evolucionar, sino en igualdad clónica que hubiera dado lugar a una vida aberrante, a una igualdad modulada que hubiera hecho felices a los humanos, sin la creación de la felicidad huxleyana, que ahora por lo que señala el mapa del genoma humano permite elucubrar sistemas utópicos más perfectos que el imaginado por Huxley.

La humanidad, desde su especiación, ha desarrollado un solo proceso evolutivo, igual al de las otras especies inferiores, pero a causa de este genoma capaz de crear conciencia, desde la cual y por otro proceso paralela —el proceso cultural—, los humanos por sí solos han salido de la bestialidad, han superado los estados de salvaje i bárbaro, alcanzando la civilidad.

Contemplado así el proceso, es unitario. Las distintas civilizaciones sucediéndose, forman el único proceso civilizador acaecido en la Tierra. La cultura, considerada como acción de cultivo humano, paralela al cultivo de las plantas en la agricultura, también es única, convergiendo con el proceso civilizador de manera que siendo totalmente dependientes, resultan ser el paradigma de evolución por selección.

La evolución del resto de especies también existe, pero solo afectando a su parte instintiva y sensitiva, con mínima intervención neuronal que es el que ha hecho superiores a los humanos frente a todo otro sistema vital en la Tierra.

Y así como los antecesores y actuales humanos no pueden evitar existir o haber existido, todos tampoco pueden evitar participar en el proceso de selección. Ninguna realidad o abstracción filosófica pueden liberar a los humanos de competir. Solo la muerte los libera de esta naturaleza.

La circunstancia y la voluntad crean aptitud en cada espécimen humano para evolucionar. El instinto también actúa, aunque no es decisivo como lo es en los animales irracionales. El "yo y la circunstancia" es una realidad inevitable. El yo —y el nosotros—, toman así la categoría más elevada del "existir".

El mecanismo es de naturalidad absoluta: la función de los sistemas y órganos fisiológicos. Ejercitarlos más o menos, separadamente o en su conjunto, es lo que marca las diferencias y capacidades, creando una evolución más o menos dinámica.

No existe voluntad colectiva. Como máximo existen voluntades asociadas. Cada espécimen se debe a sí mismo. Inevitablemente tienen la obligación de estimarse a sí mismos. Ser egoístas. La evolución positiva de la humanidad, en todas las épocas y a lo largo de todas ellas, se alcanza por el cultivo de cada espécimen, independientemente del resto. Querer evitar o ignorar esta realidad en nombre de cualquier "sentimiento más elevado", de cualquier idea o teoría, es negar la naturaleza humana.

Solo es posible cultivar el sentido asociativo. Los homínidos descubrieron la conveniencia de asociarse para obtener grandes piezas de caza. Quizá el griterío al practicarla, inició la estructuración de las cuerdas vocales para crear el lenguaje. Los colectivos humanos que aprenden a asociarse, no a intentar hacerse iguales, son los que más y mejor evolucionan. Y el individuo que ejercitando intelecto aprende a combinar pensamiento y sentimiento en dosis adecuadas, es el que más buena aportación hace a la colectividad, y el que personalmente obtiene mayor satisfacción de vivir. A más cultura, más satisfacción, en todas las

circunstancias, hasta el punto que las circunstancias en buena parte son dependientes de la cultura de cada individuo .Y esto, por ser tan universal, es lo que hace que la cultura sea una: la acción que lleva a la mayor y mejor evolución.

Se puede continuar hablando de "culturas diferentes". Los perjudicados de esta perversión expresiva, son los que teniendo poca cultura, acaban aceptando que la suya es solo diferente, destruyendo el estímulo para prosperar en la evolución...

.....

LA ESCUELA DE LA VIDA.

Desde los inicios más remotos de toma de conciencia, los humanos han ideado infinidad de formas de asociación. La complejidad aumentando al crear cultura, derivó a la democracia. Inventado el nombre y el sistema en Atenas, en largo proceso más que milenario, desde entonces todo el mundo ha querido ser demócrata. Pero la naturaleza egoísta de todos, ha pervertido la palabra. En realidad nació pervertida: los atenienses más demócratas, bienpensantes y todos privilegiados, consideraban democracia el sistema que aceptaba naturalmente la esclavitud

La democracia actual que ha de regular contratos entre humanos que forman colectivos de centenares de millones de personas, ha de ser necesariamente representativa. Por lógica y por experiencia, se puede afirmar que la calidad de los Representantes, sea de una sociedad privada o de una gran Federación política, así como sus consejeros, determina el éxito mayor o menor, o el fracaso de las respectivas asociaciones. Por tanto, la acertada elección de los representantes es esencial para que el sistema democrático funcione. Y la elección no puede ser acertada si los electos no son conocidos por parte de casi todos los electores, de manera que el distanciamiento entre unos y otros se ha consumado. Hay culpa que esto haya sucedido, pero no es culpa de personas determinadas. La culpa es del sistema: falta escuela; falta conocimiento por parte de los representantes; y falta conocimiento mutuo entre representantes y representados.

Por otra parte las elecciones periódicas no son suficientes para establecer control y crítica de la acción del gobierno. Y la representación convertida en propiedad de gobernantes y en cierta manera también de los opositores —a pesar de que entre ellos no exista connivencia para perjudicar a los electores—, no ha evolucionado como lo ha hecho una gran parte de

la ciudadanía. El divorcio entre las partes ha sido a causa de dos procesos evolutivos divergentes — endogámico el de los gobernantes y tremendamente conservador de forma y fondo, y exogámico y constantemente renovado por la cultura generalizándose, el de los gobernados.

Había más materia y contenido conceptual en el Senado romano, no solo en la República, sino también en el Imperio, del que ahora existe en casi todos los parlamentos llamados democráticos. Y había más iniciativa y pasión en la Convención de la Revolución francesa, que la que ha redactado la Constitución de la Unión Europea. Esta, paradójicamente, está pensada para que nada cambie. Puro teatro político. Los Estados quieren continuar siendo Estados a la vieja usanza, sin considerar que el mundo cambiante necesita nuevas formulas políticas y una reordenación apropiada de contratos entre gobierno y gobernados, para alcanzar una convivencia pacífica entre ciudadanos y ciudadanía diferentes en todos los niveles: económicos, políticos y culturales.

Los estados europeos aferrados a fórmulas del pasado, actúan como siempre: intentan alcanzar la buena convivencia entre las diversidades, anulando la diversidad, y como siempre fracasan, porque la diversidad está en la naturaleza de las personas y de sus colectivos, empezando por las familias. Es evidente que no saben, y quizás no quieren, ver que el camino fácil para constitucionalizar Europa, es que previamente se haya articulado la diversidad indestructible de los colectivos naturales, que afortunadamente Europa los tiene bien definidos. Para posibles uniones territoriales que la globalización seguramente exigirá, la norma deberá ser la misma, y allí donde no existan estos colectivos naturales, habrán de crearse artificialmente, como hicieron en EEUU. Cuanto mayor es un colectivo, mayor y más profunda descentralización exige.

Por otra parte no es conveniente, ni posible, cambiar el complejo mental y sentimental de los humanos. No solo respetar, sino fomentar el carácter de la gente, de las familias, de los Pueblos, todos estos agentes políticos naturales, serán mas pronto o mas tarde, la base de las grandes reuniones planetarias, hasta alcanzar la mundial. Aquellos colectivos que sin reconocerlo son imperios, como China, la CEI i el Islam, como mas significativos, deberán seguir la misma ruta marcada por el racionalismo siempre respetuoso con la naturaleza de las cosas, grande o pequeñas. Y igualmente los grandes Estados.

Romper imperios residuales y grandes Estados, entes también artificiales, creados en general a través de las guerras, no ha de hacerse

para dividir las poblaciones. Al contrario: ha de ser para cohesionarlas mediante la voluntad de asociación voluntaria.

La libertad individual, base de convivencia buena, se ha ido alcanzada a través de la cultura. La mundialización humana es un proceso continuado e imparable. E igual que no es posible gobernar el mundo desde un solo podio, aunque sea escalonado, en niveles inferiores y hasta llegar a comunidades de familia, no hay posibilidad de acuerdo si no hay reconocimiento de libre albedrío dentro de un orden preestablecido. Un contrato escrito o tácito. En general existe en la familia. Falta establecerlo entre los Pueblos...

.....

EL LENGUAJE Y EL ANSIA DE IGUALDAD.

La demagogia además de estar en el frontispicio de la política, se ha adentrado en otros espacios de la vida moderna. Como sea que el atribuir calidad a una persona o colectivo es más que gratuito, gratificante, el elogio a lo que es elogiado o no, se generaliza.

En esta tendencia, algunos lingüistas aseguran que todos los leguajes poseen la misma calidad, y que todos pueden expresar todas las ideas o comunicaciones. La evidencia de que la realidad es totalmente contraria, no necesita argumentación. La insuficiencia de los mas de doscientos leguajes bantu africanos, todos de morfología aglutinantes, lo demuestran con claridad meridiana.

La respuesta de los lingüistas igualitarios, es que "potencialmente" los lenguajes son iguales. Esta manifestación es profundamente darwinista. Efectivamente, potencialmente todos los lenguajes, evolucionando pueden alcanzar la mas alta calidad. Como las personas y cada una de sus partes.

Si en el futuro no son destruidos estos lenguajes no evolucionados por parte de nuevo tipo de colonizadores o huéspedes, portadores de un lenguaje de flexión, y se desarrolla uno bantu, alcanzaría un nivel de calidad para convertirse en universal. Seria si, por ejemplo, las circunstancias climáticas concentrasen a los europeos en África, y adoptado el leguaje autóctono de una región, se crearan academias de la lengua, literatura, y todo el proceso igual o paralelo al desarrollado en Eurasia, desde la India a los Urales, y desde el norte de África hasta América pasando por Europa, o sea, la inmensa mayor parte de la geografía del Planeta, donde todos los leguajes son de flexión, y que partiendo del sánscrito han evolucionado, llevado por

los brahmanes a la India, y los emigrantes arios de centro Asia a los cuatro puntos cardinales.

El ejemplo propuesto solo sería posible si una nueva glaciación obligase a los europeos a migrar hacia el sur. Otro posible ejemplo más verosímil podría ser acerca de un lenguaje a medio camino entre los de flexión y los aglutinantes, el monosilábico chino. El país, no solo por su dimensión geográfica y demográfica, sino por sus características humanas en las que destaca la habitud tan denostada en Occidente, la de trabajar duro (la misma que llevaron los emigrantes anglo sajones a América), está demostrando que el mimetismo tiene rentabilidad. Allí, si una iniciativa parecida a la de Japón que está sustituyendo los ideogramas, ya de muy reducido número, por la escritura alfabética, el lenguaje chino modulado por un sistema de colocación de los fonemas y pronunciación en tonos desiguales, podría adoptar un sistema complejo en base a la tecnología de la informática por la que sienten pasión, y convertir su idioma en el universal. El trabajo obra los milagros, que no las plegarias. La reversión de valores por evolución, que ahora radica en el cambio de la producción y la economía, puede llevarles a un cambio cultural de grandes dimensiones.

Pero está claro que todas estas hipótesis giran entorno a la evolución. No bastaría una muy grande en china para cambiar el lugar del desarrollo cultural, sin que la evolución en Occidente se paralizara, dando lugar a una sustitución de valores. Todo ello es posible.

En la barbarie los lenguajes se imponían y evolucionaban detrás de las victorias militares y de dominio. En la civilidad continúan evolucionando, pero a través de los avances científicos y tecnológicos, y la consiguiente fortaleza económica. El liberalismo político que seguramente seguirá al económico en China, puede operar cambios en el liderazgo de la globalización. Y será seguro así, si Occidente se dedica a plegarias, y los chinos a trabajar. Dos o tres siglos son nada en un proceso civilizador que debe calcularse por miles de millones de años.

.....

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN.

Menos que una teoría, el creativismo es una creencia nacida de la falta de conocimiento de los primeros pensadores surgidos de la toma de conciencia, a través de un esfuerzo intelectual tremendo, dado que aquellos antecesores no tenían base donde apoyar sus lucubraciones.

Sorprende que después de milenios, persistan las mismas creencias con

pocos o ningún cambio sustancial. Y mas sorprendente es que el medio de crear cultura, la educación, sea uno de los factores de evolución que se mantiene, o incluso retrocede, a estados anteriores al actual nivel de conocimiento alcanzado por los humanos.

Crear, ha supuesto una descarga de responsabilidad, trasladándola al Creador. Conocer y saber, responsabiliza totalmente a cada espécimen humano, y es el factor de evolución más efectivo. Un sincretismo colosal que ha culturizado a una ingente parte de la humanidad.

Toda observación de la realidad, lleva inevitablemente a la evidencia de multitud de sincretismos superpuestos, que en su conjunto representan la civilización de la única especie civilizable que somos.

La evolución creadora, existe allí donde el medio ambiente lo permite. Es paradigmática la creación de vida partiendo de un inicio con elementos primarios: la entraña femenina a través de dos microscópicas células germinales, creando un ser. En paralelo, en el otro ambiente, el de la Tierra incluidos los humanos, por medio de un sistema físico invisible, el genético combinado al nervioso central, creando conciencia en estos seres, y según hallazgo de un gran creyente, Mendel, la facultad de trasladarla por herencia irrevocable.

Estos sincretismos tienen efectos en todas las actividades vitales de los humanos, única especie con capacidad evolutiva indefinida, por medio de la función de cada parte y del conjunto que forma cada espécimen.

La obviedad de esta receta, la función, y de las causas que la producen, es lo que ha motivado el cultivo de los órganos y sistemas fisiológicos que crean conciencia y capacidad para vivir más o menos intensamente.

A más conciencia, mas intensidad vital para gozar y sufrir, igual contemplando un paisaje que engullendo un alimento, o en cualquiera de las infinitas vertientes de la vida.

Esto lleva a preguntarnos como puede existir —y ahora crecer más que nunca— el cinismo. La respuesta podría ser que los humanos, únicos seres inteligentes, también somos los únicos que no sabemos para que hemos sido creados. Menos lo saben los seres inconscientes, pero ellos ignoran este no saber, por qué no pueden preguntárselo.

En esta situación kafkiana, pero realmente trascendente, cada cual ha de optar bien por una vida intensa, o una "no vida" cínica que le acerca a la vida de los seres irracionales. Otra cosa es el hedonismo, en lo cual ahora no entramos. Habrá lugar para hacerlo.

Quedan atentos a esta cuestión nada kafkiana y de gran trascendencia, aquellos que optan por una vida intensa.

Nuestros antecesores al adquirir conciencia haciendo posible la vida que disfrutamos, no lo han hecho para legarla a nosotros. No podían ni siquiera intuirnos. Lo hicieron porqué su naturaleza les obligaba. Su genoma es un sistema para ello, y se ha utilizado. Nosotros continuamos en la misma línea, aunque a medida que la conciencia aumenta, mayor responsabilidad adquirimos al utilizar el sistema, o sistemas, que nos hace evolucionar y traspasar hereditariamente el nivel alcanzado a nuestros sucesores. Este proceso evolutivo, un aspecto mas de la evolución en general, que ya no crea nuevos órganos ni sistemas fisiológicos, y solo crea nuevas formas de vida a través del pensar y sentir, es lo que llamamos cultura, permitiéndonos abandonar el vivir instintivo del resto de seres animales a través de múltiples civilizaciones hasta llegar a la nuestra actual. Una ruta que sin estar marcada en ningún mapa seguimos ineluctablemente. Ni cuando los mejor instalados en el bienestar —ahora millones—, intentan parar o frenar este proceso, obtienen resultados definitivos.

No es anecdótico que en este movimiento civilizador, unos humanos hayan avanzado más que otros. Y es de suponer que los mas avanzados actuales, sean superados por otros ahora mas atrasados. La historia muestra repetidamente, en la sucesión de civilizaciones, la superación de unas encima de otras en etapas sucesivas del tiempo. Incluso se da el caso de regresiones. Son las que marcan la falta de responsabilidad de unos humanos vencidos por la pereza.

No considerando aquellos colectivos humanos atrasados en evolución por causas medio ambientales, y que pueden cambiar rumbo si estas condiciones varían también a lo largo de miles de millones de años, mas o menos como los transcurridos, lo que hemos de considerar son las regresiones o paradas en evolución de determinados colectivos, que son a causa de la actitud de los propios humanos que los constituyen. La naturaleza humana en su complejidad de sistemas, crea voluntad o abulia. Ser voluntarioso requiere la función correspondiente. Aplicar la fórmula, marca las posibilidades de mayor o menor ritmo evolutivo.

El movimiento globalizador, comporta necesariamente movimientos aglutinantes de colectivos menores. Hemos visto que la extinción de los Imperios, y actuales dificultades de los Estados para subsistir, obedecen al hecho de no poseer las condiciones adecuadas para forjar un nuevo orden mundial para normalizar estos movimientos. La fuerza utilizada para constituirse y mantenerse —la guerra en sus diferentes estilos según la

disponibilidad de armamento—, no es la adecuada para el nivel cultural alcanzado en la parte del mundo que dispone todavía de mayor potencia militar. El sistema está en su decadencia.

Europa ha perdido ya su capacidad operativa para la etapa actual de utilización de la fuerza. Pero debe funcionar su voluntad colectiva para evitar quedar arrinconada en el concierto internacional que lleva a la globalización. Su arma, la cultura. Y la educación actual ha dado por resultado una juventud digna del maestro Epicuro. Exactamente lo opuesto al modelo necesario.

Los humanos pierden facultad por senectud. Los colectivos, por cadena hereditaria pueden no envejecer nunca. El hecho que las civilizaciones, todas las anteriores, hayan envejecido y sido superadas por otras más dinámicas, no es por ninguna ley escrita o natural. Simplemente ha sido porqué sus creadores o mantenedores, han perdido voluntad. Instalados en su propio bienestar, no han captado las nuevas voluntades nacidas en otros lugares, precisamente por el ejemplo que ellos han dieron cuando la propia voluntad funcionó. Lo propio, antes y ahora, es que en cada aparición de nuevas fuerzas humanas, el sincretismo funcione: construir encima de lo ya existente, sumando fuerzas en lugar de sustituir una para establecer otra nueva.

En el plano de la educación es perceptible esta falta de nexo generacional. En la civilización greco romana, Aristóteles personaliza esta disfunción de herencia. Su erudición alcanzada, como la más moderna de Darwin, fue por esfuerzo intelectual personal. Coleccionando hierbas y creando divinidades; pensando políticas y meditando modelos de civilidad donde cabían discriminaciones odiosas a nuestra percepción actual. Actividad polifacética, y por su tiempo de gran profundidad. En un reflejo clarividente, distingue entre educación y enseñanza, y por encima de todo el cultivo de la capacidad de pensar. En su Academia no hubo profesor y alumnos, sino Maestro y Discípulos, a los cuales cultivó más que para saber —erudición—, para pensar.

Dos milenios después, en nuestro país el poco recordado Carles Pi i Sunyer, formando equipo con el Dr. Soler i Damians —su Comisario de Educación Física y Deporte—, en plena guerra civil continuaban en un proyecto de escuela, donde maestro y discípulos habían de cultivar ante todo la capacidad pensar, desde la cual, decían, los catalanes podían superar la servidumbre cultural impuesta políticamente, y que había desvirtuado el carácter laborioso propio de gente forzada por la tierra pedregosa del

país, y meditativo propio de gente forzada a sufrir dominio secular por parte de pueblos de paso, o de asentamiento.

Su mirada puesta en Checoslovaquia, y en la organización de muy antigua raigambre "sokol", puesta al día en la contemporaneidad de Tomás Masaryk; también en la de boy scout inglesa, superando en profundidad y extensión la sección catalana de esta misma denominación; y finalmente los Minyons de Muntanya en su peor momento, cuando se unieron temporalmente estas dos organizaciones, crearon el Clan Escolta Monitor, nombre elegido por los mismos monitores, inocente pero de trascendente intención.

En aquella tercera década del pasado siglo, la genética era reducida al estudio de la transmisión hereditaria y poco más. Y los efectos de la evolución tecnológica encadenando electricidad, electrónica, informática y televisión eran evanescentes. Y a pesar de ello una idea insistía en distinguir educación de enseñanza. Estandartizar la enseñanza y singularizar la educación era el proyecto. Los medios mecánicos existentes, hacían difícil el desarrollo de aquel sistema educativo, más revolucionario de lo que fue la Institución Libre de la Enseñanza. Pero solo el desenlace de la guerra civil lo truncó.

Al siglo veintiuno no existe ningún Plan semejante. La tecnología actual permitiría desarrollarlo con gran facilidad. Y permitiría disfrutar de un profesorado excepcional. Video lecciones puestas al día rigurosamente, producidas y distribuidas en todos los ámbitos de la Tierra, podrían aleccionar magistralmente toda la enseñanza.

Lo que continua exigiendo atención personalizada, es la educación al margen de la familia que está enormemente forzada por la necesidad de tiempo y dinero. Pero la extraordinaria economía de profesorado dedicado en persona a enseñar lo que figura en textos escritos con la idea de ser desarrollados por el profesorado, permitiría holgadamente crear maestros para que reservando el aspecto sentimental a la familia, la educación superase la formación personal que ahora no existe en sistema alguno de los empleados para educar.

Los maestros creados con especializaciones para atención a los discípulos según nivel de edad, por agrupaciones de tres años de diferencia, y en aulas con el menor número de estudiantes posible; programas experimentados que permitieran la clasificación de los discípulos según aptitud natural para la síntesis, la erudición o la acción; cultivando los primeros la imaginación, los segundos la metodología y los terceros la reflexión; siempre conjuntamente con los padres o tutores, ejerciendo persuasión y consejo para inclinar los discípulos hacia aquellas actividades

donde según las indicaciones alcanzadas con alto grado de eficiencia, marcasen el tipo de formación adecuada a sus caracteres; simultaneando la educación con la enseñanza, ya en la edad más primeriza un idioma universal, matemáticas con analítica propias de cada grado en enseñanza, y práctica de actividades en los campos señalados por maestro, familia y discípulo. Todo ello a partir de los tres años a la salida de las guarderías infantiles donde se habría ya iniciado la enseñanza; en aulas mixtas hasta los once años y a partir de los doce en aulas separadas hasta el ingreso en segunda enseñanza a la cual ingresarían y conservarían un espacio de tiempo adecuado para seguir educándose con un mismo maestro, hasta ingresar en escuelas universitarias.

Por otra parte, junto a una plena libertad para elegir entre enseñanza y educación pública o privada —esta a cargo del educando— unificar las materias objeto de puntuación en exámenes para todas las enseñanzas que cada país establezca, y realizando estos exámenes en locales donde convergieran todas las escuelas, las privadas con libertad de establecer sus propios planes de estudio, pero con la mirada puesta a los exámenes versando sobre materias que la Escuela Pública determinaría en cada curso, en un centro creado a este fin y al de crear nuevos y sucesivos planes de estudio, Planes éstos de estricta laicidad.

El acceso a la enseñanza y educación secundaria, requeriría un examen de aptitud. Aquellos que no hubieran alcanzado el nivel cultural señalado para la enseñanza y educación primaria, habrían de seguir uno o más cursos, hasta alcanzarlo.

Serían maestros y discípulos de entre tres y once años, en bloques de tres a cinco años, de seis a ocho, y de nueve a once, conviviendo durante períodos de tres años al estilo de los antiguos y desprestigiados maestros que tantos ciudadanos de pro supieron forjar. Pero dotados de material y medios inimaginables setenta años atrás.

En Primera Enseñanza y educación, los exámenes serían continuados. Registrados los resultados en un historial desarrollado por el Maestro, controlado por los padres o tutor, hasta la mayoría de edad del discípulo.

En la segunda enseñanza solo una asignatura de humanismo a cargo del Maestro, continuando con la educación recibida de los anteriores maestros de enseñanza primaria.

El historial reservado a los familiares o tutor, hasta la mayoría de edad del educando, marcarían no solo las aptitudes adquiridas para unas u otras actividades, sino también el grado obtenido en estas aptitudes.

La reforma Universitaria consistiría principalmente en crear nuevas carreras adaptadas a las transformaciones sociales.

En lugar preeminente normalizaría una Universidad dedicada a crear ecólogos. A principios y hasta bien entrado el siglo veinte, a pesar de existir la Ecología con este nombre propio des el año 1868 cuando Ernesto Haeckel ideó el término y contenido, no estaba presente en la mente de los pedagogos, y menos en la de los políticos. La diversidad temática de la Ecología se ha hecho compleja en las últimas décadas del siglo veinte, predominando la idea "ecologista" del mantenimiento de los ecosistemas, y hasta muy tarde al incidir en el ecosistema humano.

Es en este aspecto donde puede tener una aplicación sobresaliente. Gran número de actividades humanas se han normalizado por facultades universitarias en el siglo anterior. La mas decisiva, la de gobernar los colectivos políticos y naturales en cualquiera de sus formas existentes, ha quedado al margen de toda normalización. Las escuelas especializadas para diplomáticos y administradores públicos, no son elementos útiles para crear gobernantes.

A la selección de caracteres humanos que una escuela "aristotélica" de maestros y discípulos proporcionaría, se añadiría una Universidad que al normalizar la enseñanza de buen gobierno, en pocas generaciones éste mejoraría en evolución paralela a como lo hace las sociedad en general.

La gobernación de colectivos existentes, ahora está en manos de profesionales de toda índole. Ninguno con estudios específicos para realizar su difícil labor, probablemente la mas difícil de todas, pero en todo caso tremendamente trascendente. Y así puede recaer, y cae, en las de personas poco o nada idóneas para realizarla.

Mientras esto sucede, la ciudadanía gobernada evoluciona constantemente, haciendo evidente el divorcio entre gobernación y ciudadanía. Muchos ciudadanos en todas las capas sociales e intelectuales, poseen criterios mas ajustados al tiempo que vivimos, que muchos de los gobernantes.

El esfuerzo intelectual y vital de políticos y gobernantes es extraordinario. Sin excepción, y en particular los Jefes de Gobierno, en una o dos legislaturas aparecen los efectos en su apariencia física. Y la recuperación resulta evidente al dejar de gobernar.

¿Qué origina esta falta de voluntad de los gobernantes —los únicos que tienen poder para cambiar esta situación—, para que no se movilicen, y sin perder ninguna prerrogativa de las que disfrutaban, ni poner en peligro su posición personal, tengan la iniciativa para que los que habrán de sustituirlos

sean personas formadas idóneamente? Es posible que la respuesta sea de una simplicidad inapropiada a la importancia de la pregunta: sería la presión del trabajo que deben atender en un sistema donde la gobernación recae en la cúpula.

La gobernación devora a los gobernantes. Excepcionalmente surgen personas que resisten física y mentalmente esta situación, pero por lo que vemos alcanzan justamente a resistir, no para cambiar radicalmente la situación, sino a duras penas mantenerla.

La característica necesaria par ejercer gobierno, en primer lugar es la de un gran poder de síntesis. Posiblemente los políticos mayoritariamente la tengan o la adquieran en el ejercicio de sus cargos. Hay que pensar como serían estas mismas personas, si en la formación escolar, después de haber detectado esta cualidad, se le hubiera cultivado, y luego el estudio de las disciplinas adecuadas culminara en la creación de personas aptas para la dirección. No solamente de gobiernos y todas sus dependencias. También en toda actividad, particularmente en la enseñanza y educación, ("didaskalos" en Atenas) son necesarias personas imaginativas. (¡Que no hubiera sido Aristóteles con el saber de un Catedrático actual!)

Es evidente que un sistema que en lugar de crear individuos sabios y pragmáticos, los destruye, es un mal sistema. Un cambio en este sentido, es lo que puede cambiar el signo negativo del desarrollo de los humanos. No basta saber parcialidades que la enseñanza procura. Es necesaria una educación como la imaginada por Aristóteles, reinventada por muchos Pi i Sunyer que sin duda han existido y seguramente existen, sin tener lugar en la cancha donde solo maquiavélicamente se lucha por el poder.

La racionalidad científica aplicada a la tecnología, crea personas que sin tener facultades especiales de síntesis, son magníficos ciudadanos útiles en todos los campos de actividad. Una educación en la cual el maestro actuando en la primera edad de los discípulos, inculcase valores que además de racionales fueran convenientes: habitud al trabajo; respeto a los otros; actitud sexual responsable; búsqueda del placer por factores convenientes a sí mismos y a las colectividades a que pertenecen; concienciación de que el motor propio de cada humano, el placer, reporta inexorablemente aceptar el dolor; que el egoísmo no es tacañería, y puede producir generosidad, la primera y esencial, procrear; que honestidad no es gris abstinencia sino fuente de placer superior al hedonismo.... Y en fin cantidad enorme de facetas educativas que pueden reorientar la deriva humana a un retorno a la bestialidad del crimen consciente, a la autodestrucción por la droga, y al cultivo exclusivo del vivir sensual

desprovisto de valores como los creados por la evolución positiva de los humanos, que en Europa especialmente, pero también en todo el Primer Mundo, produciría una reacción necesaria para no consumir su decadencia a favor de nuevas civilizaciones enlazando con la actual sin destruirla.

Crear "diaskolos", maestros, quizás sea el único camino para reorientar la cultura alcanzada. Y quizás el momento actual sea una oportunidad de bifurcar un camino que lleva Europa a una decadencia igual a todas las caecidas en las civilizaciones antecesoras de la actual.....

.....

EL SISTEMA

En todos los momentos de la historia, los humanos viven situaciones cruciales, y siempre trascendentes por las consecuencias que conllevan las decisiones tomadas en cada una de ellas. Ahora se vive una situación contradictoria: una inmensa cantidad de personas y Pueblos han alcanzado bienestar indiscutible, y a pesar de ello no solo los que no lo han alcanzado sino también los más afortunados económica y culturalmente, sienten insatisfacción y temor impreciso, conscientes de que existen grandes y profundos defectos en el mundo actual. Es como si hubiera una cierta aprensión de estar sujetos a fuerza ocultas superiores a las que tienen los humanos en su conjunto.

Es el sistema que han creado lo que falla, lo que da que pensar que no habrá un futuro mejor sin un cambio en profundidad de un sistema que en lugar de crear paz y sosiego crea conflictos, menos atroces que las grandes guerras del siglo recién pasado, pero mas frecuentes en todo el espacio de la Tierra.

La lógica hace pensar que esta situación se superará por la fuerza de la evolución humana, a pesar de que los que dominan el sistema tienden a mantenerlo, frenando su transformación. Es posible que el cambio de sistema no sea una condición suficiente para superar las contradicciones en el tiempo actual, pero en cualquier caso es una condición necesaria. Y no es suficiente señalar las contradicciones del sistema. Es urgente poner base para establecer uno distinto apropiado para el actual estado de la Tierra, humanidad incluida.

En Europa, lugar donde la contradicción entre bienestar e

insatisfacción es quizás más manifiesta, el signo de lo cual puede ser muy bien un desfase entre la evolución cultural de su ciudadanía, frente a la morosa evolución del sistema que a ojos vista le lleva por camino de decadencia. La insistencia en señalar que este es el camino erróneo que Europa sigue, se suma a la de múltiples pensadores del mundo, tanto de países que continúan evolucionando con más dinamismo, como por parte de otros que todavía están en peor posición para incorporarse a la moderna corriente tecnológica y científica, pero que muestran un fondo voluntarioso de progresar, que en definitiva es el factor esencial para lograrlo.

Una muestra de la desidia, falta de imaginación y quizás valentía necesaria, está en la propuesta de una Constitución para la Unión Europea, en la cual no hay absolutamente nada que se aparte de las constituciones de siempre, al contrario: jamás ha habido una tan compleja e inoperante como esta. La anterior Convención francesa —es significativo el nombre dado a la cámara que ha redactado esta Constitución— fue quizás la más discutida de cuantas haya habido, y eso a la salida de un régimen absolutista. La actual ha salido de una negociación secreta entre un número desmesurado de ponentes, en una situación en la cual la democracia da señales de serlo realmente, y sin intervención de ninguna clase por quienes son realmente el exponente de la democracia: los electores.

Es ridículo que una simple labor de recogida de datos acerca de las constituciones federales existentes en el mundo, y las enmiendas que las actualizan, no haya sido considerada. Se pueden señalar sucintamente:

A) ORGANIGRAMA.- En lugar del bosque frondoso del articulado propio de tiempo pasado contado por siglos, teniendo en cuenta que la Unión requiere una gran simplicidad y claridad para ser entendida por unos centenares de millones de personas no constitucionalistas, se establecerían los cuatro niveles de gobernación inevitables: municipios; comarcas; estados y gobernación federal. En los cuatro niveles:

PRESIDENCIA.- Con Comisarías Demografía-Migración

VICEPRESIDENCIA.- Con Comisarías calcadas a las de Presidencia..

ECOLOGIA.- Comisarías de Cultura-Educación y Enseñanza- I+D-
Ecosistemas-Universidades.

ECONOMÍA.- Con Comisarías de Presupuestos-Finanzas-Política
Fiscal-Agencias Tributarias- Fondo Cohesión-

BIENESTAR.- Con comisarías de Familia-Medio ambiente- Atención
Pobreza-Fundaciones-Sociedad Civil.

JUSTICIA.- Códigos-Tribunales-Política penitenciaria.

FOMENTO.- Con comisarías de Obras Federales- Obras Estatales- Turismo-Selvicultura

DEFENSA.- Con Comisarías de Ejercita de tierra- Id marina- Id aire- Destacamentos estatales-Policía.

EXTERIOR.- Con Comisarías de Relaciones internacionales- Id Inter Estatales- Id Inter. comarcales- Id. Ínter municipales,.

PRODUCCIÓN.- Con comisarías de Energía-Industria-Comercio- Ganadería y pesca- Minas-Transportes-

SANIDAD.- Con Comisarías de Atención médica y hospitalaria- Educación Física y Deportes-

TRABAJO.- Con Comisarías de Ocupación-Relaciones sindicales y Patronales-Funcionariado.

En grandes urbes, subdivididas las Comisarías en Secretarias a cargo de funcionarios. En pequeñas localidades, abarcando cada cargo uno, varios o todos los Departamentos.

COMISIONES INTERESTATALES.- Formadas por los titulares de cada Departamento, y actuando para dirimir en los conflictos de competencias en los niveles de Gabinetes de Gobierno y Parlamentos respectivos; en los conflictos entre Estados y entre éstos y la gobernación Federal.

COMISIONES INTERCOMARCALES.- El mismo sistema, para los niveles inferiores de gobernación.

COMPROMISARIOS.- Con rango ministerial. Portavoces de cada nivel de gobernación a la Cámara o Parlamento de nivel superior.

AGENCIAS ESPECIALES.- Residuos.- Agua.- etc.-

A partir de este organigrama, los Reglamentos y Constituciones se desarrollan ordenados por Departamentos y Comisarías correspondientes.

B) COMPETENCIAS.- Determinación de competencias para cada uno de los niveles de gobierno. Ayuntamientos-Cámaras Comarcales- Parlamentos Estatales y Parlamento Federal.- Máximas atribuciones a los Parlamentos o equivalente.- Unicamerales.- En cada nivel de competencias, responsabilidad exclusiva, compartida o delegada.

Determinación de competencias de todos los cargos a sus niveles correspondientes. Ejecutivo federal fuerte, controlado únicamente por las

Comisiones Ínter Estatales, en todo lo relacionado en Política Internacional y Defensa. Intervención en los asuntos de responsabilidad compartida con los Estados: Economía-Ecología.

El resto de competencias, responsabilidad de las gobernaciones estatales para todos los asuntos de ámbito estatal. Id de id. para las gobernaciones comarcales y municipales, con amplia autonomía de acción legislativa y ejecutiva en cada ámbito.

Las competencias de cada nivel de gobernación, serán iguales en todo el ámbito Federal. El texto puede diferir entre municipios, Comarcas y Estados. La armonización entre todos los Agentes de gobernación, particularmente entre los Estados, ha de ser voluntaria, y en principio se puede aceptar incluso que sean contradictorios unos con otros, mientras todos cumplan con una Reglamentación Básica Federal que aparte de las normas de funcionamiento, determinará principios generales de los Departamentos de Política Internacional-Defensa-Economía y Ecología.

C) ELECCIONES.- La renovación del Sistema, persiguiendo un perfeccionamiento de la democracia, descansa en la elección de cargos.

— Elecciones únicas de carácter general y por sufragio universal, en fechas predeterminadas cada cinco años. Normalización de consultas plebiscitarias entre períodos electorales. La participación en la elecciones generales es obligatoria, aunque sin mas sanciones que la pérdida de derechos políticos dentro el municipio de residencia. Derecho de voto con valor determinado para diez y seis años, diez y ocho, y el definitivo a los veinte años. Derecho de candidatura según edad para cada uno de los niveles de gobernación. Libertad de afiliación a Partidos Políticos, y a Sociedades, estables o circunstanciales, para concurrir a las Elecciones.

—En las Elecciones Generales se dirimen todos los cargos en los cuatro niveles de Gobernación. No obstante Partidos y Asociaciones pueden concurrir para todos los niveles de gobernación, o limitarlos hasta solo el municipal.

En estas elecciones quinquenales, las candidaturas tienen dos secciones. Por un lado, los electores escogen alcalde y teniente de alcalde; presidente y vicepresidente y compromisarios, para los diferentes niveles de la administración. Por otro lado, escogen los cargos de representación: regidores y diputados. A partir de los resultados en cada municipio se constituyen los Ayuntamientos. Una vez constituidos los Ayuntamientos,

mediante los compromisarios y los votantes que aporten, se constituyen los gobiernos superiores, de forma progresiva: comarcal, estatal y federal. Este proceso debe estar completado en un mes.

—En el ámbito municipal, cuando un partido obtiene la mayoría de los votos, se convierte automáticamente en Grupo de gobierno, mientras que el segundo en número de votos pasa a ser el Grupo de la oposición. El resto de candidaturas pueden adherirse libremente y por negociación a uno u otro, para que en el conjunto de la legislatura esté claramente establecida la relación entre gobierno y oposición y para evitar la fragmentación y la multiplicación de partidos. En caso de que no haya mayoría absoluta, será necesario un proceso de negociación de cargos y de programas —pero con la condición que la reordenación del programa sólo podrá afectar al ámbito en el cual se produce la negociación—, hasta que se llegue a la constitución también de un Grupo de gobierno y un Grupo de oposición.

—La presentación de candidaturas a las elecciones obliga a presentar programas para cada ámbito de gobierno que deben incluir un proyecto de presupuesto para el primer año de la legislatura. Los programas contemplan todos los ámbitos de gobernación. Los programas serán de cumplimiento obligatorio y cualquier cambio que se quiera incluir o suprimir necesitará el acuerdo de la oposición u obligará a un plebiscito.

—El desarrollo de las responsabilidades políticas exige personas formadas, competentes y con criterio. Quizás no hay ningún sistema objetivo y universal para distinguir estas personas, pero sí hay un elemento objetivo, que es la edad, que nos permite alguna aproximación. Sería deseable que los cargos públicos tuvieran una formación específica en una Alta Escuela propia y se podrían establecer edades mínimas para la ocupación de los cargos principales

El objetivo de estas transformaciones profundas del sistema sería renovar la política y los políticos y evitar que estos llegasen a ser prisioneros de la demagogia, incrementando su credibilidad y su confianza por parte de la población.

C) Normativas sectoriales: Enseñanza y Cohesión

El Proyecto Europeo deberá contemplar también normativas específicas en

algunos sectores especialmente importantes. Sólo como ejemplo, se pueden nombrar las normativas esenciales en dos campos tan enormemente importantes y destacados como son la Enseñanza y la Cohesión económica entre los distintos territorios.

Respecto a la Enseñanza, aún siendo una competencia compartida, será obligada en todo el ámbito federal impartir en las escuelas una enseñanza laica, racional y científica, dejando en el ámbito familiar o en las iglesias la enseñanza religiosa. El gobierno federal dictará una normativa educacional que servirá de marco a las legislaciones de cada Estado, para garantizar una adquisición general de conocimientos y una evolución positiva de las realidades sociales europeas. La enseñanza tendrá dos ramas principales, la científica y la que podríamos llamar sociobiológica, ésta también enseñada desde una perspectiva científica y racionalista. Los sistemas de evaluación serán comunes en todos los Estados y sólo serán válidas las titulaciones certificadas en los exámenes realizados en la enseñanza pública.

Respecto a la Cohesión económica de todos los países de la Federación, habrá una Comisaría Federal de Cohesión, dependiendo de la Comisaría de Presupuestos. Se establecerá con criterios objetivos el Fondo de Cohesión entre los diferentes Estados y Comarcas de la Federación, calculados siempre, tanto para recaudarlos como para distribuirlos, en función de las diferencias de cada Estado y Comarca con el Producto Interior Bruto personal medio de la Federación. Aún así habrá una barrera según la cual el porcentaje de aportación al Fondo de Cohesión no podrá exceder un determinado porcentaje del PIB del Estado o la Comarca. Las compensaciones entre Estados y Comarcas sólo serán vigentes mientras exista un diferencial entre el PIB personal de la zona en cuestión y la media europea superior al 15%.

Por debajo de esta Agencia Federal, cada uno de los Estados regulará el Fondo de Cohesión interno entre comarcas, con criterios parecidos. Los Estados regularán también las formas de ayuda a los países pobres, de acuerdo con la Federación, teniendo presente que el objetivo es producir la evolución económica y cultural, mientras que las ayudas a fondo perdido eternizan la situación descompensada. Las ayudas deben estar condicionadas al cumplimiento en los países que los reciben de unas políticas básicas: control de la natalidad; creación de empresas por parte de la población nativa; establecimiento de escuelas de enseñanza laica y gratuita.

A partir de este Proyecto europeo, puede llegar a redactarse una verdadera

Constitución federal europea, en nombre de los Pueblos de Europa, organizados en Estados, Comarcas y Municipios. La soberanía recogida por esta Constitución, que se aprobaría en un referéndum simultáneo en toda Europa, emana de los Pueblos que la constituyen, a través de un pacto libremente decidido por cada uno de los Estados miembros.

Esta Constitución europea reservaría al poder federal las competencias exclusivas en relaciones exteriores, defensa armada y algunas competencias macroeconómicas, como son presupuestos y finanzas; establecería las competencias compartidas con los Estados y dejaría el resto de las competencias en manos de cada uno de ellos.

A partir de aquí, cada Estado establecería su propia Constitución y a su imagen, las comarcas y los municipios establecerían sus reglamentos.

Sería positivo, aunque difícil, conseguir una máxima uniformización de estos códigos, para su mejor comprensión por parte de los ciudadanos y adaptándose tanto como sea posible a las competencias de cada uno de los doce departamentos que tendrían todos los gobiernos.

Serían las constituciones estatales las que establecerían los derechos de los ciudadanos de una forma que, no necesariamente, debería resultar homogénea para el conjunto de la Federación y teniendo en cuenta los hábitos y las costumbres de los diversos Pueblos que la forman.

Las diferencias e incluso oposiciones en la redacción de las Constituciones Estatales, no han de privar una convivencia en la diversidad. Los cambios han de venir pausadamente. Por convencimiento y no por imposición en nombre de un perfeccionismo que nunca se logra. La aproximación ha de venir paso a paso, sin violencia, (esta violencia que ahora existe entre Estados, y dentro de los Estados actuales), que esta demostrado no sirve para armonizar y unir, antes lo contrario, a creado enemistades y odios que no pueden subsistir dentro de un proyecto novedoso de Europa.

En el Parlamento Federal es donde se establecería el dialogo, y donde además de discutir la política de la Unión, cara a dentro y cara al exterior, habría el intercambio de ideas y proyectos de armonización que con toda la calma necesaria, de manera natural entre asociados por un mismo objetivo, se iría realizando.

La Constitución Federal, sería así resultado de la armonización de las Constituciones Estatales y vendría de la mano del perfeccionamiento de los actuales Tratados. Y por eso es necesario que todos los acuerdos de Asociación, a todos los niveles, desde el municipal al federal han de tener

una gran amplitud de horizontes cambiantes.

Sería en cada periodo de elecciones cuando los Partidos por la experiencia recibida de la legislación anterior, harían sus propuestas para la próxima, para introducir a las respectivas instituciones y reglamentos los cambios pertinentes, que junto a los programas de actuación concreta, serían propuestas a cumplir estrictamente.

Y de esta manera es como paulatinamente dentro de cada Estado se podría lograr sea cosa de dos posicionamientos perfectamente compatibles: ejercer el poder otorgado por el voto de los electores a los ganadores de los comicios, y vigilar el cumplimiento de su programa por parte de la Oposición.

El siglo veintiuno, no es de rigor actuar con engaño y violentando la verdad: la Constitución de la Convención no persigue crear Europa. Al contrario. Persigue mantener Europa con todas las taras herencia de los Imperios que también querían una Europa Unida, pero todos sin excepción, una Europa bajo su directriz y voluntad.

La necesidad de la Unión Europea en muchos aspectos iniciada, hará que sea el que sea el resultado de los referendums para aprobar la propuesta de la Convención, finalmente Europa se una realmente. La cuestión no es decidir si ha de unirse o no. La cuestión es determinar el tiempo, el esfuerzo, y la oportunidad de hacerlo, si continuando morosamente a través de décadas y mas décadas, para lograr unos muy magros resultados a través del unilateralismo de Francia y asociales eventuales, o por un sistema lógico y propio de países maduros, sus pueblos, poseedores de una cultura política suficiente para elegir un camino mas corto y seguro, que como todos tiene sus riesgos, pero que ha de evitar uno: que la Unión se realice a tiempo inoportuno, cuando los vicios de un eurocentrismo fuera de lugar haya provocado la decadencia de Europa convirtiéndose definitivamente subsidiaria de otros bloques que a Occidente y a Oriente ya tienen un camino trazado: el de Estados Unidos, profundizar en su poder tecnológico; y el de China explotar la capacidad de trabajo de su imponente masa humana, conjuntada o no con Japón, que en menor medida reúne las dos cualidades, masa humana apreciable con capacidad de trabajo, y posesión de tecnología moderna.

La reflexión es obligada, porque haga lo que haga Europa, estos dos enormes bloques mas que perfilados ya en plena acción y tomando velocidad de crucero, mientras que Europa segura sin motivo, continua anclada en un plácido rumiar su futuro...

Al final de este libro inserimos un texto de lo que podría ser una Constitución

modelo para los Estados de Europa. No la consideramos utópica. Solo apropiada para un futuro mas o menos lejano según sea el acierto o desacierto de los gobernantes de los Estados en las sucesivas etapas de gobernación...